

Los Portadores

La Senda De Los Dragones Libro 7

Pedro Urvi

Los Portadores

La senda de los dragones, Libro 7

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: https://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2026 Pedro Urvi
Todos los derechos reservados

Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

[Serie Los Dioses Áureos:]

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen también en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Dedicatoria:

Esta saga está dedicada con todo mi cariño a mis lectores incondicionales. Un millón de gracias por todo el apoyo.

Contenido

Otros libros de Pedro Urvi:
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Capítulo 56
Capítulo 57
Cielos Funestos (La senda de los dragones, Libro 8)
Opinión:
Agradecimientos

Capítulo 1

Nahia vio la punta de la lanza ir directa a su cara a gran velocidad. Era un ataque potente y hábil que no tenía tiempo de bloquear. Casi más por instinto que por adiestramiento, inclinó la parte superior de su cuerpo hacia la izquierda, forzando el cuello. La punta pasó junto a su oreja derecha sin llegar a alcanzarla. Su atacante retiró la lanza para volver a intentarlo. Nahia estaba algo desequilibrada y realizó un movimiento de ataque muy poco convencional. Saltó hacia delante y soltó un golpe de revés con su escudo.

El Drakónido recibió el golpe en el brazo con el que sujetaba la lanza. Por la expresión de su rostro no se esperaba aquel movimiento y lo había cogido desprevenido. Aun así, y aunque Nahia había puesto mucha fuerza en el golpe, no consiguió desarmarlo. El Drakónido dio un paso atrás clavando sus botas en la arena para detenerse, se sacudió el golpe del brazo y miró a Nahia con ojos de odio. Un instante más tarde ya se preparaba para volver a atacar. Daba la impresión de ser una fiera que había olido sangre y se negaba a perder su merecida presa aquel día de cacería.

A Nahia la mirada hostil de su rival no le extrañó. Ya sabía que la odiaba, aunque el motivo no lo tenía tan claro. Imaginaba que sería rencor de algún tipo. Antes de que Nahia pudiera terminar de analizar aquella idea, el Drakónido atacó con una combinación rapidísima de dos golpes punzantes, al torso el primero y al muslo el segundo, seguido de otro tajante lateral al cuello. Nahia detuvo los dos primeros con su escudo y, como su rival ya había anticipado, se quedó con el escudo demasiado bajo al proteger el muslo y ahora el tajo le iba a alcanzar en el cuello, una combinación que realizada con rapidez y destreza era letal. Su adversario tenía ambas y el ataque fue ejecutado a la perfección.

Nahia echó la cabeza hacia atrás todo cuanto pudo un instante antes de que la lanza le fuera a alcanzar. Le pasó rozando la barbilla. No tuvo tiempo de resoplar de alivio por haber salvado el golpe, ya que el Drakónido avanzó y volvió a ejecutar una nueva combinación de tres ataques a pierna, torso y cabeza. Eran tan rápidos y bien realizados que Nahia solo pudo defenderse, y con dificultades. Así y todo, no perdió la confianza en sí misma. Ella era buena con la lanza y el escudo en tierra y en aire. No se iba a dejar vencer.

Se desplazó hacia la izquierda del Drakónido con movimientos de deslizamiento circulares, obligándolo a rotar sobre sí mismo para encararla. Esta táctica le dio un respiro, pues ella era más rápida y ágil de pies que su rival. Consiguió ponerse del lado de la lanza y atacó librando el escudo con un movimiento rápido y avanzando hacia el Drakónido. Su lanza libró el escudo y fue hacia la fea cara de su oponente. El Drakónido movió medio cuerpo para esquivarla, pero no lo consiguió del todo y la punta le dio en el hombro. Las hombreras de la armadura aguantaron, pero al Drakónido no le gustó nada que lo alcanzara y gruñó enfadado.

Nahia aprovechó el ataque para combinarlo con un golpe circular a la cabeza. El Drakónido se agachó, pero fue demasiado lento. La punta de la lanza de Nahia le alcanzó de pleno en la parte superior del casco, que salió volando. El Drakónido se retrasó y se situó en una pose defensiva. Apretaba los dientes y sus ojos brillaban con rabia. Este golpe le había gustado todavía menos. Nahia esperaba que se enfureciera y atacara sin control, pero no fue el caso. El Drakónido avanzó de nuevo y atacó con dos combinaciones precisas y difíciles de defender.

El escudo del Drakónido la alcanzó de pleno en el torso y Nahia se retrasó aprovechando la fuerza del impacto. Se detuvo a cuatro pasos de su oponente, que ahora sonreía levemente. Sabía que sus combinaciones eran demasiado buenas para ella y no se equivocaba. Era muy bueno, pero eso no quería decir que la fuera a derrotar. Nahia respiró por la nariz y exhaló por la boca mientras decidía una estrategia que acabara con aquello. Prefería no arriesgar cuando

había otra opción, pero no era el caso. Si no lo hacía terminaría vencida.

El Drakónido avanzó decidido a acabar con ella. Se sabía superior y atacó con la confianza de aquel sentimiento. Nahia aguardó y cuando la fue a embestir, en lugar de defenderse, atacó. La Nacida de la Llama dio un salto hacia delante. El Drakónido no esperaba aquello e intentó desviar su lanza hacia Nahia para alcanzarla en pleno salto. Ella ya lo había previsto y movió el escudo, todavía en el aire, para desviar la lanza. Lo logró, pero salió desviada por el impacto. Corrigió en el aire antes de golpear al Drakónido en el escudo con toda la fuerza del salto y su cuerpo. Le alcanzó de pleno y el golpe lo desestabilizó. Aguantó su escudo, pero no así la posición.

Nahia tocó suelo y, según lo hacía, golpeó al Drakónido con su propio escudo en la cara. Este no pudo defender el ataque y la cabeza se le fue hacia atrás. Nahia finalizó su ofensiva con un golpe lateral de su lanza a la sien. El envite lo derribó al suelo, donde quedó mareado. Nahia le puso la punta de la lanza en el cuello.

«Vencedor del combate de lanza y escudo, Nahia, Maestra de Armas de lanza» proclamó Zeru-Urdin-Irakas, el dragón macho de escamas azules con vetas rojas a cargo de la enseñanza de armas a los brujos de dragón.

Nahia resopló y observó a Draketz en el suelo, derrotado. Se sintió aliviada y contenta. Draketz había sido un dolor constante desde que había llegado a la academia como maestra de lanza y poder vencerle al final le daba cierta satisfacción.

«Una forma estupenda de finalizar la última clase del año. No me esperaba menos. Un combate magnífico» envió Zeru-Urdin-Irakas a las dos escuadras que observaban en medio de la arena formando un círculo.

Nahia los miró. Aquella clase se graduaba. Esperaba que les fuera bien y que no terminaran muertos en algún lugar de Tremia por capricho de sus señores dragones. Por desgracia sabía que podía ser así. Al menos se graduaban y salían de aquella academia vivos, eso

ya era un logro. Nahia se sintió bien por haber podido ayudarles con sus enseñanzas. Aunque de lo que se alegraba mucho más era de que ella también saldría por fin de allí. Llevaba tiempo esperándolo y por fin había llegado el día.

Draketz se incorporó y Nahia se adelantó para ayudarle a ponerse en pie. Le ofreció la lanza para que se agarrara a ella, pero Draketz negó con la cabeza y puso mala cara. Se levantó por sí mismo y recuperó su lanza y escudo. En su rostro había ahora vergüenza. Saludó a Zeru-Urdin-Irakas doblándose mucho.

«No pensé que la jinete de dragón podría vencerte en combate de lanza y escudo, Draketz. Te consideraba superior en técnica. Te ha vencido improvisando, arriesgando. No lo que aquí enseñamos, pero ha funcionado. Te ha sorprendido, a un veterano como tú… Asombroso, sí. Parece que la vida está llena de sorpresas después de todo».

Draketz resopló y bajó la cabeza. Que no estaba nada contento era más que evidente.

«Clase finalizada. Marchad todos. Tened siempre presente lo que habéis aprendido aquí y quizá sobreviváis» envió Zeru-Urdin-Irakas junto a un sentimiento de conformidad, raro en el dragón, que durante todo el curso había sido muy duro.

Las dos escuadras se retiraron y, según lo hacían, lanzaron miradas de despedida a Nahia, pero no a Draketz. Los dos instructores fueron tras ellos.

«Nacida de la Llama» llamó Zeru-Urdin-Irakas.

Nahia se detuvo y se volvió hacia el dragón bajando la cabeza.

«Has completado el curso. ¿Vuelves con tu señor dragón? ¿Está ya recuperado de sus heridas? Tienes permiso para dirigirte a mí».

Nahia asintió.

—Mi señor dragón está ya recuperado. Mañana al amanecer me recogerá y podremos unirnos a la lucha de nuevo.

«Esas son excelentes noticias. Necesitamos a todos nuestros jinetes de dragón y sus señores dragones para acabar con esa plaga

que son los gryphos. ¿Iréis a Jadrakos a por órdenes?».

—Sí, mi señor. Eso tengo entendido.

«Estupendo. Os enviarán a Gryphoros en una misión de castigo, eso hará que estires los músculos».

—Sin duda, mi señor.

«Suerte a tu señor dragón. Que la victoria lo acompañe allá donde luche. Estoy seguro de que se recuperará del deshonor que es para un dragón caer herido».

—Gracias, mi señor —dijo Nahia, que por un momento creyó que la iba a felicitar o desear suerte a ella.

Pero ese instante de confusión mental pasó rápido. Un dragón jamás iba a hacer eso. Ella era una esclava, fuera jinete de dragón o no, y siempre lo sería a sus ojos despiadados.

Nahia salió de la arena y cruzó la academia en dirección al barracón de los maestros de armas. Según se cruzaba con los estudiantes de diferentes años iba pensando que ya casi lo había conseguido, estaba a punto de salir de Drakoros sin ser descubierta. Solo de pensarlo movió la cabeza a los lados de forma inconsciente para ver si alguien la seguía u observaba. No detectó a nadie, pero desde la emboscada de Novak la noche del gran escape, no podía evitar hacerlo. Era como si esperara que la volvieran a atacar o apresar cuando menos lo imaginara.

Resopló con fuerza. Todo iba bien, ya casi estaba fuera. No tenía que ponerse nerviosa, pero una cosa era saberlo y otra muy diferente conseguirlo. Había decidido quedarse hasta terminar el curso, pues lo contrario resultaría muy sospechoso y lo que menos necesitaba eran sospechas después de conseguir la liberación del rey grypho de las mazmorras de la academia.

Pasó junto a uno de los Exarbor encargados de los cursos junto a la fuente y bajó la mirada. Ahora le parecía que todos la observaban: alumnos, maestros de armas, Tergnomus, Exarbor y dragones. Miró hacia una de las atalayas de vigilancia donde siempre había un dragón y al verlo sintió un escalofrío. Estaba tan cerca de

conseguirlo que tenía un mal presentimiento. Lo más probable era que fueran todo imaginaciones suyas, pero sentía como si la observaran todo el tiempo.

Decidió andar más rápido y quitarse aquellos pensamientos negativos de la cabeza. Mejor pensar en lo positivo. Al amanecer saldría de allí y podría ver a Logan de nuevo. Verlo, abrazarlo y besarlo, no podía esperar más para hacerlo. Sobre todo, lo último. Eki ya le había informado de que Aroa y Logan habían regresado. No tenía los detalles del cómo, pero estaban bien y en Jadrakos, por lo que Nahia no podía estar más contenta. El rey grypho había cumplido con su palabra y los había liberado.

Sonrió de oreja a oreja. Recordaba el día en que Eki se lo había dicho como si hubiera sido aquella misma mañana. Pero no, habían pasado semanas interminables de agobio y pesadillas. Por suerte todo acabaría al amanecer. Tenía que mantenerse fuerte, aguantar un poco más y lograrlo. Logan la esperaba en Jadrakos. No habían podido verse porque eso hubiera sido arriesgado. Temían despertar sospechas, después de todo, un rey grypho había escapado y Aroa y Logan regresaban de estar prisioneros en Gryphoros. Los dragones no eran tontos y podían sumar dos más dos. Por ello habían decidido ser prudentes y esperar. No debían llamar la atención lo más mínimo, si conseguían pasar del todo desapercibidos, lograrían estar de nuevo juntos.

Ya tenía el edificio en frente y se dirigió hacia la entrada con paso más rápido. No había prisa, pero prefería estar a cubierto, por alguna razón. Vio dragones de guardia sobre la muralla y la puerta de la academia y supo el motivo. Desde la gran fuga las cosas se habían puesto muy difíciles en Drakoros. El coronel Lehen-Gorri-Gogor y su mano derecha, el comandante Bigaen-Zuri-Indar, habían redoblado la vigilancia tanto en el interior de las mazmorras como en el exterior. Nahia no había podido acercarse, había tenido que renunciar a ver a Egil y apenas tenía contacto con Eki. La última vez que Eki se acercó a la academia para comunicarse con ella, varios dragones de guardia habían salido a ver qué sucedía. Eki consiguió desviar las sospechas, pero fue su último acercamiento.

Nahia suspiró. Lo que más la apenaba era no poder ver a Egil. La comunicación con él también se había reducido al mínimo absoluto. La vigilancia dentro de las mazmorras era ahora muy fuerte. No podían arriesgarse a que un mensaje fuera interceptado, no por el momento. Tendrían que esperar a que las cosas se tranquilizaran un poco. Los dragones estaban muy enfadados por lo que había sucedido. Lo consideraban una deshonra terrible. Se rumoreaba que Lehen-Gorri-Gogor sería depuesto por tan flagrante error. Nahia pensó que depuesto en el mundo de los dragones sonaba a perder la cabeza. Sí, algo así le sucedería. Y si descubrían quién había sido, y lo estaban buscando por todos lados, ella sufriría una muerte horrible. De eso no tenía duda.

Con ese pensamiento llegó al barracón. Sacudió la cabeza para que se le fuera, pero no lo consiguió. Pensó que si se tumbaba un poco en su catre y descansaba se le pasarían los malos agüeros. Eso esperaba porque luego tenía que ir a cenar y no quería hacerlo con esos pensamientos. La cena se había convertido en otra tortura por tener que interactuar con los otros Maestros de Armas, de los que no se fiaba en absoluto. Decidió no pensar en ello en aquel momento. Sabía que eran nervios por estar tan cerca de lograr salir de allí ilesa, pero no podía evitar sufrir con ellos. Ojalá pudiera apagar su cabeza como una lámpara de aceite, pero por desgracia no era factible.

Al pasar frente al Exarbor encargado del barracón, éste le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Maestra de Armas... —dijo con la habitual lentitud al hablar.

—¿Qué sucede? —preguntó Nahia con un ápice de angustia en la voz, como si esperara algo malo.

Tenía que disimular y no podía ni hablar con un Exarbor… Se mordió la lengua y al hacerse daño, de pronto, se sintió más tranquila.

El Exarbor la miró con aquella cara de madera rugosa y ojos indescifrables de los de su especie.

—Hemos cambiado… la vasija de agua… de su cuarto.

—Oh, vale, gracias. Sí, estaba rota.

—La nueva… no lo está…

—Gracias. Muy buen servicio —agradeció ella y subió por las escaleras hacia su habitación. A su vasija no le pasaba nada, así que aquello significaba que alguien quería comunicarse con ella.

Según subía se encontró con Draketz, que bajaba. Ambos se detuvieron como si de cruzarse se fueran a dar un fuerte golpe.

—Jinete —saludó él con una leve inclinación de la cabeza.

—Maestro de Armas —devolvió el saludo Nahia con el mismo gesto, aunque por posición no tenía por qué. Los jinetes de dragón estaban por encima de los Maestros de Armas en rango.

—¿Marchas al amanecer?

Nahia asintió.

—Sí, con la primera luz.

—Espero que tengas suerte en tu próximo destino.

—Gracias, este no ha estado mal —respondió ella con tono amigable pese a que la tensión que había entre ambos era palpable. Nahia estaba segura de que, de poder, aquel Drakónido la atravesaría con su lanza y lo haría sonriendo.

—Los dos sabemos que no estás hecha para ser Maestra de Armas. Ni por técnica ni por carácter.

—Quizá no por lo segundo, pero por lo primero ya he demostrado que sí.

—Con trampas.

—De trampas nada. Te he vencido en combate limpio.

—Era un combate de exhibición en el que demostrar a la clase los movimientos aprendidos durante el curso. Tú no has hecho eso, has improvisado, has roto las reglas.

—Te he vencido y es lo que te molesta. Yo siempre improviso —respondió Nahia, que sabía que Draketz tenía razón, pero no iba a dársela. No después de todo lo que había aguantado.

—Por eso siempre serás una mala Maestra de Armas, y también pésima jinete de dragón. Solo la disciplina lleva a la victoria, cosa que tú no tienes.

Nahia quería decirle un par de cosas más, pero consiguió calmarse. Discutir con Draketz no iba a servirle de nada, incluso podía crearle problemas. Él era un Drakónido y además un Mastro de Armas. Recordó que un maestro fue quien intentó entregarla por la recompensa que los dragones ofrecían por su cabeza. Mejor no arriesgar.

—Gracias por tu consejo. Intentaré seguirlo —Nahia le dedicó media sonrisa y pasó por el lado del Drakónido para seguir subiendo.

Draketz la agarró del antebrazo.

—Ten mucho cuidado ahí afuera. Tienes tendencia a hacerte enemigos.

Nahia lo miró a los ojos. Veía odio en ellos.

—Ha sido un placer compartir clase contigo. Hasta nunca —se despidió y siguió subiendo.

—Volveremos a vernos —aseguró Draketz.

Nahia volvió la cabeza un instante. No le gustaba cómo había sonado aquello, pero no quería más enfrentamientos, así que siguió subiendo hasta su habitación.

Entró y cerró la puerta. Fue directa hacia la vasija de agua y la levantó. Debajo había una nota doblada, como había imaginado. La abrió y leyó.

Devuelva el tomo a la biblioteca. Ha superado el tiempo de tenencia permitido.

Hoy, antes de la cena sin falta, o será sancionada por tardanza.

Nahia conocía bien aquel mensaje. Era Liburex, que quería hablar con ella. Siempre enviaba el mismo mensaje. Nahia fue hasta su mesilla y cogió uno de los dos libros que siempre tenía allí de la biblioteca.

—Algo pasa, y este no es precisamente el mejor momento —masculló ente dientes.

Capítulo 2

Nahia se dirigió a la biblioteca con una inquietud que le bailaba en el estómago. Liburex no la convocaría el día anterior a su marcha si no pasase algo importante. Sí, algo sucedía. Ya habían establecido cómo operar una vez estuviera fuera de Drakoros, que sería con la llegada del amanecer, aunque viendo cómo iba el día quizá no fuera así. Mil ideas le asaltaron la cabeza una tras otra mientras se acercaba al edificio con forma de gran esfera blanca con tonos plateados. La biblioteca perla, como le gustaba pensar a ella, era un lugar que siempre la había fascinado.

Inspiró profundamente y entró. Mientras exhalaba fue estudiando con su mirada los seis pisos redondos con barandillas de cristal que daban al patio circular. Quería ver si identificaba algo fuera de lugar o sospechoso. Avanzó hasta la gran columna de plata en forma de libro con tapas de oro. No vio nada que le pareciera raro, la veintena de Exarbor que habitualmente atendían en mostradores allí, trabajaban con la misma parsimonia de siempre.

—No sucede nada. Tengo que tranquilizarme —masculló para sí misma.

Varios alumnos de tercer año pasaron a su lado y la miraron de reojo. La razón era que los Maestros de Armas rara vez iban a la biblioteca. Por eso mismo, Nahia apenas ponía un pie allí, solo cuando Liburex lo requería. Sintió un escalofrío, lo mejor era terminar con aquello rápido y no llamar más la atención.

Se acercó a uno de los mostradores e hizo como que devolvía el tomo. El Exarbor bibliotecario que la atendió era uno en particular que siempre estaba allí, en aquel mostrador, puesto por Liburex. Miró el libro y al darse cuenta de qué tomo era, levantó la mirada y observó a Nahia un largo momento. Nahia no se puso nerviosa, siempre lo hacía así. Las primeras veces le había resultado insufrible

aquella lentitud en momentos de riesgo, pero ahora, ya acostumbrada, aguardó con paciencia a que reaccionara.

—El bibliotecario… jefe… desea verte.

—Vaya, qué sorpresa. No sé qué querrá, quizá sea por mis retrasos al devolver los libros —disimuló Nahia y puso cara de estar preocupada por el asunto.

—Es lo más… probable… Puedes ir subiendo…

Nahia asintió y se dirigió a las escaleras. Con paso rápido, aunque no demasiado para no llamar la atención, se dirigió a la planta quinta, donde Liburex tenía su despacho. Al subir fue observando a los alumnos de los diferentes años, cada uno en su piso con la nariz en los libros. Sintió una melancolía extraña al recordar todo el tiempo que había pasado allí estudiando y practicando magia, pero se le pasó al momento al pensar en que todos aquellos desdichados iban a convertirse en brujos de dragón y estaban condenados a servir a los dragones hasta morir en algún campo de batalla. Bueno, los que llegaran a graduarse.

Al pensar aquello su llama interior se le encendió en el estómago y tuvo que realizar un esfuerzo para calmarse. No quería que se exaltara, cuando lo hacía, cualquier cosa podía pasar y no era ni el momento ni el lugar. Solo le faltaba prender fuego accidentalmente a la biblioteca en un arrebato de rabia por el odio que sentía.

Llegó al recibidor del quinto piso y vio los butacones. Tras ellos estaba un Exarbor que la observó llegar. La esperaba.

Le hizo un gesto con su dedo de rama para que se acercara y Nahia así lo hizo.

—Sígueme… El Bibliotecario Jefe… te espera…

Nahia lo siguió hasta el despacho de Liburex. Le pareció que tardaban una eternidad, como siempre.

El Exarbor levantó el brazo despacio y llamó a la puerta.

—Adelante… —se oyó desde el interior.

Nahia entró y vio a Liburex sentado en su sillón detrás de la amplia mesa de roble tallado. Tenía mucha luz en la habitación, más

de lo normal. Procedía de las diferentes lámparas que había por todas partes. Nahia las miró con recelo. Intuía que, de alguna forma, la magia de Liburex resonaba en ellas. A Nahia la magia del Exarbor todavía la tenía algo desconcertada.

—Nahia… has venido rápido… —dijo Liburex, su rostro de corteza parecía más serio de lo habitual. No la recibió con una sonrisa, lo cual no era buena indicación.

—Me ha parecido que algo pasaba y he venido enseguida.

—Y rápido… —el bibliotecario que la había llevado hasta allí había hecho el comentario con tono de reproche.

Nahia miró por encima del hombro y vio cómo se marchaba y cerraba la puerta del despacho.

—Ya podemos… hablar con… tranquilidad —dijo Liburex y su rostro pareció relajarse un poco.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Tranquila… vas siempre demasiado rápido… eso lleva a precipitarse…

—Lo veo en tu rostro, algo pasa. Mejor saberlo cuanto antes.

—Los humanos… con vuestro temperamento… siempre me habéis parecido… dignos de estudio…

—¿Es eso un cumplido? No me lo ha parecido.

—Digamos que nosotros… valoramos más la paciencia… El pensar bien las cosas… antes de tomar ninguna decisión… y desde luego… antes de actuar...

—Lo de un Exarbor activo es una contradicción total.

—Un oxímoron…

—Lo que sea, ya me entiendes, no te pongas culto conmigo.

Liburex sonrió y Nahia se tranquilizó un poco.

—Te he hecho llamar… porque hay problemas…

—Ya sabía yo. ¿De qué tipo?

—Del tipo que cuestan… la vida a una persona…

—A mí te refieres, ¿verdad? —dedujo Nahia y el estómago se le removió.

—Así es… —asintió Liburex.

—¿Me han descubierto los dragones? —preguntó conteniendo el temor que sentía a que la respuesta fuera positiva.

—Están… a punto de hacerlo…

—¿Cómo? Parto mañana por la mañana.

—Muy a punto… pero será mejor… que lo decidas por ti misma…

—Explícamelo.

—Mejor si lo ves… —Liburex se puso en pie y se dirigió con paso lento hasta una estantería con libros en la pared.

Junto a ella estaba una de las lámparas que brillaba con un brillo extraño, mágico. La señaló con su dedo índice.

—Oh, vas a usar tu magia —dedujo Nahia. Se acercó hasta Liburex y la lámpara que señalaba.

—En efecto… Observa con atención…

Liburex puso la mano derecha sobre la lámpara y cerró los ojos. Si antes estaba inquieta, ahora mucho más. El cuerpo del bibliotecario jefe emitió un destello verde mágico que Nahia captó. Todo el cuerpo de Liburex quedó rodeado de un aura de color verde intenso que bajó de su mano hasta la base de madera de la lámpara hasta rodearla. Un instante después la lámpara brillaba con la misma aura verde.

Nahia ya había visto a Liburex hacer aquello y no se sobresaltó, aunque no entendía cómo funcionaba la magia del Exarbor. De pronto le llegaron voces, dos, una masculina y la otra femenina.

—Siguen pasando el mensaje entre los alumnos —dijo la voz profunda masculina que Nahia identificó al momento como de un Drakónido.

Por cómo sonaba su voz debía ser grande, aunque aquello no podía asegurarlo.

—Lo hacen cada vez con mayor descaro —dijo la voz femenina, también Drakónida.

—Apenas disimulan. Mira ese grupo de ahí, y eso que son de tercer año, están hablando sobre la rebelión. Puedo oírlo desde aquí.

—Lo hacen ya con insolencia, como si fueran los dueños del lugar —dijo la Drakónida con voz de rabia.

—Se equivocan, son unos traidores y pagarán por ello con sus vidas —aseguró el Drakónido con ira contenida en su voz.

—Tenemos que acabar con esto. Vayamos donde nuestros señores dragones y delatémoslos —propuso la Drakónida.

—Entiendo tu rabia, yo la siento igual, pero no. Debemos averiguar primero quién los lidera.

—Los líderes de tercer año sabemos quiénes son. Están en la mesa más al fondo —dijo la Drakónida.

—Cierto. Quién lidera a los de tercero lo sabemos, pero no me refiero a eso. Tenemos que averiguar quién lidera a todos, quién es el líder de la rebelión.

—Oh, entiendo. Pero eso será más complicado.

—Ya está en marcha. Llevo tiempo buscando una fuente de información creíble y la he encontrado.

—¿Aquí, en la academia?

—Sí, aunque la información no es de aquí dentro. Viene del exterior.

—Eso es arriesgar mucho. ¿Por qué no entregamos a los líderes de tercero? —propuso la Drakónida—. Nuestros señores dragones pueden sonsacárselo por las malas sin problema —dijo la Drakónida.

—Cierto, pero no sabemos si lo saben. Además, si les llevamos al traidor, al líder, nos recompensarán con oro, con la libertad.

—¿Ese rumor es cierto? ¿El de la recompensa por la cabeza del líder de la rebelión? —preguntó la Drakónida con duda en su entonación.

—Nuestro líder de escuadrón, Ezin-Beltz-Ikus, nos ha confirmado que hay una recompensa por la cabeza del líder de la insignificante revuelta. No lo consideran ni relevante, pero cualquier atisbo de rebelión debe ser castigado de inmediato. Así nos lo ha dicho hoy mismo.

—Entonces seguro que mi líder de escuadrón también nos lo transmitirá en breve —comentó la Drakónida.

—Estoy seguro de que si no lo ha hecho todavía es porque no le ve demasiada importancia, pero lo hará. He hablado con Drekon y su dragón líder de escuadrón ya se lo ha comunicado también.

—Entiendo. Si ya lo están informando a todos los escuadrones pronto llegará al mío también. Siendo así, estoy de acuerdo en que si hay una recompensa tan importante deberíamos obtenerla nosotros.

—Solo el honor de entregar al cabecilla es suficiente, pero no voy a decir que no a la libertad y a una buena suma de oro para disfrutarla —dijo el Drakónido con tono de victoria.

—Descubramos quién es ese traidor que los lidera. Luego entregaremos a esos de ahí también —dijo la Drakónida mirando a los de tercero.

—Habrá gloria para nosotros —afirmó el Drakónido.

El sonido se fue apagando hasta que Nahia no pudo oír nada más.

Se volvió hacia Liburex.

—¿Quiénes son?

—Dos Drakónidos… demasiado inteligentes… y con muy malas intenciones.

—Que tienen muy malas intenciones me ha quedado muy claro. ¿Están en la biblioteca ahora?

—No sé… qué pretendes…

—No puedo dejar que delaten a los de tercero que están organizando la revuelta.

—No me… has dejado terminar la frase…

—Es que vas muy lento y la situación es crítica.

—Por eso hay que ir… con cuidado… y pensar bien cómo actuar…

—Hay vidas en juego, no hay tiempo para pensarlo mucho.

—Entre ellas… y la que más me preocupa a mí… la tuya.

Nahia miró a Liburex con ojos grandes.

—Vaya, así que te preocupas por mí.

—Me preocupo por la rebelión… que también me atañe, a mí y a los míos…

—Ya, solo te intereso mientras la revolución siga adelante y yo al frente —dijo Nahia con acidez.

—Tú y yo tenemos un entendimiento… sobre el objetivo final de nuestra relación…

—Sí, la libertad de nuestros pueblos.

—Eso es… Mientras ese objetivo perdure… nosotros tendremos una gran relación… de mutua confianza.

—Más nos vale a los dos.

—Sí, cierto… sería terrible que te capturaran con vida los dragones… Hablarías…

—Y eso no te conviene lo más mínimo.

—Así es… por eso debemos evitar que te capturen… y te torturen para extraerte… información sobre la rebelión y tus cómplices…

—Entonces hay que pararles los pies a esos dos Drakónidos. No voy a dejar que delaten a los líderes que se reúnen en la biblioteca para transmitir el mensaje y captar miembros. ¿Cómo se habrán enterado?

—Porque tus líderes delegados en la academia… no han sido lo suficientemente cuidadosos…

—Estoy segura de que han sido todo lo cuidadosos que han podido, pero la gente habla… incluso aquí. Habrán escuchado alguna

conversación o alguien les habrá intentado captar pensando que eran afines.

—Era solo cuestión de tiempo… El riesgo es muy alto… Es normal que tarde o temprano alguien cometa un error… y se descubra lo que sucede aquí… Por eso soy tan cuidadoso…

—Sí, era cuestión de tiempo, pero aún estamos a tiempo de detener a esos dos. Puedo ir a la biblioteca e intentar...

—Esa conversación que… has escuchado… sucedió hace tres días.

—¿No ha sucedido mientras la escuchábamos?

Liburex movió despacio su cuello de lado a lado.

—No… esa conversación ya sucedió… La he recreado.

—¿Puedes guardar las conversaciones que oyes? —Nahia estaba muy sorprendida.

Le costaba entender cómo era posible aquello. La conversación ya había ocurrido y ella la había oído como si se estuviese produciendo en ese momento.

—Puedo —asintió Liburex con otro movimiento muy lento de cuello que sonó como si se quebrara una rama.

—Tu magia es algo de lo más singular. Ya lo creo.

—¿No lo son… todas?

Nahia lo pensó un instante.

—Sí, creo que todas lo son en su extraña manera.

—Mi magia… me permite sentir a través de la madera… y guardar lo sentido.

—¿Sentir? Pensaba que solo oír.

—Es algo más amplio que solo oír… Digamos que es un cúmulo… de todos los sentidos.

—Eso no me lo habías contado.

—Según nuestra amistad crece… te dejo entender más… sobre mí.

—Ya veo. Me agrada que opines que nuestra amistad crece. No estaba yo muy segura de si era una amistad.

—Lo es… Una que nos conviene a los dos…

—Entiendo, una amistad por conveniencia.

—Son las mejores… te lo aseguro.

—No estoy de acuerdo, pero dejaremos esa discusión para otra vez. ¿Qué hacemos para detener a esos dos Drakónidos? No pienso permitir que hagan el mal en la academia.

—Se llaman Dregosis y Drata…. Dregosis es un macho agresivo… pero inteligente. Drata es astuta… Es ella la que hizo que uno de los rebeldes intentara captarla… Así descubrieron lo que sucedía… aunque ya sospechaban lo que estaban viendo… y oyendo entre los otros alumnos… Los rumores son continuos en la academia… y ahora llegan desde Tremia… donde hay noticias de tus hazañas… y de las de tus amigos.

—¿Llegan hasta la academia desde Tremia?

—Sí, tu amigo Egil es un genio… No sé cómo lo hace… pero tiene una red de agentes que traen… y llevan información.

—Entiendo que la que llega a la academia pasa por ti.

—Casi toda, sí… Pero si te digo la verdad… creo que Egil podría hacer llegar información a la academia sin mí.

—¿A través de Ipotxon?

—Por ejemplo… sí.

—Egil tiene una mente excepcional y un gran corazón. No sabes lo que me apena no poder hacer nada por él.

—No es el momento… Debido a la fuga del rey grypho… la vigilancia en las mazmorras es ahora máxima… También alrededor de la academia.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Sin duda Egil ya contaba con ello… Sabía que... si el rey grypho escapaba… él no podría en un tiempo.

Nahia asintió.

—Ya ha sufrido bastante, me parte el alma.

—Un día será su día de victoria… Estoy seguro… Alguien tan brillante al final consigue sus objetivos… Además, con su paciencia infinita lo logrará… No va a precipitarse con un plan arriesgado… Buscará la forma segura de hacerlo y cuando la encuentre… la llevará a cabo.

—Eso espero yo también… —Nahia lo deseaba de verdad.

Tenía todo su apoyo y, cuando llegara el momento, si la necesitaba allí estaría, sin importar el riesgo.

—Esta noche tendrás trabajo… del arriesgado… ¿Estás segura de que quieres correr el riesgo?

—Por supuesto que voy a correr el riesgo.

—Todavía no saben que eres tú… Puede que no lo descubran antes de mañana por la mañana… Puedes escapar.

—Aun así, no voy a dejar que entreguen a los líderes.

—Muy bien… imaginé que esa sería tu reacción.

—¿Qué hago?

—Ipotxon tiene más información… que puede ayudarte con este problema… Siento que haya surgido justo cuando marchabas.

—Prefiero que haya sido ahora que todavía puedo hacer algo.

—Se puede mirar así también, sí… Ten cuidado… Esos dos Drakónidos son muy peligrosos… Son tan fuertes como inteligentes y astutos.

Nahia asintió.

—No te preocupes, lo tendré.

—Si todo sale bien y logras salir con vida de la academia… te deseo suerte ahí afuera… Yo seguiré aquí… y te ayudaré con cuanto pueda.

—Si el riesgo no es excesivo, quieres decir.

—Siempre midiendo el riesgo, claro está… pues mi caída sería muy perjudicial… para los míos.

Nahia asintió. Ahora conocía mejor a Liburex y sabía de sus virtudes y de sus limitaciones en cuanto a ella y la causa se referían. Pero, sobre todo, sabía que podía confiar en él… hasta cierto punto.

Capítulo 3

Salió de la biblioteca con una mezcla de inquietud y con su llama interior creciendo en su estómago. Intentó calmarse para que su llama no se encendiera, pues tenía muchos problemas para controlarla. Por experiencias pasadas sabía que, de no hacerlo, podía transformarse en llama viva o algo peor. Tenía la sensación de que todavía no había visto todo lo que su llama interior podía hacer y esto le daba verdadero miedo.

Se cruzó con varios estudiantes de diferentes años según se alejaba de la biblioteca y encaraba el edificio de intendencia. Se preguntó si aquellos estudiantes estarían con la rebelión o no, aunque esperaba que sí. Por lo que sabía, los líderes de la rebelión de cada curso estaban captando a cuantos podían al tiempo que expandían el mensaje entre todos. Ella estaba muy orgullosa de esa labor y la organización que habían creado en la academia. Por esa razón debía intervenir y evitar que los dragones torturaran y ejecutaran a los líderes, destruyéndola.

La academia era clave para la rebelión. Los brujos de dragón que se graduaban allí e iban a Tremia y otros mundos debían conocer el mensaje y estar con la causa. De esa forma, el mensaje se expandiría luego por tierras lejanas.

Soltó un resoplido amargo. Sí, debía impedir que destruyeran lo que habían creado, era demasiado importante. También era mala suerte que aquello sucediera horas antes de que lograra la libertad y pudiera reunirse con su amado. Iba a tener que arriesgar ambas cosas, por mucho que le fastidiara. Había contemplado la opción de no intervenir y salir de allí como fuera para reunirse con Logan, pero la había desechado al instante. No iba a dejar que todo por lo que habían trabajado fuera destruido teniendo ella una oportunidad de hacer algo para evitarlo.

Pensó en Egil y su sacrificio. Era lo menos que podía hacer. Si fracasaba y moría, al menos lo haría sabiendo que había conseguido liberar a Logan y que él entendía el motivo de su desenlace letal en la academia. Logan lo entendería, sí, sin duda. En su situación, él actuaría igual que lo iba hacer ella, de eso Nahia estaba convencida.

Avanzó decidida hacia la puerta del edificio de intendencia. De reojo observaba a los dragones que vigilaban en las murallas y atalayas. Siempre tenía la sensación de que la miraban a ella, como si supieran que estaba ideando algo o que estaba a punto de cometer una acción en su contra. Descartaba aquellas sensaciones tras un momento, pues sabía que no era el caso. Vigilaban a todos cuantos estaban en la academia y a distancia suficiente para verlos.

Inspiró y dejó salir el aire por la nariz. No podía dejarse llevar por su intranquilidad. Tenía que pensar con serenidad y actuar con calma. La misión que tenía entre manos iba a ser difícil de completar y habría sangre de por medio. Esperaba que no fuera la suya, pero en Drakoros morir no era raro, y más para los que andaban envueltos en asuntos que iban en contra de los dragones. De reojo vio el gran castillo y los dragones de guardia frente a la imponente estructura militar. Con su suerte seguro que salía Lehen-Gorri-Gogor o Bigaen-Zuri-Indar y ordenaban su arresto. Si eso sucedía, nadie volvería a saber de ella.

Sacudió la cabeza.

—Céntrate —se dijo a sí misma entre dientes según llegaba a la puerta del edificio.

—¿Sí, Maestra de Armas? —dijo una voz que reconoció como la de un Tergnomus.

Nahia se detuvo y miró al Tergnomus junto a la puerta. Era del tamaño habitual de los de su raza, algo más fuerte de hombros. Dedujo que era un mozo de intendencia, pues era joven y por esa razón no tan feo todavía. Los Tergnomus eran poco agraciados y envejecían mal, por lo que Nahia había visto hasta el momento. El carácter también se les agriaba con el paso del tiempo, al menos eso era lo que ella había experimentado.

—No, nada, hablaba sola.

—Una costumbre de locos —respondió el Tergnomus con su habitual tono hosco.

—Sin duda —afirmó ella, que sabía que llevarle la contraria a un Tergnomus era perder el tiempo.

Lo ignoró y entró en el edificio. Observó el lugar y vio que estaba tranquilo. Era casi de noche y a esas horas no solían tener mucho trabajo por allí. En el interior tenían que preparar todo lo necesario para el día siguiente, siempre había armaduras o armas que reparar, nuevos pedidos que ordenar y mil cosas más que debían tener listas con cada amanecer para que la academia funcionara sin el más mínimo problema. Los dragones no aceptaban errores, retrasos o faltas, y en intendencia eso lo sabían muy bien.

Detrás del mostrador vio a Hiputz dando órdenes a dos de los mozos de almacén. Nahia no dijo nada para no llamar la atención de dos alumnos de segundo que estaban junto al mostrador. Uno de ellos era un Drakónido, así que mejor que ni se fijara en ella. Esperó a que el malhumorado jefe de intendencia la viera. Tardó un momento, pues estaba discutiendo algo. La cantidad de discusiones que siempre había entre los Tergnomus era algo que la dejaba perpleja. Discutían más que hablaban y, aun así, conseguían trabajar más que nadie. Era de lo más sorprendente.

Al cabo de un momento Hiputz la vio y su cara, siempre seria, se endureció un poco más. Le hizo un gesto con la mirada que Nahia entendió. Debía ir a la parte posterior del gran edificio. No dijo nada y salió por la puerta con la cabeza gacha. Con paso rápido, pero sin correr, fue hasta la parte de atrás del edificio. No percibió que ningún alumno o dragón se fijaran en ella, lo que la tranquilizó un poco. Al llegar a la puerta de atrás llamó con suavidad, intentando no hacer ruido, aunque allí atrás no había nadie.

La puerta se abrió.

—Pasa, rápido —dijo una voz de Tergnomus.

Nahia hizo como le indicaban. En la estancia encontró a Ipotxon, jefe de los Tergnomus y líder de los Tergnomus rebeldes, y a su hijo

Txikiterg. Como era habitual, llevaban varios Tergnomus guardaespaldas de aspecto peligroso.

—Me alegra veros bien a los dos —saludó Nahia, que no los había visto en un largo periodo de tiempo.

Ipotxon se cuidaba mucho de dejarse ver. Su tapadera era que trabajaba en el almacén y era un simple trabajador, cuando en realidad era mucho más que eso. Allí dentro, entre miles de cajas, sacos y contenedores y con decenas de Tergnomus trabajando sin descanso día y noche, el líder desparecía y su existencia se convertía en un misterio.

—Y a nosotros verte a ti de una pieza, aunque corres serio peligro —saludó Ipotxon.

—Por eso he venido. Necesito información.

—¿Has hablado con nuestro amigo entre los Exarbor? —quiso saber Ipotxon.

Nahia asintió.

—Me ha dicho que podrías ayudarme.

—Estás en un buen lío, uno del que quizá no salgas viva —dijo Txikiterg con tono de advertencia.

—Lo sé.

—Te encuentras en una encrucijada peligrosa. Por lo que tengo entendido abandonarás la academia al amanecer. Puede que lo consigas si no intervienes en los eventos de esta noche —razonó Ipotxon.

—Si se descubre quién soy esta noche no creo que llegue al amanecer. Y, en cualquier caso, no puedo permitir que esos dos Drakónidos entreguen a los líderes de tercer año. Los dragones los harán hablar, no soportarán la tortura y todo lo que hemos logrado se derrumbará. Además de las muertes que traerá.

—Si los entregan a los dragones, dalo por hecho —aseguró Txikiterg.

—Por eso mismo estoy aquí, necesito evitar que ocurra.

Ipotxon resopló.

—Estás forzando mucho las cosas, quizá no sea lo que debes hacer. Todos tenemos un propósito. El tuyo es liderar a los tuyos…

—Muy probablemente mueras antes del amanecer si intervienes —pronosticó Txikiterg.

Nahia suspiró y se encogió de hombros.

—Veo que seguís tan amenos como de costumbre. Es siempre una alegría pasarme por aquí. En cuanto a lo de morir… ya veremos.

—Mi hijo tiene razón. Lo que vas a hacer es demasiado peligroso, mi consejo es que intentes salir de aquí mañana por la mañana sin intervenir esta noche. Luego, desde fuera, puedes intentar reconstruir lo que los dragones destruyan de tu organización en la academia.

—Agradezco mucho tu consejo y sé que es lo más prudente, pero no voy a dejar que entreguen a los líderes de tercero sin intentar evitarlo.

—Es tu funeral, tú sabrás —dijo Txikiterg y abrió las manos indicando que él ya la había advertido.

Ipotxon la miró y asintió.

—Veo que estás decidida, así que no seré yo quien se interponga en tu camino.

—¿Me ayudarás?

—Te ayudaré proporcionándote información, pero no arriesgaré a los míos. El riesgo es demasiado alto en esta situación.

Nahia asintió.

—Lo entiendo, con la información es más que suficiente.

—Muy bien —Ipotxon miró alrededor como asegurándose de que estaban solos—. Dregosis y Drata se van a reunir esta noche con un soplón que tiene la información que buscan.

—¿La información sobre mí?

—Eso creemos. El soplo llegó ayer, alguien le envió una carta. Viene de Drameia.

—Tiene sentido. Por eso no han ido a delatar a los líderes de tercero, quieren delatarme a mí también.

—Eso parece, sí.

—Una vez tengan la información, estáis muertos todos —dijo Txikiterg con tono funesto.

Nahia sintió un escalofrío, pero no dejó que los Tergnomus lo notaran.

—¿Sabéis quién es el soplón? —preguntó Nahia.

—No, pero creemos que es alguien de la academia.

—¿Un alumno? ¿Un sirviente?

—Creemos, aunque podemos estar equivocados, pero… un Maestro de Armas.

De inmediato Nahia vio la cara cicatrizada de Draketz en su mente.

—Eso tiene mucho sentido…

Uno de los maestros la había descubierto en la fuga del rey grypho. Seguro que había más de uno tras su pista y, como había una recompensa de por medio, una increíble, libertad y oro, no compartirían información entre ellos. O al menos eso era lo que Nahia creía, pues tras el intento de entregarla de Novak, ningún otro maestro lo había intentado. Nahia creía que era porque solo Novak tenía información sobre ella, aunque podía estar equivocada.

—Un Tergnomus no es, eso seguro —afirmó Txikiterg.

—¿Sabemos lugar y hora de la reunión? —Nahia no se iba a perder esa reunión por nada del mundo.

—Hemos logrado averiguar que será esta noche en el gimnasio, a medianoche —dijo Ipotxon, que se llevó los dedos a ojos y orejas, indicando que los suyos lo veían y oían todo.

—Esa información ha sido muy difícil de conseguir. No la desperdicies malgastando tu vida —dijo Txikiterg.

—Espero no hacerlo.

—Esos dos Drakónidos, aunque son de tercer año, son muy duros. No te confíes. Te pondrán las cosas difíciles —advirtió Ipotxon.

—Lo imagino. No soy de las que se confían y menos con Drakónidos.

—Habrá, además, un tercer personaje que no sabemos quién es —comentó Txikiterg—. Puede que también sea peligroso, sobre todo si, como creemos, es un maestro.

Nahia estaba casi convencida de que era Draketz. Siendo así, enfrentarse a los tres Drakónidos iba a resultar una locura. Además, si había ruido, los dragones podrían descubrirla.

—Deberías llevar un plan bien pensado. Enfrentarte a ellos sin más puede ser demasiado, incluso para ti —aconsejó Ipotxon.

—Me preocupa más el ruido o que den la alarma —compartió Nahia.

—Si te ven darán la alarma, seguro —dijo Txikiterg—. Y será tu fin y el de los líderes de tercero. Y luego del resto.

—Sí, tengo que sopesarlo bien —asintió Nahia y se quedó pensativa.

No sabía qué iba a hacer, pero ir de frente no le pareció la mejor de las opciones. Tendría que idear algo que los cogiera por sorpresa. Además, no podía precipitarse, debía esperar a que el soplón apareciera antes de actuar.

—Te deseo suerte —dijo Ipotxon—. Me gustaría verte cruzar la puerta y salir de la academia mañana por la mañana. Si no lo consigues será una lástima.

—Quiero que me prometas una cosa —pidió Nahia con voz seria.

—Si está en mi mano… —respondió Ipotxon.

—Si no salgo de aquí mañana, si muero o me entregan a los dragones, quiero que sigas luchando por la libertad. Alguien tomará mi lugar. Ayuda a esa persona. La causa debe continuar, aunque yo muera.

Ipotxon suspiró.

—Si tu caes, tendré que desaparecer porque te sacarán mi nombre.

—No dejaré que lo hagan.

—No podrás evitarlo. La tortura hace hablar a todos —dijo Txikiterg.

—Si me capturan y torturan, haré que mi llama interior me consuma viva hasta morir. No os delataré, ni a vosotros ni a nadie.

Ipotxon y Txikiterg se miraron en silencio.

—Eso te honra —dijo Ipotxon.

—¿Puedes hacer eso? —Txikiterg no estaba tan convencido.

—Puedo convertirme en una llama viva. Solo tengo que dejar que me consuma. Sí, puedo —afirmó Nahia, que no sabía si era cierto.

—Pues si te capturan, hazlo —dijo Txikiterg—. O moriremos todos.

—No os delataré nunca. Os doy mi palabra de honor.

Ipotxon se acercó hasta Nahia y le ofreció su mano.

Ella la apretó con fuerza.

—Eres una gran líder. Te deseo que la suerte te acompañe siempre.

—Gracias, Ipotxon. Suerte a ti también, siempre.

Capítulo 4

Nahia aguardaba escondida detrás de la fuente, en la parte posterior del gimnasio con mil pensamientos por su cabeza, la mayoría malos. Apareció uno bueno y se aferró a él para revivirlo y tranquilizarse. Recordó estar en aquella misma fuente con Logan, cuando él la ayudaba con los entrenamientos de fuerza. Recordó los intensos sentimientos que vivió, cómo su corazón se aceleraba y latía con tanta fuerza que parecía que fuera a explotar tan solo por estar junto a él, por sentirlo a su lado, por oír su voz y tener su presencia frente a ella.

Suspiró. Cuánto deseaba verlo, acariciarlo, abrazarlo, besarlo… Solo de pensarlo su corazón volvía a latir acelerado. Deseaba que estuviera allí con ella. Entre los dos hubieran acabado con aquella enrevesada situación en un momento. Por desgracia, tendría que arreglárselas sola, como ya había hecho incontables veces. No iba a ser fácil, pero saldría de allí viva y libre. Empujó el miedo a un lado y se centró en lograr que aquella misión fuera un éxito.

Escuchó el aleteo de un ave nocturna pasar sobre el edificio y se sobresaltó. Vio la luna entre las nubes. Ya era media noche, llegaba el momento de la verdad. Se puso en movimiento.

Se acercó hasta la puerta trasera del gimnasio y la encontró abierta. Era lo normal, no había necesidad de cerrarla. Con cuidado echó una ojeada hacia el interior. Había muy poca luz, una lámpara en la entrada y otra en medio del edificio. Nahia no necesitó más para discernir a Dregosis y Drata en el centro del gimnasio. Aguardaban en silencio.

Nahia se apartó de la puerta para que no la vieran. Se pegó a la pared izquierda y aguardó. Quien fuera a reunirse con ellos llegaría por la puerta de atrás, o al menos eso razonó ella. Esperaría allí y lo interceptaría antes de entrar. Eliminado el primer problema, el

segundo, el que representaban Dregosis y Drata, sería más fácil de solucionar.

Esperó en tensión. En la mano derecha sujetaba su daga, preparada para un rápido y silencioso ataque. Con un tajo certero degollaría a quien se presentara antes de que entrara en el almacén. El soplón no llegaría a pasar la información sobre ella.

Pasó un rato y nadie apareció, eso no le gustó nada. ¿Se retrasaba o sucedía algo más? De pronto oyó voces en el interior. Se dirigió a la puerta y echó otra ojeada rápida. Con Dregosis y Drata había una tercera persona, estaban hablando.

El soplón había entrado por la puerta delantera. Nahia maldijo entre dientes su mala suerte. ¿Quién iba a un encuentro clandestino y entraba por la puerta principal habiendo una trasera? Alguien con mucha confianza o que no pensara que estaba haciendo nada mal. Probablemente ambas cosas. En cualquier caso, aquello era fatal para el plan que Nahia había ideado, pero de nada servía lamentarse, tendría que improvisar.

Entrecerró los ojos e intentó descubrir quién había llegado. Por desgracia llevaba una capa con capucha y no se le veía la cara. Ni siquiera podía estar segura de la raza. Tauruk-Kapro no era, eso seguro. Fatum tampoco porque era bastante fuerte. En cualquier caso, tenía un serio problema, su plan se había torcido por completo.

Escuchó un momento intentando entender qué decían, pero no le llegaban más que susurros apagados. Desde donde estaba era imposible oírlos. Tendría que arriesgar.

Entró en el gimnasio agazapada con mucho cuidado de no hacer ni el más mínimo ruido y de mantenerse en las sombras. Llegó hasta la zona de ejercicios y se arrastró por el suelo como si fuera una serpiente, buscando posiciones detrás de muebles y objetos grandes para que la cubrieran. Llegó a un armario bajo y se situó tras él.

—¿Qué es eso de que quieres ser parte de quien lo entrega? —preguntó Dregosis con tono de que aquello no le gustaba nada.

—Si os doy la información, quiero que entreguéis al líder, pero requiero la recompensa —exigió el extraño.

—De eso nada —dijo Drata enfadada—. Los señores dragones solo darán la recompensa de libertad y oro a una persona, a dos como mucho.

—Eso lo decís vosotros. No es seguro.

—No vamos a correr el riesgo de quedarnos sin la recompensa —dijo Dregosis.

—Además, nosotros tenemos más información que aportar, la de los líderes de tercer año de la academia —dijo Drata.

—Ya veo vuestra jugada, uno entrega al líder de la rebelión y el otro a los de la academia. Por eso no queréis que yo también participe en el asunto.

—Así es. Nosotros aportaremos las dos informaciones y nos llevaremos la recompensa. Un tercero no aporta nada y pone en peligro nuestro merecido premio —Dregosis lo dijo con tono definitivo.

—Pues no os diré quién es —se negó el extraño.

—Sí que lo harás, no tienes las agallas para acudir a los señores dragones —dijo Dregosis y le dio con el dedo índice en el torso varias veces.

—Quizá sí que lo haga, viendo lo que sucede aquí.

—Te recuerdo que los señores dragones no te tienen en alta estima… —le recordó Drata —. Es más probable que te maten en cuanto intentes hablar con ellos.

—Eso sucedió hace tiempo…

—Los señores dragones no perdonan las faltas, recuerda. Te matarán si intentas hablar con ellos —Dregosis utilizó un tono de amenaza.

Nahia no sabía quién era el extraño porque le daba la espalda. A los que sí podía ver algo mejor era a los dos Drakónidos, y las expresiones de sus caras eran de aquellos que estaban decididos a seguir adelante con el plan establecido.

—Sabemos que no te vas a arriesgar, así que dinos quién es. ¡Ahora! —exigió Drata.

El extraño negó con la cabeza.

—Me ha costado mucho conseguir esta información, viene de Drameia. No voy a dárosla. Yo también quiero la libertad, no quiero ser esclavo el resto de mi vida.

—Eso no lo queremos ninguno —dijo Drata.

—Por eso estamos aquí —afirmó Dregosis.

Nahia no podía creer que aquellos tres buscaran la libertad y lo hicieran de aquella manera en lugar de unirse a la rebelión, que era la única forma de conseguir la libertad verdadera.

Aunque los dragones les dieran la libertad como premio, cosa que Nahia dudaba mucho, sería solo una libertad parcial, pues seguirían reinando y por lo tanto esclavizando.

—Última oportunidad, dinos quién es el líder —amenazó Drata.

El extraño miró a los dos Drakónidos y lo pensó un momento.

—No hay trato. Me arriesgaré con los dragones.

—Cometes un grave error —dijo Dregosis.

—No lo creo —respondió el extraño, y comenzó a andar en dirección a la puerta de entrada.

Nahia resopló por lo bajo, aliviada, por el momento su nombre no había salido a la luz, pero debía averiguar quién era aquel extraño y el cómo o dónde había sacado esa información. Si él la había conseguido, habría otros que la podían conseguir también.

De súbito Dregosis echó a correr tras el extraño. Antes de que éste pudiera girarse al oír los pasos a su espalda, el Drakónido se lanzó con los brazos extendidos. A medio girar, el soplón vio cómo Dregosis le golpeaba las piernas con sus brazos y, realizando un agarre fuerte, lo desequilibraba y lo tiraba al suelo.

—¿Qué hace…? —masculló el extraño.

Dregosis se puso sobre el extraño y con una mano le tapó la boca mientras con la otra le sujetaba un brazo.

El extraño se revolvió e intentó quitarse al Drakónido de encima. Drata llegó hasta él y ayudó a Dregosis a sujetarlo.

—Que no chille —dijo Dregosis a Drata.

La Drakónida le puso una daga al cuello. En el forcejeo se le había ido la capucha hacia atrás y Nahia pudo por fin verle la cara.

No era Draketz como ella creía, lo que la sorprendió, pero no había errado por mucho. Era un Maestro de Armas de los que se sentaban a la mesa de Draketz en las cenas en el barracón. No consiguió recordar su nombre.

Dregosis y Drata consiguieron sujetarlo y taparle la boca. El maestro no era rival para aquellos dos, pero se había visto sorprendido.

—Calladito o te corto el cuello —amenazó Drata y apretó la daga sobre el cuello del maestro Drakónido.

—Vas a darnos el nombre del líder de la rebelión o será tu final, Drikos —la amenaza de Dregosis era definitiva.

Nahia recordó el nombre al oírlo. Drikos, Maestro de Armas con algún problema pasado y que era obligado a llevar y traer lanzas, espadas y escudos para las clases. Tenía como responsabilidad cuidar del material y reponerlo cuando se rompía, cosa que sucedía bastante a menudo. Lo habían bajado de rango por alguna razón. Ahora que lo pensaba, el material nuevo venia en carros y procedía del exterior. De ahí habría sacado la información sobre ella. No sabía quién se la habría proporcionado, pero habría llegado hasta él así.

No solo eso, el material nuevo se almacenaba primero en el almacén de intendencia para hacer inventario. Ipotxon y los suyos se habían enterado allí de la reunión de Drikos. El cómo no lo sabía, quizá sospechaban de él. Las piezas empezaban a encajar, cosa que Nahia agradeció. No le gustaban las situaciones en las que las cosas no tuvieran sentido. Esas solían traer sorpresas y problemas desagradables.

—Nunca… —respondió Drikos cuando Dregosis retiró algo la mano.

—No seas estúpido. Si no nos lo dices no vas a ver el amanecer —amenazó Drata.

—En ese caso no tendréis la información. No habrá libertad y oro.

—Ya la encontraremos. Si tú la has conseguido, alguien la tiene y solo tenemos que seguir el hilo de tus contactos fuera de la academia —dijo Dregosis.

—No los encontraréis.

—Podemos arriesgarnos, tú no —dijo Drata.

—La ambición os ciega. Todavía podemos ir los tres.

—De eso nada. Tu mal nombre nos arrastraría —dijo Dregosis—. Y no vamos a arriesgar semejante recompensa.

—Además, el oro siempre se reparte mejor entre dos que entre tres —aseguró Drata.

—Codiciosos y traidores, no viviréis para disfrutar de la recompensa.

—Eso dices tú —contradijo Dregosis.

—Os volveréis el uno contra la otra y os acuchillaréis por la espalda. Solo hay que esperar a ver quién lo hace antes.

Drata miró a Dregosis a los ojos. Su expresión fue de duda.

—No le escuches, solo quiere ganar tiempo —dijo Dregosis.

—No te atreverías, ¿verdad? —preguntó Drata a Dregosis con una duda evidente en su tono.

—No me amenaces —Dregosis le lanzó una mirada furiosa.

Drata le puso el cuchillo en el cuello a Dregosis.

—A mí no me traiciona nadie.

—¡Pero qué haces! —Dregosis puso cara de enfado.

Drikos aprovechó el momento y con un rápido y fuerte movimiento sacudió su cuerpo hacia arriba. Dregosis se desequilibró y se fue hacia un lado. Drata miró a Drikos y fue a ponerle el cuchillo de nuevo en el cuello, pero este le dio un golpe fuerte con el codo en la nariz.

Drata quedó medio aturdida. Antes de que pudieran recuperarse, Drikos se escabulló de debajo de Dregosis y le soltó una patada a la cara desde el suelo. El Drakónido recibió el impacto de pleno y Drikos quedó libre. Se puso de pie de un salto. Drata le lanzó una estocada al ombligo con su daga, pero Drikos se desplazó hacia atrás con maestría y la punta de la daga no llegó a su destino.

—Os voy a matar por esto —afirmó Drikos y sacó su daga.

—Lo dudo —replicó Dregosis poniéndose en pie y sacando la suya.

Nahia observaba sin saber si actuar o no. La respuesta le vino a la mente al instante en forma de gran negativa. Que se mataran entre ellos era lo mejor que le podía pasar. Con un poco de suerte morirían los tres y su nombre no se mencionaría. Se dio cuenta de que eso sería tener demasiada suerte y anticipó que no sería así. Ninguno de los tres llevaba espada, solo daga, supuso que para no despertar sospechas.

Dregosis y Drata atacaron a la vez y Drikos evitó los ataques con la pericia del maestro que era. Sus oponentes eran fuertes y duros, pero eran alumnos de tercero sin graduarse y su habilidad con la daga no estaba a su nivel. Con una finta seguida de una estocada le atravesó el bíceps derecho a Dregosis, que tuvo que retrasarse maldiciendo. Drata atacó soltando tajos agresivos y veloces buscando alcanzar el cuello de Drikos, que se defendió bloqueando y desviando los ataques con facilidad. Tras el último bloqueo le soltó una fuerte patada al estómago y Drata se quedó sin aire y se dobló hacia delante. Drikos fue a rematarla, pero Dregosis saltó hacia él con un poderoso salto y agarrando la daga del revés para clavársela en la cara.

Drikos levantó ambos brazos y los cruzó sobre su cabeza. El golpe tremendo de Dregosis quedó bloqueado, aunque no así la inercia del salto y ambos cuerpos chocaron. Drikos se fue hacia atrás sin perder la posición defensiva y el equilibrio. Dregosis cayó mal e intentó recuperarse poniéndose en pie. Drikos avanzó con rapidez y

le soltó una patada en la cabeza y Dregosis cayó hacia un lado, aturdido.

Nahia tuvo que reconocer que el maestro era muy bueno. Los dos alumnos no podrían vencerlo si no sucedía algo extraño. Nahia hubiera usado magia en aquella situación y se extrañó de que Drata y Dregosis no lo hicieran. Eran Drakónidos y por lo tanto la magia no era su fuerte, pero tenían que ser capaces de usar magia elemental básica en tercer curso.

Drata se recuperó y cerrando los ojos invocó garra elemental. Una garra de fuego apareció en su mano izquierda. Al verlo, Nahia pensó que le había leído el pensamiento de alguna forma.

—Dame el nombre y no tendré que matarte.

—Ya es demasiado tarde. Tu garra elemental no me impresiona.

—Como quieras, te sacaré el estómago. No más juegos, usaré todas mis habilidades contra ti.

Drikos le hizo un gesto de que la esperaba.

El cuerpo de Drata resplandeció con un color rojizo y atacó con garra y daga soltando ataques como poseída. La rapidez y furia con las que ejecutaba los ataques le indicó a Nahia que era una Berseker. Drikos se vio sobrepasado por la furia de los ataques y Drata consiguió herirle en el hombro izquierdo con su garra. La herida no fue profunda por la habilidad defensiva del maestro, pero estuvo cerca de llegarle al cuello.

Dregosis se había recuperado ya y usó su aliento elemental. De su boca salió un cono gélido que buscaba congelar a Drikos donde estaba. El Maestro de Armas evitó el ataque por muy poco mientras se defendía de los furibundos embistes de Drata.

De súbito, Drikos abrió la boca y lanzó un ataque usando fauces de dragón elementales de tierra. Esto sorprendió por completo a Drata, que no pudo esquivar la dentellada. La alcanzó en la cabeza según atacaba. La tremenda mordida de dientes de piedra la dejó en el suelo inconsciente, quizá muerta.

Dregosis atacó con su daga en la mano izquierda y una garra de hielo en la derecha.

—Tu talento es el de guerrero, lo capto por tus ataques. No podrás vencerme, soy un Maestro de Armas —dijo Drikos.

—Eso lo veremos —replicó Dregosis mientras se movía a su alrededor buscando la forma de atacarlo.

—Si fueras un hechicero o un magus, quizá… pero ningún guerrero, explorador o defensor puede vencerme.

—¿Por qué lo dices tan confiado?

—Porque soy un paladín —respondió Drikos y, levantando la daga invocó una habilidad. Se produjo un destello blanco que le recorrió todo el cuerpo y su herida en el hombro comenzó a sanar.

—¡Maldito seas! —Dregosis atacó para evitar que el paladín invocara más habilidades de su talento que le proporcionaran defensa, reconstitución o algo de curación.

Nahia siempre se había preguntado si los Maestros de Armas eran brujos de dragón o no. Ella siempre había imaginado que al menos algunos sí. Un Maestro de Armas debía ser alguien con un entrenamiento y conocimientos superiores que debían alcanzarse después de lograr ser brujos de dragón. Aquello que estaba presenciando le aclaraba las cosas.

Drikos se desplazó fuera del alcance de Dregosis e invocó otra habilidad de paladín. Su cuerpo quedó recubierto de una capa de energía protectora. Dregosis intentó invocar su defensa de escamas, pero le falló.

—¿Problemas con tu magia? —dijo Drikos—. Una cosa es usar habilidades básicas como la garra o el aliento elemental, pero las defensas cuestan más, ¿verdad? Y siendo Drakónido, la magia no se te da demasiado bien. ¿Me equivoco?

—Igual que a ti —replicó Dregosis molesto.

—A mí se me da algo mejor. Yo llevo años entrenando, tú eres solo un proyecto de brujo que ni se ha graduado todavía.

—Me gradúo en tres días, pero antes te voy a cortar en pedazos.

—Oh, lo dudo mucho —Drikos sonrió, seguro de su victoria.

—Dime, ¿quién es el líder de la rebelión?

—Bueno, como vas a morir no veo necesidad de ocultarlo. No es el líder sino la líder.

—¿Es una mujer?

—Humana y mujer.

Nahia sintió que el estómago se le encogía. Esperaba que la información que Drikos hubiera recibido no fuera la correcta. De momento lo era y eso eran muy malas noticias para ella.

—¿Quién?

—Se llama Nahia y es una Nacida de la Llama.

Nahia tragó saliva. Aquello eran definitivamente muy malas noticias.

—¿Una Nacida de la Llama? No puede ser.

—Lo es y hay una noticia más que te sorprenderá… Está en la academia ahora mismo.

—¡Estás de broma!

—En absoluto. Sé quién es. Está sirviendo de Maestro de Armas.

—Son invenciones tuyas, eso no puede ser.

—Lo es, y es cuanto te voy a decir —Drikos avanzó hacia Dregosis, que lo recibió con su aliento de dragón de hielo.

Debería haberlo congelado, pero no fue el caso. La defensa de paladín soportó el ataque. Dregosis reaccionó y atacó con su daga con una estocada al cuello. Drikos la desvió con la suya y contratacó con el mismo movimiento. La daga se clavó profunda en el cuello de Dregosis y el Drakónido dio dos pasos hacia atrás con los ojos desorbitados. Cayó al suelo y murió allí ahogándose en su propia sangre.

Nahia negó con la cabeza. Una vida perdida por la codicia.

Drikos fue hasta Drata, que seguía en el suelo inconsciente, y cogió su daga.

—No, espera —Nahia se levantó de su escondite.

Drikos la vio y se detuvo. Observó a Nahia un instante, que no se movió para no empeorar la situación.

—Lo siento, debe hacerse —Drikos le echó la cabeza atrás a Drata con una mano y con la otra le cortó el cuello.

—¡No! —Nahia levantó la mano, pero supo que era en vano.

Luego se dio cuenta de que se había descubierto. No solo eso, había visto el crimen cometido.

La situación se volvía crítica.

Capítulo 5

—Es curioso cómo suceden algunas cosas —dijo Drikos.

—¿Te refieres a matar a dos brujos de dragón a punto de graduarse? —preguntó Nahia mientras intentaba encontrar en su mente una salida a aquella situación.

Drikos sonrió.

—Sí, a eso y a estar en presencia de la líder de la rebelión.

—La información que te han dado no es correcta.

—No intentes negarlo, no vas a poder engañarme. Soy más inteligente que todo eso.

—Solo digo que te han dado una información incorrecta.

—El mero hecho de que estés aquí ahora mismo confirma que eres la líder. ¿O piensas que me voy a creer que casualmente dabas un paseo por el gimnasio a medianoche?

—Me gusta pasear y el gimnasio… podría ser… —intentó disimular Nahia, aunque sabía que no iba a lograrlo.

—Estás aquí porque has descubierto que este encuentro iba a tener lugar. El cómo lo has hecho no lo sé, pero por eso eres la líder, ¿no? Tienes contactos y aliados, aquí dentro y fuera.

Nahia veía que por aquel camino no iba a conseguir nada. Negar la evidencia no iba a funcionar, así que decidió cambiar de estrategia y ver si podía llegar a algún acuerdo con el Maestro de Armas.

—¿Por qué no te unes a la rebelión? Es la manera más directa y definitiva de lograr la libertad, y veo que es lo que persigues.

—Sí, la libertad es lo que persigo. Nada peor que ser esclavo y además estar marcado. Los dragones me desprecian por un pequeño error que cometí, por eso no podía entregarte yo mismo.

No me darían la oportunidad. Si me dirijo a un dragón, me matará al instante.

—Más razón para unirte a la causa —Nahia avanzó hacia el maestro despacio, tranquila, sin hacer movimientos bruscos o sospechosos.

—Desde tu punto de vista lo es. Desde el mío, no. La rebelión no va a lograr la libertad de los pueblos esclavos de Kraido. Todos vais a morir. Nada podéis hacer contra los dragones. Destrozarán vuestra pequeña insurrección y os matarán a todos. Ya ha sucedido antes. No me apetece terminar despedazado.

Nahia se detuvo frente a Drikos.

—Te equivocas. Vamos a vencer, tenemos la forma de hacerlo.

—¿La tenéis? —el maestro abrió mucho sus ojos—. ¿Cuál es esa forma?

—Magia dorada. Penetra las defensas de los dragones, tenemos armas con magia dorada que matan dragones.

Drikos negó con la cabeza.

—Ese rumor ha llegado a la academia junto a muchos otros tan locos como ese.

—Te aseguro que las armas doradas existen y pueden matar dragones. Yo puedo atestiguarlo.

Drikos se quedó callado. Aquello le había trastocado.

—Aunque así fuera, necesitaríais cientos de esas armas. ¿Las tenéis? No hace falta que me respondas, no las tenéis.

—Las estamos intentando conseguir, así como medios para usar la magia dorada contra los dragones. Lo lograremos, es solo cuestión de tiempo.

—¿Y he de creerte? ¿Debo creer que un día conseguiréis armas y magia suficiente para derrotar a los dragones? —el maestro sacudió la cabeza—. No, no lo creo. Es un bonito sueño, pero ya he visto demasiado para creer en sueños que nunca se cumplen.

—Se cumplirá. Cada vez somos más los que estamos con la rebelión. El mensaje corre entre todo el ejército de Kraido y pronto llegará también a todas las aldeas y ciudades. La rebelión se producirá y los números de los que nos apoyan se contarán por miles.

—Eso no importa, los dragones os aplastarán al igual que ya aplastaron la última rebelión. Estáis locos si pensáis que podréis con ellos. Mírate, eres una humana, ¿qué puedes tú contra un poderoso dragón?

—Puedo más de lo que te imaginas —respondió Nahia que, aunque no tenía mucha esperanza de poder vencer a un dragón sin ayuda, no quería reconocérselo.

Drikos negó con la cabeza.

—Sois unos ilusos y así moriréis.

Nahia se dio cuenta de que no podría convencerlo para que se uniera a ellos.

—¿Vas a entregarme?

—Tengo que hacerlo, es mi oportunidad de conseguir la libertad.

—No tienes quien te ayude.

—Estos eran mi primera opción. Ha salido mal, pero tengo una segunda.

—Oh, ya veo…

—Lo siento, te culparé de su asesinato —dijo señalando a los dos Drakónidos muertos en el suelo—. Los dragones me escucharán cuando les presente los cadáveres y te lleve prisionera.

—No voy a dejar que me entregues.

—Puedes venir como prisionera o puedo entregarte muerta. Ambas opciones son válidas para mí.

—Si me entrego no me vas a llevar prisionera, no te conviene. Puedo rebatir tus acusaciones y yo soy una jinete de dragón, tengo más rango que tú. Los dragones me escucharán.

Drikos sonrió con acidez.

—Eres lista. Prefiero llevarte muerta, sí. Los cadáveres no tienen opción de negar los cargos.

—Eso me he imaginado. Si no ya habrías dado la alarma. Hay dos dragones de guardia no muy lejos de aquí.

—Puedes dar la alarma tú, si lo deseas, pero dudo que quieras explicar lo sucedido aquí a los dragones estando tan cerca de poder marchar.

Nahia lo pensó. Si llamaba a los dragones sería su palabra contra la del Drakónido. Ella tenía más rango y mejor reputación, así que seguramente ganaría el careo, pero aquella fea situación levantaría sospechas. No solo eso, los dragones podían sospechar de ella y eso no le interesaba lo más mínimo. Además, no podría salir al amanecer como tenía planeado. Tendría que quedarse en la academia hasta que todo se aclarara. Demasiado riesgo y complicaciones. No, no le convenía.

—Esto nos lleva a una situación poco agradable —Nahia le mostró su daga.

Drikos hizo un gesto abriendo las manos.

—Tengo que pensar en mi bienestar. No deberías estar aquí, pero como estás, será tu funeral.

—Das por hecho que podrás matarme.

—Podré. Soy un Maestro de Armas con mucha experiencia. Tú te graduaste hace muy poco y no eres rival para mí —dijo y le mostró su daga.

Nahia asintió.

—Tienes razón, es probable que no sea rival para un Maestro de Armas. Por ello no usaré armas.

Guardó su daga en el cinto.

—¿Qué pretendes? —Drikos inclinó la cabeza observando a Nahia. Parecía desconcertado.

—Esto —Nahia invocó su garra de dragón y su bola de fuego. La primera apareció en su mano izquierda y la segunda en la derecha.

—Ya, veo. Vas a usar magia.

—Así es —respondió Nahia e invocó al instante una protección física y también protección antimagia. Su cuerpo se revistió de escamas de lava dura y sobre cada una se formó otra de energía.

Drikos hizo lo propio, pero tardó algo más. Una capa de escamas de piedra recubrió su cuerpo y un momento después una de escamas de energía. Le costó bastante más que a Nahia. Los Drakónidos, por lo general, tenían dificultades con la magia. Había excepciones, pero Drikos no era una, como acababa de ver.

Nahia había esperado a que su rival formara sus defensas porque quería asegurarse de cuál era su energía elemental. Ya se lo había parecido al vencer a los otros dos Drakónidos, pero asegurarse era siempre lo correcto. Se enfrentaba a un brujo de dragón de magia elemental de tierra y con el talento de paladín, que además era un Maestro de Armas. No sería un enfrentamiento sencillo.

—Eres mi premio hacia la libertad, no es nada personal —dijo Drikos y comenzó a avanzar hacia ella.

Nahia suspiró.

—Lo entiendo. Que sepas que me obligas a matarte, lo lamento.

—Eso ya lo veremos —Drikos invocó dos habilidades de paladín que Nahia desconocía y su cuerpo brilló con destellos blancos.

Una energía blanquecina rodeó su cuerpo y lo que la dejó más sorprendida: una espada blanquecina apareció en su mano. Era tan larga y algo más ancha que sus espadas de brujo de dragón.

—¿Te gusta mi espada? Seguro que no has visto nunca una.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Nahia vio que se acercaba a atacar y decidió pasar a la acción. No podía dejar que llegara a la distancia de alcance de su espada, no quería saber lo que un golpe de esa espada podía hacerle. Usando su mente, envió la bola de fuego directa contra el torso de Drikos. La bola se movió a gran velocidad desplazándose por el aire y fue a impactar contra el pecho del maestro, pero algo inesperado sucedió. Drikos usó su espada y daga para bloquear y desviar la bola

de fuego. En lugar de estallar al golpearlas, debido a la magia de paladín, se produjo un destello blanco y la bola de fuego salió desviada a un lado. Fue hasta la pared y estalló al golpear contra ella.

Drikos sonrió y avanzó hacia Nahia, que retrocedió y creó una nueva bola de fuego.

—No te servirá. Aunque consigas que impacte, los paladínes podemos soportar la explosión de una bola de fuego —dijo.

—Veremos —Nahia sobrecargó la bola enviando una gran cantidad de su energía elemental interior.

No sabía si lo que decía era cierto o no, pero lo iba a comprobar en un instante.

El maestro le lanzó una estocada a la garganta bien ejecutada, con precisión y rapidez. Nahia echó la cabeza atrás y casi perdió el dominio de la bola de fuego. La punta de la espada le rozó el cuello. Se defendió soltando un zarpazo contra el arma con su garra de fuego. La alcanzó y la desvió. Drikos la retiró y atacó con su daga buscando alcanzar el muslo de Nahia. Ella calculó que su defensa de escamas aguantaría, así que en lugar de defenderse atacó con un revés de su garra a la cara de Drikos.

La daga alcanzó el muslo y, en efecto, las escamas aguantaron. Nahia envió energía a reforzarlas. La garra de fuego obligó a Drikos a dar un paso rápido hacia atrás para no ser alcanzado. Ella también se retrasó para poner algo de espacio entre los dos y envió la bola de fuego. Esta vez Drikos no pudo desviarla y estalló contra su cuerpo. Las llamas lo envolvieron.

Nahia resopló aliviada. Ya lo tenía.

Se equivocó. Las llamas fueron muriendo y en medio de ellas apareció Drikos, que enviaba energía a sus defensas de paladín. Tenía la mitad del cuerpo quemada, pero la otra mitad no.

—Te dije… que aguantaría… —masculló, su cara una expresión de dolor. Utilizó una habilidad de paladín para curar sus quemaduras.

—Impresionante. Veo que los paladines podéis curaros y fortalecer vuestras defensas. Supongo que también fortalece vuestro ataque. Aun así, tu magia no es lo suficientemente fuerte para defenderte de la mía.

—Te mataré y lograré mi libertad… No me lo impedirás —Drikos volvió a usar una de sus habilidades y pareció fortalecer sus defensas.

Nahia no quería matarlo, pero no tenía otra opción, estaba claro que no iba a ceder en su empeño de matarla a ella. Si cometía un error, el Maestro de Armas lo iba a aprovechar y le cortaría el cuello. Mejor no arriesgarse. Decidió usar su talento de hechicera y acabar con aquello.

Drikos avanzó para ponerse a distancia de ataque de espada. Nahia conjuró un rayo de fuego y envió una gran cantidad de energía para que pudiera atravesar las defensas de su oponente. Según el maestro echaba el brazo de la espada atrás para ejecutar una estocada, el rayo de fuego descendió sobre su cabeza. Entró por las defensas y las atravesó. Luego atravesó las escamas de energía antimagia y, finalmente, las escamas de piedra.

Entró en la cabeza de Drikos, que no pudo terminar su ataque. Cayó muerto donde estaba con cabeza y cuerpo medio carbonizados.

Nahia aguardó un instante para ver si tenía que volver a atacar.

—Te lo advertí —dijo y se acercó a él.

Esperó un momento para ver si alguien daba la alarma o le llegaba el rugido de un dragón que había descubierto el combate, pero no pasó nada. Resopló aliviada.

Se agachó a su lado y comenzó a registrarlo. Si había recibido información sobre ella del exterior debía tener una nota encima. Le llevó un rato encontrarla. Estaba escondida en la parte de atrás del cinturón que vestía. Abrió la nota y la leyó.

El líder de la rebelión es una mujer. Una bruja de dragón.

Su nombre es Nahia y es una Nacida de la Llama.

No había firma, lo cual no le sorprendió. Por desgracia no había forma de saber quién enviaba aquella nota. Lo que más le preocupó es que supieran su nombre y que era una Nacida de la Llama, eso la identificaba unívocamente. Cómo habían logrado aquella información la preocupaba. Sus aliados no la habrían traicionado, confiaba en ellos, pero el mensaje se extendía y con él la existencia de un líder. Que al final se supiera quién era parecía inevitable. Pronto llegaría hasta los dragones y entonces tendría un verdadero problema.

Observó a los tres Drakónidos muertos en el suelo y negó con la cabeza. Cuánto mejor hubiera sido que se unieran a la causa, pero así eran las cosas. Decidió marchar de allí, aunque debía esconder los cadáveres. Si los encontraban antes de que ella pudiera salir por la mañana y daban la alarma, podrían cerrar las puertas. Sí, mejor esconderlos.

Miró alrededor y encontró el lugar para hacerlo. Había dos armeros altos con armas de entrenamientos situados contra una pared, uno frente al otro. Podía meter los cadáveres entre ellos y taparlos con una lona. Bastaría para que no fuera obvio y retrasaría que alguien los descubriera.

Se puso a ello. Agarró a Drikos por los talones y comenzó a tirar de él. El Drakónido pesaba mucho. Lo arrastró unos pasos y vio que no iba a ser tarea fácil, pues pesaban bastante más que un humano. ¿Qué clase de huesos tenían? No lo sabía, pero le ponían la tarea difícil y lo último que quería era que la descubrieran allí moviendo cadáveres.

Siguió tirando con fuerza y consiguió arrastrar el cuerpo casi hasta los armeros.

Su peor temor se hizo realidad.

—Veo que estás ocupada en tareas poco lícitas —dijo una voz que reconoció al momento.

Se le fue el alma al suelo.

Capítulo 6

Giró la cabeza y comprobó lo que temía.

—No sé por qué lo dices, Draketz.

El Drakónido había entrado por la parte de atrás del gimnasio sin hacer ruido mientras ella arrastraba a Drikos.

—Suelta ese cadáver.

Nahia hizo como Draketz le pedía. Se irguió y lo miró mientras intentaba buscar una salida de aquella situación, una explicación creíble. Le pareció imposible, nada de lo que dijera iba a valer como excusa. La había pillado con tres cadáveres entre manos.

—Ese es Drikos —Draketz lo observó con detenimiento.

—Estaba muerto cuando llegué —se apresó a decir Nahia para no inculparse.

—No es lo que parece. ¿Si estaba muerto por qué lo arrastras? Si lo haces es para esconder el cadáver. Solo los culpables esconden cadáveres —Draketz la señaló con el dedo índice.

—Solo lo estaba apartando. Ahora iba a dar la alarma.

Draketz la miró con expresión de que no se creía su respuesta lo más mínimo.

—Esa excusa es muy débil. Esto tiene muy mala pinta para ti. ¿Cómo se lo vas a explicar a nuestros señores dragones?

Nahia lo pensó un instante. Su mente buscaba alguna escapatoria y las ideas, todas malas, volaban en el interior de su cabeza.

—Una pelea amorosa. Celos, se han matado por Drata. Yo he llegado cuando ya estaban muertos —se le ocurrió. Era algo medianamente plausible.

Draketz avanzó hacia Nahia mientras ojeaba los otros cadáveres desde la distancia.

—Aquellos dos han muerto por arma, pero ese que arrastras, lo has matado con magia. Está medio carbonizado. La evidencia te delata.

Nahia suspiró.

—No me ha dado elección.

—Entonces reconoces que lo has matado.

—Era él o yo.

—Eso dices tú —el tono de voz de Draketz era de amenaza.

—Le he ofrecido una salida varias veces, pero no ha querido aceptarla.

—¿A aquellos dos también les has ofrecido una salida? —Draketz señaló a los otros brujos muertos.

—No los he matado yo. Ha sido Drikos.

—De nuevo, eso dices tú.

—Soy la única que queda viva y, a menos que sepas hablar con cadáveres, tendrá que ser lo que yo diga.

—¿Por qué lo has matado? Era un Maestro de Armas —Draketz se situó junto al cadáver de Drikos.

—Una disputa.

—¿Sobre qué? Algo importante tiene que ser para que lucharais a muerte.

—Es algo personal —Nahia no sabía qué responder. No se le ocurría nada creíble en aquel momento y lo último que quería era tener que luchar con Draketz a muerte.

—Eso no convencerá a los señores dragones. Si no tienes una buena explicación para todo esto vas a terminar muy mal. Hay tres Drakónidos muertos y todo apunta en tu dirección.

—Ya pensaré cómo explicar lo que ha sucedido.

—No tendrá que ver con la rebelión…

Nahia se quedó de piedra. ¿Qué sabía Draketz?

—¿Sobre… qué rebelión?

Draketz sonrió. Era la primera vez que Nahia lo veía sonreír, lo que presagiaba algo malo de verdad.

—Sobre la que lideras.

Nahia se quedó impactada. No sabía qué pensar, qué hacer ni qué decir.

—No se… de qué hablas.

—Sí que lo sabes. Estas muertes están relacionadas con la rebelión. Drikos andaba buscando información sobre el líder de la rebelión, nos lo contó. Estaba cerca de obtenerla, eso nos dijo. Veo que la consiguió.

—Yo no tengo nada que ver con la rebelión. No soy una traidora —Nahia intentó disimular lo mejor que pudo.

—Es curioso. Drikos recibe información sobre el líder de la rebelión y tú lo matas. Adicionalmente hay dos muertos más con los que Drikos estaba negociando para obtener su recompensa.

—¿Cómo… sabes tú eso?

—Porque yo soy su plan B.

Nahia lo entendió entonces.

—Estabas compinchado con Drikos.

—Me propuso ser socios en su negocio para conseguir la libertad y el oro, pero me pareció muy arriesgado. Le dije que mejor se buscaba a otro. Parece que lo encontró… aunque no han terminado muy bien.

—¿Por qué no accediste?

—Porque ir a los dragones con una información poco fiable y con un informador con mala fama como Drikos no me convencía. Los dragones no se toman bien cuando se les molesta. Si la información no era buena, nos matarían sin dudarlo. Preferí no correr el riesgo. Y mira tú por dónde, la información era buena.

—No soy la líder de la revolución ni tengo nada que ver con ese asunto.

—Tus muertos te contradicen.

—Me arriesgaré con los dragones.

—¿Estás segura? Yo podría contarles lo que acabo de decirte…

—No lo harás.

—¿No? ¿Por qué razón?

—Por la misma por la que no aceptaste el trato de Drikos. No tienes pruebas y no te vas a arriesgar.

—Oh, pero te equivocas, sé que la información es buena. Lo sé desde hace tiempo.

—No voy a caer en esa trampa.

—Está bien, te lo demostraré. Alguien más sabía que eras la líder de la rebelión, otro Maestro de Armas que al igual que Drikos quería la recompensa que los dragones ofrecen por tu cabeza. ¿Sabes a quién me refiero?

—No tengo ni idea —Nahia sabía perfectamente a quién se refería, pero lo negó.

—Lo sabes. Novak te descubrió y, como ha sucedido esta noche, murió de forma misteriosa. ¿Casualidad? No, lo mataste tú, al igual que a Drikos. Por eso sé que eres la líder. Dos coincidencias son una verdad.

Nahia no tenía ya más defensa. Draketz la había pillado y no podía dejar que la entregara. Tendría que matarlo. No lo pensó más e invocó dos garras elementales de fuego que surgieron de sus dos manos.

—Es tiempo de una tercera coincidencia —dijo con tono fúnebre.

Los ojos de Draketz brillaron, había conseguido su victoria moral. Se llevó las manos a las empuñaduras de la espada y la daga que colgaban de su cinturón.

—Sabía que eras tú desde que Novak te merodeaba —dijo con satisfacción en el tono.

—Pues has acertado. Eso te condena a acabar como ellos —Nahia miró a los tres Drakónidos muertos—. Va a ser muy difícil explicar la muerte de cuatro Drakónidos en una noche. Por suerte yo ya no estaré aquí después del amanecer.

—Por suerte yo sí —la contradijo Draketz.

—Me temo que estarás muerto —Nahia se dispuso a atacar.

—Eso sería una lástima, pues te dejaría sin un aliado aquí dentro.

A Nahia aquellas palabras la sorprendieron tanto que se quedó parada, sin poder atacar.

—¿Aliado?

—Eso he dicho.

—No entiendo…

—¿He dicho yo en algún momento que esté contra la rebelión?

Nahia sacudió la cabeza.

—¿Qué juego es este? Tú me odias, estás con los dragones.

Draketz se encogió de hombros.

—Eso es lo que tú crees, y también los dragones. Pero no es verdad.

—¿No lo es? —Nahia se fijó en que, aunque Draketz tenía las manos en las empuñaduras de sus armas, no las había sacado. Esto le extrañó.

Draketz negó con la cabeza.

—Yo no soy como ellos —señaló a los cadáveres en el suelo—. No busco una recompensa que me libere de las cadenas mientras todos los demás siguen esclavizados.

—¿No…? No lo entiendo…

—Yo no estoy con los dragones. Los odio por esclavizarnos, por hacemos servir hasta morir.

—Pero… eres un Drakónido.

—Lo soy y estoy orgulloso de serlo, pero no soy fiel servidor de los dragones como muchos entre los míos. Yo no los adoro ni quiero

servirles. Busco la libertad, no solo para mí, sino para mi pueblo. Aunque hay muchos entre los míos que no la merezcan, también los hay que sí.

—Sé que no todos los Drakónidos están con los dragones, aunque sí la mayoría.

—Yo soy uno de la minoría.

Nahia sacudió la cabeza.

—¿Qué tipo de engaño es este? —no podía creer lo que estaba escuchando.

—No es ningún engaño, te lo aseguro.

—Esta es noche de engaños y traiciones. No voy a fiarme.

Draketz asintió.

—Entiendo tu reticencia, pero te lo demostraré. No voy a dar la alarma, ni a luchar contigo. Es más, puedes matarme si así lo deseas, no intentaré detenerte. Pero si me matas, la sangre manchará para siempre tus manos, pues lo que digo es cierto.

Nahia no se creía las palabras de Draketz. Había sido un incordio para ella todo el tiempo y su mirada era de odio, eso seguro.

—Tus ojos no mentían. He visto cómo me mirabas durante la instrucción y destilaban odio.

—Odio fingido, sí, para que mi papel como Maestro de Armas ultrajado por tu llegada lo comprara Zeru-Urdin-Irakas.

—No puede ser…

—Eres una hechicera y Nacida de la Llama, y yo no he invocado mi protección contra ataques mágicos. Puedes calcinarme si lo deseas —Draketz abrió los brazos y mostró sus palmas vacías—. Pero matarías a un inocente, a un aliado.

Nahia miró a Draketz a los ojos. Su mente le decía que no se fiara, que aquello era algún tipo de truco para engañarla, pero era cierto que si quisiera podría matarlo usando un rayo de fuego sobrecargado de energía elemental. Se quedó desconcertada sin saber qué hacer.

—Novak, Drisko, Dregosis, Drata… todos buscaban entregarme. ¿Por qué habría de creer que eres diferente?

—Porque no tengo ninguna intención de entregarte. No estoy aquí esta noche por eso.

—¿No? Entonces… ¿por qué estás aquí?

—Para evitarlo, solo que he llegado tarde. Estaba vigilando a Drikos, pero era hábil, me despistó y se escabulló. Yo no te quiero muerta, todo lo contrario. Quiero liderar a los Drakónidos de la rebelión. Estoy trabajando en ello.

—¿Quieres ser de los nuestros?

—Sí, pero liderando a los míos.

—Si pides eso es porque no te fías de nosotros.

—Digamos que la confianza se gana. Me fio lo suficiente para trabajar contigo y los tuyos, pero no quiero que al final se traicione y sacrifique a los Drakónidos. Somos la raza de Kraido más odiada.

—Y con razón, sois los que más apoyan a los dragones.

—Lo sé y lo reconozco. Por eso no quiero que las otras razas nos traicionen y nos entreguen a los dragones para que nos destruyan.

—Las cosas no funcionan así. Tienes que confiar en mí y los míos.

—Puedo seros de mucha ayuda —ofreció Draketz con un gesto.

—¿Cómo es eso?

—Uno de los mayores riesgos que corres, como se ve por lo sucedido esta noche, es que los míos, los contrarios a la rebelión, te descubran y entreguen. Lo mismo sucederá más adelante. Tendrás Drakónidos entre los tuyos, pero no sabrás si trabajan por la causa o para los dragones. Yo puedo ayudar con ese grave problema. Puedo evitarte traiciones que puedan costarte mucho, incluso tu vida y la de muchos de los tuyos.

Nahia se quedó callada, pensando en aquella propuesta tan inesperada. ¿Podía fiarse de Draketz? Algo en su estómago le decía que no, que era demasiado arriesgado confiar en él. Podía matarlo

en aquel momento y no correr el riesgo, pero si decía la verdad habría matado a un inocente desarmado. La decisión no era sencilla y los riesgos enormes. Si no lo mataba, la podía entregar antes de que llegara el amanecer y todo habría acabado para ella. Lo pensó bien.

—No me fio de ti, Draketz. No sé si dices la verdad o no. La decisión más lógica en este momento es matarte. Si lo hago saldré de aquí viva. Si te dejo con vida corro un riesgo que no me compensa.

—Te compensará un día, te lo aseguro, pero entiendo tu postura —Draketz se arrodilló y sacando muy despacio su espada y su daga las puso a un lado en el suelo y las apartó con una mano fuera de su alcance—. Toma tu decisión —dijo y bajó la cabeza.

Nahia lo pensó y se decidió. Se acercó hasta Draketz y puso sus garras elementales de fuego a ambos lados de la cabeza del Drakónido. Solo tenía que cerrarlas y estaría muerto.

Apagó sus garras de fuego.

—Ayúdame a esconder los cadáveres.

Draketz levantó la cabeza.

—¿Confías?

—No, pero no voy a matarte. Me ayudarás y te quedarás conmigo hasta el amanecer. Cuando las puertas de la muralla se abran y pueda salir, podrás irte.

—Entiendo. Una solución inteligente.

—No sé si lo es. Espero no equivocarme contigo.

Draketz asintió y fue hasta el cadáver de Drokis. Lo cogió por los hombros y Nahia por los tobillos. Se lo llevaron y lo pusieron entre los dos armeros. Un rato más tarde, ya tenían los tres cadáveres ocultos tapados por una lona.

—Ahora esperaremos al amanecer —dijo Nahia a Draketz.

El Maestro de Armas asintió.

—Gracias por no matarme.

—Todavía no ha amanecido. Siéntate a diez pasos y no intentes ninguna tontería.

—No lo haré —respondió el Drakónido e hizo como Nahia le había indicado.

La noche fue pasando.

Cuanto más se acercaba el amanecer, más intranquila estaba Nahia.

Capítulo 7

Lasgol observaba el firmamento estrellado con cierta incertidumbre. El plan era bueno, de eso estaba convencido, pero cuando se trataba de enfrentarse a un dragón uno no podía confiarse, eso lo había aprendido a base de malas y duras experiencias. Respiró profundamente por la nariz y se centró en captar el inconfundible olor a destrucción que la brisa traía al rozar contra los edificios derruidos. Volvió la cabeza hacia la gran plaza central y comprobó a la luz de la luna lo castigada que estaba. Erenalia, capital de Erenal, ciudad gloriosa y majestuosa en su época de esplendor y envidia de los reinos rivales, yacía ahora arrasada y en ruinas.

Suspiró y deseó suerte a su amiga, que aguardaba de pie en medio de la plaza, una lámpara de aceite a su lado alumbrándola. Que era de espíritu bravo e inquieto lo sabía, pero verla ejerciendo de cebo para dragones le parecía de una valentía impensable, extraordinaria, y no podía sino maravillarse ante su coraje. Más aun sabiendo que Sonea era una estudiosa, una bibliotecaria, y no una guerrera o hechicera. Había pasado gran parte de su vida en el templo de Bintantium con la intención de ser bibliotecaria y obtener conocimiento, aunque por desgracia para ella, la vida y los terribles eventos sufridos en Tremia la habían empujado a un destino muy diferente. Primero, a luchar para evitar que la Dama Oscura conquistara Tremia; luego a impedir que los Ilenios regresaran y esclavizaran el mundo; y ahora a evitar que los dragones arrasaran Tremia. Todo un reto para una bibliotecaria con alma de erudita.

—Es valiente tu amiga —susurró Astrid a su lado.

Lasgol se volvió para mirar a Astrid y se encontró con sus intensos ojos verdes y mirada felina.

—Lo es. Espero que no le suceda nada, arriesga demasiado.

—Lo hace, sí. No me parece el mejor modo de atraer a un dragón.

—Ella dice que su método es infalible.

—Eso no lo pongo en duda. Lo que no me parece acertado es que se exponga así.

—En eso estamos de acuerdo. He intentado disuadirla, pero no ha querido escucharme.

Astrid miró a Sonea y luego al firmamento.

—Ahí viene uno —anunció con voz tensa.

Lasgol levantó la mirada y divisó a un dragón que se acercaba desde el este.

—Preparémonos. Ha llegado el momento.

Astrid asintió y sacó su arco compuesto. En su carcaj llevaba unas pocas flechas elementales y el resto normales. Puso una elemental de tierra en el arco y cogió una de las esferas de poder dorado que Lasgol le había dado.

—Cada gota dorada es valiosa, no podemos desperdiciarlas —recordó Lasgol.

—No te preocupes, no voy a derrochar ni una. Hay demasiados dragones que matar como para hacerlo —aseguró Astrid, sus ojos destellando con un brillo letal.

Lasgol asintió.

Cogió el arco de Aodh que llevaba a la espalda y puso una flecha elemental de fuego en la cuerda. Luego miró a Sonea, que permanecía impertérrita en medio de la plaza rodeada de edificios en ruinas, como si fuera la última superviviente de una ciudad que se negaba a abandonar y continuaba luchando pese a todo.

El dragón se fue acercando con vuelo lento, a media altura. Estaba realizando una pasada de reconocimiento. Por lo que Sonea les había contado era algo que hacían a menudo. Recorrían el reino buscando soldados que atacar. Lo hacían de oeste a este, rara vez de norte a sur. El motivo lo desconocía, pero sí sabía que uno o dos

dragones siempre sobrevolaban la capital, pese a estar desierta y en ruinas.

Astrid se puso en posición de tiro agazapada tras lo que quedaba del muro de un antiguo palacio. Lasgol se situó al otro extremo del muro y sacó la cabeza para observar. Sonea se quitó la capucha y sacó un medallón Ilenio que le colgaba del cuello. Con la mano izquierda lo sujetó y sacudió la mano derecha como intentando que los nervios salieran por ella. Era evidente que debía estar soportando una tensión tremenda. El dragón rugió con fuerza al divisarla.

Sonea se había ganado una reputación entre los dragones. La conocían, sabían que era poderosa, capaz de herir y hasta matar a un dragón. Ese hecho no les había pasado desapercibido. Quienes tenían semejante capacidad en Tremia se podían contar con los dedos de una mano y los buscaban para darles muerte. Los dragones no podían aceptar, ni lo harían nunca, que alguien fuera más poderoso que ellos, que los venciera. Eso iba contra todas sus creencias y contra su arrogancia máxima.

El dragón comenzó a descender. No lo hizo en un picado de ataque, sino dando grandes giros alrededor de Sonea. Era un dragón rojo y, por su tamaño, era veterano. Eso no era bueno, los veteranos además de ser más poderosos y fuertes eran más inteligentes y hábiles. Que fuera rojo tampoco ayudaba, ya que el fuego era el elemento más destructivo. Iba a resultar más difícil engañarlo y acabar con él. El riesgo también era más elevado.

Lasgol y Astrid se escondieron pegándose al muro. Aquel dragón estaba asegurándose de que no había nadie más en la zona o estaba dejando saber a Sonea que venía a acabar con ella e iba a disfrutar matándola. Probablemente ambas cosas, pues la soberbia de los de su especie era gigantesca. Pese a ello, en una situación con riesgo la controlaban y dejaban que predominara su inteligencia.

El dragón rugió de nuevo según realizaba círculos perdiendo altura con cada uno.

—¡No te tengo miedo! ¡Aquí te espero! —retó Sonea con voz fuerte. Levantó la mano derecha al cielo y de ella surgió un

relámpago que se elevó a las nubes.

Aquello captó el interés del dragón, que descendió hasta situarse a doscientos pasos de altura sobre Sonea.

«¿De verdad crees que puedes vencerme, humana?» envió con una carga de incredulidad.

La esfera antimagia que Sonea había invocado nada más ver acercarse al dragón para protegerse y que la rodeaba por completo dejó pasar el mensaje mental, pero no así la carga emocional. La esfera no dejaría pasar ningún mensaje dañino o ataque directo de la mente del dragón.

—Por supuesto que puedo vencerte —dijo Sonea—. Ya he vencido a otros como tú.

«Así que eres la hechicera que usa magia de aire. He oído hablar de ti».

—Prefiero que me llamen maga. Soy más de carácter escolar que bélico. Y sí, esa soy yo, mi nombre es Sonea.

«Lo imaginaba. Esperaba encontrarte en esta ciudad en ruinas. Yo soy Hiltz-Gori-Bor».

—Ya me has encontrado. Baja a tierra y podemos continuar charlando —Sonea le indicó con el dedo índice de su mano derecha que se situara frente a ella.

«Eres atrevida y descarada, diminuta humana. Eso te costará la vida».

—Eso ya lo veremos. No eres el primero de los de tu especie que me amenaza y aquí sigo.

El enorme dragón rojo descendió y tomó tierra a veinte pasos de Sonea. Se volvió hacia ella y la miró con ojos entrecerrados.

«He oído que retas a los míos a un duelo. Me parece algo impensable. ¿Es cierto?».

—Has oído bien.

«¿Una humana retando a un dragón a un duelo? Me parecían habladurías infundadas y por eso decidí venir y comprobarlo. No

entiendo cómo un ser tan insignificante se atreve a semejante ultraje».

—¿Quieres que nos batamos en duelo? Te reto —Sonea lo señaló con su dedo índice.

El dragón rio con fuerza y una mezcla de carcajadas y rugidos llenaron la plaza.

«Eres divertida. No sé cómo has conseguido salir con vida de tus anteriores duelos, pero te aseguro que de este no lo harás».

—Eso ya lo he oído antes, no me atemorizas lo más mínimo.

«Pues deberías sentir un miedo terrible porque vas a morir de una forma espantosa» envió el dragón con total certeza, condenándola.

Abrió sus grandes alas y las sacudió mientras rugía con fuerza. No solo quería matarla, buscaba hacerla sufrir causándole pánico.

Sonea se mantuvo firme y no dejó que la demostración de fuerza la afectase. Invocó una segunda esfera de protección, esta contra ataques físicos. Se formó una esfera con un centenar de torbellinos que la recorrían en todas direcciones a gran velocidad.

—Cuando quieras. Estoy preparada.

El dragón rojo la miró con expresión de incredulidad.

«Tus defensas mágicas no te salvaran. Mi poder es mucho mayor que el tuyo. Las destruiré y luego haré que mueras retorciéndote de dolor».

—Estoy segura de que lo intentarás. Que lo consigas es algo que está por ver.

El dragón volvió a reír con carcajadas poderosas que llenaron la plaza en ruinas.

«Te voy a arrancar la cabeza y se la mostraré a los míos para que todos sepan que la duelista ya ha dejado de existir. Este será tu último duelo».

—Si una cosa he aprendido en mis años de estudios es que las certezas absolutas no existen. Así que yo no me pronunciaría de

forma tan tajante.

«¡Muere!» envió Hiltz-Gori-Bor.

Acto seguido abrió sus fauces y atacó con su aliento de fuego.

Una llamarada tremenda e intensa golpeó las esferas defensivas de Sonea, que se mantuvo quieta y concentrada, enviando energía a reforzarlas. El ataque de aquel dragón era poderoso. Por fortuna, Sonea contaba con el poder del medallón Ilenio del aire que, a su vez, era poderosísimo. Ella, por sí sola y sin la ayuda del medallón, no tendría opción alguna contra un dragón. Eso lo sabía. Por desgracia para aquella criatura, ella era uno de los cinco portadores de los medallones de los grandes reyes Ilenios y, con ese poder, podía enfrentarse a cualquier dragón por muy poderoso que fuera.

La bestia mantuvo el aliento constante sobre ella. Llamas intensísimas la golpeaban surgiendo de la boca del dragón con la intención de calcinarla. Estaba intentando destruir las defensas de Sonea para llegar a su carne. Al mismo tiempo, ella las mantenía. Consiguió estabilizarlas y que su energía fuera alimentándolas. Sintió el poder del medallón en su cuello mientras lo sujetaba con su mano izquierda. Tenía que atacar, así que con la mano derecha señaló al dragón. Las llamas la alcanzaban de pleno, pero su defensa aguantaba por el momento.

Sonea lanzó un poderoso rayo que salió de su mano y fue directo a la frente de su oponente. El rayo le golpeó la cabeza y le provocó un latigazo hacia atrás por la potencia del ataque. El aliento de fuego se detuvo y Hiltz-Gori-Bor intentó recomponerse de la poderosa descarga.

«¿Cómo… has hecho… eso?» envió a Sonea con incredulidad.

—Mi magia es más poderosa que la de ningún dragón —contestó Sonea—. Ya deberías saberlo. ¿O acaso eso no se rumorea entre los tuyos sobre la duelista?

«No puede ser… has atravesado mis defensas innatas».

Hiltz-Gori-Bor consiguió recuperarse.

—Tengo magia dorada, puedo atravesar todas tus defensas —confesó Sonea, con la intención de asustarlo y que dudara.

El dragón la observaba con intensidad. Parecía estar leyendo su alma.

«No eres tú… Es ese medallón en tu cuello… puedo sentir su poder dorado».

—Digamos que es la combinación de ambos. Pero sí, el medallón es el que hace la mayor parte del trabajo.

«Así y todo no conseguirás vencerme» envió Hiltz-Gori-Bor y atacó con varios ataques mentales enviándolos uno tras otro, sin apenas dejar pasar un instante entre cada uno.

La esfera defensiva antimagia de Sonea brilló con cada ataque, al detenerlo. Envió más energía a sus defensas y luego contraatacó. Un relámpago de un tamaño y poder manifiestos salió zigzagueante de su mano.

Hiltz-Gori-Bor intentó evitar que le alcanzara moviendo la cabeza con rapidez, pero Sonea no apuntaba a su cabeza, sino a su torso. El relámpago impactó, puesto que el dragón era demasiado grande y lento para poder esquivarlo. Todo el cuerpo del gigante reptil alado comenzó a temblar de forma incontrolada y los ataques mentales que enviaba se detuvieron.

—Creo que sí voy a vencerte. De hecho, estoy casi segura —dijo Sonea de nuevo intentado desconcentrar al dragón para conseguir ventaja sobre él.

«Te… mataré…» envió él entre espasmos.

Sonea aprovechó y, moviendo el dedo índice derecho en círculos, creó un torbellino de aire de enorme tamaño. Le llevó un momento, pues era un conjuro de gran poder y esos requerían de más tiempo. No podía hacerlo cuando estaba siendo atacada de forma directa, pero había cogido por sorpresa al dragón y ahora disponía del tiempo que necesitaba para conjurarlo. El medallón Ilenio destelló con un brillo dorado al finalizar la creación.

«¿Qué…?».

El remolino de fuertísimos vientos comenzó a engullir al dragón, que luchaba por salir de su vórtice. Sonea envió más energía a su creación, que se hizo todavía más grande creando un cono gigantesco de vientos huracanados que rotaba sobre sí mismo. Hiltz-Gori-Bor se vio superado por la violencia de los vientos y comenzó a girar con ellos de forma desbocada.

Sonea continuó alimentando la fuerza del torbellino con la magia del medallón, mientras Hiltz-Gori-Bor giraba como un muñeco con las alas abiertas. Intentaba volar y escapar, pero no lo conseguía. Todo su cuerpo giraba a gran velocidad en posturas imposibles.

Por un momento Sonea pensó que ya lo tenía. Pero no, aquel dragón era demasiado poderoso para caer así. Finalmente, consiguió liberarse del torbellino, pero salió despedido hacia la zona sur de la plaza. Golpeó con fuerza el suelo varias veces y terminó estrellándose contra un edificio en ruinas que se derrumbó parcialmente sobre su cuerpo.

«Maldita…» envió el dragón mientras se intentaba reponer.

—No debe escapar —dijo Sonea y levantó la mano izquierda.

Lasgol y Astrid ya estaban preparados y tiraron contra las alas del dragón. Las flechas elementales de tierra y fuego estallaron. La de Lasgol, impulsada por el poder mágico del arco, consiguió penetrar las defensas y parte del ala derecha comenzó a arder. La de Astrid, gracias al poder dorado, también consiguió atravesar y herir parte del ala izquierda.

Hiltz-Gori-Bor sintió las explosiones y se dio cuenta de que le habían herido.

«¿Quién más hay aquí?» preguntó rabioso mirando hacia donde Lasgol y Astrid estaban.

En ese momento, del norte de la plaza dos flechas más, ambas elementales de fuego, impactaron cada una contra un ala. Escondidos en un edificio de varios pisos en ruinas, Ingrid y Viggo habían tirado.

«¡Es una sucia trampa!» se dio cuenta Hiltz-Gori-Bor mirando en todas direcciones.

Astrid y Lasgol tiraron de nuevo, esta vez con flechas de acero. Lasgol usó su habilidad Tiro Múltiple para quintuplicar el poder del ataque y Astrid bañó de dorado la punta de la suya. Las flechas se clavaron profundas en las alas.

El dragón rugió de rabia y comenzó a avanzar hacia la posición de Astrid y Lasgol que, agazapados, se preparaban para tirar de nuevo. Las flechas de Ingrid y Viggo alcanzaron las alas del dragón, perforándolas. De ambas caía sangre y ardían donde las flechas de fuego habían impactado. El dragón se detuvo y volvió la cabeza hacia la procedencia del último ataque. Pareció dudar entre ir hacia esa posición o a la anterior.

Astrid y Lasgol aprovecharon la duda para volver a tirar. Cuatro flechas se clavaron en el ala izquierda de la criatura, que rugió lleno de ira.

Sonea ya había terminado de conjurar otro ataque muy poderoso, de los que necesitaban de tiempo para ser invocados. Lanzó un tridente de rayos al costado izquierdo del dragón. Este se clavó en el ala y sus tres puntas se volvieron rayos que se esparcieron por toda la superficie escamada causando grandes quemaduras de descarga.

«¡Humanos viles, tramposos y traicioneros!» clamó Hiltz-Gori-Bor mientras miraba a los tres puntos desde los que le atacaban. Se decidió por Sonea y dio un brinco potente hacia ella.

La bibliotecaria lo anticipó al ver el gesto del dragón y echó a correr a toda velocidad en dirección contraria, alejándose para evitar que la aplastara al caer sobre ella con el peso y fuerza de todo su cuerpo.

Lasgol vio que Sonea estaba en dificultades y soltó dos Tiros Múltiples contra el ala izquierda, mientras Astrid tiraba también dos veces contra la derecha. Ingrid y Viggo se apresuraron a atacar y volvieron a acertar.

Hiltz-Gori-Bor rugió de rabia al ver que le estaban acribillando y no podía alcanzar a Sonea, que ya se preparaba para volver a hacerle frente a cincuenta pasos.

«¡No olvidaré esto! ¡Volveré a por vuestras cabezas!».

—No podemos permitir que escapes, lo lamento —dijo Sonea con cierto pesar—. No puede saberse que has caído en una trampa.

«¡No podréis impedirlo!» envió Hiltz-Gori-Bor y dio un tremendo brinco ascendente agitando sus alas con fuerza para echar a volar.

El dragón comenzó a elevarse, pero sus alas ardían y las heridas sufridas eran demasiado graves. El ala izquierda le falló por completo, colapsó y se cerró contra su costado. La derecha estaba encogida y sangraba mucho. No logró elevarse lo suficiente y el vuelo de huida hacia las alturas que intentaba fracasó. Se precipitó de cabeza estrellándose en el lado oeste de la plaza. Quedó tendido en el suelo.

Sonea avanzó hacia él mientras conjuraba.

Astrid, Lasgol, Ingrid y Viggo salieron de sus escondites con sus arcos preparados, apuntando a la cabeza del dragón.

«¡Os mataré a todos!» prometió Hiltz-Gori-Bor lleno de rabia intentando ponerse en pie para seguir peleando.

Tenía las alas inservibles, pero no así sus garras y fauces. Rugió lleno de furia.

Una poderosa descarga de rayos cayó sobre su cabeza al tiempo que cuatro flechas de punta de acero bañadas en poder dorado le atravesaban la frente. El dragón rojo acabó con la cabeza acribillada. Un instante después las patas cedieron y se derrumbó de lado. No se movió más. Había muerto.

—Buen trabajo, compañeros —felicitó Sonea.

—El mérito es tuyo —reconoció Ingrid.

—Sí, tienes muchas agallas —dijo Viggo impresionado y se acercó a comprobar que el monstruo estaba realmente muerto.

—Ese dragón no se esperaba lo que le teníamos preparado. Las sorpresas matan —afirmó Astrid con tono letal.

—Ni ese ni los anteriores —sonrió Ingrid—. Tu fama crece entre los dragones y eso los atrae —dijo a Sonea.

—Sí, con este nuevo muerto tu notoriedad va a incrementarse todavía más —congratuló Astrid con expresión de aprobación.

—Ese es el plan, que se corra la voz de que una humana está retando a dragones y acabando con ellos —dijo Sonea—. No podrán resistirse, vendrán a retarme. Así son y así morirán.

Lasgol asintió.

—Los estaremos esperando.

—¿Le corto la cabeza? Para que sea más dramático cuando lo encuentre alguno de los suyos —preguntó Viggo mostrando sus cuchillos.

—No, mejor no derrochar poder dorado —dijo Ingrid—. Vamos a necesitar todo el que Urrejaun nos concedió. No creo que consigamos más en un tiempo.

—Sí, mejor no lo gastamos —convino Lasgol—. Yo tampoco veo muy viable que consigamos más esferas doradas de Dameros.

—Está bien, pero el efecto dramático hubiera sido digno de ver. La humana que no solo mata dragones, sino que los decapita —sonrió Viggo con malicia.

—Tampoco queremos llamar la atención demasiado —dijo Lasgol —. Si aparece más de un dragón a investigar, tendremos problemas.

—Eso es. Estamos teniendo suerte, no la forcemos —estuvo de acuerdo Ingrid.

—Tarde o temprano se darán cuenta de lo que estamos haciendo y enviarán a más dragones —expresó Sonea y se encogió de hombros.

—Sin duda. Pero hasta ese momento aprovecharemos la ventaja —dijo Ingrid e hizo un gesto de fuerza.

—Muy bien, volvamos al campamento en los Mil Lagos. Quiero estar allí cuando nuestros compañeros regresen —dijo Lasgol.

—¿Preocupado por Camu y Ona? —le preguntó Astrid al oído.

—Sí, un poco…

—Tranquilo, saben arreglárselas. Además, están con Nilsa y Gerd. Cuidarán de que no les suceda nada —el tono de Astrid era tranquilizador.

Lasgol suspiró.

—Esperemos que todo les vaya bien.

Capítulo 8

Aquella misma noche, Nilsa y Gerd se ocultaban tras unas rocas sobre una colina. Estaban al norte de los Mil Lagos, en territorio Zangriano. Abajo, no muy lejos, estaba el campamento de guerra del ejército de Aiz-Zur-Tor, el Rey Dragón Blanco. Llevaban desde primera hora vigilándolo. Por lo que sabían, su ejército controlaba el medio centro de Tremia, que incluía los reinos de Zangria, el reino de Erenal y el mar central. Llevaban media tarde observando el terreno y el movimiento de tropas, que de momento era mínimo. Ni soldados ni dragones habían abandonado el campamento a excepción de unas pocas patrullas que se habían dirigido una hacia el norte, en dirección a la capital, y otra hacia el sur, hacia los Mil Lagos.

—¿Cuántos soldados calculas? —preguntó Nilsa a Gerd.

—Unos cinco mil, todos Escarlatum, , por lo que he podido apreciar a lo largo del día.

—Son curiosos con esas pieles rojas brillantes y esos cuernos —comentó Nilsa, que los había observado todo el día con mucho interés. Le fascinaban, le parecían una raza muy llamativa.

—Y tres dragones… —añadió Gerd con tono de intranquilidad.

—Ya, a esos ya los he visto. No es nada bueno para nosotros que estén en el campamento.

—Deben de estar controlando la zona sur del reino y la norte de los Mil Lagos —supuso Gerd—. Malas noticias para todos los zangrianos. Me sabe muy mal por ellos, y eso que no me caen nada bien.

—Ya… bueno, eso es lo que estamos haciendo aquí, intentar averiguar qué traman… ellos y los soldados Escarlatum —comentó Nilsa con tono de que no estaba segura de lograrlo.

—Eso y alguna cosilla más —comentó Gerd y sonrió levemente para darle ánimos.

—Sí… es una misión difícil la nuestra… —Nilsa se frotaba las manos contra los muslos.

Gerd captó los nervios de su compañera y le puso su enorme mano sobre el hombro.

—Es una misión difícil, sí, pero no va a pasar nada malo. Te lo aseguro.

Nilsa resopló.

—Este tipo de misiones, las que sobre el papel parece que se pueden hacer y luego sobre el terreno se complican sobre manera, suelen salir fatal.

Gerd hizo un gesto de que podría ser así.

—Esperemos que lo que hemos planificado salga bien. Seamos optimistas.

—Lo intentaré —resopló Nilsa tratando de calmar sus nervios.

—Esta clase de misión es la especialidad de Astrid, no la nuestra… —reconoció Gerd.

Nilsa asintió.

—Pero Astrid no va a separarse ni un instante de Lasgol, lo ha dejado bien claro. Ahora que se han vuelto a encontrar después de todo lo sucedido, no piensa dejarlo ni a sol ni a sombra.

Gerd sonrió.

—Bien por ella. Es una mujer de principios y segura de sí misma.

—Estoy de acuerdo. Se merecen estar juntos y ser felices. Más teniendo en cuenta todo lo malo que les ha sucedido. Solo de pensarlo me entran escalofríos.

—Lo serán —aseguró Gerd—. Es cuestión de tiempo, ya lo verás. El amor siempre vence al final.

—Eres un romántico con un corazón tan grande como una montaña —dijo Nilsa sonriendo.

Gerd se encogió de hombros.

—Soy de los que piensa que toda pareja merece un final feliz. Ya es difícil encontrar alguien que te corresponda en el amor.

—No digas eso, grandullón, tú también encontrarás a alguien. Estoy segura de ello. No puedes ir por ahí con ese corazón gigante vacío.

—Vacío de amor no está, os tengo a todos vosotros.

—Ya, pero mejor encuentras un amor verdadero para ti. Aparecerá cuando menos te lo esperes.

—Estaré atento —sonrió Gerd con muy buen humor.

—Ya me has tranquilizado. ¿Ves cómo eres un encanto y te mereces a alguien que te quiera mucho?

—Si tú lo dices… —Gerd seguía sonriendo.

—Sí, lo digo —Nilsa se quedó pensativa un momento—. Hay días en que se me olvida que Lasgol solo tiene recuerdos contados, apenas propios. Luego me doy cuenta y se me encoge el corazón.

—Ya, a mí también. Yo le he dicho todo cuanto recuerdo de lo que hemos vivido. Espero que le haya ayudado algo.

—Seguro que sí. Yo me centré en contarle cosas que habíamos compartido juntos, ya que vosotros ya le habíais narrado lo demás. Me lo agradeció mucho. Pobrecito, lo que ha pasado es un horror —Nilsa suspiró.

Gerd asintió.

—Lasgol es fuerte, saldrá adelante.

—Sí, y Astrid le ayudará a hacerlo, sin duda.

Gerd la miró y buscó la forma de preguntar intentando no parecer entrometido.

—¿Cómo llevas tú la separación…? ¿No ver a Aibin?

Nilsa soltó un resoplido largo y sonoro.

—Tan mal, ¿eh? —dijo Gerd con expresión de que lo sentía por ella.

—Peor, pero es lo que ahora toca. Me encantaría estar con él en los desiertos, pero no es el momento. Mi deber ahora está con mi

reino, con los Guardabosques. Mis sentimientos personales, el amor, tendrán que esperar un poco.

—Vaya, lo tienes muy analizado.

—¿En qué crees que pienso todas las noches?

—Ya, lo imagino… Lo siento.

—No hay nada que sentir —Nilsa le restó importancia con un gesto de la mano—. He encontrado el amor, uno puro y correspondido, eso es lo importante. Que ahora Aibin y yo no podamos estar juntos duele, no voy a decir que no, pero saber que me ama me llena de alegría y esperanza.

—Que es lo que necesitamos más que nada en estos momentos tan difíciles —opinó Gerd mirando cómo uno de los dragones ascendía hacia el firmamento.

—Va hacia el norte —dedujo Nilsa observando su vuelo contra la luna al fondo.

—Por lo que sabemos las tropas zangrianas están escondidas al noreste en las montañas.

—Hacia allí se dirigirá entonces —dedujo Nilsa.

Escucharon unos ruidos a sus espaldas y Gerd se volvió con el cuchillo en una mano y el hacha corta en la otra.

De entre unos matorrales apareció un gigantesco lobo blanco.

—Argi, ¿ya estás de vuelta? —preguntó Gerd.

El gran lobo fue hasta él y le dio un abrazo poniendo sus patas sobre los hombros de Gerd. El grandullón ya conocía el saludo y sabía que si no se preparaba para recibirlo lo tumbaría de espaldas. Echó todo el peso de su cuerpo hacia delante y Argi le lamió la cara, lleno de afecto.

—¿Has visto algo peligroso al este? —preguntó Gerd y señaló en la dirección a la que había enviado a Argi a explorar.

El gran lobo emitió dos pequeños aullidos, que significaban que no.

—Muy bien, estupendo. Túmbate detrás de ese árbol y descansa. Los demás no han regresado todavía.

Argi le dio otro lametazo en la mejilla y obedeció al momento.

—Me maravilla lo bien que os lleváis y os entendéis —reconoció Nilsa a Gerd.

—Bueno, soy un Especialista de Fauna, es lo que se espera de mí —sonrió Gerd.

—Es más que eso. Tú siempre has tenido mucha mano con los animales, tienes un talento especial.

Gerd se encogió de hombros.

—Me gustan. Son mejores que muchas personas.

—Eso no te lo voy a negar.

Aguardaron un rato y llegó Ona. La vieron aparecer entre los árboles.

—Hola, Ona, preciosa —saludó Nilsa.

La buena pantera se acercó a ella y dejó que Nilsa le acariciara la cabeza.

—¿Has visto algo peligroso al oeste? —preguntó Gerd y señaló en esa dirección.

Ona himpló dos veces.

—De acuerdo, oeste también despejado —dedujo Gerd y miró hacia el sur, hacia los Mil Lagos, por donde habían llegado ellos.

—Al sur ya sabemos lo que hay —dijo Nilsa—. En los Mil Lagos, me refiero.

—Sí, hemos tenido que esquivar a los soldados de Zangria que se esconden allí para llegar hasta aquí.

—Se ocultan en los incontables lagos al igual que lo hacen los soldados de Erenal.

—Los zangrianos más al norte y los de Erenal más al sur, pero ambos en los Mil Lagos —Gerd señaló con la cabeza.

—Me resulta curioso que no haya escaramuzas entre ellos, después de todo se han estado matando durante siglos.

Gerd señaló hacia el campamento de las tropas de Kraido y los dragones.

—Cuando aparece un mal mayor, los males menores desaparecen.

—Los dragones siendo el mal mayor, quieres decir —recalcó Nilsa.

—Correcto. Pero sí, es extraño ver soldados de Zangria y de Erenal ocultos por los Mil Lagos, precisamente el territorio por cuyo control llevan siglos de enfrentamientos. Es, cuando menos, irónico.

—Irónico se queda corto. Espero que aprendan la lección.

Gerd resopló.

—Yo no apostaría por ello. Si los dragones se marcharan mañana, me temo que ambos reinos volverían a disputarse los Mil Lagos y casi seguro que vuelven a las andadas. Las viejas rencillas y odios no suelen desaparecer.

—Pues sería de lo más triste. Más viendo cómo están ahora, con sus capitales en ruinas, sus reinos asolados y ellos escondidos en montañas y lagos.

—Igual me equivoco —Gerd se encogió de hombros.

—Esperemos que los nuevos reyes de Zangria y Erenal tengan algo más de cabeza y hagan las cosas bien.

Gerd hizo un gesto de que lo dudaba, pero no dijo nada.

Nilsa acarició a Ona, y el animal fue a tumbarse junto al gran lobo, que la recibió muy contento.

Un rato más tarde, oyeron pisadas fuertes provenientes del norte. Sacaron sus arcos y una flecha en un abrir y cerrar de ojos.

«Ser yo. Tranquilos» llegó el mensaje mental de Camu.

—Menos mal, ¡qué susto! No veía nada —dijo Nilsa.

«Yo usar camuflaje. Tú no poder ver».

—He imaginado que eras tú al no ver a nadie, pero oír algo pesado acercarse y no verlo pone a la gente nerviosa —dijo Gerd.

«Tener que desarrollar habilidad peso de pluma para que nadie oír».

—¿La estás intentando crear? —preguntó Nilsa animada.

«Todavía no, pero pensar ser buena idea».

—Es una gran idea, pero con lo grande que eres no creo que vaya a ser fácil que lo consigas —Nilsa lo dudaba mucho.

«Yo mucho poderoso y creativo. Listo también. Seguro poder».

—Modesto, lo que se dice modesto, no eres —replicó Gerd.

«¿Para qué servir ser modesto? Mejor ser como yo».

Camu no le veía valor alguno a la modestia.

—Di que sí, Camu —Nilsa lo animó.

—Lo que tienes que conseguir es volar camuflado y así el problema estaría resuelto —sugirió Gerd—. Si vuelas no hay ruido de pisadas y arbustos en movimiento.

«Eso yo intentar muchas veces y no conseguir».

—Seguro que, si sigues intentándolo, al final lo lograrás —animó Nilsa.

—Yo también lo creo —animó Gerd—. Eres cada día más poderoso. Un día llegarás a hacerlo.

Camu se dejó ver. Estaba junto a Argi y Ona, que se frotaban contra sus patas mostrando cariño.

«Eso decir Lasgol. Pero no poder de momento».

—Estoy convencido de que, si sigues intentándolo sin rendirte, lo conseguirás —aseguró Gerd.

«Poder ser. Yo ser muy poderoso. Yo Drakoniano Superior».

Nilsa y Gerd sonrieron. La falta de confianza no era precisamente un problema que Camu tuviera.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Gerd y se acercó hasta la criatura.

«Campamento de Escarlatum. Muchos. Ser divertidos».

—¿Divertidos? ¿En qué sentido? —Nilsa se extrañó y se acercó a Camu para atender a su explicación.

«Ser presumidos, cuidar mucho aspecto. No mucho bueno para ser soldados».

—Oh, ya entiendo. Sí, los Escarlatum son algo vanidosos, por lo que nos han contado nuestros amigos del Escuadrón Rojo —confirmó Nilsa.

—Pero eso no quiere decir que no sean buenos soldados —dijo Gerd a Camu.

«Parecer raro soldados que cuidar aspecto, piel, cabello».

Nilsa soltó una risita.

—No es lo más habitual, eso seguro.

—Por lo que nos han dicho nuestros aliados, los Escarlatum son buenos luchadores, fuertes y con carácter —explicó Gerd—. Yo no les haría de menos por cuidar su aspecto físico.

«Si tú decir, yo creer, pero encontrar divertido».

—Te entiendo, es singular, algo contrapuesto —sonrió Nilsa y le dio una palmada en el costado a Camu, que dibujó su sonrisa eterna.

—¿Has encontrado al objetivo de la misión? —preguntó Gerd y se agachó a acariciar a Argi.

«Yo encontrar. No fácil. Tener que acercarme mucho».

—No te han descubierto, ¿verdad? —se preocupó Nilsa.

«Yo camuflaje, ellos no ver».

—¿Los dragones tampoco? —preguntó Nilsa.

«Dragones no ver. Pero alguno poderoso poder sentir mi magia. Yo no acercar mucho a ellos por si acaso».

—Bien hecho. Si te descubren merodeando por el campamento de guerra sería desastroso —Gerd negó con la cabeza con expresión seria.

«Mucho desastre, sí» convino Camu.

—Entones has localizado el objetivo —dijo Gerd.

«Yo localizar».

—¿Es correcta la información que tenemos? —quiso saber Nilsa.

«Eso no saber, esperar que sí».

Nilsa y Gerd se miraron y ambos asintieron.

—Entonces es momento de pasar a la acción —dijo Gerd.

—Acción llena de peligro —se inquietó Nilsa.

«Nosotros conseguir misión. Ser los mejores».

La convicción de Camu no se trasladó a los corazones de Nilsa y Gerd. Ellos sabían que eran buenos, pero la misión era muy peligrosa. Iban a tener que andarse con mucho cuidado y pedir a los astros un poco de buena suerte.

Capítulo 9

Nahia observó de reojo a los dragones de guardia en la muralla sobre la puerta de la academia: uno rojo con vetas azules y otro marrón con vetas blancas, ambos jóvenes. Acababa de amanecer y, en teoría, podría salir de la academia si no había algún contratiempo más como el que acababa de dejar en el gimnasio. Ni se atrevió a echar la vista atrás por miedo a encontrarse con Draketz saliendo del edificio y dando la alarma a pleno pulmón.

Los nervios se estaban apoderando de ella. Había tenido que dejar a Draketz atado y amordazado en el gimnasio mientras ella corría al barracón a por su equipamiento de jinete y la incertidumbre le estaba provocando un agujero en el estómago. Draketz conseguiría soltarse en breve y ella estaba casi segura de que la iba a traicionar pese a sus promesas de alianza.

Inspiró. Llevaba puesta la armadura de Jinete de dragón, en una mano sujetaba la lanza y en la otra el escudo. Si había problemas, al menos estaría vestida para combatir. Había pensado no arriesgarse con Draketz y dejar su armadura atrás, pero eso hubiera sido muy sospechoso, sobre todo cuando descubrieran los cadáveres. Daría la impresión de que había salido con excesivas prisas. Además, un jinete de dragón tenía prohibido abandonar su armadura, y explicar por qué la había dejado atrás iba a resultar muy complicado y apuntaría a que había huido. ¿Y quién huye cuando hay cadáveres de por medio? El culpable. Así que había tenido que improvisar, una vez más, y arriesgar, cosa que no le había agradado nada.

«Tu señor dragón raudo te aguarda, no le hagas esperar, jinete» llegó el mensaje del dragón rojo.

«Tienes permiso para salir» llegó el mensaje del dragón marrón.

Nahia ahogó un resoplido mientras la gran puerta doble se abría con un sonido metálico.

«Ten cuidado ahí fuera, todavía te necesitamos aquí adentro. Recuerda tu promesa» llegó otro mensaje mental.

El tono agresivo y de amenaza tan característico de su antiguo líder de escuadrón era inconfundible.

Nahia giró la cabeza hacia la derecha y vio a Irakas-Gorri-Gaizt observándola a doscientos pasos. Tragó saliva. El corazón le latía como un tambor de guerra, siempre que lo veía le causaba aquel efecto. Asintió para que el gran dragón rojo supiera que no olvidaba a quién dejaba dentro. Ni a Egil ni a Garran-Zilar-Denbo. Ella cumpliría la promesa hecha al gran dragón plateado. Había dado su palabra, que era inquebrantable.

Las puertas terminaron de abrirse y Nahia las cruzó con paso firme. Al otro lado aguardaba Eki.

«Me alegro de verte, Nahia» envió y por el vínculo que compartían sintió que estaba muy contento de verla.

«Yo más a ti» respondió ella con un cúmulo de nervios, miedos y alegría.

«Siento que tienes mucho que contarme».

«Demasiado y no todo bueno» respondió mientras avanzaba hacia él.

Las puertas comenzaron a cerrarse con un sonido de metal arrastrándose sobre roca. Nahia no quería hacerlo, pero no pudo contenerse. Miró hacia atrás, al interior de la academia, y lo vio. Draketz estaba cerca de la puerta, con las manos en las empuñaduras de sus armas, asegurándose de que ella lo veía. No había dado la alarma.

Todavía podía hacerlo, las puertas no se habían cerrado. Si lo hacía los dos dragones de guardia sabrían que algo iba mal y la detendrían. Se temió lo peor.

Pero no sucedió nada. Draketz dejó que las puertas se cerraran sin decir nada.

«¿Sucede algo? Te late el corazón demasiado fuerte» preguntó Eki con preocupación.

Nahia se volvió hacia el dragón plateado.

«Sí, pero no sé cómo interpretarlo. Quizá sea señal de una alianza prometedora, o tal vez me hayan engañado y pronto me traicionarán».

«Veo que son asuntos de tu rebelión».

«Así es».

«En ese caso, prefiero no saberlo».

«Tienes razón, mejor me lo guardo para mí y no te pongo en un compromiso».

«Te lo agradezco».

Nahia asintió. Llegó al costado de Eki y utilizó su habilidad para levitar hasta la silla. Montó con agilidad y colocó la lanza y el escudo en sus sujeciones.

«Parece que no se me ha olvidado esto».

«Espera a que volemos a máxima velocidad de dragón raudo».

«¡Ja! Sí, creo que he hablado demasiado pronto».

«¿Preparada?».

«Ya lo creo. No veía el momento de salir de Drakoros».

«Lo imagino».

«¿Y Logan? ¿Y Aroa? ¿Están bien?».

«Lo están, tranquila. Nos esperan en Jadrakos. Hemos pensado que sería más conveniente reunirnos allí. Menos sospechas si algo iba mal».

«Bien pensado. Ha estado muy cerca de ir todo muy mal».

«Lo imaginamos».

«Adelante entonces. ¡Volemos a Jadrakos!».

Eki sonrió. Dio un potente brinco y, agitando sus alas plateadas, se elevó a los cielos con rapidez. Nahia vio cómo la tierra se alejaba con cada aleteo, quedando cada vez más lejos. La academia empezó a ser un grupo de edificios y una gran muralla rectangular que se iban haciendo cada vez más pequeños.

Cuanto más se alejaban más se calmaba. Los nervios que le habían estado agujereando el estómago y quemando su garganta parecieron ir desapareciendo. La altura, por otro lado, hizo que todos sus miedos desaparecieran. Lo había conseguido. No sabía muy bien cómo, pero lo había logrado. Había rescatado al rey grypho y había sobrevivido a Novak, a aquella última noche de traiciones, y ahora volvía a ser libre. Resopló muy aliviada y los últimos nervios la abandonaron. Era un logro impresionante, sobre todo que no la hubieran descubierto y que siguiera con vida.

—¡Lo conseguimos! —exclamó sin poder contenerse levantando el puño al aire.

«Siento que ya estás más tranquila y también más animada. Eso me alegra».

«Gracias, Eki. Ha sido una experiencia… muy intensa. Sé que no quieres conocer lo que ha pasado así que no te lo diré, pero casi no lo cuento… varias veces».

«Me alegro de que sigas con vida, del resto no tanto y, en efecto, no quiero saberlo» envió Eki con un sentimiento verdadero de alegría.

«Te lo agradezco. Me hace muy feliz estar de nuevo aquí arriba».

«Ya somos dos».

«¿Pese a nuestras diferencias?» preguntó con cuidado y temor a la respuesta del joven dragón plateado.

«Nuestras diferencias están ahí. Aun así, te aprecio».

«Gracias, Eki. El sentimiento es mutuo».

«Lo sé, lo siento por nuestro vínculo. Pero es agradable que lo expreses abiertamente».

«Los humanos tendemos a expresar nuestros sentimientos».

«Lo he notado. Los dragones no, vosotros expresáis los sentimientos, más los negativos que los positivos».

«Ya, eso es verdad. Se nos da más fácil mostrar los malos».

Se dirigieron a Jadrakos a una velocidad rápida, pero no en exceso, como permitiendo a Nahia que se aclimatara a montar de nuevo. Llevaba un tiempo sin hacerlo y Eki sintió que era mejor no ir demasiado rápido. Nahia podía sentir que lo hacía por ella y lo agradecía. Esto no solo le permitía adaptarse a su silla y a volar de nuevo, sino también le daba la ocasión de disfrutar del vuelo al no tener que preocuparse demasiado, si bien el suelo estaba muy abajo.

El clima era soleado y los vientos no eran muy fuertes, por lo que Nahia pudo gozar del vuelo. Levantó el visor y dejó que el aire acariciase su rostro. La sensación la llenó de paz, de gusto. Hacía mucho que no estaba tan serena y lo pasaba bien con algo. Demasiados días en tensión continua y absoluta y por fin podía disfrutar, aunque solo fuera un poco. Volar a lomos de Eki cruzando los cielos bajo los rayos de sol era una sensación maravillosa, de pura libertad.

«¿Disfrutando del vuelo?» preguntó Eki, aunque lo sentía por completo.

«No sabes cuánto… Bueno, sí lo sabes porque lo sientes por el vínculo, pero tú me entiendes».

«Te entiendo y me alegro».

Continuaron vuelo y pronto Nahia pudo apreciar Jadrakos en la distancia. Su alegría se multiplicó por mil, pues iba a ver a Logan en breve. Al mismo tiempo no pudo evitar preocuparse ya que tendría que dar explicaciones sobre lo sucedido. No solo eso, si conseguían que los creyeran, les asignarían nuevas misiones, quién sabe dónde. Todavía no se había reencontrado con Logan y ya los podían separar.

Con Jadrakos ya muy cerca y a la vista, Eki se desvió un poco.

«¿No vamos a Jadrakos?» se extrañó Nahia.

«Sí, pero vamos al campo de vuelo».

«Oh, donde entrenábamos».

«Sí, está un poco separado y tendréis un poco más de privacidad que en medio de Jadrakos con todos los jinetes y dragones raudos

mirándoos».

«Privacidad, ¡qué buena idea! Estás en todo».

«No puedo decir que fuera idea mía. Lo pensó Aroa, ella es más sensible para este tipo de cosas».

«Para el romance ¿te refieres?».

«Sí, para esas cosas».

Nahia pudo sentir que Eki se ruborizaba. Le hizo gracia. Era un dragón raudo con habilidades mágicas increíbles, pero el amor y el romance le ponían nervioso. Algún día los experimentaría él mismo y no se ruborizaría. Y un pensamiento le pasó por la cabeza. Quizá tenía el amor muy cerca y no lo veía. Bueno, estaba segura de que el tiempo lo diría.

Llegaron al campo de vuelo y divisaron a Aroa y Logan. Eran inconfundibles incluso desde las alturas. El corazón de Nahia empezó a latir muy rápido. Sintió que el pulso le iba muy fuerte y un sinfín de emociones: amor, alegría, felicidad, esperanza, deseo, libertad.

Eki descendió hasta posarse frente a ellos. Nahia se quitó el yelmo y bajó de Eki a saltos. Posó los pies en tierra y tomando impulso corrió hacia Logan, que la miraba con una sonrisa en la boca.

—¡Logan! —gritó Nahia según corría hacia él, desbocada.

—Aquí estoy, Nahia —dijo él y abrió los brazos para recibirla.

Ella saltó a sus brazos fuera de sí de la alegría y lo derribó de espaldas. Ambos se fueron al suelo. Nahia quedó sobre Logan y riendo lo besó con todo su ser. Logan recibió el beso y devolvió toda la pasión y el amor que llevaba. Por un largo momento se fundieron en un beso tan profundo como intenso.

—Te quiero tanto, Logan —confesó Nahia mirándole a los ojos.

—Dudo que sea tanto como yo te quiero a ti —respondió él apartándole un mechón de pelo dorado de la frente.

—No sabes lo preocupada que he estado. Ha habido momentos en los que pensé que no volvería a verte. Si te pierdo no sé qué haría.

—Seguirías adelante, como siempre haces. La libertad no se va a alcanzar sola.

—No sé si podría sin ti. Te necesito a mi lado.

—Y a tu lado estaré siempre, pero no me necesitas.

—¿Estarás siempre?

—Porque te amo hasta el firmamento y de vuelta.

Nahia sintió que el corazón le explotaba de alegría.

—¿Me has echado mucho de menos?

—Muchísimo. En todo momento.

—Te quiero tanto, Logan…

Volvieron a besarse, larga y apasionadamente, sin levantarse del suelo.

—Quizá deberíamos levantarnos —dijo Logan—. Aroa y Eki nos miran con cara de extrañeza.

Nahia los miró y vio que ambos torcían la cabeza.

—Sí, mejor levantarse.

Se pusieron de pie y se miraron de arriba abajo.

—¿Estás bien del todo? ¿No te ha sucedido nada?

—Estoy bien. Sin heridas de importancia —dijo Logan.

Nahia resopló aliviada.

—Menos mal —lo miró a los intensos ojos azules.

Con el pelo oscuro revuelto por la caída y aquel rostro masculino y bello estaba guapísimo. Le daban ganas de volver a abrazarlo y hacer que cayera de nuevo. Casi se le había olvidado lo atractivo que era tan de cerca. Si pudiera congelaría una imagen suya, así como estaba ahora, y la llevaría consigo en el corazón. Seguro que algún mago ya había creado aquel conjuro en algún mundo. Tendría que encontrarlo y conseguirlo.

«Me alegra verte sana y salva» envió Aroa.

Nahia se dio cuenta en ese instante de que ni la había saludado.

«Aroa, perdóname por no saludar, qué alegría verte también sana y salva».

«No hay nada que perdonar. Tenías otras prioridades. Totalmente entendible».

Nahia se ruborizó y miró un par de veces a Logan de reojo. Él también estaba algo ruborizado.

«Estoy muy feliz de veros a los dos libres y bien. Casi no puedo creerlo».

«Créetelo, nos has liberado tú con tu valentía y agudeza mental» envió Aroa.

«Bueno, he tenido ayuda en Drakoros. Mucho del mérito es de Egil, y ha habido otros que me han echado una mano».

«Pero tú lo has llevado todo a cabo. Sin ti no hubiera habido rescate. Eres excepcional, valiente, honorable y con una fuerza interior imparable. Nunca podré agradecerte lo suficiente tu rescate» dijo Aroa y bajó la cabeza mostrando sus respetos por Nahia.

—Mis sentimientos precisamente. A mí no se me dan bien las palabras, pero Aroa lo ha dicho a la perfección —afirmó Logan.

«No iba a dejaros morir en el mundo de los gryphos. Eso nunca» afirmó Nahia.

«Y ahí está ese carácter, esa decisión, esa valentía, ese poder que tienes en tu alma. Tienes mi amistad y respeto para siempre» envió Aroa.

—Y el mío, aunque sobra decirlo —se unió Logan.

«Gracias, hice lo que mi corazón me pedía, nada más».

«Un corazón valiente» afirmó Eki.

Nahia se sorprendió. Ella y Eki tenían sus diferencias y tarde o temprano iban a terminar en un conflicto irresoluble, pero agradecía sus sentimientos hacia ella en ese momento.

«Gracias, Eki. Lo aprecio».

«No siempre vemos las cosas de la misma manera, pero eso no implica que no valore lo que haces bien».

Nahia asintió. Se daba cuenta de que su relación con Eki iba a ser difícil.

«¿No habéis tenido problemas por mi culpa?» preguntó Nahia.

«Nada que no haya sido posible solventar» dijo Eki.

«Entonces se han tragado la mentira sobre tu ala herida» dijo Nahia, pero era más una pregunta que una afirmación.

«Sí, no han dudado. Les dije que tenía una lesión y que necesitaba recuperarme por un tiempo y lo creyeron».

«Oh, vaya, pensé que igual te examinaban o algo y te metías en un lío».

«Los dragones no tenemos sanadores, sino poder sanador que utilizamos en las heridas».

«Ah, sí, aquellas perlas de curación extrañas» recordó Nahia.

«Sí, esas. También nos indican el tiempo que necesitamos para que la sanación termine. En roturas de huesos se requiere de tiempo tras el uso de la magia sanadora. La curación no es siempre inmediata, pocas veces lo es» explicó Aroa.

«Entiendo. Estaba preocupada por si no te creían, Eki».

«He disimulado bien la lesión. Me costó mentir, no voy a decir lo contrario. Tuve que prepararme para hacerlo. No sabía que mentir me resultaría tan difícil, era como si me retorcieran el alma».

«Eso es porque eres puro de corazón. No hay tantos entre los nuestros con un corazón verdadero. La mentira está arraigada en muchos, pues son deshonestos y lo disfrutan» envió Aroa.

«Lamento que te costara tanto mentir. Bueno, no que te costara, sino que sufrieras al tener que hacerlo», se explicó Nahia.

«He aprendido cosas sobre mí al verme en esta situación».

«La vida nos pone en situaciones difíciles y nos enseña» dijo Aroa.

«Cierto, pero un dragón no mentiría nunca sobre algo así, es impensable. Los dragones detestaban la debilidad. Cuando uno está

herido es débil. La mayoría de los dragones ocultarían una herida para no quedar mal ante el resto» explicó Eki.

«Es deshonroso mostrar debilidad entre los nuestros» aclaró Aroa.

«Que los dragones no soportan la debilidad lo hemos aprendido con sangre. Lo que no sabíamos es que una herida fuera considerada debilidad», adujo Logan.

«Lo es, porque el dragón no ha tenido la fuerza, poder o habilidad suficiente para evitar ser herido» aclaró Aroa.

«Oh, ya veo. Culpable de dejarse dañar. No es tanto la herida, sino el hecho de haber sido alcanzado» razonó Logan.

«Y por eso no han dudado de que decías la verdad, porque te estabas poniendo en evidencia. Estabas siendo débil… una desgracia…» infirió Nahia.

Eki bajó la cabeza y miró al suelo.

«He aprendido que, en situaciones críticas, uno debe sacrificarse, tragarse su orgullo».

«Y eso te honra. Pocos actuarían como lo has hecho» dijo Aroa.

Nahia se dio cuenta entonces del sacrificio que había tenido que hacer por ella. No era una mentira, era mucho más. Se había deshonrado ante los otros dragones raudos. Había aparentado ser débil. Eso le llegó al alma.

«Siento haberte obligado a hacer esto» dijo con profundo pesar.

«No me obligaste. Fue mi elección, quería ayudarte y esta era la única forma, así que decidí hacerlo».

«Pero lo hiciste por mí y eso es impagable. Siempre te estaré agradecida».

Eki asintió bajando y subiendo su cuello plateado.

«¿Y ahora? ¿Qué nos espera?» preguntó Nahia.

«Debemos presentarnos ante el comandante Zaldi-Beltz-Lehen. Para recibir nuevas asignaciones», dijo Logan.

«A nosotros nos han dejado descansar un poco y recuperarnos por el tiempo que pasamos como prisioneros de los gryphos» explicó Aroa.

«Pero se espera que volvamos a servir» dijo Eki.

«Oh, entiendo».

Nahia sabía que lo que fuera que les encargaran sería malo, sobre todo si era en Tremia, así que sintió que su alegría se apagaba un poco. Miró a Logan y se le pasó la pena de inmediato. Volvió a sentirse dichosa.

«Vayamos a hablar con el comandante Zaldi-Beltz-Lehen y veamos» propuso Aroa.

Nahia y Logan subieron a sus señores dragones raudos y montaron. Un momento después volaban hacia la plaza central de Jadrakos.

Capítulo 10

El amanecer les trajo algo de lluvia y Nilsa y Gerd se ocultaron bajo unas hayas. La lluvia no les molestaba. Para un norghano, ni siquiera estaba lo suficientemente fría. En Zangria el clima era mucho más benigno que en el norte. Lo que les hizo esconderse fueron sonidos que reconocieron de inmediato. El ruido del combate que llegaba del este era inconfundible. Gritos de guerra y dolor, el sonido del acero al golpear contra el acero.

«Ser ellos» confirmó Camu a su espalda.

Nilsa observó el campo de batalla. Un centenar de soldados zangrianos luchaban contra una veintena de soldados del ejército del rey dragón blanco. Los zangrianos eran inconfundibles por sus uniformes y escudos amarillos y negros. Su aspecto físico también era característico: bajitos, anchos de hombros, de cuerpo cuadrado, muy feos, así como peludos, con cabellos y barbas desaliñados. Eran todo lo contrario que sus oponentes Escarlatum: altos, de una belleza atrayente, fibrosos, de pieles carmesí muy cuidadas, cabellos perfectamente peinados y sin bello facial.

—Parece un conflicto entre vanidosos y bestias —susurró Nilsa a Gerd.

—En mi opinión los Fatum son los más bellos entre las razas de Kraido, pero los Escarlatum tienen algo, sí… aunque los encuentro más presumidos que otra cosa.

—Estoy de acuerdo —Nilsa hizo un gesto de que así era.

—Camu, ¿estás seguro de que el objetivo está en esa batalla? —preguntó Gerd y giró la cabeza hacia la criatura a su espalda.

«En medio de batalla» confirmó Camu.

Nilsa y Gerd observaron un momento e identificaron al grupo objetivo. Eran cinco, lo que indicaba que uno de ellos había muerto

o estaba herido en el campamento. Era una Escuadra de Brujos de Dragón. Distinguieron a una Kapro fuerte y grande en medio; a su derecha iba un Fatum esbelto; junto a él avanzaba una Felidae guepardo; y a la izquierda de la Kapro iban una Drakónida y un Escarlatum. Por la forma en la que avanzaban en formación y sus vestimentas, armas y armadura, no había duda de que eran Brujos de Dragón.

Los soldados Escarlatum que iban con ellos luchaban bien, con una mezcla de agilidad, fortaleza y soltura. Por su lado, los zangrianos lo hacían con la fuerza y dureza que los caracterizaba.

—Los zangrianos son como rocas y se defienden bien de los Escarlatum, pero me temo que poco van a poder hacer contra la escuadra de Brujos de Dragón —se dio cuenta Nilsa.

—Sí, eso estaba pensando yo también —reconoció Gerd—. Yo no apostaría por los zangrianos, y eso que tienen una superioridad numérica manifiesta.

—¿Intervenimos? —preguntó Nilsa con tono de afirmación.

—¿Quieres salvar a los zangrianos? —se extrañó Gerd—. Yo no les tengo mucho aprecio. Ya me he enfrentado a ellos varias veces y no me gustan nada.

—¿Por ser feotes o peludos? —preguntó Nilsa con una sonrisa pícara.

—Por eso y por odiar a los norghanos. Te recuerdo que nuestros vecinos del sur han matado a muchos de nosotros.

—Eso fue antes de la llegada de los dragones.

—No cambia nada. Estuve estacionado en la frontera entre Norghana y Zangria —explicó Gerd con expresión de disgusto—. Por mí que se las apañen contra los soldados de Kraido como puedan. Además, es pronto para intervenir. Podría estropear el plan.

—Sí, ahí tienes razón. Tenemos que ir con cuidado —se dio cuenta Nilsa.

La batalla estaba siendo tan dura como descompensada. Cada soldado Escarlatum se enfrentaba a varios soldados zangrianos.

Ambos bandos iban armados con lanza y escudo. Los Escarlatum eran más altos y ágiles, por lo que atacaban intentando sacar ventaja de ello con golpes descendentes buscando alcanzar la cabeza de los zangrianos. Los de amarillo y negro se escondían detrás de sus grandes escudos rectangulares, que los cubrían casi por completo. Era curioso, cuando encogían el cuello sus cabezas parecían desaparecer tras ellos. Daba la sensación de que eran tortugas que escondían la cabeza en el interior del caparazón ante un depredador.

Por desgracia para los Escarlatum, por cada uno de ellos que atacaba, tenía que repeler mínimo a tres o cuatro enemigos zangrianos. La desventaja numérica era notable, aunque, pese a la dificultad, luchaban con entrega y no se dejaban intimidar. Los dragones no toleraban el fracaso de sus tropas, lo que empujaba a éstas a darlo todo en el campo de batalla. Nada como el miedo a morir devorado por una bestia sin alma para motivar a un soldado a luchar con ardor.

Un zangriano alcanzó a un Escarlatum en el hombro con un golpe seco y directo de su lanza. La punta se clavó profunda. El de piel escarlata gruñó de dolor dando un paso atrás y se miró la herida. Sus ojos brillaron en tono carmesí por el dolor y por la cicatriz que le quedaría. Los tres soldados zangrianos avanzaron a una para intentar rematarlo. Lo hicieron juntando sus escudos y pisando con fuerza a la vez. El Escarlatum se rehízo e intentó ensartar con su lanza la cabeza del soldado en el centro. Consiguió darle en el casco y arrancárselo antes de que agachara la cabeza.

Entonces, los dos soldados zangrianos a los costados lanzaron dos ataques punzantes con sus lanzas. El Escarlatum consiguió desviar uno con su escudo, pero el segundo le alcanzó en el muslo. La punta de la lanza penetró y le hizo un herida profunda. Intentó retrasarse, pero los tres zangrianos avanzaron sobre él con sorprendente rapidez. En un intento desesperado, el soldado Escarlatum consiguió alcanzar al zangriano sin casco en la frente y lo mató al instante. Sus dos compañeros atacaron al de Kraido en

vientre y costado. El Escarlatum cayó al suelo y murió un momento después.

Escenas similares se repetían por todo el campo de batalla. Los soldados Escarlatum luchaban con habilidad y pundonor. Por desgracia para ellos, la superioridad numérica del enemigo los estaba diezmando poco a poco. Los zangrianos no solo eran más, sino que además sabían luchar usando formaciones defensivas férreas que les daban ventaja. Su fortaleza física y baja estatura combinados con sus grandes escudos, los convertían en muros de acero combatientes.

Se escuchó un grito de guerra salvaje. Los dos soldados zangrianos se giraron y vieron a uno de los Brujos de Dragón, la Kapro, llegar hasta ellos blandiendo su espada a dos manos sobre la cabeza. Sus ojos refulgían con el brillo de la locura, como si estuviera poseída. La fuerte y furiosa Kapro, que parecía llevada por un frenesí imparable, soltó un tremendo tajo con una fuerza descomunal. Los dos soldados zangrianos no tuvieron tiempo de protegerse detrás de sus escudos y el tajo los decapitó en un fulgurante movimiento. La Kapro movió la espada sobre su cabeza y encaró a otro grupo de soldados zangrianos. Se abalanzó sobre ellos gritando con todo su ser como una berseker. Los soldados zangrianos sintieron el miedo de enfrentarse a una manada de toros salvajes que los embestía.

Algo más retrasado, otro Brujo de Dragón, el Fatum esbelto, conjuraba sobre una muralla de escudos formada por cuatro soldados zangrianos. Lo hacía señalando hacia ellos con su espada y daga. Los movía realizando extraños patrones en el aire. Los soldados miraban indecisos, no sabían si avanzar y atacar o quedarse tras la protección de sus escudos y formación de muralla. Enfrentarse a alguien que conjuraba era siempre un riesgo enorme para un soldado de infantería y si atacaban podrían quedar expuestos. Si permanecían resguardados, no habría seguridad de que sobrevivieran al conjuro. La duda parecía estar devorando a los cuatro, que no se decidían a actuar.

El Fatum terminó de conjurar y, para sorpresa de los soldados, una muralla de fuego de más de dos metros de altura y uno de anchura apareció. Tocaba las espaldas de los soldados, cuyos ropajes comenzaron a arder. Al sentir las llamas se abalanzaron hacia delante. El Fatum movió su espada y con ella dirigió la muralla, que avanzó de nuevo hacia los soldados, persiguiéndolos. Éstos, presa del pánico, decidieron romper la formación defensiva y atacar al mago enemigo.

Sin perder la calma, el Fatum movió su daga y de ella surgieron cuatro misiles de energía que dirigió a la cabeza de cada atacante. Los soldados corrían a ensartar al mago con sus lanzas cuando los misiles impactaron en sus frentes. Uno detrás de otro, los cuatro se fueron al suelo y quedaron inconscientes. El Fatum los observó un momento, como esperando a ver si alguno de ellos conseguía levantarse, pero ninguno lo hizo. No habían reaccionado a tiempo y habían terminado en el suelo. Dejar a un brujo, mago o hechicero finalizar sus conjuros era siempre una muy mala decisión.

La Felidae guepardo se acercó a un grupo de soldados, que intentaron formar una defensa de escudos. Con una rapidez tremenda se dirigió al extremo izquierdo y atacó al soldado que cerraba la formación. No usó magia, sino que se lanzó con espada y daga y tremenda habilidad y fuerza. El escudo del soldado cayó al suelo cuando la Felidae le perforó el costado de una certera estocada mientras se deslizaba sobre el suelo, como si estuviera sobre terreno resbaladizo. El soldado rompió la formación para defenderse con su lanza, pero no lo consiguió y la Felidae le cortó el cuello con un fugaz tajo de su daga. Antes de que el soldado muriera, ya estaba atacando al siguiente. Sin duda era una guerrera experta y temible.

La Drakónida del grupo conjuró sobre sí misma y una energía plateada recubrió su cuerpo, el escudo y la espada que blandía. Se acercó a un grupo de soldados y aguardó a que atacaran, sin precipitarse. Estos ya sabían que aquella enemiga tenía magia y decidieron no esperar a que volviera a conjurar sobre ellos, ya habían visto lo que les había sucedido a sus compañeros. Con

tranquilidad y habilidad, la Drakónida desvió los ataques y consiguió herir a dos de los soldados. Varios de los ataques de los soldados murieron en la capa protectora que había conjurado. No solo eso, los golpes de espada que realizaba eran potentes y certeros. Varios soldados cayeron muertos ante la de Kraido.

Los soldados rodearon a la Drakónida para intentar derrotarla atacando desde todas direcciones. La defensa de la Bruja de Dragón aguantó pese a recibir varios golpes en espalda y costado. Sin precipitarse, fue acabando con ellos uno por uno. No tardó en estar rodeada de cadáveres. Un último soldado fue capaz de alcanzarla en el brazo de la espada. La Drakónida se retrasó y conjuró de nuevo. Un destello plateado le recorrió el brazo y la herida comenzó a sanar. El soldado se dio cuenta y pidió refuerzos.

Un nuevo grupo se le unió. Se abalanzaron para intentar matarla antes de que pudiera curarse, pero la Drakónida levantó la espada y conjuró. Un resplandor recubrió su espada, escudo y cuerpo y los ataques de los soldados no hicieron mella. No conseguían acabar con las protecciones que la Drakónida estaba usando sobre sí misma. La Bruja de Dragón se defendió con ánimo y fuerza reforzados. Parecía obtener defensa, valor, vigor y algo de curación de los conjuros.

El Brujo de Dragón Escarlatum se mantenía algo apartado de los soldados. Vio que cuatro atacaban y comenzó a conjurar. Iba armado con lanza y escudo. Conjuraba señalando y moviendo su arma. Los soldados se dieron cuenta de que estaba usando magia y corrieron hacia él tan rápido como podían para intentar matarlo antes de que finalizara el conjuro. Por desgracia, los zangrianos eran fuertes y recios, pero no rápidos. Su baja estatura y sus cortas y fuertes piernas les impedían dar grandes zancadas. Unas enredaderas con espinas surgieron del suelo y los atraparon enroscándose alrededor de sus piernas y cuerpos.

Los zangrianos atrapados por el conjuro intentaron con todas sus fuerzas liberarse de las enredaderas, pero cuanto más luchaban, más parecían enzarzarse. El Brujo de Dragón volvió a conjurar sobre ellos y nuevas plantas surgieron del suelo alrededor de los soldados.

No eran enredaderas, sino que tenían aspecto de ser venenosas, de colores verde y rojo muy intenso. Comenzaron a emanar un gas de esas tonalidades y, un momento más tarde, los soldados dejaron de resistirse para caer al suelo inconscientes, incapaces de aguantar la toxina de la planta.

El combate comenzó a decantarse del lado de los Brujos de Dragón. Los zangrianos, pese a su evidente superioridad numérica, estaban perdiendo la batalla. La escuadra atacaba usando su magia y estaba haciendo estragos entre los soldados que, aunque regios y valientes, poco podían hacer contra las habilidades y talentos de aquellos brujos. Los pocos soldados de Kraido supervivientes estaban ahora ayudando a los brujos, avanzando con ellos, bajo su protección.

—Si no intervenimos ya no va a quedar ningún zangriano con vida —dijo Nilsa a Gerd con tono de que debían hacer algo.

«Brujos de Dragón matar todos, seguro» comentó Camu.

Gerd resopló con fuerza.

—Está bien, pero estoy seguro de que ellos no harían lo mismo por unos norghanos.

—Es un nuevo tiempo, quizá te sorprendan.

—Lo dudo mucho, pero voy a engañarme y pensar que sí.

—Tienes un gran corazón, grandullón. Vamos, evitemos que los exterminen.

Nilsa y Gerd apuntaron y un momento después soltaron. Las flechas de tierra alcanzaron a los dos Brujos de Dragón más avanzados. La primera, la de Nilsa, estalló sobre la cabeza de la Felidae. Al producirse el estallido ensordecedor, ella y un par de soldados de Kraido fueron alcanzados por las sustancias aturdidoras y cegadoras. Quedaron todos medio mareados, incapaces de luchar.

La flecha de Gerd alcanzó a la Kapro en la nuca y también a varios soldados de Kraido. La Kapro aguantó el mareo, pero quedó medio cegada. Miraba hacia su espalda buscando a los tiradores, pero no podía verlos.

La Drakónida no pareció darse cuenta del ataque y siguió luchando contra los zangrianos. Los que sí percibieron el asalto sorpresa fueron el Fatum y el Escarlatum, que se volvieron hacia el lugar desde el que habían salido las flechas, buscando su procedencia y a los tiradores encubiertos, pero no consiguieron ver a Nilsa ni a Gerd.

«Buscarnos pero no ver. Yo usar Camuflaje Extendido» envió Camu a sus compañeros.

—Esos dos pueden usar magia a distancia, mejor los dejamos fuera de combate —sugirió Nilsa.

—De acuerdo —convino Gerd.

Ona y Argi estaban junto a ellos atentos, pero quietos, en posición defensiva.

Nilsa y Gerd volvieron a tirar y alcanzaron al Fatum y al Escarlatum en la cabeza. Las flechas estallaron. Esta vez eran de aire y la descarga los derribó. Ambos se fueron al suelo y quedaron conmocionados.

La Drakónida se dio cuenta de que algo iba mal al ver a sus dos compañeros en el suelo intentando reponerse y corrió hacia ellos. Se situó entre los dos y levantando su espada conjuró. Una descarga plateada los recorrió a los tres. El Fatum y el Escarlatum parecieron recibir ayuda del conjuro porque lograron ponerse en pie. Los tres miraban hacia la procedencia de las saetas, solo que no podían ver a los tiradores y esto los tenía muy confundidos.

El combate entre los zangrianos y los soldados de Kraido se detuvo. Los primeros se retiraron rápidamente y los de Kraido hicieron lo mismo al ver que el enemigo huía a toda la velocidad que podía.

Nilsa y Gerd aguardaron con otra flecha cargada en el arco, apuntando al Fatum y al Escarlatum.

La Kapro y la Felidae consiguieron reponerse y se acercaron a sus compañeros. Los cinco formaron mirando hacia sus invisibles asaltantes sin lograr verlos. En sus expresiones se apreciaba la

contrariedad. Sabían que les habían atacado desde los árboles que tenían al frente, intuían que el enemigo seguía allí, pero no podían verlo y esto los tenía muy desconcertados.

«No ver, no poder atacar nosotros» envió Camu con un sentimiento de tranquilidad.

—Sabemos que estáis ahí —dijo el Escarlatum—. ¡No penséis que esto termina aquí!

Capítulo 11

Nilsa y Gerd sabían que la situación se iba a poner muy tensa en un instante.

«¿Qué hacer?» preguntó Camu.

—Salid si no queréis que os embista —amenazó la Kapro e hizo el gesto con cabeza y patas.

—¿Nos entendéis? —preguntó la Drakónida.

«Mejor si hablar».

—Os entendemos —respondió Nilsa en la lengua de Kraido gracias al anillo de lenguas en su dedo.

La respuesta pareció sorprenderles porque se miraron los unos a los otros con expresiones de extrañeza. Tardaron un momento en responder.

—¿Sois de Kraido? ¿Por qué nos atacáis si sois de los nuestros? —se extrañó el Fatum.

—No somos de los vuestros —respondió Gerd.

—Ni de Kraido —añadió Nilsa.

Los cinco Brujos de Dragón volvieron a intercambiar miradas de asombro y desconcierto entre ellos. Se pusieron muy tensos. Si no eran de los suyos, eran enemigos. Que pudieran hablar su idioma todavía los desconcertó más. Apenas había unos pocos en Tremia que podían hacerlo.

—Dejaos ver —pidió la Drakónida.

—Nos dejaremos ver con la condición de que no ataquéis —respondió Nilsa.

—Eso depende de vuestras intenciones —contestó el Fatum con tono de advertencia.

—Si quisiéramos atacaros, lo haríamos ahora, sin que podáis vernos —respondió Gerd—. No es lo que buscamos.

Los brujos hicieron gestos de que eso era cierto. Parecieron relajarse un poco, no demasiado.

—¿Qué buscáis? —preguntó el Escarlatum.

—A vosotros —respondió Nilsa.

—Más razón para dejaros ver —dijo la Felidae.

—Dejaros ver o esta conversación habrá terminado —dijo la Drakónida con tono de que era un ultimátum y mejor hacían caso.

Nilsa le puso la mano en el costado a Camu.

—Déjales vernos —susurró.

«¿Seguro? Poder ser peligroso».

—Sí, seguro. No van a querer escucharnos de esta forma.

«Estar bien».

Camu detuvo su habilidad de camuflaje extendido y permitió que los vieran.

La escuadra de Brujos de Dragón y los soldados de Kraido que quedaban se quedaron pasmados. Nadie dijo nada por un momento mientras asimilaban lo que estaban viendo. No esperaban encontrarse con semejante grupo.

—Podéis bajar los arcos… no vamos a atacaros —dijo la Drakónida, que observaba con mirada de no comprender muy bien lo que sucedía allí.

Nilsa y Gerd se miraron y bajaron los arcos.

Ona y Argi gruñían amenazantes y mostraban sus colmillos.

—Tranquilos, no vamos a luchar —susurró Gerd a sus amigos para que se calmaran.

La pantera y el lobo dejaron de gruñir y adoptaron una pose más tranquila, aunque no perdían detalle de lo que los Brujos de Dragón hacían.

—Dos humanos, una pantera de las nieves, un lobo gigante y ¿una especie de… dragón? —preguntó el Fatum sin poder ocultar su enorme sorpresa reflejada en su bello rostro—. ¿Qué es esto?

«Yo no ser dragón. Yo Drakoniano Superior. Más que dragón» envió Camu a todos levantando la cabeza, orgulloso.

Los miembros de la escuadra se quedaron atónitos al recibir el mensaje mental. Por un instante no reaccionaron.

—Disculpe nuestra ignorancia, señor —dijo el Escarlatum y bajó la cabeza mostrando respeto.

—No sabíamos de la existencia de Drakonianos Superiores —se disculpó la Felidae y también bajó la cabeza con respeto.

Los demás también se disculparon ante Camu y bajaron la cabeza.

«Guardad las armas. Vosotros no necesitar aquí».

—Por supuesto, señor —dijo la Drakónida. Envainó la espada y se puso el escudo a la espalda. Sus compañeros la imitaron y guardaron sus espadas, lanzas, dagas y escudos.

—Buscamos a la Escuadra Blanca de Drokana —dijo Nilsa.

La Drakónida levantó la cabeza.

—Yo soy Drokana.

—Y nosotros somos su Escuadra Blanca —dijo la Kapro con tono claramente protector.

Nilsa asintió.

—Entonces hemos encontrado a quienes buscamos.

—¿Por qué me buscáis? —preguntó Drokana con un tono mezcla de sorpresa e intranquilidad, y miró a sus compañeros.

—Es algo que quizá sea mejor que no todos escuchen —Gerd señaló a los soldados Escarlatum que observaban.

Drokana se volvió hacia ellos.

—Dejadnos —ordenó.

Los soldados se retiraron hacia el norte. Los zangrianos ya habían huido, por lo que no corrían peligro.

Nilsa y Gerd esperaron hasta que ya no estuvieran a la vista.

—Hemos venido porque necesitamos hablar con vosotros de algo muy importante —adelantó Nilsa—. De lo contrario no estaríamos teniendo esta conversación así.

—¿Sobre qué? ¿Y cómo es que podéis hablar nuestro idioma? —preguntó el Escarlatum con gesto de desconfianza.

—Sobre dos cosas, la rebelión y las alianzas —aclaró Nilsa y les mostró el anillo que llevaba en la mano—. Podemos hablar vuestro idioma por este objeto encantado. Traduce lo que se dice entre nuestro idioma y el vuestro en ambos sentidos gracias a los encantamientos mágicos que tiene.

—Muy útil —reconoció el Fatum y puso cara de estar impresionado.

—¿Has dicho rebelión? ¿Qué rebelión? —intervino la Felidae. Su mirada felina se endureció.

Nilsa suspiró de forma clara, dando a entender que sabía que disimulaban.

—Si sois quienes decís ser, sabéis perfectamente a qué rebelión me refiero.

—Somos quienes decimos ser. La rebelión… es otro asunto distinto —dijo la Kapro arrugando la frente.

El tema no parecía ser del agrado de la escuadra. Sus expresiones eran una mezcla de desconfianza y adustez.

Gerd señaló a la Drakónida. Sabía que no sería fácil dialogar de aquel tema con los Brujos de Dragón, más aún cuando uno de ellos era una Drakónida, y parecía ser la líder.

—En nuestro campamento en los Mil Lagos tenemos prisioneros de vuestro ejército. Nos han contado una historia interesante.

—¿Campamento en los Mil Lagos? —preguntó el Escarlatum—. En el de Zangria no estáis, así que debéis estar con el de Erenal.

—Eso nos pone en bandos contrarios —añadió Drokana.

—No necesariamente —respondió Nilsa—. Que seamos aliados del reino de Erenal no quiere decir que tengamos que ser enemigos de los pueblos esclavos de Kraido —Nilsa enfatizó lo de pueblos esclavos, ya que era hacia donde quería dirigir la conversación.

Que Erenal y el ejército de Kraido eran enemigos estaba claro, pero Nilsa quería hablar sobre pueblos esclavos y dragones opresores.

—De momento lo somos —dijo la Drakónida.

—De momento. Eso puede cambiar.

—Lo dudo mucho —intervino la Kapro.

—Si nos han dicho la verdad, vosotros estaríais dispuestos a un cambio. Uno grande. Por la libertad —dijo Nilsa.

—La tortura hace hablar a los prisioneros, confesar y delatar cualquier cosa. Eso no quiere decir que sea cierto. La desesperación puede hacer que la mente invente escapes en modo de mentiras —aseguró el Fatum.

—Cierto, pero aquellos con los que hablamos no fueron torturados y no estaban bajo ningún tipo de presión, más allá de estar prisioneros —dijo Nilsa.

—Todos los ejércitos sonsacan información a sus prisioneros —dijo la Kapro—, y por medios nada honrosos.

—Os aseguro que estos prisioneros no fueron torturados. Interrogados, sí, por supuesto —Nilsa estaba diciendo la verdad, pero sabía que iba a ser difícil que la creyeran. En tiempos de guerra los oficiales de los ejércitos y los propios soldados tenían comportamientos detestables. La brutalidad y el horror de la guerra cambiaba a las personas.

«No tortura. Yo saber. Estar allí» envió Camu y al recibir el mensaje mental los Brujos de Dragón parecieron tranquilizarse algo.

—Está bien, aceptamos lo que se nos trasmite —dijo Drokana haciendo ver que los creían con su expresión y gesto.

—¿Qué historia es esa que os han contado? —preguntó el Escarlatum enarcando una ceja. Tenía cara de no fiarse de lo que fueran a decir a continuación.

—Nos han dicho que hay una escuadra de Brujos de Dragón, una blanca, en la que hay una Drakónida llamada Drokana, que está pasando el mensaje… —dejó saber Nilsa.

—El mensaje de la rebelión de los pueblos esclavos de Kraido —clarificó Gerd para que no hubiera dudas y dejaran de disimular.

La aludida cruzó los brazos sobre el torso.

—Torturados o no, suena a invención. Es además una acusación muy grave, ya que eso sería alta traición para los dragones.

—Esperábamos que no fuese así. De hecho, creemos que no es una invención. ¿Por qué se iban a inventar tal cosa unos prisioneros? —confesó Nilsa.

—Para que no los torturéis y matéis —afirmó el Fatum.

—Ya hemos establecido que no temían tal cosa —insistió Gerd.

—¿Qué os importa a vosotros la rebelión? —preguntó la Kapro con la frente arrugada.

—Nos importa, y mucho —dijo Gerd—. El enemigo de mi enemigo es mi amigo —explicó con un gesto de su mano.

—Y, además, nosotros somos amigos de la líder de la revolución y su escuadra —añadió Nilsa.

El comentario dejó a la escuadra muy sorprendida. Se miraron entre ellos sin decir nada, pero era evidente que no esperaban semejante afirmación de aquel extraño grupo.

—Buscamos aliados —dijo Gerd.

Capítulo 12

Hubo una larga pausa en la que los Brujos de Dragón no dijeron nada. Los miraban de forma intensa sin abrir la boca. Nilsa y Gerd sabían que estaban intentando razonar todo aquello y ver si era verdad o mentira lo que decían. Sabían que no sería fácil que los creyeran, mucho menos siendo humanos.

—En efecto, los enemigos se vuelven amigos cuando hay un enemigo mayor —reconoció de pronto Drokana—. Entiendo vuestro interés en saber si podéis encontrar aliados en el lado enemigo…

—Nos interesa mucho —aseguró Nilsa.

Drokana asintió y habló con cuidado.

—En cuanto a que conozcáis a la líder de la rebelión y su escuadra, es difícil de creer. Suena más a un intento desesperado por engañarnos. Estoy siendo sincera y seguro que entendéis nuestra postura.

Nilsa y Gerd no se molestaron. Lo había dicho con cuidado, sin llamarlos mentirosos a la cara. Que desconfiara era del todo comprensible. Después de todo, eran enemigos, forzosos, pero enemigos.

—Entendemos que os parezca que así sea —dijo Nilsa—. Pero conocemos a la Escuadra Roja y a su líder. Nos hemos encontrado con ella en Norghana y con su escuadra en los desiertos noceanos.

—Y hemos unido fuerzas. Ahora somos aliados —añadió Gerd—. Luchamos juntos contra los dragones.

—Lo decís convencidos, eso lo vemos, pero no podemos creerlo, así como así —dijo el Fatum—. Es demasiado difícil, si lo miráis desde nuestro punto de vista.

—Entendible también —dijo Nilsa haciendo un gesto de que era normal y lo comprendía—. Sabemos que vuestra líder es especial,

diferente…

—¿Cómo de diferente? —preguntó el Escarlatum.

—Es una Nacida de la Llama —dijo Nilsa.

—No hay muchas, y vosotros sabéis que la líder de la rebelión es una de ellas. Así que no puede ser casualidad que sepamos esa información —añadió Gerd.

Los Brujos de Dragón lo razonaron un momento.

—Es cierto que se dice que la líder de la rebelión es una Nacida de la Llama, pero eso podéis haberlo oído como lo hemos hecho nosotros, o habérselo sonsacado a algún prisionero. No prueba lo que decís —rebatió el Fatum.

Gerd abrió las manos.

—Os aseguro que no mentimos. ¿Por qué si no íbamos a estar aquí hablando con vosotros?

—Para engañarnos —dijo la Felidae—. Con qué propósito no lo sé, pero uno que acabará con nosotros muertos, me imagino.

—No os vamos a convencer, ¿eh? —Nilsa veía la cosa complicada.

—Confiar en el enemigo y más cuando cuenta cosas asombrosas, es muy complicado —dijo la Drakónida.

«Nosotros decir verdad. Vosotros mejor creer» envió Camu.

El mensaje mental hizo recapacitar a los Brujos de Dragón.

—¿Qué queréis? —preguntó Drokana—. ¿Por qué estamos teniendo esta conversación?

—Queremos una alianza —explicó Nilsa. Los señaló a ellos y luego a su grupo.

—Eso implicaría traicionar a los dragones y por lo tanto nuestra condena a muerte —afirmó el Escarlatum.

—Si los rumores son ciertos, ya habéis cometido traición al apoyar la rebelión, por lo que no sería un problema añadido —dijo Nilsa.

—¿Y si los rumores sobre nosotros son falsos? ¿Y si somos leales a los dragones? —preguntó la Felidae.

Gerd resopló.

—En ese caso tendríamos que mataros.

—Como enemigos que sois —amenazó Nilsa.

Se hizo un silencio sepulcral. Los Brujos de Dragón se pusieron tensos y sus miradas se clavaron en Nilsa y Gerd.

—Dudo de que podáis hacerlo —dijo la Kapro con altivez.

«Nosotros poder. Mucho poderosos. Vosotros mejor no dudar» envió Camu.

Su mensaje volvió a tener efecto en los Brujos de Dragón.

—No será necesario que haya enfrentamiento entre nosotros. Estamos con la rebelión —confesó por fin Drokana.

«Hacer bien en confesar».

—Eso son excelentes noticias —Nilsa sonrió, contenta.

—No habrá enfrentamiento —afirmó Gerd—, sino colaboración, que es siempre mejor.

—No me queda claro por qué buscáis esta alianza. La rebelión es asunto nuestro, es entre los dragones y los pueblos esclavos de Kraido —preguntó Drokana, que ya no escondía que estaban con la rebelión.

Nilsa dio un paso al frente con ademán amistoso.

—Vosotros estáis divulgando el mensaje de la rebelión entre los vuestros, al igual que la Nacida de la Llama y su escuadra. Nosotros queremos tender puentes entre los vuestros y los nuestros, entre los pueblos de Kraido y los de Tremia. Creemos que es la mejor manera, la que más opciones nos da para luchar contra los dragones y vencer.

—Es una idea interesante. Sin embargo, los pueblos de Tremia son muchos. ¿A cuáles te refieres? —preguntó el Fatum.

—Tienes razón. Hoy venimos a tender un puente entre los pueblos de Norghana y Erenal y los de Kraido —dijo Gerd.

—¿Habláis por esos dos reinos? —quiso saber la Felidae.

—Así es. No solo eso, en el desierto los vuestros ya colaboran con los Desher Tumaini, así que puedes incluirlos a ellos también.

Drokana lo meditó antes de responder.

—Es una idea interesante. Difícil de llevar a cabo, pero interesante. Estoy de acuerdo en que debemos unir fuerzas. El enemigo es demasiado formidable como para no hacerlo. Pero eso significa confiar en extraños, y eso es difícil, más cuando son enemigos.

—Lo entendemos. También las dudas, pero es el camino que debemos seguir si queremos salir victoriosos —dijo Nilsa—. Y somos enemigos porque así lo han querido los dragones, no nuestros pueblos.

Drokana lo pensó un momento y luego asintió.

—Es una propuesta interesante que no podemos dejar pasar. Tenéis nuestra alianza.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó Nilsa observando a los otros componentes de la escuadra.

Drokana parecía la líder, pero mejor asegurar. Además, Drokana era una Drakónida y confiar plenamente en ella era arriesgado. Los Drakónidos eran fieles a los dragones.

El resto asintieron.

—Drokana habla por todos —dijo la Kapro.

La respuesta tranquilizó a Nilsa y Gerd.

—Estupendo —Nilsa les hizo un gesto a sus compañeros y se acercaron a los Brujos de Dragón.

—Somos Nilsa, Camu, Ona, Argi y yo, Gerd —presentó señalándolos con la mano —. ¿Cómo os llamáis vosotros? —preguntó Gerd.

—Mi nombre ya lo conocéis —dijo Drokana—. La Kapro es Karissa, la Felidae es Kattia, el Escarlatum es Redlo y el Fatum, Belore —presentó la Drakónida señalando a cada uno de sus compañeros.

Estos, a su vez, inclinaron la cabeza como saludo según iban siendo nombrados.

Nilsa y Gerd correspondieron con respeto.

—Un placer conoceros —dijo Nilsa.

—Encantado —dijo Gerd.

«¿Qué talento tener cada uno? Yo interesar» quiso saber Camu.

La pregunta cogió desprevenida a la escuadra y todos miraron a Camu.

—Veo que sabéis mucho sobre los Brujos de Dragón — expresó Drokana con sorpresa.

«Brujos de Dragón interesantes. Yo saber cosas. Querer saber más».

Drokana asintió.

—Soy paladín.

—Yo druida —dijo Redlo.

—Magus es el mío —dijo Belore.

—En mi caso es bastante evidente, soy berseker —dijo Karissa.

—El mío es menos evidente, soy guerrero —expresó Kattia.

«Mucho interesante. Yo veros luchar con magia, notar».

—¿Seguro que no eres algún tipo de dragón? —preguntó Drokana con respeto—. No es mi intención molestarte, pero no tenemos constancia de tu existencia.

«Seguro. Yo tener cuello corto y alas de magia, no ser dragón» Camu invocó sus alas y cuando aparecieron brillando con destellos plateados dejó a los Brujos de Dragón sin habla.

Las movió con fuerza y se elevó unas varas con un brinco ligero para volver a descender en vertical como si fuera un gigantesco colibrí.

«Dragones volar, pero no poder volar así. Yo más poderoso».

—Sin duda —reconoció Drokana, que no salía de su asombro.

—¿Tienes aliento elemental? —preguntó Belore intrigado.

«Sí tener».

Camu abrió la boca y expulsó su aliento gélido hacia un costado para no alcanzar a nadie.

—Pues tomamos tu palabra de que no eres un dragón, pero desde luego, lo pareces —reconoció Kattia.

—No le pidáis más demostraciones, que le encanta presumir —dijo Gerd.

«Yo no presumir. Solo mostrar yo poderoso».

—Y guapo, claro —dijo Nilsa sonriendo.

«Mucho guapo», Camu levantó la cabeza, orgulloso.

—Sin duda una criatura singular —reconoció Drokana.

—Y ahora que ya nos conocemos y hemos acordado una alianza, es tiempo de hablar de planificar estrategias y modos de comunicarnos —propuso Nilsa.

—Me parece muy buena idea —respondió Drokana e hizo un gesto invitándola a comenzar.

—Necesitamos saber qué es lo que los dragones están haciendo y cómo va la guerra en Zangria —pidió Gerd.

—De eso podemos encargarnos —asintió Drokana.

—¿No tenéis aliados entre los zangrianos que os informen? —preguntó Belore.

Nilsa resopló.

—Eso es algo en lo que estamos trabajando…

—Los zangrianos no se llevan muy bien con los norghanos —añadió Gerd.

—Tampoco con los de Erenal… —comentó Nilsa.

—No es inteligente por su parte, y menos en estos tiempos que corren —opinó Karissa y negó con la cabeza.

—Por eso estamos aquí, en su territorio. Vamos a intentar mejorar las relaciones con ellos —adelantó Nilsa.

—Y con nosotros —razonó Redlo.

—Así es. Esa es la doble misión que tenemos aquí —informó Nilsa.

—Desde luego sois valientes y decididos, eso hay que reconocéroslo. Pocos se embarcarían en semejante aventura. Tanto nosotros como los zangrianos podíamos deciros que no y de malas formas —razonó Drokana.

—Lo sabemos, pero quien no intenta algo, pese al riego que conlleve, nada consigue —se encogió de hombros Gerd.

—Y la primera parte ha salido bien —sonrió Nilsa y los señaló.

—Está bien. Encarguémonos de los detalles mientras comemos algo. Luchar siempre me abre el apetito —dijo Drokana.

—No podría estar más de acuerdo —convino Gerd sonriendo.

—Vayamos al bosque, allí estaremos a salvo de ojos indiscretos —señaló Nilsa.

—Vamos —Drokana hizo una seña a los suyos y se dirigieron al bosque siguiendo a sus nuevos aliados.

Durante aquella comida al refugio de un bosque zangriano, se comenzó a cimentar una alianza que esperaban que resultase crucial para el destino de varios reinos y pueblos.

Capítulo 13

Llegaron al centro de Jadrakos y tomaron tierra en la plaza generando expectación entre los presentes. Dragones raudos y jinetes los observaron. Nahia y Logan desmontaron y miraron a ver si veían a algún jinete conocido. Los que estaban en la plaza eran veteranos, por lo que no hablaron con ellos.

«Aroa y yo haremos saber al comandante que ya estamos aquí» envió Eki.

«De acuerdo. Nosotros nos quedamos por aquí» respondió Nahia.

Aroa y Eki marcharon y Nahia sonrió a Logan. Estaban juntos y a solas, al menos por un rato, y eso le llenó el corazón de alegría.

—Tienes que contarme todo lo que ha sucedido desde que nos separamos. Me parece que me he perdido muchas cosas —pidió Logan.

—Eso te pasa por caer prisionero de los gryphos —respondió Nahia de buen humor.

—Sí, en eso te doy la razón.

—Cuéntame qué tal fue el cautiverio y luego te cuento yo mis andanzas.

Logan asintió.

—De acuerdo. Nos llevaron prisioneros a la ciudad del rey grypho Arran-Bigarlehoi. La verdad es que me sorprendió mucho el lugar.

—Como para no sorprenderte, una montaña que levita en medio de las nubes…

—Sí, nos llevaron a la zona baja, a las mazmorras.

—¿Cómo son las mazmorras de una montaña de gryphos? —Nahia estaba muy interesada.

—Nos metieron en una cueva enorme. Dentro había una veintena de gryphos de guardia. En la parte posterior había una abertura que daba a un túnel grande por el que nos llevaron hacia abajo.

—¿Abajo?

—Hacia las profundidades de la base de la montaña. La montaña tiene forma de peonza invertida. La parte baja no tiene cuevas, es sólida. Pasamos por múltiples cuevas, y los túneles que las unían no eran naturales, al menos en su mayoría, sino excavados por los gryphos para crear un laberinto de cavernas interconectadas por túneles. Nos llevaron hasta una zona con gran cantidad de cuevas-prisión.

—¿Con barrotes o puertas?

Logan negó con la cabeza.

—Eran cuevas con espacio para un dragón, sin rejas ni puerta. No las necesitan. Tienen unas trampas delante de cada una que se activan si te acercas.

—¿Trampas? —aquello le interesó todavía más.

—Aroa me explicó que son runas mágicas de los gryphos. Si te acercas se activan y atacan.

—¿Con magia elemental de los gryphos?

Logan negó con la cabeza.

—No es suficientemente fuerte para parar a un dragón.

—¿Entonces? —Nahia lo miró con extrañeza. No entendía cómo funcionaban las trampas.

—La runa hace subir una especie de cono enorme. En su interior hay picos y garras doradas de gryphos muertos.

—¡Se los lanza como proyectiles!

—Exacto, y acribilla al dragón. Los gryphos guardias lo ven y actúan.

—Interesante sistema. ¿No hace falta pisar las runas?

—No, se activan por proximidad. Uno de los dragones prisioneros intentó escapar y pasó cerca de una de las runas sin pisarla. Así y

todo, se activó y atacó. Le acribilló medio lado del cuerpo. Los guardias lo vieron y dieron la alarma. En un momento había cincuenta gryphos allí. Le dieron un buen escarmiento al dragón, que solo por la trampa ya había perdido el uso de un ala y una pata trasera.

—Estos gryphos no solo son formidables, sino también listos —opinó Nahia, impresionada.

—Lo son y mucho. Una de las cosas que he aprendido durante mi cautiverio es que los gryphos son muy inteligentes. Quizá no sean tan poderosos como los dragones en fuerza bruta y poder mágico, pero diría que son más listos.

—La necesidad agudiza el ingenio, suelen decir.

—Sí, seguro que en este caso es así. Por fortuna a Aroa y a mí nos pusieron en la misma cueva. Eso nos ayudó mucho a sobrellevar la experiencia.

—¿Os trataron mal, a ti y a Aroa? —Nahia lo preguntó con tono de preocupación.

Logan suspiró.

—No nos trataron mal, nos trataron como a enemigos, lo cual es comprensible. En aquellas cuevas había una docena de dragones. Todos habían participado en ataques contra los gryphos, incluidos nosotros. No se puede esperar demasiada amabilidad sabiendo lo que sabemos que hacen contra los gryphos.

—Sí, es detestable en todos los sentidos —Nahia negó con la cabeza al pensar en cómo los dragones atacaban gryphos hembra para darles muerte y así reducir el número de gryphos futuros que nacieran.

—A nosotros nos trataron con un poco más de miramiento. Creo que la orden vino del rey grypho Arran-Bigarlehoi.

—Menos mal…

—Supongo que estaba esperando a que consiguieras liberar a su hermano, Arran-Lehoizuri, y por eso nos concedió un trato más favorable. No nos faltó comida ni agua y los guardias no se metieron

con nosotros en ningún momento. Tampoco los provocamos. Aroa me dijo que lo más prudente era esperar a saber de ti, que tenía confianza en que podrías hacerlo. Yo sabía que lo intentarías todo, y eso me preocupaba mucho. No quería que murieras intentando liberarnos.

—No iba a dejaros morir prisioneros en Gryphoros.

—Por eso mismo me preocupaba…

Nahia cogió la mano de Logan y se la llevó a su corazón.

—Mientras mi corazón siga latiendo, siempre lucharé por ti.

—Sabes que yo también por ti, hasta mi último aliento.

—Lo sé, mi amor.

Logan la besó con dulzura.

—Soy muy afortunado.

—Lo eres —bromeó Nahia y rio.

Logan sonrió.

—Cuéntame más —pidió Nahia.

—No hay mucho más que contar. Los días eran largos y aburridos en aquella cueva. En las mazmorras, excepto el intento de fuga fallido, no hubo nada más reseñable.

—¿Qué tal con Aroa?

—Mejor de lo que nunca hubiera pensado. Creo que esta experiencia nos ha unido mucho. Nuestro vínculo es ahora muy fuerte.

—Me alegro. Compartir circunstancias duras une a las personas. Bueno, y a dragones raudos, imagino.

—Como no teníamos nada que hacer nos dedicamos a practicar nuestra magia.

—¿Os dejaban?

—Sí, siempre y cuando fuera dentro de la cueva mazmorra en la que estábamos.

—Entiendo. ¿No os pusieron un collar o algún impedimento para el uso de la magia?

—No lo necesitan. Había cincuenta gryphos de guardia además de las runas trampa. Era descabellado atacar. Aparte de que los gryphos aguantan bastante bien los ataques mágicos.

—Sí, cierto. Sería un suicidio.

—Aroa y yo combatimos incontables veces y he de decir que he mejorado mucho en todo lo referente a mi poder mágico. Creo que debimos realizar más de un millar de combates allí abajo. Un gran entrenamiento para mí.

—Eso es fantástico.

—Sí, además nos mantuvo entretenidos. Eso nos ayudó mucho.

—Tendrás que enseñarme todo lo que has mejorado.

—Cuando quieras. Podemos combatir si quieres, solo magia, eso sí.

—Vaya, yo no he tenido tantas oportunidades de entrenar.

—A ti la magia te sale de forma natural, eres una llama viva.

—Sí, de eso tengo que hablarte luego…

—Por el tono ha pasado algo malo.

—No te equivocas. Malo… bueno, depende de cómo se mire. Estoy viva así que fue bueno, creo. Pero alguien murió.

—Espero a que me lo cuentes entonces —hizo un gesto para que hablara.

Nahia le contó de forma resumida todo lo que había sucedido desde que se habían separado. Logan escuchó con toda su atención, pendiente de cada palabra. Cuando Nahia terminó el relato, Logan resopló.

—Vaya…

—Sí, ha sido un vaya, y de los buenos —sonrió ella.

—Eki nos contó lo que pasó en los desiertos, del resto no tenía ni idea.

—¿Os lo ha contado a los dos?

—Sí, Aroa sabe lo que hiciste, que mataste dragones. También sabe que estamos con la rebelión. Eki se lo ha contado, aunque creo que ella ya lo sabía de alguna forma.

Nahia resopló agobiada.

—¿Y qué opina? Bueno no será, seguro.

—No me lo ha dicho abiertamente, pero por el vínculo he notado que tenía sentimientos encontrados.

—¿Encontrados? ¿No le parece horripilante, como a Eki?

—Sí y no. Creo que también entiende el porqué.

—Pero no lo aprueba —auguró Nahia.

Logan negó con la cabeza.

—No creo que lo apruebe, no. Tampoco creo que nos juzgue por ello.

—Ojalá tengas razón porque Eki sí que lo hace y vamos a tener un problema gordo cualquier día de estos.

—Sí, va a ser muy complicado seguir llevando esta doble vida. No podemos ser los líderes de una rebelión contra los dragones, luchar contra ellos y montar a dos de ellos.

Nahia asintió, pesarosa.

—Lo sé.

—Tarde o temprano vamos a tener que separarnos de ellos o va a pasar algo malo entre nosotros.

—¿Crees que llegarían a ese extremo?

—Son dragones, Nahia, no lo olvides nunca. A mí también me cuesta verlos como tal, pero es por el vínculo. En cierto modo, el vínculo nos engaña, nos hace verlos como si fueran humanos y no lo son, aunque tengan sentimientos.

—Esperemos que la cosa no llegue a la sangre.

—Para no arriesgar, debemos separarnos de ellos.

—Tienes razón… Habrá que buscar el modo de hacerlo. Tampoco sabemos si lo aceptarán.

—Yo creo que Aroa sí. Ella preferirá que me marche a matarme —afirmó Logan.

—Supongo que Eki también, pero ¿no será eso un deshonor para ellos?

—De hacerlo no podrían confesar que nos dejaron ir, los dragones no aceptarían eso. Habrá que pensar en una mentira creíble y esperar que Aroa y Eki estén dispuestos a mentir.

—Bueno, Eki ya ha mentido acerca de su herida. Y Aroa sabiendo que era mentira lo ha protegido. Eso me da esperanza.

—Eso fue en un momento de necesidad crítico. Eki necesitaba que liberaras al rey grypho de las mazmorras para que Aroa fuera liberada por su hermano. Sin una causa no será tan fácil.

—Cierto. La situación ha de ser la propicia para que salga bien —Nahia no veía en ese momento la forma de hacerlo.

—Muy propicia porque tendrán que dar muchas explicaciones cuando regresen sin sus jinetes.

—Bueno, de momento veamos cómo se desarrolla todo. Quizá no lleguemos a este extremo tan pronto.

—Espero que no, pero estate preparada por si llega.

—Lo estaré —Nahia miró a los ojos a Logan y supo que siempre estaría a su lado apoyándola, por muy difícil que fuera la situación.

Esta certeza le levantó tanto el ánimo que sonrió. Logan la miró extrañado.

—El tema es muy serio —dijo.

—Sonrío por ti, bobo.

—¿Por mí?

—Sí, por tenerte a mi lado —dijo ella y le dio un beso en la mejilla.

—Oh, siempre —respondió él.

De pronto Nahia comenzó a sentirse mal, como si hubiera comido algo en mal estado. Algo pasaba.

—¿Estás bien? Te has puesto muy pálida de repente —preguntó Logan preocupado.

—No sé… algo no va bien… —Nahia se agarró el estómago y se dobló hacia delante.

—¿Estás enferma? ¿Te llevo a la enfermería? —el tono de Logan era de preocupación.

—Dame… un momento… —Nahia necesitaba entender qué le estaba pasando.

Era malestar físico, pero de alguna forma supo que el origen no era tal. Cerró los ojos e intentó concentrarse. ¿Qué me pasa? ¿Por qué estoy así?

De repente, notó la escama plateada de Garran-Zilar-Denbo ardiendo en su nuca. Una neblina surgió en su mente y la inundó.

—Estoy… teniendo… una visión.

—Tranquila, estoy contigo —Logan la sujetó de la cintura.

En medio de la neblina mental, Nahia vio a su escuadra, borrosa primero y más nítida tras un momento. La escama plateada ardía, y cuanto más ardía, mejor veía a su escuadra. Vio a Dafne, Lily, Ivo, Taika y Aiden.

El malestar que sentía se incrementó.

—Es mi escuadra…

—¿Qué pasa con tu escuadra?

—No lo sé… creo que algo malo sucede… o va a suceder. Creo que va a suceder… es algún tipo de premonición o mal agüero…

—Tu escuadra está en el desierto, ¿no?

—Sí, allí los deje… Organizando la rebelión… Liberaron Jafarika…

—Entonces estarán bien.

—O los dragones han regresado a por ellos… a darles su castigo por rebelarse…

—Eso no lo sabemos. No tenemos por qué ponernos en lo peor.

Tan rápido como había empezado, la visión terminó. Su escuadra se volvió borrosa y luego desapareció de su mente. La neblina también se disolvió y la escama de plata dejó de arder.

El malestar fue pasando y Nahia se sintió algo mejor. Inspiró y espiró por un rato hasta que se encontró bien.

—No sé qué ha sido eso, pero no me ha gustado nada.

—A mí tampoco —dijo Logan, le acarició la mejilla y sonrió—. ¿Mejor?

—Sí, ya puedo andar. Qué sensación tan mala… como un mareo terrible. Casi vomito.

—Esperemos que no regrese.

—Esperemos…

—Vayamos a descansar al barracón de los Jinetes. Con un poco de suerte no nos requerirán para misión en unos días.

—Esperemos eso también —medio sonrió Nahia.

Capítulo 14

Lasgol observaba la luna llena sentado junto al fuego en lo más profundo del campamento militar de Aurelius, rey de Erenal, en los Mil Lagos. Con él estaban sus compañeros. No podía dejar de preocuparse por los que faltaban y se preguntaba cómo les estaría yendo en su misión en Zangria. Esperaba que les fuera bien, era una misión difícil y no poder estar con ellos para ayudarles le causaba una intranquilidad en el estómago que no le gustaba nada.

Inspiró profundamente y dejó salir el aire por la boca. Nilsa y Gerd eran muy buenos y listos, se encargarían de la misión, y Camu, Ona y Argi los protegerían. Todo iba a salir bien. La idea de aquella misión había surgido allí, en el campamento, al interrogar a prisioneros zangrianos que el rey tenía en otra de las islas de un lago cercano. El problema era que no podían ir todos a la misión, pues tenían que cumplir su promesa a Aurelius de librarle de los dragones que asolaban Erenal.

Frente a dos propósitos que se necesitaban llevar a cabo, no había quedado más remedio que dividir fuerzas. Lasgol, al tener el arco dorado, se veía obligado a quedarse para luchar contra los dragones y ayudar a Sonea. Astrid había decidido quedarse con él, cosa que Lasgol agradecía. La compañía de la fiera asesina de ojos verdes cada vez le era más necesaria. Cuando ella no estaba a su lado era como si algo le faltara. Venía notando aquella sensación desde ya hacía un tiempo y cada vez se acentuaba más. Viggo, por supuesto, había querido quedarse a cazar dragones, lo que había arrastrado a Ingrid, aunque ella lo negara delante del asesino.

—El poder de la sustancia dorada de Dameros ha quedado de manifiesto una vez más —comentó Astrid sentada junto a Lasgol, observando su contenedor esférico a la luz del fuego con mucho

interés—. Parece que el poder está vivo ahí dentro —comentó llevándose la esfera muy cerca del ojo.

—No sé si está viva o muerta, pero me encanta esta magia dorada —afirmó Viggo sacando su esfera dorada y dándole un beso —. No solo penetra las defensas mágicas del dragón, también las físicas. Este juguillo de oro permite atravesar las escamas de dragón y eso sí que es una gozada —sonrió muy animado.

—Esa es la razón por la que los Ilenios fueron capaces de derrotar a los dragones hace miles de años —intervino Sonea, que estaba leyendo un tomo de aspecto muy antiguo—. Los dragones son vulnerables a la magia dorada, tanto en el aspecto mágico como en el físico. O eso hemos deducido de lo poco que sabemos de la civilización perdida.

—No veáis qué ganas tengo de volver a untar mis cuchillos en el juguillo dorado y abrir a un dragón en canal —afirmó Viggo e hizo el gesto de verter el líquido viscoso en sus cuchillos.

—Mejor no te acerques demasiado, que te pueden arrancar la cabeza de un mordisco —recomendó Lasgol.

—O partirte en dos de un zarpazo —añadió Sonea—. Que sean vulnerables a la magia dorada no resta a que sigan siendo criaturas excepcionalmente fuertes y peligrosas. Debemos extremar las precauciones con ellos.

—¿Eso es lo que dicen esos tomos que estás leyendo? —preguntó Viggo enarcando una ceja y señalando el volumen con su cuchillo.

Sonea sonrió.

—Soy una bibliotecaria, me encantan los libros… el conocimiento para ser más exacta. Leo para aprender. ¡Adoro aprender cosas nuevas! Hay tantísimas cosas por saber… —un suspiro sonoro y anhelante salió de la boca de Sonea—. Debido a los tiempos que corren me veo obligada a centrarme en aprender sobre dragones casi en exclusividad.

—Para descubrir cómo derrotarlos —dedujo Lasgol.

Sonea asintió.

—Así es, me gustaría poder expandir mis lecturas y aprender de otras muchas cosas, pero las circunstancias no me lo permiten —expresó con tono de pesar—. La guerra no es el mejor momento para el conocimiento. Ahora se trata de sobrevivir, de encontrar la forma de vencer al enemigo antes de que lo destruya todo.

—Algún día podrás volver a tus estudios —aseguró Lasgol y le puso la mano en el hombro para animarla. Él también sentía que la guerra solo traía muerte y destrucción.

Sonea agradeció el gesto con una sonrisa dulce.

—Gracias, eso deseo.

—Yo deseo abrir lagartijos en canal. Seguro que si los asamos su carne hasta sabrá bien.

Sonea puso cara de asco.

—No sé yo… Apetecibles no parecen.

—Lo tenemos que probar. Al siguiente que matemos le arrancamos una pata y la asamos al fuego como si fuera de vaca —propuso Viggo, emocionado.

Lasgol no dijo nada, pero miró a Sonea que, como él, pensaba que no era muy buena idea.

—¿Qué? Las serpientes y los cocodrilos se comen —argumentó Viggo y puso cara de que no entendía la reticencia de sus compañeros ante su propuesta culinaria—. Además, andamos cortos de provisiones. Los soldados pasan penurias. ¿Sabéis la de carne que debe tener uno de esos bichos? Podríamos alimentar a todo el campamento por un mes mínimo.

—Visto así no es del todo mala idea, aunque a ver cómo sabe eso, puede tener un sabor horrible —dijo Astrid.

—Lo mejor es probar y luego decidimos.

—Te cedo el honor —dijo Astrid y sonrió con ironía.

Viggo hizo una reverencia y sonrió también.

—Será todo mío.

—Creo que visto lo sucedido en los últimos enfrentamientos debemos optimizar nuestro ataque —comentó de pronto Ingrid y bebió del pellejo del agua.

—¿Optimizar? —Viggo, a su lado, la miró sin comprender. Estaba afilando sus cuchillos con una piedra de amolar.

—Me refiero a mejorar, ser más efectivos —explicó Ingrid y bebió otro trago de agua.

—Hemos matado a los últimos cinco dragones con poco más que un par de rasguños, yo lo veo bien —comentó Viggo restándole importancia al asunto.

—Bien no es suficiente, hay que hacerlo muy bien —replicó Ingrid y le dirigió una mirada firme.

—Esta rubita belicosa mía siempre intentando mejorar —comentó Viggo y sacudió la cabeza.

—Eso es de personas inteligentes —dijo Astrid, que repasaba los venenos que había conseguido elaborar y llevaba en su cinturón de guardabosques.

—¿Qué propones? Me interesa —comentó Sonea.

Como había estado hablando con el rey se había perdido la cena y uno de los soldados del campamento le acababa de traer una ración que observaba de reojo. Por el aspecto no era carne de dragón, pero tampoco de vaca.

—Ya sabíamos que los dragones tienen en los ojos su punto más débil —comenzó a explicar Ingrid.

—Aparte de su punto central nervioso —dijo Viggo y señaló su espalda con uno de sus cuchillos.

Ingrid asintió.

—Cierto. Ahora podemos asegurar también que con un ala malherida no pueden volar. Es algo muy importante en mi opinión.

Viggo arrugó la frente.

—¿Por qué es tan importante, mi belleza norghana sin parangón?

—No te me pongas poeta, que estoy hablando en serio.

—Por mucho que lo intento no consigo controlar cuando mis sentimientos amorosos hacia ti surgen de mi corazón prendado y se expresan por mi boca cautiva.

—¡Quieres hacer el favor de comportarte! —pidió Ingrid, que se había ruborizado.

—Como desees, mi belleza de las nieves. Adelante, explica por qué es importante —animó a continuar mientras pestañeaba con fuerza mirándola a los ojos.

Ingrid puso expresión de que Viggo era imposible y continuó.

—Porque si no pueden volar pierden una de sus grandes ventajas —explicó.

—No pueden atacar desde el cielo y, lo que es más importante, tampoco pueden huir —razonó Sonea.

—Lo que iguala un poco la contienda —añadió Astrid—. Nos da una mejor oportunidad para combatirlos.

—Eso es. Veo que lo entendéis. Bueno, todos menos mi merlucito, que es un poco más lento aquí arriba —dijo Ingrid señalando su cabeza con el dedo índice.

Viggo hizo un gesto exagerado de que no entendía nada.

—Yo… no… entender… —balbuceó. Luego sonrió de oreja a oreja.

—Deja de hacer el sinsorgo y escucha —riñó Ingrid.

—Continúa, esto es interesante —dijo Sonea.

—Creo que en los ataques debemos centrarnos desde el principio en anular una de sus alas. Con eso la ventaja es nuestra. Un dragón en tierra es mucho más lento y torpe que nosotros, por muy fuerte y poderoso que sea —explicó la tiradora.

—Es más sencillo que cegarlos, eso seguro —comentó Lasgol que, pese a que eran guardabosques y excelentes tiradores, sabía que alcanzar los ojos de un dragón en vuelo era siempre una tarea muy complicada.

—Sí, más área de ataque y facilidad para hacer blanco —se unió Astrid.

—Yo los prefiero en tierra, así me puedo subir a sus espaldas —añadió Viggo, que continuó la frase con un gesto de acuchillar la espalda.

Sonea asintió.

—Por lo que he podido ver y lo que la naturaleza nos muestra, un ave con una sola ala no puede volar. Los dragones, aunque reptiles en esencia, también podríamos calificarlos como aves hasta cierto punto, ya que vuelan, si bien es contraintuitivo.

—Lagartijos voladores, es mi categoría —expresó Viggo.

—Un ave con un ala herida no puede volar, lo que le obliga a tomar tierra. Mis ataques contra sus alas pueden causarles daño gracias al medallón Ilenio, claro. Sí, creo que es una buena estrategia que deberíamos probar. Si todos atacamos un ala, deberíamos ser capaces de anularla en pocos intentos y con eso eliminamos la ventaja aérea —terminó su explicación Sonea.

—Y que puedan huir —añadió Astrid.

—Debemos probarlo y ver qué resultados nos da —sugirió Lasgol.

Todos asintieron en conformidad.

—¿Ala derecha o ala izquierda? —preguntó Viggo—. Mejor decidirlo ahora que en medio del combate o cada uno atacará a una diferente.

Sus compañeros pusieron cara de que razón no le faltaba.

—Atacaremos el ala derecha siempre que no haya un motivo para elegir la izquierda —decidió Ingrid.

—Me parece bien —asintió Lasgol.

Lo que quedaba de noche la pasaron ideando formas de atacar las alas de los dragones, lo que derivó en otras estratagemas y tretas que podían usar. Cada idea los llevaba a una nueva. Por desgracia muchas eran un tanto descabelladas y terminaron por desecharlas. Según entró la noche se fueron retirando a descansar. No tenían que ir muy lejos, sus tiendas estaban justo al lado del fuego.

Lasgol decidió dar un pequeño paseo antes de retirarse para despejar la mente y dormir mejor. Se sentó sobre un tronco caído, algo apartado del fuego del campamento, y observó el firmamento estrellado. La luna brillaba con fuerza y solo unas pocas nubes dispersas evitaban que alumbrara los lagos como una gran esfera de plata. Al pensar en ello, un escalofrío le bajó por la espalda recordando al dragón inmortal.

Resopló dejando salir su intranquilidad. En un principio no recordaba al dragón y lo que le había hecho. Ahora, con el paso del tiempo, su mente empezaba a traer fragmentos sobre lo que le había hecho Dergha-Sho-Blaska. Por desgracia no podía elegir qué fragmentos de su pasado iba recordando.

—¿Todo bien? —llegó la pregunta de una voz que reconoció al momento.

—Sí, todo bien —respondió Lasgol. Giró la cabeza y vio a Astrid, que se acercaba.

—¿Por qué estás aquí solo? ¿Estás trabajando en tu magia? —preguntó y se sentó junto a él en el tronco.

—Ahora no, he estado antes —asintió Lasgol, que bajó la mirada al encontrarse con los intensos ojos verdes de ella.

Astrid la pasó el brazo por la espalda.

—¿Va mejor?

Lasgol sonrió con timidez.

—Sí, va mejor.

—¿Ya has recuperado todas tus habilidades mágicas?

—No, todavía no, me faltan solo unas pocas. Bueno, eso según las que están apuntadas y descritas en los cuadernos de Egil. Igual tenía alguna más que no recuerdo y que no está recogida.

Astrid se encogió de hombros.

—Puede ser, pero lo dudo. Egil apuntaba todas tus habilidades y las de Camu. Para él era importantísimo y no dejaba escapar un detalle.

—Sí, ya me he dado cuenta por los cuadernos. Sus anotaciones son detalladas y precisas. Me han ayudado muchísimo.

—Él estará muy orgulloso de que así haya sido. Eso te lo aseguro.

—No sabes la rabia que me da no poder recordarlo.

—¿A Egil?

—Sí. Todos habláis tan bien de él y yo…

—Te sientes mal por no recordar, como si fueras un mal amigo —terminó la frase Astrid por Lasgol.

—Así es. Me siento justo así, como si lo traicionara…

—No eres un mal amigo, no lo has traicionado y no debes culparte por no recordar. Culpa a esos monstruos sin corazón.

Lasgol asintió varias veces.

—Lo sé, eso me digo a mí mismo siempre, pero no puedo quitarme esa sensación de encima.

—Egil sabe quién eres ahí dentro —Astrid le dio con el dedo índice en el corazón a Lasgol—. Te conoce mejor que nadie, sabe que eres su mejor amigo y que nunca lo traicionarías. Que tu mente no lo recuerde ahora no significa que no lo vaya a hacer más adelante. Además, él siempre estará en tu corazón.

—Gracias, tus palabras me calman el alma.

—No hay por qué darlas. Te quiero y te ayudaré siempre. En todo.

—Gracias… —Lasgol bajó la cabeza sin saber cómo reaccionar ante aquellas palabras de Astrid. Nunca sabía qué hacer cuando ella le mostraba su amor por él.

—Por tu expresión veo que todavía no has recordado nada sobre nosotros.

Lasgol suspiró.

—Lo siento.

—No lo sientas. Lo pregunto porque sé que un día me recordarás, a mí y lo que sentías por mí. Estoy segura.

—Ojalá tuviera tu convencimiento y confianza.

—No hace falta, para eso me tienes a mí —dijo Astrid. Sonrió y pasó su brazo por el de Lasgol.

—Eres alguien especial —reconoció Lasgol.

—Y eso que no recuerdas lo mejor —bromeó Astrid.

—Estoy seguro de que tienes mil cualidades impresionantes.

—Las tengo, aunque hay otras que te gustan menos.

—¿Las hay? —Lasgol la miró sorprendido.

—Oh, sí, claro que las hay. Pero no te las voy a contar, tendrás que recordarlas o vivirlas de nuevo.

—Oh, de acuerdo —Lasgol sonrió.

—Entonces, la magia sí que va mejor, aunque tu mente no tanto.

—Sí, mi magia me está dando alegrías.

—Será porque la entrenas todos los días. Te veo todas las mañanas y noches practicando.

—Oh, no me he dado cuenta de que me observabas entrenar.

—Por supuesto que no te has dado cuenta. ¡Menuda espía sería si te dieras cuenta!

Lasgol rio.

—Muy cierto.

—¿Sientes que tu magia mejora?

—Sí, en varios aspectos. Ya puedo usar casi todas mis habilidades y, lo que es más importante, ya apenas fallan. Eso me preocupaba mucho. Nada peor que una habilidad falle en medio de un combate.

—Sí, puede ser una catástrofe.

—Sí, para mí y para el grupo. Por eso estoy muy animado con el avance que he conseguido. También soy capaz de ver casi todo mi lago de energía interior. Esto también es importante. Además, siento que tengo más poder, que mis habilidades son más poderosas cuando las invoco. Me queda poco ya para volver a ser quien era.

—No sabes cómo me alegra oír eso —Astrid lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

Lasgol se ruborizó.

—Perdona, soy un tanto impulsiva… —se disculpó ella.

—No es problema.

—Se me hace tan raro no poder besarte y abrazarte como antes… Me sale sin querer, lo siento.

—Lo entiendo. De verdad que no hay problema.

—Eres el mejor, siempre lo has sido —dijo Astrid, le dio otro beso en la mejilla y se levantó—. Sigue entrenando tu magia. Te quiero totalmente recuperado cuanto antes.

—Seguiré practicando… me sana… poco a poco.

Astrid asintió.

—Estás guapo cuando te ruborizas —dijo y le guiñó un ojo.

Marchó con una sonrisa pícara en los labios.

Lasgol se quedó confundido. Siempre se quedaba así cuando Astrid hablaba con él del pasado, su relación o sus sentimientos. Le costaba un buen rato poder volver a concentrarse. Aquella noche le costaría un poco más todavía. Su relación con Astrid era complicada, mucho, pero debía reconocer que tenerla cerca y hablar con ella le calmaba el alma y eso no podía negarlo.

Capítulo 15

Aquella tarde el aire era cálido y el sol brillaba entre las nubes. Tenían un clima agradable para realizar una labor peligrosa. Lasgol vio al dragón acercarse desde el sur. Le extrañó, por lo general no solían llegar de esa dirección.

Usó su habilidad Ojo de Halcón para distinguirlo mejor. Era un dragón blanco de bastante tamaño y no parecía joven, eso le preocupó. Además, era blanco, lo que significaba que tenía magia elemental de aire. Si te alcanzaban las descargas de tormenta el sufrimiento era tremendo. Solo al fuego temía más. Suspiró. Llegaba el momento que llevaban rato esperando.

—Dragón de aire —advirtió a sus compañeros.

—De acuerdo, ocupemos posiciones —dijo Ingrid y salió corriendo.

Viggo la siguió raudo. Todos sabían qué debían hacer. Habían planificado y discutido la estrategia hasta la extenuación.

—Voy a colocarme en mi posición habitual —dijo Sonea.

—Sigo pensando que lo que haces es demasiado peligroso. Deberíamos idear otra táctica.

Sonea miró a Lasgol.

—Esta táctica funciona, ya me he hecho un nombre entre los dragones. Viene a retarme.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. No hay ninguna otra razón para que un dragón quiera sobrevolar esta ciudad desierta y en ruinas. Está abandonada desde hace tiempo y los dragones lo saben. Viene porque han visto el último cadáver de dragón que dejamos aquí al descubierto, para matar a quien lo mató. Viene a por mí.

—Aun así, retar a un duelo a un dragón es una idea terrible —insistió Lasgol—. El peligro es enorme.

—No te preocupes. Ya he vencido a un buen número por mí sola y ahora os tengo a vosotros para ayudarme —sonrió Sonea—. Será fácil, descuida.

Lasgol resopló. No estaba nada tranquilo y no le gustaba lo que estaban haciendo. Había intentado razonar con sus compañeros en las mil y una conversaciones que habían tenido al respecto alrededor del fuego del campamento, pero no había podido convencerles. La táctica del duelo funcionaba y era difícil convencer a alguien para que dejara de hacer lo que funcionaba.

—Debería ser yo el cebo —se ofreció.

Sonea negó con la cabeza.

—Ese dragón viene en busca de la maga duelista y esa soy yo. Cuando comencé los duelos dejé escapar a dos dragones malheridos a propósito, precisamente para que corrieran la voz. Pensé que sería buena idea, que atraería a otros. Funcionó y ahora me buscan a mí. Para que descienda y podamos matarlo, tengo que ser el cebo.

Lasgol observó el vuelo del dragón un instante. Iba directo al centro de la ciudad. Sonea tenía razón, pero eso no lo tranquilizaba en absoluto. Sonea era muy inteligente y con grandes conocimientos. Su estrategia de dejar escapar un par de dragones malheridos para que corrieran la voz le parecía brillante, pero muy peligrosa.

—Está bien —se resignó al ver que no iba a cambiar de opinión —, pero ten mucho cuidado. No arriesgues.

—Tranquilo, no lo haré —sonrió ella y fue a situarse en medio de la plaza.

Astrid le puso la mano en el hombro a Lasgol.

—Es arriesgado, pero es una buena táctica, lo sabes.

—Eso no me tranquiliza. Sonea, por muy poderosa que sea con el medallón Ilenio, es una erudita, no es ninguna guerrera o hechicera.

No está entrenada para combatir. Va aprendiendo con cada combate, con cada experiencia bélica.

—Por eso estamos nosotros aquí, para ayudarla. Nosotros sabemos combatir, y muy bien —le guiñó un ojo Astrid.

Lasgol tuvo que asentir.

—Situémonos. Hoy estoy más intranquilo de lo normal.

—Lo he notado. Vayamos rápido —respondió Astrid y echaron a correr.

Sonea aguardó a que el dragón llegara hasta ella. Lo hizo volando a gran altura y luego comenzó a descender realizando largas pasadas de norte a sur y de este a oeste. No parecía tener demasiada prisa por bajar y matarla. Debía estar asegurándose de que no había nadie más o simplemente disfrutando del momento antes de darle muerte.

—¡Te reto a un duelo, dragón! —gritó Sonea según la gran bestia alada pasaba sobre su cabeza a unas cuatrocientas varas de altura.

El dragón rugió y realizó otra pasada. Con cada una iba perdiendo altura. Estaba a doscientos pasos cuando volvió a pasar sobre Sonea.

«Dicen que has matado a varios de los míos y, por los restos que aprecio en esta zona, es cierto».

—Los he matado y he dejado los cadáveres como prueba —respondió Sonea hablando tan fuerte como podía para que el dragón la oyera, prácticamente a gritos.

El dragón pasó de nuevo, pero sin perder más altura.

«Cuento restos de casi una decena de dragones. El último reciente… ¿Es Hiltz-Gori-Bor?».

—Sí, ese era su nombre. Mi última victoria hasta el momento.

«Me dijo que venía a retarte. La verdad es que no esperaba este resultado. Era un dragón poderoso. No tanto como yo, pero bastante poderoso».

—Como ves, no pudo vencerme. ¡Quizá tú puedas impedir que siga acumulando victorias… y cadáveres!

«Tal vez mis predecesores te subestimaron, pero no será ese mi caso. No voy a caer en tus provocaciones».

—No son provocaciones, solo digo la verdad.

«Sé que tienes magia dorada y que con ella has matado a los míos, así que a mí no me sorprenderás».

—Imagino que se ha corrido la voz, un par de los tuyos escaparon heridos.

«Imaginas bien. Han contado que hay una duelista humana, una hechicera, con magia dorada. Hiltz-Gori-Bor no quería creerlo y vino a comprobarlo».

—Baja y podemos combatir, a ver si lo haces mejor que tu amigo.

«No era mi amigo. Yo no tengo amigos».

—Es normal entre vosotros, según tengo entendido. Sois unas criaturas que no valoráis demasiado la amistad.

«Lo más importante es la fuerza, el poder. Lo demás no nos preocupa demasiado. La amistad está sobrevalorada».

—Yo no lo creo así.

El dragón volvió a pasar sin perder altura.

«Esos cadáveres me hacen ser precavido. Yo soy más inteligente que ellos y también más poderoso».

—Eso dices, pero creo que tienes miedo. ¿Acaso temes a una simple humana?

El dragón rio con una mezcla de carcajada y rugido.

«No, no te temo, pequeña hechicera, pero no me voy a precipitar como todos esos».

—¿Cómo te llamas?, para que sepa quién es mi siguiente víctima.

«Soy Ni-Zuri-Arg y no tengo intención de morir hoy aquí».

Lasgol observaba la escena junto a Astrid en el interior de un edificio que daba a la plaza en la parte este. Estaba medio derruido,

pero la cara que daba a la plaza aguantaba con sus tres alturas. Estaban en la segunda, cada uno junto a una ventana. Empezó a tener un mal presentimiento.

—Ese dragón es precavido, no me gusta… —susurró a Astrid.

—Lo es, está observando los restos de los dragones muertos.

—Se huele que hay trampa…

—Puede, o quizá solo quiera asegurarse de que Sonea no es demasiado poderosa para él.

—Sea como sea, no me gusta.

La preocupación de Lasgol iba en aumento y la mala sensación que tenía también. Por lo general solía estar bastante tranquilo y confiado en situaciones similares, pero desde que habían llegado a la capital en ruinas no podía quitarse de encima un mal presagio.

Al otro lado de la plaza, al oeste, en el bajo de lo que en su día había sido un palacete, Ingrid y Viggo también observaban lo que sucedía.

—Baja, dragoncito, baja… que tengo un regalito para darte —murmuraba Viggo.

—Ese dragón está tardando demasiado en aceptar el duelo —susurró Ingrid y frunció el ceño.

—Será un poco cabezón.

—No, creo es que es más listo que los anteriores.

—¿Un dragón listo? Bah, eso es imposible.

—Por si lo has olvidado conquistan mundos, tontos no son.

—Los que yo me he cruzado muy avispados no eran. En cualquier caso, lo matamos y asunto arreglado.

—Para eso tiene que posarse y de momento no lo hace —Ingrid miró por la ventana y sintió preocupación al ver a Sonea en medio de la gran plaza y al enorme dragón blanco haciendo una pasada tras otra sobre su cabeza.

—Si quieres salgo y le hago bajar.

—¡No! ¡Ni se te ocurra!

—Te aseguro que lo hago bajar.

—Nos ceñiremos al plan. No hagas ninguna burrada.

—¿Burrada? ¿Yo? Jamás —Viggo puso cara de no haber roto un plato en su vida.

—Ya… jamás… —Ingrid negó con la cabeza y luego le lanzó a Viggo una mirada para que se estuviera quietecito.

El gran dragón blanco dio una nueva pasada sobre Sonea, que comenzaba a ponerse nerviosa. Ningún dragón había tardado tanto en aceptar el duelo, la mayoría atacaban de inmediato seguros de una victoria facilísima. Por si acaso, levantó una esfera defensiva antimagia que la envolvió. Mantenerla activa le consumiría energía interna, pero prefería eso a verse sorprendida por un ataque repentino y no tener tiempo de reaccionar.

—No tengo todo el día. Si no vas a batirte en duelo conmigo, mejor dejas tu puesto a otro —dijo Sonea con tono de desdén. No era nada buena mintiendo o disimulando, pero tenía que conseguir que el dragón se posara y accediera a luchar o las cosas se podían torcer mucho.

«Creo que aceptaré batirme contigo en duelo» envió de pronto Ni-Zuri-Arg.

Sonea vio que el dragón descendía en diagonal hacia ella. Atacaba por sorpresa.

Sonea lo esperaba. Se concentró en la cabeza del dragón, de la que en breve saldría su aliento elemental de tormenta. Agarró con una mano su medallón Ilenio y con la otra señaló al dragón que se le venía encima y conjuró un rayo poderoso que golpeara su cabeza. Nada más conjurarlo se dio cuenta de que algo iba mal. El dragón no había lanzado su ataque de aliento elemental, sino que seguía descendiendo a toda velocidad. Y entonces se dio cuenta: iba a impactar contra ella.

El rayo que Sonea había conjurado golpeó en la cabeza del dragón, que rugió de dolor. La magia dorada había penetrado sus defensas y el rayo lo había alcanzado. Pese a ello, siguió volando

directo hacia ella. Levantó la cabeza y el cuello. Iba a impactar con su torso y cuerpo contra Sonea y aplastarla como a un gusano.

«Te tengo, diminuta cucaracha humana».

Sonea sabía que podía levantar una esfera anti-ataques físicos, pero viendo a la velocidad que descendía el dragón y su masa corporal, calculó que la defensa no aguantaría. El impacto la destrozaría y después a ella, pues no tendría tiempo de levantar una segunda.

Su mente de bibliotecaria hizo un razonamiento rápido en base a todo lo que había leído y aprendido, que era mucho. Solo tenía un instante antes de que el dragón impactara. Señaló a sus pies y conjuró. Con el torso del dragón ya sobre ella, como una montaña que se le caía encima a toda velocidad, Sonea se desplazó a su izquierda con la rapidez del relámpago, como si montara sobre un rayo que la llevaba fuera de peligro. En un momento estaba allí y al siguiente estaba veinticinco pasos a su izquierda.

Ni-Zuri-Arg golpeó con el torso el lugar donde Sonea debía estar. Se escuchó un impacto fuerte y varias losas y tierra salieron despedidas por el aire. El dragón se arrastró por la plaza llevado por la inercia del vuelo como una gran ave que no puede aterrizar por no tener patas hasta el final del lado norte de la plaza y quedó tendido con las alas abiertas.

—Ataquemos, rápido —urgió Lasgol a Astrid.

—Sí, antes de que reaccione.

Los dos apuntaron y tiraron sobre la cabeza del dragón. Desde la posición en la que estaban tenían un tiro claro, no fallarían. Astrid usó una flecha bañada en líquido dorado y Lasgol usó Tiro Múltiple para amplificar el daño del ataque. Envió una buena cantidad de energía y de donde había una flecha salieron cinco. Las seis flechas se clavaron en un lado de la cabeza de Ni-Zuri-Arg. El gran dragón blanco recibió los impactos como si lo golpeara otro dragón con su zarpa. Las flechas penetraron profundas y la cabeza se le fue a un lado. Rugió de dolor e intentó recuperarse.

En el otro lado de la plaza, Ingrid apuntaba.

—Tira a la cabeza, y vuelve a hacerlo tan rápido como puedas.

—Rapidísimo —aseguró Viggo.

—Que no se recupere.

—Ese lagartijo volador no saldrá de aquí con vida.

Ambos tiraron y las flechas se clavaron al otro lado de la cabeza, donde habían impactado las de sus compañeros. Estaban tirando desde lados opuestos. No fallaron y se apresuraron a poner dos flechas más en sus cuerdas.

Ni-Zuri-Arg rugió de dolor y rabia. Sacudió la cabeza con fuerza mientras intentaba recuperarse y alzarse.

«Era una trampa, como me temía. ¡Malditos humanos traicioneros!».

Sonea sabía que tenían que darse prisa, así que conjuró de nuevo contra la cabeza del dragón usando su medallón. Otro rayo tremendo cayó sobre ella como si una tormenta letal acabara de comenzar.

Ni-Zuri-Arg rugió de nuevo y se puso en pie sacudiendo las alas. Otras ocho flechas se le clavaron en ambos lados de la cabeza. Rugió enfurecido.

«¡Flechas con magia dorada! ¿Cómo puede ser? Esto no quedará así…».

El gran dragón blanco dio un brinco enorme y echó a volar.

—¡Se escapa! ¡Tira! —clamó Ingrid, que levantaba el arco apuntando en la dirección del dragón.

Viggo ya tenía medio cuerpo fuera de la ventana para tirar.

—¡Vuelve al suelo, lagartijo! —gritó Viggo y tiró.

En el otro lado de la plaza Lasgol y Astrid salían a un balcón del segundo piso del edificio donde se escondían para tirar.

—Está malherido, hay que acabar con él antes de que huya —dijo Lasgol, que ya apuntaba.

—Tenemos solo unos momentos, luego estará fuera de alcance —calculó Astrid también apuntando.

—Derribémoslo. No creo que aguante.

Fueron a soltar cuando escucharon dos rugidos provenientes del sur. Rugidos potentes y cercanos, demasiado.

Lasgol giró la cabeza en un acto casi reflejo.

—¡Dos nuevos dragones!

Astrid también los localizó en el aire.

—¡Y nos han visto!

Capítulo 16

Los dos dragones, uno de brillantes escamas azules con vetas blancas en los costados y el otro marrón oscuro con vetas rojas sobre espalda y torso, llegaron a la plaza. Volaban a gran velocidad mientras el tercero, el blanco, conseguía elevarse lo suficiente para salir de la zona de alcance de las flechas. La llegada de los dos nuevos dragones había cogido por sorpresa al grupo y gracias a ello Ni-Zuri-Arg había logrado huir, aunque malherido.

Sonea levantó la cabeza y al ver a los dos dragones se preparó para hacerles frente reforzando sus defensas. Levantó una segunda esfera contra ataques físicos. La habían visto, pues era imposible no hacerlo en medio de la plaza despejada y entre restos de dragones muertos. Sin embargo, no fueron hacia ella, sino que se separaron. Uno se dirigió al este y el otro al oeste.

—¡Cuidado! ¡Van a por vosotros! —gritó a todo pulmón para advertir a sus compañeros.

Lasgol se percató de que el dragón marrón se dirigía directo hacia la posición que ocupaban Astrid y él. No tenían tiempo para huir y salir al descubierto era un suicidio, así que tendrían que hacerle frente en el edificio en ruinas en el que estaban. Al menos tendrían algo de ventaja para tirar desde una posición elevada.

—Prepárate, viene hacia nosotros —avisó a Astrid.

—Creo que nos han tendido una trampa —razonó la asesina, que ya vertía el líquido dorado en varias flechas.

—Sí, eso me parece a mí también. ¡Tiremos!

Las flechas de Lasgol y Astrid salieron directas hacia la cabeza del dragón marrón, que cerró los ojos con fuerza mientras se dirigía directo hacia el balcón en el que estaban ellos. Volaba rapidísimo buscando sorprenderlos y no darles tiempo de reacción. Esta vez

eran flechas elementales de fuego que intentaban quemar los ojos del dragón y distraerlo con explosiones ígneas. El dragón ya lo esperaba y por ello había cerrado los ojos para protegerlos. Con lo que no contaba era que sus oponentes pusieran magia dorada en las flechas y que éstas penetraran en sus párpados cerrados. Astrid y Lasgol consiguieron herir el ojo derecho pero las explosiones no lograron que el dragón variara el rumbo. Llegó a doscientos pasos del balcón y atacó con su aliento elemental de tierra ignorando la herida del ojo.

—¡A cubierto! —gritó Lasgol a Astrid.

La ágil asesina se lanzó al interior del edificio por una ventana rota y rodó sobre su cabeza hacia el interior. Lasgol había recubierto todo su cuerpo con la protección de boscaje y tiró una segunda vez en parábola con Tiro Certero para librar el caudal de piedras y tierra que se dirigía hacia él. Se volvió con agilidad y reflejos y se lanzó al interior del edificio justo cuando el caudal de rocas alcanzaba el balcón y la pared de la fachada. Cada uno se había lanzado por una de las ventanas, quedando a ambos lados de la puerta del balcón que ya no existía.

—¡Rápido, Lasgol! —urgió Astrid desde el suelo.

Lasgol sintió impactos del ataque del dragón en las piernas, pero su defensa aguantó y no llegaron a la carne. Partes de su protección salieron despedidas y, según rodaba por el suelo para evitar ser lapidado, envió energía a reparar su capa protectora de corteza, tierra y boscaje.

—¡Hay que refugiarse! —dijo a Astrid.

—¡Hacia el interior! —indicó ella.

Astrid se arrastró por el suelo con gran agilidad para evitar ser alcanzada por los cientos de proyectiles que entraban desde el exterior. Ella no tenía defensa alguna y si el caudal de piedras y rocas la alcanzaba, estaría muerta. El ataque elemental de tierra entró por el balcón y fue destrozando el suelo de la estancia según el dragón se acercaba. Piedras y tierra levantaron y penetraron el suelo, haciéndolo saltar en mil pedazos. Al acercarse más el dragón,

el ataque alcanzó el techo y la pared con enorme fuerza. Miles de trozos salieron por los aires por los terribles impactos. Cualquier cosa en el área objetivo quedó destrozada.

Lasgol y Astrid intentaban escapar del ataque elemental arrastrándose por el suelo a toda la velocidad que podían. Aunque era casi imposible, buscaban no ser alcanzados por los incontables proyectiles, tanto los que enviaba el dragón, como los que salían despedidos de suelo, pared o techo.

—¡Abajo! —gritó Astrid a Lasgol indicando con la mano una abertura en el suelo.

Pedazos de roca pasaron rozando su cabeza al volverla hacia Lasgol. La bajó y pegó contra el suelo, pero si no salía de allí de inmediato las incontables piedras que volaban por todos lados repiqueteando la iban a alcanzar.

—¡De acuerdo! —gritó Lasgol, que apenas podía oírla en medio de los incesantes impactos que golpeaban todo a su alrededor. Los golpes eran continuos y retumbaban tanto que pensó que podía quedarse sordo.

Astrid consiguió llegar hasta el agujero en el suelo. No era demasiado grande pero suficiente para pasar. Se lanzó de cabeza para evitar ser lapidada. Con los reflejos de un gran felino, cayó sobre manos y piernas y rodó la caída en el piso inferior. Se hizo daño en manos y brazos, pero no se rompió ningún hueso o tendón, que era lo importante. El dolor era pasajero y estaba más que acostumbrada a padecerlo.

Lasgol intentó hacer lo mismo, pero en su lado no había un agujero en el suelo lo suficientemente grande para él. Tampoco podía usar el que Astrid había empleado pues el caudal elemental se lo impedía. Y no podía quedarse donde estaba porque si el dragón barría la estancia con su ataque, cosa que haría antes de elevarse, lo iba a despedazar.

En el otro lado de la plaza, el dragón azul tampoco dio ninguna opción a Ingrid y Viggo. Sabía dónde estaban, pues los había visto atacar al dragón blanco, y fue directo a acabar con ellos.

—¡A cubierto! —gritó Ingrid al ver al dragón. Le dio tiempo a tirar y un instante después se lanzó de cabeza al interior del edificio.

Viggo, que tenía medio cuerpo fuera de la ventana, vio al dragón abrir la boca para enviar su aliento elemental. Apuntó un instante más y soltó. Luego, con su agilidad natural, se lanzó al interior del edificio antes de que el aliento le alcanzara.

Sonea no sabía si ir a ayudar a Astrid y Lasgol o a Ingrid y Viggo. Hizo ademán de ir hacia Lasgol, su amigo, pero razonó que él tenía magia y por lo tanto más posibilidades de sobrevivir. Ingrid y Viggo no tenían el Talento, era lo más racional pese a que sus sentimientos de amistad hacia Lasgol le indicaran lo contrario.

Echó a correr en la dirección de Ingrid y Viggo. Apenas avanzó unos pasos y una sombra de gran tamaño se cernió sobre ella. Se detuvo inquieta y miró al cielo. Era Ni-Zuri-Arg, el dragón blanco. Descendía a su espalda con la intención de cogerla desprevenida y destrozarla con sus garras, pero su sombra le había delatado.

Levantando la mano, Sonea conjuró de inmediato. Debía evitar que el dragón la alcanzara con un ataque físico. Esta vez tenía algo más de tiempo, aunque no mucho, así que utilizó un conjuro que le permitiera no solo ponerse a salvo, sino confundir a su enemigo. A su alrededor comenzaron a formarse nubes de tormenta, solo que estaban a nivel de suelo, y la cubrieron por completo. Sonea movía su mano controlando el aire alrededor de las nubes que había formado impidiendo que se elevaran, también que se esparcieran demasiado. Quería desaparecer en ellas, que la engulleran. Lo que no se podía ver, no se podía atacar.

Ni-Zuri-Arg descendía hacia el lugar donde había visto por última vez a Sonea con las garras por delante. Quizá no la viera, pero sabía dónde estaba y que las nubes la cubrieran no evitaría que sus garras la destrozaran al impactar.

Sonea ya preveía aquel ataque y, en el momento final, conjuró de nuevo sobre sus pies. Se desplazó montada sobre un rayo veinticinco pasos hacia el norte, todavía en el interior de la masa de

nubes que había creado. Ahora Ni-Zuri-Arg fallaría el golpe, o eso esperaba. Su treta era buena, no infalible, pero debería funcionar.

El dragón blanco atacó sin poder ver dónde estaba la erudita. Sus garras penetraron las nubes donde Sonea supuestamente estaba, pero solo encontraron el suelo de la plaza y pedazos de empedrado salieron por los aires al impactar el dragón sobre ellos. El rugido de rabia y frustración que soltó fue tremendo.

Sonea se vio a salvo, pero su mente le indicó que debía esconder también sus auras, pues los dragones podían captar el aura mental y el de poder de un ser. Sí, debía hacerlo antes de que el dragón se recuperara del terrible impacto y las buscara. Sonea levantó una esfera antimagia a su alrededor y le envió mucho poder, de forma que la magia del dragón no pudiera traspasarla ni captar nada. Sabía que no la podía ocultar con total seguridad de un dragón poderoso, pero en la mayoría de los casos funcionaba.

El dragón consiguió ponerse sobre sus cuatro patas y recuperarse.

Volvió a rugir con una promesa de muerte. Sabía que Sonea estaba muy cerca y la iba a encontrar y destrozar. No iban a quedar más que pedacitos de ella dispersos por todas aquellas nubes.

Volvió a conjurar al ver al dragón inmenso buscándola, sabedora de que volvería a elevarse tras un momento si no la encontraba antes. El conjuro que iba a usar llevaba algo de tiempo, ya que era poderoso. Se concentró y conjuró. El dragón daba zarpazos y coletazos a su alrededor intentando alcanzar a Sonea, aunque las nubes no se movían, pese a los golpes que soltaba. Parecía un ciego furioso tratando de atrapar a una pequeña ave con sus zarpas.

El dragón rugió y se dispuso a usar su aliento elemental para barrer las nubes a su alrededor y ver si alcanzaba a su oponente, pero llegó tarde. Sonea ya había terminado de conjurar.

Las nubes se llenaron de súbito de relámpagos. El dragón presintió que algo malo sucedía y levantó la cabeza entre nubes que descargaron sobre su cuerpo con relámpagos terribles.

Ni-Zuri-Arg rugió de dolor. Se percató de lo que sucedía y de que tenía que salir de allí cuanto antes. Dio un gran brinco llevado por el dolor de las descargas, sacudió con fuerza las alas y comenzó a elevarse. El brinco inicial había sido tan fuerte que estuvo fuera de las nubes en un momento. Fue ganando altura con la intención de huir mientras los últimos relámpagos todavía lo azotaban.

—Nada de huir. Es tiempo de que pagues por la muerte y destrucción que has traído a mi pueblo —masculló Sonea y lo señaló con el dedo índice de la mano derecha mientras con la izquierda sujetaba su medallón Ilenio.

Un enorme rayo de un poder tremendo se conjuraba creciendo en poder con cada latido del corazón de Sonea.

Ni-Zuri-Arg estaba ya a doscientos pasos de altura, iba a conseguir huir… o eso pensó él. Recibió el tremebundo rayo en el vientre. Lo atravesó de lado a lado, como si lo ensartaran con una gran lanza de fuego. El dolor que sintió fue terrible. Ascendió un poco más, pero sus alas dejaron de responderle, sus ojos se cerraron y cayó a peso como una nube que se hubiera convertido en hielo.

Se estrelló contra el suelo, muerto antes de impactar.

El dragón marrón finalizó su maniobra de ataque satisfecho por el grado de destrucción que había logrado y ascendió enviando su aliento hacia abajo mientras pasaba sobre el edificio. El caudal de piedras y rocas alcanzó los pisos superiores y el tejado según pasaba sobre ellos llenándolos de agujeros con miles de impactos. No sabía si había logrado alcanzar a los dos tiradores escurridizos, pero esperaba que sí. De no ser así, igualmente destruiría todo el edificio si hacía falta hasta matarlos. Para eso estaba allí y eso iba a conseguir.

Lasgol se había librado por muy poco. Había tenido suerte, no se podía confiar en ella, pero cuando aparecía, lo agradecía. Se acercó hasta el balcón, que había quedado destrozado, al igual que toda la fachada del primer piso, y miró hacia el exterior buscando al dragón. Vio que giraba en el aire y se dirigía a hacer otra pasada. Decidió

arriesgar y tirar antes de que volviera a arremeter. Era más prudente esconderse en el interior del edificio, pero necesitaba herirlo primero. Esconderse contra un dragón era solo una estrategia a corto plazo. No matarlo implicaba que uno terminaba muerto.

Se puso sobre una rodilla e invocó Tiro Poderoso, Tiro Certero y Tiro Múltiple. Concatenar tres ataques no siempre le salía, pero la situación requería intentarlo. Además, últimamente no le estaba fallando mucho su magia. Apuntó siguiendo con el arco el vuelo en círculo del dragón y, en cuanto finalizó de encarar el edificio, soltó. Se produjeron los tres destellos verdes más uno dorado poderoso. Había enviado una buena cantidad de energía al arco.

El dragón marrón rugió al captar los destellos. Lasgol esperaba que volviera a atacar con su aliento elemental, pero se equivocó. La criatura envío un ataque mental. La cabeza de Lasgol pareció estallar en mil pedazos y se fue de espaldas. Las flechas ya habían salido y se clavaron precisas en el ojo izquierdo del monstruo, que rugió de dolor.

«¡Maldito tramposo!» envío el dragón furibundo y volvió a atacar la mente de Lasgol, que no tenía protección alguna contra aquel tipo de ataque.

El dolor fue tan intenso que Lasgol solo pudo irse al suelo y quedar tendido retorciéndose. Estaba a su merced. No sabía qué hacer, no disponía de una defensa contra esa magia y sus habilidades no le protegerían. Intentó escapar arrastrándose por el suelo, pero el dolor era demasiado intenso. Se quedó tirado sufriendo una agonía que empezaba en la mente, pero se ramificaba por todo su cuerpo como hierros candentes.

El dragón volaba ahora directo hacia Lasgol, que podía verlo en el interior del edificio al estar media fachada destruida por el ataque anterior. Si lo alcanzaba estaba muerto. Estaba en un aprieto terrible. Intentó idear alguna forma de salir de aquella situación, pero ni siquiera podía pensar con la insufrible tortura que estaba padeciendo.

«¡Ya te tengo, gusano! ¡Ha llegado tu final!» envió.

Estaba volando directo contra el edificio y se encontraba a menos de cincuenta pasos. Venía rápido y decidido.

Lasgol hizo un esfuerzo terrible y siguió su instinto básico más fuerte: la supervivencia. Tenía que escapar, tenía que sobrevivir como fuera. Comenzó a arrastrarse por el suelo y el dragón abrió la boca para darle muerte con su aliento elemental. Una flecha entró en ella con trayectoria ascendente y estalló en su interior, una de fuego. Las llamas quemaron el interior y obligaron al dragón a cerrarla impidiendo el ataque.

La criatura estaba demasiado cerca ya del edificio, tendría que elevarse para salvarlo. Solo que no lo hizo. Con una maniobra brusca se elevó un poco para poder atacar con sus garras y se estrelló contra el balcón destruyéndolo así como lo poco de pared que quedaba. El cuerpo del dragón siguió a sus cuatro patas con garras destrozando el tercer piso y el tejado del impacto. Si tenía que derrumbar todo el edificio lo haría, tenía fuerza para aquello y mucho más.

Lasgol vio que las garras buscaban destrozarlo a él y se arrastró por el suelo todavía más seguro de que iba a morir. Estaba libre del ataque mental gracias a que la explosión de la flecha de Astrid había provocado que el dragón perdiera la concentración. Se arrastró como una culebra de agua en un pantano. Las garras lo perseguían y el edificio se le venía encima entre estremecedores sonidos de roca y madera al ser despedazados por la fuerza gigantesca del cuerpo del dragón entrando con toda la fuerza e inercia del vuelo.

Una de las garras alcanzó a Lasgol en el costado. Pensó que era su final, pero la protección aguantó. Varios trozos salieron despedidos y perdió toda la cobertura del costado izquierdo. Pensó que estaba perdido, pero el dragón no lo remató, no entendió por qué razón. Se volvió para ver qué sucedía y se dio cuenta de que la gran bestia no podía verlo. Su cabeza estaba a la altura del tejado y soltaba zarpazos a ciegas mientras movía las alas con fuerza para no irse al suelo. Lasgol se percató de que medio dragón estaba incrustado en el frontal del edificio mientras que la otra mitad se agitaba para seguir volando. Su oportunidad de escapar era hacerlo

en ese momento, mientras no consiguiera verlo. Siguió arrastrándose con rapidez hacia el interior de lo que quedaba de edificio. El dragón se elevó y terminó de destruir la mitad frontal mientras liberaba sus garras del interior.

Lasgol vio que la mejor opción que tenía era llegar a las escaleras y se arrastró tan rápido como pudo sin perder el arco de Aodh, que llevaba bien agarrado en la mano. Aquel arco era la diferencia entre morir y vivir, lo había sido muchas veces. No podía perderlo, eso lo sabía todo su ser, por mucho que estuviera sufriendo.

Pedazos de edificio caían a su alrededor. Intentaba esquivarlos según se arrastraba, pero algunos eran de tamaño importante. Levantó la mirada para ver cómo el dragón se alejaba cuando un pedazo de techo se soltó con un estrépito de roca al romperse y le cayó encima. Buscó esquivarlo desviándose a la izquierda, pero era un trozo amplio y no lo logró. Le golpeó en el hombro.

El golpe fue seco, contundente. Al sentir el intenso dolor supo que algo malo había sucedido. Intentó mover el hombro, y no pudo. No vio sangre, eso era buena señal, pero no poder mover el hombro por el dolor quería decir que había sufrido algún tipo de lesión, quizá una rotura de hueso o ligamento. La protección había aguantado, pero el trozo de techo que le había caído encima era grande y no lo había podido proteger por completo.

—Ughhhhh… —gruñó de dolor al intentar mover el hombro.

Era el izquierdo, el de agarre del arco. Eso eran malas noticias.

Se rehízo y siguió arrastrándose. Una vez llegó a lo que quedaba de escaleras bajó a rastras, no quería arriesgarse a que el dragón lo viera. Con cada peldaño o falta de uno que descendía y tenía que pasar, el hombro le enviaba punzadas de dolor. Intentó aislar su mente, tenía que llegar hasta Astrid. Continuó el tortuoso descenso hasta alcanzar la planta baja. Consiguió agazaparse y con cuidado avanzó en busca de Astrid.

Le llevó un momento localizarla entre los escombros y pedazos de roca caídos que cubrían toda la planta baja. La encontró medio enterrada en parte de los restos de lo que había sido una pared. Una

nube de polvo y suciedad la envolvía. Estaba intentando liberar su torso y piernas de las rocas que la cubrían. Verla así provocó que el corazón de Lasgol se encogiera. Se apresuró a llegar a su lado para ayudarla.

—¡Astrid! —exclamó Lasgol al llegar hasta ella—. ¿Estás bien? —preguntó muy preocupado.

El corazón se le había encogido al verla en aquella situación de peligro y con aspecto de estar herida. Astrid tosió con fuerza.

—Estoy bien… ayúdame con las piernas, las tengo atrapadas —explicó con gruñidos de dolor.

A Lasgol aquellas palabras no le tranquilizaron. Temió que las piernas estuvieran comprometidas. Comenzó a quitar rocas, pero su hombro le impidió hacerlo con la rapidez que a él le hubiera gustado. Lo peor de todo era que no disponían de tiempo, el dragón volvería a pasar.

—¿Las sientes… las piernas? —preguntó preocupado.

—Sí, me duelen… las siento.

—Que las sientas es buena señal —intentó tranquilizarla Lasgol, aunque él estaba tan intranquilo como ella.

Astrid asintió.

—Ha sido mala suerte. Se me ha venido encima sin previo aviso —explicó Astrid, que ya había librado los brazos y el torso.

—No te preocupes, yo te saco de ahí.

Lasgol quitaba piedras con tanta rapidez como podía, que no era mucha por su lesión. Además, debía tener cuidado. No quería lastimar a Astrid. Si sentía dolor era que había heridas, quizá roturas de huesos.

—¿Estás bien? Pareces herido —se dio cuenta ella.

—No es nada, un golpe en el hombro.

—No deberías forzarlo. Te veo con expresión de dolor.

—Tengo que sacarte de ahí, un hombro golpeado no va a impedirlo. Además, me quedaba un poco de protección de boscaje y

me ha ayudado bastante.

—Pero no del todo. Ese hombro no está bien, puedo verlo —dijo Astrid que observaba a Lasgol intentar desenterrar sus piernas.

Escucharon un rugido poderoso sobre sus cabezas. El dragón marrón regresaba a rematarlos.

La criatura pasó por encima pero no pareció verlos en medio del destrozo que él mismo había creado y las partes del edificio que ya estaban derruidas.

—Ya estoy casi libre —indicó Astrid a Lasgol y apretó la mandíbula.

Lasgol sabía que tendría las piernas heridas, y el ver sangre en las rocas que tenía en las manos se lo corroboró.

Astrid también vio la sangre.

—No es nada, termina de retirarlas —le restó importancia ella.

Lasgol asintió deseando que en efecto no fuera nada, pero lo dudaba. Continuó retirando las últimas piedras con la mandíbula apretada por el dolor que sentía con cada movimiento de su brazo izquierdo.

Logró dejar las dos piernas al descubierto. Ambas sangraban, la izquierda a la altura de la rodilla y la derecha por toda la pierna.

—No tienen buen aspecto —dijo a Astrid preocupado—. ¿Están rotas?

—No creo. Ayúdame a ponerme en pie y lo comprobamos.

—No sé si eso es buena idea.

—No tenemos tiempo para andarnos con cuidado. Ese dragón va a matarnos y lo sabes.

Lasgol suspiró. No le gustaba la idea, pero Astrid tenía razón.

La ayudó a incorporarse. Astrid gruñó de dolor, pero lo consiguió. Apoyó un pie y luego el otro ejerciendo algo de presión en cada uno. No mucha, solo lo suficiente para comprobar si podía usarlas o no.

—No están rotas. Solo laceradas y golpeadas.

Lasgol resopló aliviado.

No tuvieron tiempo para más comprobaciones. El dragón marrón ya los había localizado y descendía en trayectoria diagonal hacia donde estaban.

—¡A cubierto!

Fue cuanto le dio tiempo a gritar a Lasgol antes de que el caudal de rocas del aliento elemental del dragón les alcanzara.

Astrid se protegió bajo una pared derruida. No era la mejor opción, pero no tenía otra, ya que con las piernas heridas no podía evadir el ataque.

Lasgol se tiró de cabeza a su lado derecho esquivando el caudal y rodó la caída sobre su hombro bueno. El ataque destrozó todo cuanto golpeó a su paso. Astrid se cubrió la cabeza con los brazos y se agazapó cuanto pudo cubriéndose detrás de la pared inclinada. Lasgol recibió varios impactos rebotados en la espalda, perdió otra parte de la protección y, casi de forma inconsciente, mientras se arrastraba por encima de los escombros para ponerse a cubierto, envió energía a reforzar y reconstruir su protección.

El dragón terminó su pasada de ataque y se elevó.

Capítulo 17

En el otro lado de la plaza se daba otro enfrentamiento de igual dureza.

—¡Ahora! —dijo Ingrid y tiró contra el dragón azul, que descendía directo hacia el bajo del palacete en el que se resguardaba junto a Viggo. La flecha del asesino siguió a la suya a impactar contra el ala derecha del dragón, que ya abría su boca mostrando sus fauces temibles para lanzarles su aliento elemental.

Las dos flechas impactaron antes de que el dragón azul estuviera a doscientos pasos de los tiradores. Dos explosiones de fuego se produjeron en el ala y gracias al líquido dorado que habían puesto en las saetas, traspasaron las defensas mágicas y físicas de la criatura. Las llamas quemaron parte del ala atravesando las escamas y penetrando en la carne.

—¡Te vas a enterar de lo que valen los guardabosques norghanos! —gritó Viggo, amenazante.

El dragón rugió de rabia y envió un caudal de agua y hielo a gran potencia sobre Ingrid y Viggo, que se retiraban con rapidez y agilidad para evitar ser alcanzados. El caudal elemental golpeó con fuerza la fachada del palacete y entró por las ventanas y grietas de la estructura. Era como si la manifestación de un invierno gélido los golpeara con toda la fuerza de su ser. La estancia comenzó a congelarse según era alcanzada por el caudal helado. Ingrid y Viggo ya la abandonaban por la parte posterior muy conscientes de que si les alcanzaba los congelaría donde estaban.

En un instante todo cuanto había en la estancia quedó recubierto de hielo y escarcha que se expandió en todas direcciones. La temperatura descendió tanto y de forma tan brusca, que Ingrid y Viggo no hubieran podido sobrevivir pese a ser norghanos y estar muy acostumbrados a las bajas temperaturas.

—¡Cómo odio que intenten congelarme! —exclamó Viggo mientras subían a la carrera por las escaleras interiores al segundo piso del palacete.

El aliento elemental sostenido del dragón azul en su ataque congeló no solo la estancia, sino la fachada y las otras adyacentes. Cuanto más se acercaba el dragón al palacete más congelaba su aliento cuanto tocaba. Consiguió helar la mitad de la planta baja antes de tener que ascender para no chocar de cabeza con el edificio.

—¡A las ventanas, rápido, hay que tirar antes de que dé la vuelta! —Ingrid señaló las ventanas traseras.

—¡Lo voy a achicharrar!

Los dos llegaron hasta allí y sacando medio cuerpo por ellas, apuntaron mientras el dragón seguía su vuelo ascendente.

—¡Misma ala! —indicó Ingrid a Viggo, que iba siguiendo con la mirada el vuelo del dragón.

—¡Sin problema! —contestó él poniendo líquido dorado en la punta de la flecha que iba a usar.

Ingrid puso también líquido dorado y apuntó. Un instante después los dos proyectiles salieron en trayectoria ascendente buscando impactar con el ala del dragón azul antes de que estuviera fuera de alcance. Volaron raudas y directas y golpearon el ala ya herida un instante antes de que el dragón comenzara a realizar el giro en el aire para volver a atacar. Se produjeron dos explosiones y el ala empezó a arder de nuevo.

El dragón rugió y la sacudió con fuerza en un intento por apagar las llamas. Sin embargo, consiguió el efecto contrario, ya que el fuego consumía más aire. Se percató de ello y lanzó su aliento elemental de hielo sobre las llamas para apagarlas.

—Ese cretino es listo —se lamentó Viggo.

—Atacamos y nos retiramos. Va a congelar toda esta zona con su siguiente pasada —Ingrid ya rociaba la punta de la flecha con líquido dorado.

Viggo seleccionó otra flecha y vertió el líquido de poder.

Les llegó el rugido de rabia del dragón, que ya encaraba la parte posterior del palacete. Los vio en las ventanas y aumentó la velocidad de ataque pues ya imaginaba lo que iba a pasar a continuación.

Ambos tiraron hacia el ala herida, pero esta vez el dragón realizó un movimiento evasivo girando por completo en el aire. Las flechas pasaron de largo sin alcanzarle, solo rozando. Se había librado por muy poco. El dragón rugió victorioso, los tenía e iban a pagar muy cara su osadía.

—¡Escapemos! —urgió Ingrid y echó a correr.

Viggo la siguió. El aliento de hielo entró en la estancia por las ventanas y agujeros en la fachada trasera. Viggo miró hacia atrás al sentir que la temperatura disminuía muy rápido a sus espaldas. Se escuchó un estruendo y parte de la pared trasera cayó hacia delante por la potencia con la que el dragón impulsaba su aliento gélido.

—¡Corre! —gritó a Ingrid, que iba delante temiendo que el ataque la alcanzara antes de que pudiera ponerse a salvo.

Echó una rápida ojeada sobre su hombro. El caudal de hielo los perseguía para convertirlos en estatuas de hielo. Saltó por encima de unos escombros y Viggo la imitó tras un instante. Podía adelantarla, pero no quiso hacerlo y se quedó a su espalda protegiéndola con su cuerpo. Si el caudal los alcanzaba que fuera a él primero, no a Ingrid.

La tiradora llegó hasta el final de la estancia y dio un salto largo para caer en las escaleras. Viggo la siguió, pero el caudal llegó hasta él rozándole las posaderas según saltaba hacia delante. Se le congeló un glúteo.

—¡Ouch! ¡Me ha congelado medio culo! —exclamó entre furioso e incrédulo al aterrizar en las escaleras.

—¡Sube rápido! —Ingrid ascendía por las escaleras de tres en tres.

El dragón roció la parte trasera de la primera planta con su aliento y en un abrir y cerrar de ojos quedó completamente recubierta de hielo y escarcha. Paredes, suelo, techo, mobiliario, escombros… todo. La temperatura descendió y el frío subió por las escaleras como persiguiendo a los dos fugitivos. El dragón ascendió en el último momento para librar el edificio y no estrellarse contra él.

Ingrid alcanzó una de las ventanas frontales de la planta de arriba y Viggo se apresuró a la otra.

—Usemos flechas de aire, el fuego lo apaga —le indicó a Viggo.

—¡Me ha congelado el trasero! —respondió él, ultrajado.

—No te sirve de mucho, así que no es una gran pérdida. Ahora apunta y espera mi orden para tirar.

Viggo masculló varios improperios mientras vertía el líquido dorado sobre la flecha.

El dragón pasó por encima del edificio, pero ya esperaba el ataque por la parte frontal y lo hizo girando sobre sí mismo varias veces como una descomunal peonza volante ascendiendo poco a poco hacia las nubes.

—¡Aguanta a que termine los giros, no tires! —indicó Ingrid a Viggo.

—¡Lo voy a freír! ¡Por mis posaderas!

El dragón terminó la maniobra defensiva y comenzó a elevarse.

—¡Ahora! ¡Tira y no falles, solo tenemos un instante!

Viggo, que seguía el vuelo del dragón con el arco mientras mascullaba, cerró la boca y soltó.

Las dos flechas se dirigieron hacia el ala herida dándole justo cuando salía de distancia de tiro. Se produjeron dos nuevas explosiones de aire y varios rayos zigzagueantes recorrieron las zonas heridas del ala, quemándolas con descargas.

—¡Toma! —exclamó Viggo exultante.

El dragón, al ver que no era fuego con lo que le atacaban, no envió su aliento helado. Intentó sacudir el ala, provocando que

volara de forma errática y perdiendo altura por un momento. Rugía de rabia y dolor. Viró realizando un gran círculo y se dirigió de nuevo hacia el palacete con toda la velocidad que pudo alcanzar. Al estar el ala muy dañada, no pudo llegar a la velocidad máxima que buscaba, pero iba bastante rápido.

—No sé si nos va a dar tiempo a tirar y huir esta vez, sabe lo que vamos a hacer —dudó Ingrid.

—Yo seguro que puedo escapar. Vete tú al lado posterior y tira cuando pase.

Ingrid miró al dragón acercándose como si fuera a estrellarse contra el edificio y se decidió.

—De acuerdo. Pero que no te alcance, quiero esas posaderas tuyas intactas —dijo a Viggo y salió corriendo.

Viggo ya había vertido el líquido dorado en la flecha, levantó el arco y apuntó.

—Tranquila soy tan rápido como el viento. Sobre todo, cuando me persigue un dragón —murmuró para sí mismo.

El dragón llegó a trescientos pasos cuando Viggo soltó. Su flecha fue hacia el ala, pero el monstruo la vio y se inclinó en el aire para situarse de costado sin variar la dirección. La flecha pasó rozando el ala, pero no detonó.

—¡Maldición! —exclamó y echó a correr hacia la puerta. Se dio cuenta de que no iba tan rápido como había pensado debido a que tenía el glúteo congelado y no le permitía dar zancadas tan grandes como necesitaba.

Masculló mientras se lanzaba de cabeza hacia la puerta trasera.

El dragón modificó el vuelo en el último momento, pero al no llevar la velocidad que necesitaba, no pudo librar y golpeó la fachada helada con las cuatro garras. El estruendo fue enorme. La pared colapsó por el fuerte impacto y lo deteriorada y helada que estaba. Cascotes de roca y hielo salieron despedidos hacia el interior y alcanzaron a Viggo según se precipitaba hacia las escaleras.

—¡Ouch! —exclamó de dolor, uno de los impactos le había dado en la cabeza—. ¡Me las pagarás! —aseguró al dragón, que ya se elevaba agitando con fuerza sus alas para liberar las garras del edificio.

La fachada frontal del palacete colapsó por completo y se fue al suelo en medio de un estruendo tremendo.

Ingrid aguardaba a que el dragón pasara para tirar, pero el gran monstruo azul se desvió hacia la derecha con problemas serios para virar. El ala herida apenas le respondía.

—Ya te tenemos. Un tiro más y caerás… —murmulló apuntando al dragón, que seguía girando en el aire con dificultades.

Viggo llegó hasta ella según el dragón encaraba la parte trasera para una última pasada.

—Se ha cargado toda la fachada frontal y me ha dado en la cabeza. Estoy sangrando —dijo y se miró la mano enguantada manchada de sangre.

Ingrid le miró de reojo sin dejar de apuntar hacia el dragón.

—Tienes la cabeza muy dura, no te preocupes —respondió ella y soltó.

El dragón rugió, y al ver la flecha de Ingrid dirigirse a su ala intentó girar sobre sí mismo. El ala no le respondió con la debida rapidez y no pudo realizar el movimiento de esquiva. La saeta alcanzó la parte final del ala. La explosión fue de fuego y terminó por lisiar al dragón, que perdió la movilidad.

Con un rugido de rabia les lanzó el aliento helado mientras descendía de forma incontrolada y se precipitaba contra el edificio.

Ingrid y Viggo corrieron a ponerse a cubierto con rápidas zancadas. Antes de que consiguieran llegar a las escaleras el dragón se estrelló contra el piso inferior. El estruendo fue tan grande y el destrozo tan enorme que pensaron que todo el palacete se derrumbaría.

—¡Agárrate a algo! —dijo Viggo a Ingrid cuando parte de las paredes y el suelo de la estancia de la que salían se desplomaba.

Ingrid se sujetó a la escalera, pero comenzó a desmoronarse según el cuerpo del dragón penetraba en el edificio.

—¡No te preocupes por mí! —exclamó Viggo al ver que dos trozos del suelo del piso superior le pasaban rozando según se desplomaban al suelo.

Viggo se agarró a un saliente de una puerta mientras el piso bajo sus pies se hundía. Con enorme agilidad y destreza logró evitar precipitarse él también. Ingrid colgaba de un trozo de escalera que no había caído.

Los dos se quedaron sujetándose con una mano mientras sostenían en la otra sus arcos. El dragón terminó de incrustarse en el edificio.

Una nube de polvareda, piedras y tierra se alzó hacia el tejado y los envolvió. Por un momento no pudieron ver nada. Solo escuchaban cómo parte del edificio se descomponía y caía.

Cuando por fin la nube se fue dispersando y pudieron ver algo, se encontraron con que estaban colgando sobre el cuerpo del dragón. Toda la parte posterior del edificio había quedado destruida y el dragón parecía aturdido por el impacto. Sacudió la cabeza e intentó incorporarse terminando de destruir dos paredes y las escaleras.

Ingrid intentó llegar a la planta superior balanceado su cuerpo con las piernas, pero el dragón la vio por el rabillo del ojo.

«¡Maldita humana! ¡Te voy a devorar!» envió. Alargó el cuello, abrió las fauces e intentó comérsela.

Ingrid lo vio y puso todas sus fuerzas en un último intento por llegar al piso superior, del que solo quedaba en pie una sección. Consiguió situar sus pies en el piso, pero no subir a él, y los dientes del dragón se cerraron rozando su espalda.

El dragón tiró otro fragmento de pared que le molestaba para girar la cabeza y se preparó para volver a atacar a Ingrid, que en aquella postura forzada se encontraba indefensa.

—¡Deja en paz a mi belleza norghana! —gritó Viggo y se dejó caer sobre la espalda del dragón.

«¡Voy a degustar vuestras carnes humanas!» envió. Sacudió con fuerza su cola y golpeó a Viggo, que se alzaba sobre la parte posterior de la espalda crestada.

El guardabosques recibió el fuerte impacto y salió despedido hacia un bloque de escombros contra el que se estrelló. Le cayeron más cascotes encima.

—¡Ouch! —masculló de dolor medio aturdido e intentó recuperarse antes de que el dragón atacara de nuevo.

Ingrid aprovechó la distracción y envió su arco al piso superior. De inmediato, ayudándose de las dos manos, realizó un salto balanceándose en mala posición y arriesgándose a caer de espaldas. Consiguió que las piernas y medio cuerpo le quedaran en el piso superior mientras luchaba por no perder el equilibrio y caerse de cabeza sobre el dragón.

El monstruo se percató y pareció dudar si atacar a Ingrid o a Viggo, pero se decidió por Ingrid. Abrió su gran boca y estiró el cuello para partirla en dos de un mordisco. Ingrid se dio cuenta de que iba a morir y rodó sobre sí misma por el suelo del piso superior para evitar ser alcanzada. El dragón cerró la boca con fuerza en un contundente bocado, pero solo logró morder aire y parte del suelo, que destrozó. Rugió de rabia.

Ingrid finalizó la maniobra de escape y dejó de rodar, pero con tan mala suerte que no vio que faltaba parte del suelo y se fue al piso inferior por la abertura cayendo a un costado del dragón.

«¡Ya eres mía, escurridiza alimaña!» envió este, triunfal.

Ingrid se puso en pie y sacó su hacha y cuchillo para defenderse.

El dragón rugió con una media carcajada.

«¿Qué crees que vas a hacer con eso, pequeña humana?».

Ingrid no se asustó y mantuvo la calma. Con cuidado sacó la esfera dorada y vertió una gota en el filo de cada arma. Un destello dorado surgió de ellas.

Al dragón no le gustó aquello.

«¿Tienes magia dorada? ¡No permitiré que la uses!» envió y lanzó a Ingrid un ataque mental.

—¡Agh! —exclamó ella según se iba a suelo en medio de una agonía.

La mente le estalló en sufrimiento con un intenso dolor helado.

Viggo se recuperó y con rapidez vertió dos gotas de líquido dorado en los filos de sus cuchillos. Corrió a ayudar a Ingrid empuñando ambas armas, que brillaban con destellos dorados.

—¡Déjala estar, monstruo sin entrañas! —gritó mientras se precipitaba sobre el dragón.

«Estúpidos humanos, nunca podréis vencerme» envió y golpeó a Viggo de nuevo con la cola lanzándolo por los aires como si fuera un monigote. El golpe fue tan fuerte que Viggo rebotó contra una pared para caer cerca del cuerpo del dragón.

«Es momento de morir. Ya me he cansado de vosotros, gusanos inmundos» dijo y atacó a ambos con su mente.

Ingrid y Viggo sintieron un dolor insoportable en sus cabezas. Era gélido, quemaba y congelaba. No podían actuar, ni siquiera pensar, pues el dolor era demasiado fuerte. Intentaron resistirse, pero no había defensa alguna.

Viggo apretaba la mandíbula y cerraba los ojos, preso del dolor. Sabía que iban a morir, una muerte muy dolorosa. No podía permitirlo, no por él, sino por Ingrid. No iba a dejar que nadie matara a su amada, aunque a él le costara la vida. Eso no tenía importancia para él. Salvar a Ingrid era todo lo que le importaba en aquel momento.

Con un esfuerzo tremendo, en medio del sufrimiento que padecía, consiguió alargar el brazo y su mano tocó la pata trasera derecha del dragón. Era justo lo que necesitaba. Le dio una minúscula esperanza y con ella luchó contra el dolor que lo mataba. Levantó el brazo y, con todo su ser, clavó el cuchillo en la pata del dragón.

Se escuchó un rugido.

«¡Maldita cucaracha!» exclamó el dragón furioso y muy sorprendido.

El cuchillo se había clavado hasta la empuñadura.

Viggo sonrió. El sufrimiento en su mente disminuyó ostensiblemente. El dragón había perdido la concentración por la sorpresa del ataque. No lo iba a matar, pero eso no era lo que Viggo buscaba. Lo que quería era precisamente eso, sorprenderlo y desconcentrarlo, porque les daba una posibilidad.

Ingrid se dio cuenta de lo que pasaba y aprovechó también la oportunidad soltando dos tajos rápidos contra la pata delantera izquierda del dragón con su cuchillo y hacha. Bañados en la sustancia dorada, penetraron y cortaron hiriendo al dragón.

«¡Gusanos asquerosos!» clamó rugiendo de rabia. Perdió la concentración por completo y con ella puso fin al ataque que mantenía.

Ingrid se puso en pie de un brinco. La bestia intentó arrancarle la cabeza de una dentellada con sus tremebundos colmillos, pero Ingrid se lanzó por encima de unos escombros para ponerse a salvo y rodó sobre su cabeza hasta golpear una columna que quedaba en pie. Quedó tendida en el suelo sujetándose las costillas.

El dragón fue a rematarla cuando sintió que algo le subía por la espalda. Se detuvo y giró la cabeza para ver qué era. Por el rabillo del ojo vio que el otro humano corría hacia su cuello.

«¡Te mataré, alimaña!» rugió y envió su aliento de hielo.

Viggo vio el aliento y se echó contra la espalda del dragón. El gélido aliento le pasó por encima sin alcanzarlo. El dragón no podía girar la cabeza lo suficiente para llegar a donde estaba. Sin perder un instante, siguió subiendo por la espalda, ahora arrastrándose pegado a la cresta del monstruo.

«¡Baja de ahí!» gritó el dragón y sacudió su cuerpo con violencia para tirar a Viggo.

Lo intentó sacudiendo su ala buena, soltando latigazos con su cola y enviando su aliento helado, pero nada pudo detener a Viggo,

que siguió subiendo a rastras hasta llegar al punto que buscaba: el centro del sistema nervioso del dragón, su punto débil.

Este se dio cuenta de lo que Viggo pretendía, pero no podía alcanzarlo con su aliento ni con sus garras o cola. Solo le quedaba una opción.

Viggo sintió el nuevo ataque mental penetrar en su cabeza, como si se la atravesaran con una lanza de hielo de lado a lado. Estuvo a punto de caerse de la espalda del dragón. Se desequilibró, pero se sujetó con una mano a la cresta. El dragón intensificó el ataque mental y Viggo sintió un sufrimiento terrible que le hizo doblar las rodillas. Sabía que si cedía iban a morir.

Se negó. Según se doblaba de dolor, con un esfuerzo final salido de sus entrañas, clavó el cuchillo que llevaba en su mano derecha en el punto crítico.

El dragón no pudo ni rugir. Según el arma penetró dañando su sistema central nervioso, se quedó paralizado de cuerpo y mente y se desplomó en el suelo.

Viggo cayó del dragón con la mente en llamas gélidas que no podía soportar. Al chocar con el suelo no sintió el impacto, sino que el dolor en su mente desaparecía casi al instante. El dragón había detenido el ataque, o más bien el cuchillo que tenía clavado en medio de su sistema central nervioso lo había detenido. Viggo se incorporó y lo observó. Estaba inmóvil en el suelo, con alas y patas extendidas en una extraña postura. Parecía estar sufriendo un rigor mortis.

—No voy a correr riesgos… —masculló para sí mismo y subió a la espalda del dragón de un salto.

Corrió por ella hasta llegar a su cuchillo. Había perdido el otro, pero aquel había cumplido su propósito. Lo cogió por el mango y lo sacó para asestar cien cuchilladas, una detrás de otra, en la misma zona. Se aseguró de que aquel dragón jamás se levantaría.

Ingrid se puso en pie y vio lo que Viggo hacía.

—No tengas piedad con él —dijo y se sujetó las costillas con una mano mientras buscaba por el suelo el cuchillo y hacha que había perdido con el golpe.

—Tranquila, no pienso tenerla —aseguró Viggo.

Fue hasta el cabeza y clavó su arma repetidamente en cada ojo del dragón.

—¡Esto es por mi trasero! —gritó al acabar y saltó de su cabeza al suelo.

El dragón no parecía sentir ni padecer nada. Estaba inmóvil.

Ingrid se acercó y lo observó.

—Buen trabajo —felicitó a Viggo.

—Gracias, mi rubita pendenciera. Ha sido un verdadero placer darle una lección a este lagartijo azul.

—Recoge tus armas y salgamos de aquí. Hay que ayudar al resto.

Capítulo 18

Lasgol se agachó detrás de una columna de piedra que aún resistía. El dolor en el hombro era ahora muy intenso. Desenterrar a Astrid y esquivar al dragón marrón lo habían aumentado. Intentó concentrarse para volver a invocar sus habilidades de combate. Las necesitaba, más ahora con el hombro herido. Le llevó un momento, pues el dolor impedía la concentración y sin ella no había forma de invocar habilidades. No se puso nervioso al no conseguirlo. Si algo sabía era que la constancia era su amiga. Volvió a intentarlo en un instante en que el dolor pareció difuminarse un poco. Lo logró. Una tras otra, las habilidades se fueron invocando con sus respectivos destellos verdes.

Resopló aliviado.

Pudo ver a Astrid escondida tras la pared. Había recuperado su arco y estaba poniendo sustancia dorada en una flecha de fuego.

—Espera a tener buen tiro —aconsejó Lasgol.

—Lo haré, no voy a fallar. Lo malo es que no puedo moverme para buscar posición de tiro.

—Tranquila, no hace falta. Vendrá a rematarnos —aseguró Lasgol dejando el arco de Aodh en el suelo.

No podía usarlo con el hombro izquierdo mal. Había intentado alzar el brazo empuñando el arco y no lo había conseguido, el dolor era demasiado intenso. Sacó su hacha y cuchillo de guardabosques y vertió con mucho cuidado un poco de sustancia dorada en el filo de cada uno.

El rugido amenazante de la bestia marrón les llegó un momento antes de que apareciera frente a ellos en vuelo raso. Lasgol y Astrid se prepararon para actuar. El dragón llegó a unos trescientos pasos y

Astrid tiró. La flecha de fuego fue directa hacia el ojo derecho. Lasgol se preparó con cuchillo y hacha en las manos.

El dragón vio la flecha de Astrid y viró a un lado para esquivarla, así que no le dio en el ojo sino en el ala derecha y, al estallar, parte se prendió fuego. El dragón llegó a doscientos pasos y atacó con un ataque mental. Astrid y Lasgol sintieron como si la mente les estallase al ser golpeada por miles de piedras. Un sufrimiento terrible los dejó doblados de dolor. El dragón se elevó y, dando un giro corto, tomó tierra frente al edificio. Se acercó y volvió a enviarles otro ataque.

Lasgol intentó luchar contra el dolor, pero apenas podía pensar. Levantó el brazo para lanzar el hacha contra el dragón, pero no pudo terminar el movimiento. Astrid intentaba poner otra flecha en la cuerda del arco, pero tampoco lo estaba logrando. Su rostro mostraba el dolor que su mente sufría.

«¡Ya sois míos! ¡Os voy a destrozar!», el dragón marrón estaba seguro de su victoria. Abrió la boca para enviar su aliento elemental y acabar con ellos.

Lasgol hizo un esfuerzo final para intentar lanzar su hacha, pero no lo logró. El dolor que su mente sufría era tan fuerte que lo dejó inservible. Tampoco era capaz de usar su magia, no podía concentrarse lo necesario para hacerlo. Astrid cayó hacia delante, fuera de la protección de la pared en la que se refugiaba. El aliento elemental iba a matarlos a los dos. Estaban indefensos y condenados a muerte.

De súbito, un rayo tremendo descendió sobre la cabeza del dragón y la golpeó. La boca se le cerró y no salió el aliento letal. El dragón sacudió la cabeza para despejarse, después la giró y miró a su espalda. Un segundo rayo, este lanzado en horizontal, lo alcanzó de pleno entre los ojos. Al dragón se le fue la cabeza hacia atrás de la fuerza del impacto.

De pronto, Lasgol se vio libre del ataque mental. El dragón ya no lo mantenía, había perdido la concentración. Todo el terrible sufrimiento que padecía desapareció en un instante. ¡Tenían una

oportunidad! Se levantó del suelo y miró a Astrid, que también parecía recuperarse.

El dragón comenzó a girarse para encarar a su atacante.

Lasgol vio que era Sonea. Había llegado a ayudarlos. La vio creando un remolino de tornado frente al dragón, que fue creciendo en tamaño y se interpuso entre ella y la criatura. Sonea lo dirigió con la mano y se aseguró de situarlo frente a ella para luego hacerlo avanzar hacia la bestia, que envió su aliento elemental. El tornado lo desvió. El caudal golpeaba al remolino, que con sus fuertes vientos lo desviaba hacia sus lados. Piedras y rocas salían disparadas en ambas direcciones al encontrarse con los fuertísimos vientos que rotaban sobre sí mismos formando un descomunal cono de corrientes huracanadas.

Lasgol corrió a ver cómo estaba Astrid.

—¿Cómo estás? ¿Herida? —preguntó preocupado y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

Astrid negó con su mano.

—No te preocupes por mí. Ayuda a Sonea con el dragón —respondió y señaló la espalda del monstruo marrón.

—De acuerdo. Voy a ayudarla.

Lasgol salió corriendo en dirección a la espalda de la bestia marrón, que avanzaba hacia Sonea. Según corría fue invocando sus habilidades de combate. El ataque del dragón le había dejado debilitado y había perdido varias habilidades. Los destellos verdes se fueron produciendo según llegaba a la cola del enorme monstruo, que sacudió las alas mientras rugía con fuerza. Lasgol dedujo que iba a saltar y caer sobre Sonea con todo su peso, era uno de los ataques favoritos de los dragones y ya reconocía el movimiento preparatorio.

Dudó entre avisar a Sonea o atacar. Si la avisaba de un grito el dragón se daría cuenta de que se acercaba por la espalda y perdería la ventaja que ahora tenía. Decidió que era mejor aprovechar el factor sorpresa. Llegó hasta las patas traseras, que tenía encogidas

para dar el brinco. Sin perder un instante saltó todo lo alto que pudo y clavó cuchillo y hacha en la pata trasera izquierda del dragón. Quedó colgado de las armas clavadas. El hombro herido le dolía horrores, pero no soltó, apretó los dientes y aguantó el suplicio.

El dragón rugió al sentir la herida. Miró hacia atrás y sacudió la pata para librarse de Lasgol, que se mantenía colgado. Al hacerlo Lasgol se desplazó hacia abajo sin soltar sus armas clavadas y estas desgarraron la pata. Un nuevo rugido de dolor y rabia indicó al guardabosques que había conseguido su propósito. El dragón no había saltado sobre Sonea y, además, lo había herido. Ahora se giraba para poder ver quién le estaba atacando.

Lasgol se mantuvo colgando pegado a la pata. El dragón intentó alcanzarlo con la cola, pero falló el latigazo, que le pasó por encima. El problema era que al siguiente coletazo lo iba alcanzar y por la fuerza de aquella cola le podía partir la espalda, incluso con su protección de boscaje. Mejor utilizar otra táctica. Sacó sus armas de la carne de la pata del dragón y se dejó caer al suelo. La bestia marrón estaba girando sobre sí mismo y, en un movimiento muy arriesgado, Lasgol corrió por debajo del cuerpo del monstruo, que lo perdió de vista bajo su enorme estómago.

Se escuchó un trueno seguido por un relámpago que alcanzó al dragón en el costado. Lasgol se agazapó de forma involuntaria. Los ataques de Sonea con el medallón Ilenio eran tremendos. El dragón rugió de dolor y se detuvo. El ataque le había quemado parte del costado derecho. Llegaba olor a carne y músculo quemados… el relámpago había entrado en el cuerpo y dañado su interior. Lasgol deseó que las heridas fueran graves.

La cabeza del dragón apareció de pronto boca abajo mirando a Lasgol. Había descubierto su intención. La bestia lanzó un ataque mental. Lasgol cayó de rodillas, contra aquello no tenía forma de defenderse o escapar. El sufrimiento se incrementó rápidamente hasta tal punto que Lasgol pensó que le estallaría la cabeza. Se escucharon dos explosiones y de pronto el dolor paró.

El dragón sacudió su cabeza. Le habían alcanzado dos flechas elementales. Eran de tierra, lo que había provocado que perdiera la concentración. El dragón levantó la cabeza sacudiéndola y miró hacia un lado, en la dirección de la que habían llegado las flechas. Rugió de rabia.

Lasgol se rehízo, libre del martirio. Se puso en pie y agarró con fuerza sus armas, que aún brillaban con destellos dorados. Resopló aliviado, aunque calculó que le quedaba poco tiempo antes de que la magia dorada se disipara. Echó a correr por debajo del dragón y llegó bajo su torso. El monstruo marrón no se percató, estaba luchando contra Sonea, Ingrid y Viggo, que atacaban con descargas y flechas elementales. Sonea mantenía el tornado frente a ella para desviar los ataques elementales del dragón; Ingrid y Viggo estaban a trescientos cincuenta pasos, por lo que se encontraban a salvo, de momento.

El dragón volvió a doblar las patas traseras y algo las delanteras. ¡Iba a saltar! Lasgol vio cómo el cuerpo del dragón bajaba hacia él. Lo tenía a un salto, podía abrirle el vientre, pero eso no lo mataría al momento. Tardaría en morir y podría matar a alguno de sus amigos. Decidió arriesgar y ser más agresivo en su ataque. Utilizando su habilidad Agilidad Mejorada salió de debajo del cuerpo del dragón. Dio un salto y clavó sus armas en la parte inferior del cuello de la gran bestia.

El dragón rugió de dolor. Lasgol sufrió el dolor en el hombro, pero aguantó. Entonces el dragón dio el brinco hacia delante, hacia Sonea. Lasgol se vio en el aire, colgando del cuello del dragón por sus armas. Sacó el hacha del lugar donde la tenía clavada y quedó colgando solo del cuchillo. Antes de que el dragón cayera sobre la erudita, le volvió a clavar el hacha en la parte baja del cuello con fuerza.

El dragón cayó sobre Sonea, que no pudo esquivar por completo el enorme cuerpo. La golpeó con su ala y salió despedida a un lado. Su esfera protectora de ataques físicos la protegió, pero quedó destruida por el fuerte impacto.

Lasgol golpeó una y otra vez con el hacha clavándola todo lo profundo que podía. Estaba colgando del hombro herido y el dolor le estaba matando, pero no se soltó, continuó golpeando. La sangre caía sobre él, cubriéndolo. El dragón intentaba quitárselo de encima con su garra derecha. Lasgol recibió un fuerte golpe y salió despedido hacia un lado.

«Voy… a aplastaros… a todos» envió el dragón y avanzó hacia Lasgol con pesados pasos.

Lasgol intentó retirarse arrastrándose por el suelo. El dragón sangraba a raudales por las heridas del cuello y su amenaza había llegado entrecortada. Estaba muy debilitado, gravemente herido. Sonea también se retrasó intentando recomponerse.

La bestia se alzó sobre Lasgol y levantó su pata derecha para aplastarlo con un potente pisotón con toda su fuerza. La protección de boscaje estaba dañada por el zarpazo que había recibido y Lasgol envió más energía para reforzarla. Dudaba que pudiese soportar el golpe que estaba a punto de recibir, pero no tenía escapatoria con el hombro herido. La pata comenzó a bajar sobre su cuerpo justo cuando dos flechas alcanzaron al dragón en el cuello, en las heridas. Se clavaron profundas entrando por los tajos sangrantes y estallaron en llamas. El dragón soltó un rugido de dolor y el cuello perdió su rigidez. Cayó a un lado y, tras un momento, le siguió todo su cuerpo. Murió entre gorgoteos de sangre.

Ingrid y Viggo llegaron corriendo y sacaron a Lasgol de debajo del ala, que había quedado cubriendo su cuerpo.

Lasgol resopló.

—Ha estado… cerca…

—Ya lo creo. ¿Qué hacías imitando mis ataques? Eso no se te da bien, lo tuyo es el arco —dijo Viggo con una sonrisa irónica.

—Tiene el hombro herido, ¿es que no te fijas en nada? Ayúdalo a levantarse.

Viggo ayudó a Lasgol.

—Sí… lo tengo… —Lasgol se puso en pie entre gruñidos.

—Más razón para no andar con acrobacias sobre un dragón —afirmó Viggo.

—No tuve otra salida… Hay que ayudar a Astrid, está herida —Lasgol señaló hacia el lugar dónde estaba.

—Yo me encargo. Ingrid también está herida en las costillas.

—Vaya, ¿cómo estás?

—Parecido a ti —dijo Ingrid y se dobló para soportar el dolor—. Por suerte he podido tirar, pero no puedo correr.

Sonea llegó hasta ellos.

—No tenéis buen aspecto —dijo con cara de preocupación y los examinó.

—Estamos vivos, es lo importante —dijo Ingrid.

Viggo regresó tras un momento llevando a Astrid en sus brazos.

—Tiene las piernas heridas —anunció.

—No es grave, sobreviviré —dijo ella.

Viggo la dejó con delicadeza en el suelo.

—Tenemos que curarte eso o se infectará —dijo Ingrid inspeccionando las laceraciones y golpes de las piernas de su compañera.

Astrid asintió.

—¿Estáis todos bien?

—Costillas magulladas —Ingrid señaló su costado—, hombro herido —dijo señalando a Lasgol.

—¿Fracturas? —preguntó Astrid con expresión de preocupación.

—Puede ser… —comentó Ingrid con expresión de dolor al tocarse el costado.

—Yo no puedo moverlo. No sé si está fracturado, pero podría ser… —reconoció Lasgol sobre su hombro.

Astrid miró a Lasgol a los ojos y su preocupación por él fue latente.

—Esto no ha ido nada bien —se lamentó Sonea negando con la cabeza—. Casi nos matan y vosotros tres habéis resultado heridos.

—No iba a salirnos bien siempre —Viggo se encogió de hombros —. Al final las cosas terminan siempre por torcerse, de una forma o de otra. La buena fortuna solo sonríe un poco y desaparece luego. ¡Qué se le va a hacer!

—Nos han tendido una trampa —razonó Lasgol, que llevaba un rato pensando en ello.

—Una trampa a nuestra trampa —especificó Ingrid.

—Cierto —convino Sonea—. Hasta ahora había funcionado muy bien… me temo que esta ha sido la última vez.

—Sí, tus duelos ya son conocidos y la trampa que conllevan ha sido descubierta —dijo Viggo—. Todo lo bueno termina por acabarse, como los dulces.

—Pues entonces este plan ya no nos sirve. Ya saben qué hacemos y vendrán a matarnos con más efectivos —razonó Astrid.

—Eso me temo yo también —estuvo de acuerdo Sonea.

—Regresemos al campamento en los Mil Lagos. Hay que curarse y decidir qué vamos a hacer ahora —opinó Lasgol.

—Sí, hagámoslo rápido, antes de que envíen más dragones —convino Ingrid.

Lasgol se acercó a Astrid.

—Yo te llevaré —se ofreció y señaló su espalda para que Astrid montara sobre ella.

Astrid sonrió.

—Te lo agradezco, eres un caballero, pero tienes mal el hombro. Ir colgada de tu espalda lo empeorará.

Ingrid le dio un codazo a Viggo.

—Oh… sí, claro. Ya te llevo yo, Astrid. A mí los dragones no pueden ni rozarme, soy demasiado rápido, escurridizo y letal para ellos.

—Sin duda —sonrió Astrid—. Gracias.

—No hay de qué. El rarito no es el único caballero por aquí —afirmó Viggo y lanzó una mirada de superioridad a Lasgol.

—Calla y camina, tenemos un camino largo, merlucito —dijo Ingrid y señaló hacia el norte.

Sonea sonrió y abrió camino.

—A los Mil Lagos —dijo y les hizo una seña de avanzar con el brazo.

Capítulo 19

Nilsa y Gerd observaban desde un bosque cercano el campamento oculto de soldados zangrianos en la falda de la montaña. Estaban en la segunda fase de su misión y había llegado el momento de pasar a la acción. Esta parte ambos sabían que era todavía más difícil y peligrosa y eso los intranquilizaba.

—Ocupan más de un centenar de cuevas —comentó Gerd agazapado detrás de un roble evaluando a las fuerzas zangrianas.

—Son inteligentes. Se han refugiado en las cavernas de la gran montaña para que los dragones no puedan alcanzarles —razonó Nilsa tumbada en el suelo y cubierta por unos matorrales.

«Cuevas proteger un poco. No poder proteger del todo contra dragones» llegó el mensaje de Camu.

—Sí, eso estaba pensando yo también —comentó Gerd.

—Si los dragones atacan los soldados zangrianos se meterán en el interior de las cuevas, al igual que hacen los Desher Tumaini.

«Ellos vivir dentro montañas de sangre. Zangrianos no vivir en montañas».

—Cierto. Lo tienen bastante más complicado —convino Gerd—. La logística para alimentar a un ejército que se esconde en cuevas debe de ser una pesadilla.

—Ya lo creo. Además, dudo que ahí dentro haya agua. La tendrán que traer hasta aquí de los ríos y arroyos cercanos —dedujo Nilsa.

—No lo veo muy sostenible a la larga —Gerd negó con la cabeza —. De momento aguantan porque no tienen más remedio, pero no hay futuro para ellos viviendo en esas montañas.

«Yo pensar igual».

Continuaron observando la base militar zangriana por un buen rato. Necesitaban entender bien todo lo que sucedía allí.

—¿Cuántas tropas calculas? —preguntó Nilsa a Gerd mientras observaba con ojos entrecerrados el ir y venir de soldados realizando múltiples tareas.

—Es difícil de saber, esas cavernas pueden ser más profundas de lo que parecen. Por lo que dijo el general Maxian de Erenal estiman que aquí hay más de dos mil soldados.

—Supongo que el recuento será bastante acertado. Los de Erenal tienen espías en esta zona para estar al día —comentó Nilsa.

—Lo mismo que los de Zangria tienen espías rondando los campamentos de guerra de las tropas de Erenal —razonó Gerd.

—Sí, los unos espían a los otros, en lugar de colaborar entre ellos. Así solo salen ganando los dragones —expresó Nilsa de mal humor.

—Las rivalidades del pasado tardan centurias en cicatrizar —explicó Gerd.

—Ya, pues como no espabilen todos, van a terminar como desayuno para dragones.

Gerd sonrió.

—Tienes toda la razón. Pero no te enfades, no es culpa tuya que Zangria y Erenal no se soporten.

Nilsa resopló, dejando salir toda su frustración.

—Tienes toda la razón, pero me enerva.

—Para esta parte de la misión tenemos que mantener la calma y no ponernos nerviosos —Gerd le guiñó un ojo.

—Sí, tranquilo, mantendré la calma. No es mi punto fuerte, pero los nervios no me traicionarán —sonrió ella.

—Además, sabes que no va a ser nada fácil que salga bien.

—Bueno, para eso estamos nosotros aquí, para asegurarnos de que así sea. Soy optimista —enunció Nilsa con cierto ánimo en el tono.

De pronto Ona soltó un gruñido y de inmediato Argi emitió otro.

«Nosotros tener compañía» advirtió Camu.

Nilsa y Gerd se volvieron.

—Vayamos a ver qué sucede —dijo Gerd. Sacó su arco y puso una flecha en la cuerda con la rapidez y maestría de un guardabosques experto.

—Tengamos cuidado —advirtió Nilsa, que también sacó su arco y se preparó para una posible confrontación con un enemigo.

«Yo usar Camuflaje Extendido» envió Camu y los hizo desparecer de la vista de cualquier ser que estuviera en los alrededores.

Nilsa y Gerd avanzaron con cautela, adentrándose en el bosque de robles. Llevaban el arco preparado para tirar y oteaban entre los árboles intentando descubrir quién había allí. Llegaron hasta donde Ona y Argi estaban y al verlos se tranquilizaron. Tenían atrapada a una persona contra el tronco de un árbol. El desdichado levantaba las manos y observaba lleno de temor las fauces que le gruñían de ambos animales.

—Quietos, es un amigo —dijo Nilsa.

—Puedes quitar el camuflaje, Camu —dijo Gerd.

«De acuerdo, yo quitar».

Los tres se hicieron visibles y Ona y Argi se relajaron al ver al resto de compañeros. Viendo que todo estaba bien, dejaron de amenazar al recién llegado.

El prisionero resopló muy aliviado al verlos.

—¡Qué susto me he llevado! —dijo en norghano.

—Llegas tarde, Antonius —reprochó Nilsa observándolo de arriba abajo.

Aunque hablaba un norghano casi sin acento, el recién llegado era de Erenal, sus facciones y color de tez así lo indicaban. De unos cuarenta años de edad, delgado y alto, tenía ojos y cabello marrón oscuro. Vestía ropajes gastados y comunes, de viajero, no de soldado de ningún ejército.

—No ha sido nada fácil llegar hasta aquí. Entre dragones, tropas del ejército de Kraido y soldados zangrianos, me considero muy afortunado de seguir con vida. Este último susto tampoco me ha gustado nada. Creo que me ha restado dos años de vida por lo menos —comentó mirando a Ona y Argi.

—Se supone que eres uno de los mejores espías de Erenal, esto no debería ser un problema para ti —dijo Gerd enarcando una ceja.

Antonius se irguió y se sacudió la suciedad y el polvo de sus pantalones de cuero y luego de hombros y capa.

—Y lo soy. Por eso estoy aquí, enterito y sin un rasguño, pese a esos inconvenientes.

—Sí, pero Ona y Argi casi te comen —dijo Nilsa.

—Me he dejado atrapar para que os acercarais, sabía que estabais cerca —dio como excusa el espía de Erenal con un gesto de obviedad.

Gerd puso cara de que no se lo creía del todo.

Nilsa frunció el entrecejo.

—Si tu rey Aurelius dice que eres un buen espía y te ha asignado, te creemos. Pero será mejor que lo demuestres, nos jugamos mucho en esta misión y no queremos que sea un fracaso. El futuro de Norghana y Erenal está en juego.

—Lo sé, no te preocupes. Mis habilidades como espía y tratante son extraordinarias. No encontraréis a nadie mejor en Erenal ni en Zangria. Probablemente tampoco en Norghana.

—Tendremos que creerte… —dijo Gerd con un gesto de que no les quedaba otra.

«¿Haber más espías en campamento de Erenal?» preguntó Camu.

Antonius echó la cabeza hacia atrás del susto de recibir el mensaje mental de Camu.

—Vaya… una experiencia única esta de la comunicación mental —Antonius sacudió la cabeza—. No, no quedan más espías en el campamento del rey.

«Eso explicar…».

Antonius alzó la barbilla y enderezó la espalda.

—Mi profesión es una muy complicada y arriesgada, sobre todo en tiempos de guerra. Es normal que los de mi condición pierdan la vida. No solemos vivir muchos años.

—Eso lo entendemos —dijo Nilsa.

—Pero en mi caso, pienso romper todos los hitos de longevidad entre los de mi profesión. No tengo ninguna intención de morir ahora ni en el futuro. Soy la excepción a la norma y pienso vivir hasta los cien años.

—Yo creo que, si quieres vivir tanto, deberías cambiar de profesión —aconsejó Gerd.

Antonius se quedó pensativo.

—Es una propuesta que consideraré. De momento se me da muy bien, así que no hay necesidad.

—Entiendes que con que se te de mal una sola vez, ya no tendrás opción de cambiar, ¿verdad? —dijo Nilsa.

—Lo entiendo, sí. Por eso me cuido mucho —sonrió Antonius e hizo una reverencia.

«Mucho gracioso espía de Erenal. A mí gustar».

—Yo me guardo mi opinión hasta que veamos su labor —expresó Gerd.

—Estaré encantado de daros una agradable sorpresa —sonrió Antonius mostrando una hilera de perfectos y blancos dientes.

—Ona, Argi, id a vigilad los flancos —pidió Gerd y señaló en ambas direcciones.

Los dos animales se separaron de inmediato y cada uno fue a vigilar un lado del bosque.

—¿Cuándo actuamos? —preguntó Nilsa a Antonius con tono de estar algo impaciente.

El espía levantó las manos.

—Necesito observar el campamento de guerra zangriano y ver si todo está en orden antes de poder dar respuesta a esa pregunta.

Nilsa suspiró calmando su impaciencia y nerviosismo. Quería que la misión saliera bien y eso la tenía algo intranquila. No iba a ser fácil y veía importante no fracasar. Era vital para el futuro de la lucha de humanos contra dragones que aquella misión saliera perfecta.

—Está bien, será mejor que te pongas a ello. Nosotros ya hemos estado observando toda la mañana —dijo Nilsa.

—Parece tranquilo —añadió Gerd.

—Quizá para el ojo no entrenado en el espionaje así sea, pero será mejor que me asegure.

—Síguenos, tenemos un buen lugar desde el que observar —dijo Gerd y echaron a andar.

Por dos días permanecieron escondidos en el robledal y observaron el campamento zangriano. Antonius pasaba casi todo el tiempo vigilando. Cambiaba de posición de tanto en tanto para tener mejor visibilidad de las cuevas. Nilsa y Gerd solían estar con él y le dejaban llevar las riendas del asunto. Solo paraban de vigilar cuando Ona o Argi llegaban para avisar de que una patrulla zangriana entraba en el bosque. En esos casos se escondían al sur.

Por lo general las patrullas no se adentraban tanto, pero si lo hacían Camu se encargaba de ocultarlos con su camuflaje. Camu les proporcionaba una ventaja impresionante. Antonius les había dicho en varias ocasiones que daría su pierna izquierda por tener la habilidad de Camu para hacerse invisible. Aquel era el sueño de cualquier espía.

Era el tercer día desde la llegada del espía de Erenal y Nilsa estaba más inquieta que nunca. Al principio había aguantado bien los nervios, pero con cada día que pasaba iban en aumento. Era la incertidumbre lo que los provocaba, de eso estaba segura.

—No sé si esto va a salir bien… —confesó a Camu, que estaba en medio de un claro del bosque practicando sus habilidades.

«Yo estar seguro salir bien».

Nilsa sonrió ante la respuesta confiada de la criatura.

—Por eso me gusta tanto tu compañía, tú siempre eres tan positivo…

«Lasgol decirme siempre que yo demasiado optimista. Yo saber que no».

—¿Te lo decía antes o después de que perdiera la memoria?

«Antes. Pero ahora empezar a decir otra vez».

Nilsa rio.

—Eso debe querer decir que se va recuperando.

«Lasgol estar mejor. No todo bien, pero yo saber que un día sí volver a ser Lasgol de siempre».

—Por supuesto. Yo también lo creo. Y espero que no tarde mucho. Me hace sufrir verlo perdido de vez en cuando. Cuanto antes mejor para él y para todos, así nosotros no sufriremos ni temeremos por él.

«Yo no tener prisa. Yo ser Drakoniano Superior, vivir muchos años».

Nilsa torció la cabeza.

—¿Cuántos años?

«Más de mil. Igual más de dos mil. No saber seguro».

Nilsa dejó escapar un silbido prolongado.

—Vaya, eso es mucho tiempo.

«Por eso yo no prisa con nada».

—Ya, es comprensible. Sabes que nosotros no vivimos tanto, ¿verdad?

«Yo saber. Ser gran pena. Un día vosotros no estar».

—Ya… será muy triste para ti.

«Sí, mucho mucho».

Nilsa vio la pena en los ojos de Camu y lo abrazó.

—No pensemos en esas cosas ahora. Todavía tenemos toda una vida por delante… humana, me refiero, así que disfrutemos de

nuestra amistad y del tiempo que pasamos juntos.

«Yo disfrutar mucho de mis amigos. De Viggo menos».

Nilsa no pudo contener una carcajada.

—No te culpo. Opino como tú —dijo entre risas.

«¿Tú creer que ellos estar bien?».

—Seguro que no les sucede nada malo.

«Ellos luchando contra dragón. Peligroso».

—Hemos matado ya a una decena de dragones para el rey de Erenal usando la misma estrategia. No deberían tener problemas si no se desvían del plan.

«Plan bueno. Trampa segura. Esperar dragones no darse cuenta».

—Son demasiado engreídos para hacerlo.

«Sí, dragones engreídos y mucho malos».

Nilsa asintió.

—¿Qué habilidad estás entrenando? ¿O estás desarrollando una nueva?

«Ser las dos cosas. Siempre tener que practicar habilidades para mejorar magia. Yo querer ser muy poderoso».

—Y como todo en la vida, hay que practicar para ser bueno —Nilsa señaló el arco que llevaba a su espalda y con el que entrenaba a diario, como todo guardabosques que se preciara. Aunque en tiempos de guerra entrenar era casi innecesario con toda la acción que estaban teniendo.

«Eso decir Eicewald. Yo seguir sus enseñanzas y Lasgol también. Yo recordar a Lasgol lo que Eicewald enseñar nosotros».

—Haces muy bien, Lasgol te lo agradecerá.

«Sí, él decir estar muy agradecido. No recordar mucho de lecciones de magia».

—Y Eicewald estaría muy orgulloso de vosotros.

«Sí, yo triste por Eicewald. Ser gran mago, buen hombre».

—Lo fue. Pero no estés triste, sus enseñanzas perdurarán en ti y, con ellas, su espíritu. Y si un día tú enseñas a otro discípulo, las enseñanzas y espíritu de Eicewald sobrevivirán.

Camu pestañeó con fuerza.

«Yo no haber pensado eso. Tú tener razón. Yo más contento. Un día yo tener discípulo y pasar enseñanzas de Eicewald».

—Así me gusta —Nilsa sonrió y le acarició el costado.

«Yo estar desarrollando habilidad para protección física».

—¡Interesante! ¿En qué consiste?

«Yo querer poder desarrollar una cúpula de protección contra ataques físicos. Como hacer magos. Como Sonea».

—Oh, ya entiendo. Como tu cúpula de protección mágica, pero contra ataques físicos.

«Ser eso. Dragones atacarme con garras y fuerza física y hacerme mucho daño».

—Sí, casi te matan… a ti y a nosotros.

«Por eso yo querer crear nueva habilidad».

—¿Y cómo vas? —Nilsa estaba muy interesada.

«No mucho bien. No salir».

—Oh… Bueno, desarrollar habilidades cuesta, ¿verdad?

«Sí, menos espontáneas. Esas salir de pronto sin querer».

—Y esta no parece ser espontánea.

«No, esta no querer salir. Pero yo conseguir. Estar seguro. Ser cuestión de tiempo».

—Ese es el espíritu. No lo pierdas nunca, así se consiguen los logros.

«Yo mucho espíritu».

—Sin duda —sonrió Nilsa.

Escucharon unos pasos a su espalda y se volvieron. Gerd y Antonius aparecieron de entre los árboles.

—Ha llegado el momento —anunció Antonius.

—¿Sí? ¡Por fin! —resopló Nilsa.

—Tenemos que prepararnos —dijo Gerd.

—Vamos a ello. La misión debe ser un éxito —expresó Nilsa con convicción.

Capítulo 20

Aquella mañana Nahia y Logan caminaban charlando frente al barracón de los Jinetes. De momento no habían sido requeridos y disfrutaban del descanso y la compañía mutua. Deseaban que aquello durara, pero sabían que en cualquier momento los llamarían para alguna misión.

De pronto, vieron a dos figuras saliendo de intendencia y tanto Nahia como Logan los reconocieron de inmediato. Eran sus antiguos escuderos: Lantreos y Scrudro. Los dos Tergnomus los reconocieron también y se acercaron. Iban cargando lanza y escudo cada uno y se movían con dificultad.

—Qué agradable sorpresa ver a mi señora, jinete de dragón, de nuevo —le dijo Lantreos a Nahia e intentó hacer una reverencia. Casi se fue al suelo.

—Me alegro mucho de verte —dijo Nahia a Lantreos y lo ayudó a recuperar el equilibrio.

Scrudro también hizo una reverencia ante Logan, y consiguió aguantar mejor la compostura.

—Un placer ver de nuevo a mi señor jinete de dragón —dijo a Logan.

—Te veo bien, Scrudro —respondió al Tergnomus.

—Veo que tenéis nuevos señores —dijo Nahia señalando la lanza y escudo que portaban.

—Sí, mi señora. Los Tergnomus escuderos siempre somos reasignados cuando nuestro servicio ya no es requerido por los jinetes a los que se nos ha asignado. Siempre hay jinetes nuevos que atender.

—No tantos como antes, por desgracia —añadió Scrudro.

—¿Todo tranquilo por aquí? —preguntó Nahia.

—No sabría decir, mi señora, tenemos mucho trabajo siempre.

—Pero no sabemos qué cosas pasan —añadió Scrudro.

—Hacéis una gran labor —dijo Logan, que sabía que les gustaría mucho oír aquello.

—Mil gracias, mi señor, siempre a sus órdenes. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que decírmelo —se ofreció Scrudro e hizo dos reverencias.

Esta vez sí que perdió el equilibrio. Logan le sujetó para que no cayera al suelo y luego lo guio hacia el barracón. Scrudro marchó agradeciendo la cortesía a su señor jinete de dragón.

Nahia lo vio partir y luego se giró hacia Lantreos.

—¿Sigues pudiendo enviar mensajes secretos por la red clandestina? —preguntó Nahia acercándose a la oreja derecha del Tergnomus en un susurro casi inaudible.

—Sí, mi señora. Soy un eslabón muy importante de la cadena —respondió el escudero con tono bajo.

—No me queda duda de que es así. ¿Puede el mensaje llegar hasta el prisionero?

Lantreos se puso serio.

—Los mensajes hacia el prisionero están prohibidos hasta nueva orden, lo siento, mi señora jinete de dragón.

Nahia puso cara de contrariedad.

—Vaya… No me sorprende, pero es un problema.

—Siento no poder ser de ayuda —el Tergnomus lo decía con gran sinceridad.

—No te preocupes, puedes serlo. Necesito que me avises cuando recibas orden de que se pueden enviar mensajes.

—Mi señora será informada en cuanto me llegue la orden.

—Gracias, Lantreos. Ahora sigue con tus tareas.

Lantreos fue a hacer una reverencia, pero Nahia lo detuvo temiendo que se fuera al suelo. El Tergnomus marchó detrás de su compañero mientras Nahia y Logan los observaban.

—Son un encanto —dijo Nahia.

Logan sonrió.

No tuvieron más tiempo para estar solos. El Exarbor a cargo de los jinetes de dragón llegó hasta ellos y les comunicó que el comandante Zaldi-Beltz-Lehen requería de su presencia y de la de sus señores dragones, a los que ya había avisado. Agradecieron el aviso y se dirigieron al centro de la plaza, donde Aroa y Eki estaban tomando tierra. Nahia se sintió intranquila y, aunque Logan mantenía su expresión calmada habitual, sabía que él también. Se situaron junto a Aroa y Eki y aguardaron a que llegara el comandante.

No tardó demasiado en aparecer. El gran dragón avanzó hacia ellos pisando con sus poderosas extremidades y rugió al acercarse. Nahia casi había olvidado lo imponente que era. De color negro como la noche con vetas rojas, y con aquellos ojos tan negros como sus escamas. Medía más de cincuenta pasos de largo y era un macho fuerte. A su lado Aroa y Eki, sobre todo Eki, parecían sus hijos menores. Droken, su jinete Drakónido, que imponía casi tanto como su señor dragón, iba con él.

«Me alegra veros a todos de nuevo. Veo que estáis recuperados de vuestras últimas misiones» envió Zaldi-Beltz-Lehen junto a un poderoso sentimiento de fuerza.

«Lo estamos. Agradecemos el tiempo de recuperación que se nos ha concedido» envió Aroa e hizo un pequeño gesto de respeto bajando la cabeza.

«Pocos son, por no decir ninguno, los que regresan después de haber caído prisioneros de los gryphos. Es lo mínimo que podía hacer» envió Zaldi-Beltz-Lehen.

«Gracias, comandante, fuimos afortunados» recalcó Aroa.

«Lo fuisteis, sí. Un dragón capturado por los gryphos se da por muerto».

Aroa asintió y no dijo más sobre el asunto. Que fuera capturada se consideraba una deshonra. Por ello prefirió no remover más el

asunto y dejarlo estar.

«Dragón plateado, ¿estás recuperado de tus heridas por completo para retornar el servicio?».

«Lo estoy, señor. Mi ala está como nueva. Ha sanado muy bien».

«Me alegro. No hay nada peor que un dragón sin un ala. Una desgracia tremenda».

«Lo es, señor».

Eki tampoco quiso decir más porque también se consideraba una gran vergüenza caer herido, y más ante los gryphos. Y si Aroa no quería dar explicaciones, Eki mucho menos pues las suyas eran pura mentira.

—¿Los jinetes están también recuperados y listos para combatir? —preguntó Droken.

—Lo estoy, como siempre —afirmó Nahia.

—Preparado para luchar —se unió Logan.

«Muy bien. Tengo una misión urgente para vosotros. Imagino que pensáis que será en Gryphoros o Drameia, pero no. Esta vez la misión es aquí mismo, una muy especial e importantísima.

Nahia, Logan, Aroa y Eki se quedaron muy sorprendidos.

«¿Hay fuerzas enemigas aquí?» preguntó Eki.

«No, pero hay tensiones muy grandes que requieren que las controlemos».

Aquello no les aclaró mucho. Seguían perplejos.

«Hay que proteger la paz y al Gran Oráculo. Los cinco reyes vienen a consultarlo. Como es habitual en estos casos hay mucha tensión cuando los cinco mandatarios se juntan. Se teme la posibilidad de que ocurra algo desagradable».

Nahia lo entendió entonces y no le gustó nada. Logan observaba en silencio, muy serio. Aroa y Eki movieron la cabeza, como asintiendo.

«Por lo general, son los alumnos de la academia de Drakoros quienes escoltan al Gran Oráculo y vigilan la reunión, pero este año

no será así. El Gran Oráculo ha pedido específicamente que dragones raudos se encarguen de su seguridad y de la del encuentro. Parece ser que los cinco reyes están bastante más tensos e irascibles de lo habitual, en especial los unos con los otros… Se debe a los malos resultados en Drameia. Las culpas vuelan en todas direcciones… Creo que me entendéis… ¿no es así».

«Lo entendemos, señor» respondió Aroa y miró a Eki de reojo.

El dragón plateado asintió.

«Queda clara la situación. No hace falta más explicación».

«Así me gusta. Dragones raudos inteligentes y con visión. Iremos ahora mismo».

«¿Nos acompaña el comandante?» preguntó Aroa sorprendida.

«Así es. Estaré a cargo de que todo vaya bien a petición del Gran Oráculo. Los otros dragones raudos que estaban disponibles en Jadrakos ya han partido a asegurar la zona. Sois los últimos a los que he asignado, pues no sabía si llegaríais a tiempo. Me alegra que así sea. Cuantos más dragones raudos tengamos para esta misión, mejor. Nos aseguraremos de que no sucede nada y, si pasa, tened claro que el Gran Oráculo es la prioridad absoluta.

«¿Incluso sobre los cinco reyes?» preguntó Eki algo extrañado.

«Los cinco reyes son las máximas autoridades en sus reinos, pero no aquí. La academia de Drakoros, Jadrakos y el propio Gran Oráculo son instituciones neutrales y en ellas la máxima prioridad son quienes las habitan. Ningún rey está por encima de Drakoros, Jadrakos o el Gran Oráculo. Los reyes viven y mueren, las instituciones neutrales permanecen para servir a todos los dragones».

«Entendido, señor» dijo Eki.

«En caso de confrontación defenderemos al Gran Oráculo» añadió Aroa.

«Así debe ser o los cinco reyes controlarían todo nuestro mundo y el más poderoso de los cinco reinaría sobre todo como un rey divino imponiendo su voluntad. Eso debe evitarse».

Eki y Aroa asintieron. Nahia y Logan se miraron. A Nahia aquello en teoría le sonaba bien, sin embargo, no creía que en la práctica pudiera funcionar. Los dragones buscaban la gloria, esa era la Senda de los Dragones, su doctrina, y pasaba por dominar no solo a los otros mundos sino también al suyo propio. Tarde o temprano uno de los cinco reyes atacaría al resto o se aliaría con otro u otros y luego los traicionaría. Nada se salvaría, incluidos Drakoros, Jadrakos y el Gran Oráculo. Bueno, a él igual le perdonaban la vida pues podría ser útil. Su poder visionario se decía que era incomparable. Nahia se preguntó si el Oráculo sería capaz de prever su propia caída.

«Muy bien, partimos ya. ¡Seguidme!» ordenó Zaldi-Beltz-Lehen.

Draken levitó y montó sobre el enorme dragón negro raudo.

Nahia no tuvo ni tiempo de interiorizar todo aquello. Partían a proteger al Gran Oráculo y evitar que sucediera nada grave en la reunión que iba a mantener con los cinco reyes dragones.

Por alguna razón, supo que las cosas no saldrían bien. Cuando había dragones de por medio rara vez lo hacían, y que hubiera reyes aseguraba algún problema gordo.

El vuelo fue rápido y llegaron al destino antes de lo que Nahia había previsto. Zaldi-Beltz-Lehen parecía tener prisa. La Perla del Auspicio, residencia del Gran Oráculo, estaba rodeada por una quincena de dragones raudos con sus jinetes. Según descendían para tomar tierra frente al enorme edificio, Nahia lo contempló maravillada. Una esfera enorme de más de quinientas varas de diámetro refulgía con destellos plateados y dorados a la luz del sol. Solo se apreciaba la mitad superior, ya que la inferior estaba bajo tierra. Una mitad de la esfera era de color plata y la otra de color oro.

Tomaron tierra detrás del comandante, que se situó frente a una amplia vía también mitad oro y mitad plata, que llevaba hasta el gran edificio. Nahia recordaba el lugar.

«Atención, dragones raudos, aguardemos a que su eminencia se nos una. Cuando lo haga lo escoltaremos hasta el lugar de la reunión».

Nahia vio que su escuadrón de vuelo estaba entre los elegidos para la misión de escolta y protección del Gran Oráculo. Vio a su escuadra montando sus dragones raudos, lo que le levantó mucho el ánimo. No sabía nada de ellos desde hacía tiempo. Se aseguró de que todos estaban allí.

Vio a Tilsa, la fiera Felidae leona cuyo talento era el de guerrera. Junto a ella vio a Fadem, el Fatum guapo y esbelto y magus, que la saludó con la cabeza. Algo más apartado vio a Sarmas, el Escarlatum luchador, que sonrió al reconocerla. Y como no podía ser de otra forma, también estaba Morgana, la necro de cabellos oscuros y ojos negros que le había hecho la vida un tanto imposible. Le sonrió, cosa que a Nahia le gustó. Habían enterrado el hacha y esperaba que siguiera enterrada entre ellas.

Logan también saludaba de forma discreta. Nahia vio en sus ojos que él también se alegraba mucho de ver a su escuadra con vida y bien. Ninguno parecía herido.

Y el Gran Oráculo apareció de repente. El descomunal dragón de color plateado brillante salió de la Perla del Auspicio como por arte de magia, atravesándola. Nahia volvió a quedar impresionada por lo grande y brillante que era. Medía más de sesenta varas de longitud, sus escamas plateadas con grandes vetas de oro le recorrían todo el cuerpo y las alas. Sintió que estaba en presencia de un ser milenario, un anciano en realidad. Sus alas estaban incapacitadas, por la edad probablemente. Sus ojos de color plata con el iris de oro eran de lo más excéntricos. Aunque era muy anciano, irradiaba un gran poder que era casi palpable. Un aura de color plateado con destellos de oro lo rodeaba por completo y le daba la apariencia de ser un ser de leyenda más que uno real.

Avanzó hasta el comandante y saludó con la cabeza.

«Comandante, agradezco tus servicios hoy aquí».

«Siempre al servicio del Gran Oráculo» dijo Zaldi-Beltz-Lehen y bajó la cabeza con respeto.

«Atended todos» llegó el mensaje mental del Gran Oráculo.

Era tan poderoso, profundo y arcaico que tanto los dragones raudos como sus jinetes bajaron la cabeza en señal de respeto.

«Estáis hoy aquí para protegerme. Hoy es un día difícil, hay una reunión importante que debo celebrar con los cinco reyes. Seréis mi escolta. Nada debe sucederme. Mi seguridad es vuestra única prioridad hasta que os deje ir. No voy a repetirlo. No toleraré errores pues no puede haber ninguno. Me escoltaréis hasta el Templo de la Avenencia y, una vez allí, me protegeréis. El destino es incierto y uno de sus hilos me ha mostrado un futuro en el que hoy, en esa reunión, se derrama sangre. Es por ello por lo que he pedido vuestra protección. Nada teme más un dragón que a un grypho y este a un dragón raudo. Por ello, sois mis guardaespaldas. Si el hilo del destino se cumple, debéis defenderme hasta la muerte. Dejadme saber que así lo haréis. ¡Hasta la muerte!».

Todos los dragones raudos respondieron de inmediato, como el Gran Oráculo había requerido.

A Nahia aquello no le gustaba nada. Si el Gran Oráculo preveía problemas lo más probable es que los fuera a haber. Después de todo era un oráculo, es lo que hacía, prever el futuro. No había dicho que era seguro, sino una posibilidad, pero viniendo de él Nahia lo entendió como una certeza. Miró a Logan, que tenía el visor bajado, solo pudo ver sus ojos azules, que le parecieron un poco hundidos. Lo interpretó como que él también estaba preocupado.

«Servidme bien hoy. Que la sangre de un Gran Oráculo no manche vuestras manos y almas. Si algo me sucede será vuestra responsabilidad. Por eso os he hecho llamar, por eso y porque he tenido una visión, un sueño, en el que he visto un dragón raudo con su jinete cruzar las nubes sobre mi morada y hacer frente a un rey dragón de cinco colores. El dragón raudo brillaba con destellos de plata, lo cual solo puede ser una buena premonición. Al dragón de cinco colores no hace falta que os lo interprete. Es lo que he visto, lo que el destino y uno de sus futuros me ha dejado entrever. Por ello estáis hoy aquí. El peligro es cierto. Entendedlo. ¿Lo entendéis todos?».

Los dragones raudos respondieron.

«Partimos ahora. Protegedme bien y salvaréis el destino de los dragones».

Capítulo 21

Con las primeras luces la columna de soldados zangrianos partió del campamento de guerra en las montañas. Quinientos soldados avanzaban con paso pesado y a ritmo de marcha liderados por tres oficiales que montaban a caballo. El que parecía de mayor rango iba el tercero; delante, abrían camino los otros dos en fila. Todos, soldados y oficiales, vestían de batalla con armaduras y escudos mostrando los colores amarillo y negro, característicos del reino de Zangria.

Siguiendo la columna de soldados iban Nilsa, Gerd, Camu, Ona, Argi y el espía de Erenal, Antonius. Los seguían a una distancia prudencial para no ser descubiertos. Ona y Argi iban en cabeza asegurándose de que no se encontraban con una sorpresa desagradable. Los zangrianos llevaban vigías en las cuatro direcciones alrededor de la columna como era costumbre, aunque ellos avanzaban entre bosques y terreno con matorrales para no ser vistos.

—¿Seguro que es él? —preguntó Nilsa a Antonius siguiendo el rastro de la columna a una distancia más que prudencial. Era imposible que se les escaparan, así que no se acercaban demasiado.

—Seguro —asintió Antonius—. He estado esperando a que saliera de las cuevas. Lo reconocería en cualquier lado.

—Lo conoces bien, entonces —quiso saber Nilsa.

—Bien… no, pero lo conozco, sí.

—¿No hubiera sido más fácil hacerlo en el campamento de guerra? —preguntó Nilsa, que no estaba del todo de acuerdo con el plan.

Antonius negó con la cabeza de forma tajante.

—Acercarse a él en el interior del campamento, en esas cuevas, era imposible. Nos hubieran matado. Hay un enjambre de soldados allí adentro y no es nada inteligente entrar en una colmena de avispas rabiosas.

—No les tienes mucho aprecio a los zangrianos —dijo Nilsa.

—El mismo que ellos tienen a los de Erenal, o a los norghanos —sonrió el espía mirándola a los ojos.

—A nosotros no nos tienen ningún cariño —intervino Gerd—. Eso te lo aseguro yo.

—A nosotros nos odian —afirmó Antonius.

—Siendo así… ¿Lograremos nuestro propósito? —Nilsa tenía serias dudas.

El espía se encogió de hombros.

—Intentaré que así sea, pero no puedo asegurar el éxito de esta misión. Los odios y desconfianzas entre reinos y pueblos están grabados a sangre en los corazones de quienes los han sufrido. Me temo que los zangrianos han padecido mucho a manos de los de mi reino y los del vuestro.

—Ya… —Nilsa suspiró.

—También al contrario —indicó Gerd—. Tendremos que encontrar la forma, y por las malas no creo que sea posible.

—Puede que no quede otra salida —Antonius puso cara de circunstancias.

—Esperemos que te equivoques —deseó Nilsa.

La marcha de la columna de soldados continuó varios días, siempre en dirección norte, hacia la frontera con Norghana. Marchaban todo el día descansando poco y luego dormían de noche, en el interior de los bosques. Solo encendían fuegos pequeños que no pudieran ser vistos desde muy lejos. Los oficiales dormían en dos tiendas y el resto de los soldados al raso. Establecían un cinturón de vigías alrededor del campamento que iban turnándose en tres guardias.

Aquella noche, el grupo decidió actuar y avanzaron agazapados hasta el cinturón de soldados de guardia. Debían pasar entre ellos sin ser vistos ni oídos. Lo primero era relativamente fácil gracias a Camu, lo segundo era más complicado.

—Ahora… Argi, Ona —susurró Gerd.

El gran lobo blanco se dirigió hacia donde uno de los soldados del perímetro hacía guardia. Ona lo hizo hacia otro mientras que Nilsa, Gerd, Antonius y Camu aguardaron ubicados entre los dos soldados cubiertos por el camuflaje de Camu.

Gerd imitó el canto de un búho. Era la señal para que Ona y Argi actuaran. Los dos se acercaron algo más a los vigías y se dejaron oír, inmediatamente se echaron en el suelo entre la hierba para que no los vieran.

Los dos soldados oyeron los sonidos de los animales y con lanza y escudo preparados avanzaron hacia donde procedía el ruido. Cuando el soldado se acercó a Argi, este se arrastró sobre la hierba hacia el oeste. El soldado lo vio y lo siguió. Ona hizo lo propio, pero llevando al otro soldado hacia el este. No tardó mucho tiempo en crearse un hueco ostensible entre ambos.

—Vamos —indicó Gerd a los suyos en un murmullo.

Camu y el resto del grupo se colaron por el espacio despejado que los dos vigías habían dejado.

Una vez roto el perímetro, avanzaron por el bosque atentos a otros posibles guardias. Llegaron hasta donde los soldados dormían. Tuvieron que bordearlos en silencio y buscar un paso hacia las tiendas de los oficiales.

No les resultó nada fácil. Había grupos de soldados descansando por todas partes entre los árboles, casi rodeando las tiendas por completo. Solo había una zona por la que podían acercarse, pero los árboles estaban muy pegados los unos a los otros en esa área y Camu no podía pasar entre ellos y Gerd podría, pero con dificultades.

Se acercaron hasta el lugar muy despacio, con cuidado de no pisar sobre nada que pudiera hacer ruido. La noche era tranquila y el clima cálido. Se escuchaban los sonidos nocturnos de un bosque, pero apagados, pues los animales habían huido ante la presencia de los soldados. Distinguieron una lechuza en un roble alto a la que no parecía molestarle que los soldados hubieran invadido aquel bosque. Cada paso que daban en el interior del campamento zangriano entre los soldados que dormían, y los que hacían guardia, era peligroso. Si por accidente hacían ruido al pisar algo, tropezar o similar, provocarían que los soldados dieran la alarma y todo el campamento se pondría en pie. En esa situación, incluso con la invisibilidad que tenían estarían en serios apuros. Que no los vieran no quería decir que no pudieran encontrarlos.

—¿Qué hacemos? —preguntó en un susurro Antonius.

—¿Cuál es la tienda? Hay dos —preguntó Gerd.

—Fácil, la más grande. Siempre es la del oficial al mando —respondió el espía.

—Entonces tendremos que llegar a ella por detrás de los árboles que tiene al sur. Allí no hay soldados.

«Yo no poder pasar».

—Ya, eres demasiado grande —dijo Nilsa con tono de que era una lástima.

«Tampoco poder ir por otro lado, pisar soldados durmiendo».

—Eso tampoco lo queremos —dijo Gerd.

—Acércanos a esos árboles junto a las tiendas sin hacer ruido. Desde allí me encargo yo —pidió Antonius a Camu.

«Entendido. Yo hacer».

Avanzaron el último trecho con más cuidado todavía, ya que había soldados de guardia. Los zangrianos habían situado las tiendas de los oficiales con la espalda contra los árboles, para que estuvieran más protegidas, y habían posicionado soldados vigilando la zona detrás de estos.

«Ya no poder acercar más» envió Camu cuando se detuvieron junto a unos árboles.

—Es suficiente, mis felicitaciones. Este camuflaje tuyo es espectacular —congratuló Antonius.

«Gracias. Yo mucho poderoso. Grandes habilidades».

—Sin duda —respondió Antonius con voz de estar impresionado.

—Nilsa, Gerd, seguidme en silencio —pidió el espía.

Antonius pasó de lado entre dos árboles y Nilsa y Gerd lo siguieron. Nilsa pasó bien, aunque Gerd tuvo problemas por su amplio torso. Solo tenían que atravesar entre tres árboles más para llegar a las tiendas. Gerd se quedó atascado en el último e hizo señas para que siguieran ellos.

Nilsa y Antonius continuaron mientras Gerd intentaba desatascarse y regresar con Camu. Llegaron a la parte posterior de la tienda, agazapados. Antonius le hizo una seña de que aguardara y avanzó en solitario como una sombra letal, en silencio, entre las sombras de la noche. Se escuchó un sonido seco. Y un momento después otro.

Nilsa se preocupó. Los sonidos no habían sido muy fuertes, pero podían llamar la atención de algún guardia. Se preparó por si acaso y aguardó en tensión. Un poco después escuchó un par de pasos ligeros aproximarse. Estaba preparada para actuar cuando una sombra apareció ante ella. Era Antonius. El espía le hizo una seña para que lo siguiera. Así lo hizo y pasaron entre dos guardias sin sentido. Antonius los había dejado fuera de combate.

Llegaron a la tienda y Nilsa vio que tenía una rotura de arriba abajo. Antonius la abrió y entró y Nilsa lo siguió. Tuvo la sensación de que aquella no era la primera vez que el espía hacía algo así, pues se movía con demasiada soltura y tranquilidad, así que era algo que seguro que ya había hecho muchas veces. En el interior de la tienda estaba todo en silencio. Nilsa vio una mesa, varias sillas y una cama, todas de campaña. En la cama dormía el oficial de mayor rango. Antonius le había puesto el cuchillo en el cuello con una

mano y con la otra le tapaba la boca. Nilsa tuvo que reconocer que sin duda era un buen espía.

—Shhh… Vas a venir con nosotros. Ninguna tontería o te corto el cuello —susurró Antonius.

Esperó un momento a que el oficial se centrara y luego levantó despacio la mano que cubría su boca.

—Antonius… ¿Qué significa esto? —demandó el oficial con expresión de gran enfado.

—Saludos, general Zodran. Necesitamos hablar contigo.

—Esta no es…

Antonius le tapó la boca con la mano.

—Nada de ruido. Nos vamos.

Zodran dejó de mascullar.

—Así me gusta —dijo Antonius y levantó la mano.

—Esto es imperd… —comenzó a decir, pero Antonius le metió un grueso pañuelo en la boca para que callara.

—Mira si está despejado —dijo el espía a Nilsa.

Nilsa salió a la parte trasera de la tienda y comprobó que todo estaba tranquilo. Por el momento no los habían descubierto. Metió la mano en la tienda e hizo un gesto para seguir adelante.

Antonius sacó al general de la tienda. Inicialmente se resistió, pero el cuchillo del espía en su cuello le hizo recapacitar sobre sus opciones y terminó por seguir las instrucciones de sus captores. Antonius lo amordazó mejor tapando por completo su boca con un segundo pañuelo y dejando el otro dentro. Le ató las manos a la espalda de forma que no pudiera intentar nada.

—Despacio y sin hacer ningún ruido —susurró Antonius.

Zodran obedeció a regañadientes al ver que el espía le agarraba con fuerza de uno de los brazos y con el otro le mantenía el cuchillo en el cuello.

Comenzaron la escapada llevándose al general con ellos avanzando con cuidado entre los árboles. Nilsa los guiaba y Antonius

llevaba a Zodran con extremo cuidado de que no intentara nada, ni se fuera al suelo al tropezar con una rama o piedra. Llegaron hasta el lugar donde aguardaba Gerd.

—Vamos —susurró Nilsa y le hizo un gesto con la cabeza.

Gerd asintió. Nilsa se dio cuenta de que junto a él estaba en el suelo un soldado fuera de combate.

—Se ha puesto a mear a mi lado —dijo Gerd y se encogió de hombros.

Nilsa puso cara de que era mala suerte.

Avanzaron sin más contratiempos hasta llegar a la posición donde aguardaba Camu.

«¿Todo bien?» preguntó al verlos llegar.

—Todo bien —susurró Nilsa.

«Yo usar Camuflaje Extendido» comunicó Camu.

Los cuatro desaparecieron. El general Zodran dio un respingo del susto al comprobar que no podía ver ni a sus captores ni a sí mismo. Antonius y Gerd tuvieron que sujetarlo con fuerza porque estuvo a punto de salir corriendo del susto.

Continuaron la huida.

Nilsa se orientó mirando la luna y las estrellas a través de las copas de los árboles. Le llevó un momento, pero encontró la dirección por la que debían seguir. Había pasado tiempo convaleciente, pero las enseñanzas de los guardabosques no se olvidaban nunca. Eso y todas las experiencias vividas.

Llegaron al punto donde debían cruzar el cinturón de guardias.

—Cambio —pidió Gerd a Nilsa en un murmullo.

Nilsa palpó hasta llegar al brazo de Gerd y este dejó ir el brazo del general para que lo cogiera Nilsa. De inmediato Zodran intentó liberarse, pero Antonius no se lo permitió, sujetándolo con fuerza. Nilsa encontró el brazo del general y lo sujetó con firmeza.

—Nada de tonterías… —susurró Antonius.

Mirando alrededor, Gerd imitó el cantar de un búho tres veces, un ulular muy concreto que Ona y Argi reconocían. Un momento después, los dos fieles compañeros se ponían en movimiento y se acercaron cada uno al vigía que tenían asignado, como habían hecho antes, provocando que los guardias se desplazaran hacia los lados para ver qué estaba pasando. Esto despejó el camino al resto del grupo.

Cruzaron por el hueco que nuevamente habían abierto Ona y Argi y se alejaron en silencio, a paso más rápido, con el general llevado en volandas. Tenían que poner distancia entre ellos y el campamento. Cuando los soldados zangrianos descubrieran que Zodran había sido secuestrado saldrían a buscarlo como avispones furiosos al zarandear una colmena. Mejor hallarse lo más lejos posible.

Con Ona y Argi distrayendo a los guardias, Nilsa, Gerd, Antonius, Zodran y Camu se perdieron en la distancia.

Capítulo 22

La huida estaba yendo según lo previsto. Los soldados zangrianos no se habían percatado todavía de que habían secuestrado a su general. La alarma no sonaba en el campamento, por lo que el grupo avanzaba con cierta confianza en que el plan estaba saliendo bien. Alcanzaron el riachuelo y se dirigieron al lugar donde un tronco caído lo cruzaba: el punto de reunión.

—Despejado. No hay rastro de soldados —dijo Nilsa inspeccionando el área con mirada atenta.

—Camu, ya puedes hacernos visibles. Conserva energía por si tenemos problemas más tarde —pidió Gerd.

«Yo mucho poderoso, tener energía de sobra».

—No digo que no, pero mejor consérvala, no sabemos cuánta vamos a necesitar —explicó Gerd.

—Mejor tener de sobra disponible para luego por si acaso —se unió Nilsa, que sabía que Camu era un tanto cabezón.

«De acuerdo. Yo ahorrar».

—Gracias, Camu —Nilsa lo dijo con tono de simpatía, en el fondo era un buenazo y siempre terminaba haciendo lo correcto.

Camu detuvo la habilidad de camuflaje y al instante pudieron volver a verse. Era siempre una experiencia extraña cuando sucedía.

—Cada vez nos arreglamos mejor en estado camuflado —sonrió Gerd—. Casi puedo adivinar dónde estáis y cómo os movéis sin veros.

—Sí, yo también me manejo mucho mejor cuando Camu nos hace invisibles —afirmó Nilsa.

—Hablad por vosotros, yo casi me voy al suelo al tropezar con algo —se quejó Antonius.

«Mis patas. Tú darme varias veces».

—Ya… eso me he imaginado. En cualquier caso, una magia espectacular —afirmó de nuevo.

Dejaron al general en el suelo, que miraba a Camu con ojos desorbitados. No les extrañó, Camu tenía ese efecto en extraños, y más ahora que había dragones. La mayoría de las personas lo confundía con uno pese a no tener alas.

El general se revolvió intentando ponerse de pie y escapar, pero la mano derecha de Gerd cayó sobre su hombro como si lo apresara una garra.

—Ni se te ocurra —dijo con una inflexión de amenaza.

Aguardaron expectantes a que Ona y Argi llegaran. Esperaban que no les hubiera sucedido nada, pero podía darse el caso. Su labor era peligrosa y aunque eran muy listos y sabían lo que hacían, la mala suerte siempre podía intervenir y ellos no tenían magia que les ayudara, como Camu.

«Ellos bien, yo convencido» envió Camu para tranquilizarlos, aunque era más para tranquilizarse a sí mismo.

—Sí, seguro que lo están —asintió Nilsa deseando que así fuera.

El general comenzó a revolverse de nuevo. La impresión inicial de ver a Camu había pasado y ahora su instinto de supervivencia lo impulsaba. No le hicieron mucho caso. No podía soltarse y tampoco correr con Gerd ejerciendo presión sobre su hombro, estaba atrapado.

Como preveían, no tuvieron que esperar mucho. La pantera de las nieves y el lobo gigante aparecieron a la carrera y se acercaron al grupo con mucha rapidez. El general se sacudió de miedo al verlos llegar.

—¿Estáis bien? —preguntó Gerd, se agachó a acariciarlos y comprobar si tenían alguna herida.

Ona himpló una vez y Argi emitió un aullido corto.

—Están bien —dijo Gerd a sus compañeros después de cerciorarse.

«Mucho contento».

—Bien, ahora tenemos que seguir hasta el punto seguro —dijo Antonius y señaló en esa dirección.

—Adelante —Nilsa ya estaba preparada.

Gerd y Antonius cogieron al general de los brazos y se lo llevaron alzado sin permitirle poner los pies en el suelo. Gruñía improperios en zangriano que apenas eran audibles. Nilsa guio al grupo hasta una hondonada.

Bajaron por un lateral. Gerd y Antonius casi dejan caer al general por la pendiente, pero lograron que no se les escurriera. Siguieron el cauce de lo que parecía un antiguo río, ahora seco, con cuidado de no pisar en falso. De noche, en una hondonada y sin luz, era más que probable que alguien tropezara o pisara mal y se torciera un tobillo. Por fortuna, ellos tenían a Ona y Argi, que fueron abriendo camino y mostrando dónde pisar. Solo tenían que seguir sus pasos y estar atentos.

Llegaron a la desembocadura de aquel cauce seco y profundo, donde varias rocas de gran tamaño formaban una especie de círculo. Eran grandes, parecían la base para unas imponentes estatuas nunca construidas y abandonadas. El grupo se detuvo en el centro observando alrededor. Dejaron al general en el suelo.

—Id a vigilar los alrededores. Avisadnos si llegan soldados —dijo Gerd a Ona y Argi.

Los dos marcharon a vigilar con sigilo.

—No ataquéis, volved a avisar —dijo Nilsa.

Ona y Argi se detuvieron, miraron a Nilsa un instante y volvieron a marchar.

—Nunca sé si me entienden del todo… —comentó la pelirroja.

«Ellos entender» aseguró Camu.

Nilsa sonrió.

—Estupendo. Eso me deja más tranquila.

Gerd examinó los alrededores para asegurarse de que no había peligro mientras Antonius vigilaba al prisionero.

—Todo despejado de momento —confirmó.

—Muy bien, adelante, Antonius —pidió Nilsa señalando a Zodran.

El espía sacó su cuchillo y se agachó frente al oficial zangriano.

—Voy a soltarte y tendremos una charla amigable. Asiente si estás preparado para mantener una conversación —pidió.

El general soltó más improperios que los pañuelos hicieron casi inaudibles. Se puso rojo de ira.

—No te veo muy dispuesto… —dijo Antonius negando con la cabeza—. Tenemos algo de tiempo, puedo esperar a que te calmes. Tus fuerzas no se han dado cuenta todavía de que te hemos raptado. Apuesto a que no lo hacen hasta media mañana.

Las quejas llenas de rabia del general continuaron con más ímpetu y sacudidas de su cuerpo. La rabia lo estaba poseyendo.

—Te va a dar un ataque si sigues así, y muerto no nos sirves para nada. Sería una lástima para todos. Cálmate, las cosas irán mejor si lo haces. No tienes otra opción, en cualquier caso. Mira dónde estás, con quién y cómo. La calma y una mente fría son tus mejores aliados en estos momentos.

Las palabras del espía parecieron tener efecto en Zodran, que se fue calmando poco a poco. Tras un rato pidió con la cabeza que lo soltaran.

—Muy bien, pero compórtate. Mis compañeros del norte son guardabosques —informó Antonius y señaló a Nilsa y Gerd con el cuchillo—, así que no podrás huir, aunque lo intentes. Te seguirán el rastro y te cazarán. Y sabes tan bien como yo que son los mejores en eso.

El general asintió. Antonius cortó las ataduras de las manos y lo ayudó a ponerse en pie. Zodran se quitó los pañuelos y el espía le ofreció agua de un pellejo.

—No quiero agua, quiero una explicación. Esto es un ultraje. ¡Soy general del ejército zangriano! ¡Cómo os atrevéis a secuestrarme!

—Lo sé, hace años que nos conocemos, general.

—¡Siempre has sido traicionero, pero esto es ir demasiado lejos!

—La oportunidad así lo exige —explicó Antonius abriendo las manos.

—¿Oportunidad? ¿Qué oportunidad?

—La de una gran alianza contra los dragones.

Zodran pareció confundido. No entendía nada.

—¿Me habéis raptado para eso?

—Así es —aseguró Antonius.

—¿No para pedir rescate? ¿Para algún chantaje?

Antonius negó con la cabeza de lado a lado.

—No queremos oro zangriano ni tenemos planeado ningún chantaje.

—No entiendo…

—Vamos a proponerte una alianza —insistió Antonius.

Zodran comenzó a razonar.

—¿Entre quiénes? No nos fiamos de Erenal y nunca lo haremos. Sois traicioneros, este es un ejemplo claro.

—Por esa razón hemos añadido dos partes más a la propuesta de alianza —explicó Antonius.

Zodran puso cara de desconcierto.

—¿Qué dos partes?

—Una la de mis amigos aquí presentes —Antonius señaló a Nilsa y Gerd—. Norghana se une a Erenal para ofrecer esta propuesta de alianza a Zangria.

El general miró a Nilsa y Gerd.

—Norghana ya ha presentado una propuesta a mi rey.

—Que no ha resultado en nada.

—No nos fiamos de los norghanos.

—Tampoco de Erenal.

—De Erenal, mucho menos.

—Esa división solo favorece a los dragones.

—Puede ser, pero así son las cosas —Zodran fruncía el ceño.

—No tienen por qué serlo, podemos unirnos contra ellos. El rey de Erenal así lo desea y Norghana también está dispuesta a un acuerdo.

—¿Incluyendo a Erenal?

Antonius asintió.

—Tenemos aprobación.

Zodran miró a Nilsa y Gerd y se dirigió a ellos en norghano con fuerte acento de Zangria.

—¿Tenéis permiso de Norghana para pactar, guardabosques?

—Lo tenemos —aseguró Nilsa.

—Estamos en contacto con nuestros líderes —informó Gerd—. Norghana quiere una alianza con Zangria y Erenal para luchar contra los dragones.

El general se quedó pensativo.

—¿Por eso me habéis secuestrado?

—Así es —confirmó Nilsa.

—Hay formas mejores de tratar esto —dijo enfadado.

—Se te ha pedido por misiva un encuentro varias veces y siempre lo rechazas —replicó Antonius.

—No negociamos con Erenal.

—¿Tampoco conmigo? —Antonius abrió los brazos.

—Tampoco. Sois todos deshonestos.

—Y eso que me conoces desde hace años.

—Por eso mismo. No nos fiamos de Erenal y yo no me fío de ti.

—Bien, pues no me has dejado otra opción que hacer esto —Antonius se encogió de hombros.

—Digno de ti —le echó en cara Zodran.

—Lo es, y aquí estamos. Es momento de negociar, te guste o no. Esto es por Norghania, Erenal y Zangria. Debemos colaborar.

—Así que queréis que convenza a mi rey de que se alíe con los reinos de Norghana y Zangria… Eso no va a resultar nada fácil, hay mucha sangre derramada entre nuestros pueblos y muchas afrentas que no se olvidan.

—Lo sabemos, pero tenemos algo que hará cambiar de opinión a tu monarca —dijo Antonius.

—¿Qué es? —Zodran estaba de pronto interesado.

—Un aliado más que aportar a la alianza. Es uno que puede hacer olvidar esas afrentas del pasado y favorecer nuestra victoria sobre los dragones —dijo Nilsa.

—¿Qué aliado es ese? —el general enarcó una ceja.

—Los rebeldes del ejército de Kraido —dijo Gerd.

Zodran puso cara de no creerse aquello.

—¡Bah! Eso no son más que rumores infundados. No existen tales rebeldes, son cuentos que los perdedores crean para animar a sus tropas. No nos los creemos.

—Pero los habéis oído —dijo Antonius.

—Hemos oído cientos de rumores, ni uno fundado. No hay rebeldes de Kraido, eso es una invención que no nos tragamos.

—Podemos asegurar que sí los hay —confirmó Nilsa.

—Nosotros conocemos a la líder de la rebelión y podemos atestiguar que es cierto —se unió Gerd.

—No voy a creerme lo que me digan dos norghanos sin prueba alguna. ¡No soy tan tonto! Y menos ayudados por un espía de Erenal.

Nilsa y Gerd se miraron. Las cosas no iban bien, no había forma de convencer al general y se les acababa el tiempo.

Capítulo 23

«Tú mejor creer. Ser verdad» envió Camu.

Zodran abrió muchísimo los ojos al recibir el mensaje mental y miró a Camu, que se había mantenido todo el tiempo detrás del general, como un enorme guardaespaldas con escamas.

—¿Eso es un dragón? —la voz de Zodran era de pánico.

«Yo no ser dragón. Yo Drakoniano Superior. Más poderoso que dragón».

—También lo tenemos a él —dijo Nilsa—. Seguro que no creerías que existe si te dijéramos que está con nosotros. ¿Me equivoco?

—No… bueno… La magia… la invisibilidad… ¿era esta criatura, verdad?

—Lo era —confirmó Gerd—. Es un ser muy poderoso.

El general se quedó observando a Camu, que se acercó más a él para intimidarlo. Por la expresión de temor en su rostro lo estaba logrando.

«Nosotros tener aliados rebeldes».

—No… puedo creeros…

Nilsa y Gerd se miraron.

—Ya contábamos con eso —aseguró Nilsa.

—Por ello hemos invitado a unos amigos a esta reunión —informó Gerd.

—¿Qué amigos? No entiendo… ¿Qué tramáis? Sea lo que sea esto no va a terminar bien para vosotros.

De detrás de dos de las grandes rocas aparecieron unas figuras. Eran guerreros fuertes, armados, cinco en total. Se acercaron hasta ellos. En cabeza iba una Drakónida.

—¡Enemigos! ¡Brujos de dragón! —exclamó Zodran al reconocerlos. Estuvo a punto de salir corriendo, pero se dio contra el cuerpo de Camu, que le impedía la huida.

—Tranquilo, general —Antonius le cogió el brazo y le hizo girarse hacia la Escuadra Blanca.

—Justo a tiempo, muy bien —felicitó Nilsa.

—No ha sido fácil, pero aquí estamos, como nos pedisteis —dijo Drokana.

—El general Zodran necesita ser convencido —dijo Gerd—. Quizá vosotros podáis ayudar con este problema que tenemos entre manos.

—Lo convenceremos —aseguró la Drakónida de la Escuadra Blanca con seguridad.

—Antes de nada, hay que hacer que el general os entienda —dijo Gerd.

Se quitó el anillo que traducía al idioma de Kraido, fue hasta el general y se lo puso en el dedo.

—¿Qué es esto? ¿Por qué me ponéis un anillo? —demandó furioso.

—Ahora lo entenderás, general —aseguró Antonius con una sonrisa.

Nilsa hizo un gesto a Drokana para que continuara.

—General Zodran del ejército de Zangria, somos la Escuadra Blanca del ejército de Kraido.

Zodran se quedó muy confundido.

—¿Hablas mi idioma?

—No, el anillo es mágico y traduce el idioma de Kraido. Por eso nos entendemos.

El general se miró el anillo en el dedo.

—¡Magia otra vez! —exclamó enfadado, pero no furioso.

«Esta magia ser buena. Ayudar» envió Camu.

Zodran giró la cabeza hacia Camu, que lo miraba fijamente.

—No digo que no… —reconoció algo más calmado.

—Estamos aquí por petición de nuestros aliados norghanos y del reino de Erenal —continuó explicando Drokana.

—Pertenecéis al ejército de Kraido, no podéis estar aliados con ellos —el general señaló a Nilsa y luego a Antonius.

—Pertenecemos al ejército de Kraido, sí. Servimos a Aiz-Zur-Tor, el rey dragón blanco y somos brujos de dragón, para ser más exactos —intervino el bello Fatum, Belore.

Drokana miró a su compañero y asintió.

—Y somos rebeldes —añadió Kattia, de ojos felinos.

—¿Rebeldes? No me creo esa patraña. No hay rebeldes, nadie osaría rebelarse contra los dragones. Eso es una sentencia de muerte para todo el que lo intente. Esto es alguna treta muy bien preparada, pero no me dejaré engañar.

La Drakónida asintió varias veces.

—Palabras ciertas. Quien se alza contra nuestros señores muere, pero hay muchos entre nosotros que se están rebelando. No queremos seguir siendo sus esclavos, no queremos morir por su capricho.

El general movió la cabeza de lado a lado.

—No lo creo y menos viniendo de una Drakónida. Me reafirmo en que esto es algún tipo de artimaña para engañarme.

—No lo es —aseguró Redlo, el Escarlatum de piel roja.

—Ya me cuesta mucho creer que Norghana y Erenal se hayan aliado después de lo sucedido en los últimos tiempos. No voy a creerme que, además, hay rebeldes de Kraido y que se ha formado una alianza.

—Nosotros te aseguramos que así es —insistió Drokana.

—Los dragones os matarían a todos. No permitirán rebeldes entre su ejército —Zodran se negaba a creerlo.

—Y, sin embargo, aquí estamos —dijo Drokana.

—Dispuestos a aliarnos con Zangria, contra la que llevamos mucho tiempo luchando —dijo Belore.

—Y derrotando —añadió Karissa, la enorme Kapro.

El rostro del general se puso rojo. Señaló con el dedo índice a los brujos de dragón de uno en uno.

—Nos derrotáis por los malditos dragones, no por vuestro ejército. Os hubiéramos arrasado de no ser por los dragones. ¡Que os quede bien claro!

—Esa no es la cuestión, lo que debes entender es que decimos la verdad. Los soldados de Kraido se están rebelando contra los dragones. La rebelión crece fuerte, en secreto, y un día logrará derrocarles —dijo Drokana.

—Eso es imposible. Si nosotros no hemos conseguido derrotar a los dragones, vosotros mucho menos.

—Nosotros tenemos aliados —Drokana miró a Nilsa y Antonius—. Y no solo aquí, también en los desiertos noceanos.

—Pronto otros reinos se unirán a esta alianza —intervino Nilsa.

—¿Qué reinos? ¿Hay más que se unirán?

—Rogdon e Irinel serán los siguientes —dejó saber Nilsa.

—Rogdon resiste, pero Irinel ha sido vencida, poco podrá aportar.

—Al igual que Erenal y Zangria, pero aquí estamos —corrigió Nilsa.

—Sí… bueno… Erenal y Zangria han sido derrotados, pero no vencidos —se defendió Zodran.

—Creemos que Irinel está en la misma situación —explicó Nilsa —. Debería ser así. Dudo que no haya resistencia.

—Ummm… pero no tenéis a Rogdon. Sin los señores del oeste no tenéis gran cosa —Zodran hizo un gesto con la mano de que menospreciaba lo que habían logrado.

—Este es el principio de una gran alianza a nivel de todo Tremia, una que ya debería existir desde que los dragones atacaron — explicó Nilsa.

—Hay un entendimiento de lucha contra los dragones y de no agresión mutua —replicó el general.

—Eso no es suficiente. Debemos forjar una alianza fuerte entre todos los reinos de Tremia y actuar a una si queremos vencer —explicó Nilsa dándole todo el peso que su corazón sentía.

—Bah, eso no ocurrirá nunca —Zodran desechó la propuesta con expresión de que algo así era imposible.

—No ocurrirá si no lo intentamos, si nos mantenemos en los viejos estigmas, odios y desconfianzas. Pero si cambiamos, si realmente confiamos, si podremos.

—Ese deseo es un sueño, nunca ha ocurrido y no sucederá.

—Nunca tuvimos un enemigo como los dragones. Nos vencerán si no nos unimos todos contra ellos. Reinarán sobre una Tremia arrasada —aseguró Nilsa.

—Y os esclavizarán a todos, como han hecho en Kraido y otros mundos —añadió Drokana.

El general resopló con fuerza y observó a sus captores por un largo momento.

—Y queréis que lleve esta propuesta a mi rey.

Nilsa sintió.

—Así es.

Zodran volvió a quedar pensativo, esta vez observando a los brujos de dragón.

—Necesito una prueba de ellos, de que su rebelión es verdad, una irrefutable. De lo contrario no habrá trato. No iré ante mi rey a hacer el ridículo.

Drokana miró a sus compañeros, que asintieron uno por uno.

—Imaginábamos que algo así sería necesario. Estamos preparados para esa prueba si nuestros aliados lo están también.

—¿Qué necesitáis de vuestros aliados? —preguntó Nilsa.

—Ayuda contra nuestro enemigo —respondió Drokana.

Nilsa entendió la implicación.

—¿Les ayudamos? —preguntó a los suyos.

—Por supuesto —asintió Gerd.

«Nosotros ayudar aliados» llegó el mensaje de Camu.

—No sé qué pretendéis, pero contad conmigo —se ofreció Antonius.

—Está decidido, os ayudaremos —dijo Nilsa.

Los brujos de dragón asintieron.

—Preparaos, será en breve —advirtió Drokana.

Capítulo 24

El trayecto hasta el Templo de la Avenencia fue lento pero tranquilo, cosa que a Nahia no le disgustó. Era extraño que tuvieran que ir por tierra en lugar de por aire, sobre todo porque se trataba de dragones raudos. Por desgracia no había opción pues el Gran Oráculo no podía volar. Zaldi-Beltz-Lehen lideraba la comitiva con el Oráculo en el centro rodeado de la mitad de los dragones raudos, la otra mitad vigilaba volando en círculos sobre la comitiva. A Nahia y a su escuadra les había tocado en la comitiva de tierra.

Cuando podía, con disimulo, saludaba a sus compañeros de escuadra. Ellos devolvían los saludos también de forma discreta. Tilsa, la Felidae leona, iba a su derecha; Fadem, el Fatum, a la izquierda; detrás iban Sarmas, el Escarlatum, y Morgana, la humana con temperamento. Logan iba delante de Nahia. Con ellos a su alrededor Nahia sentía que la protección era excelente y no creía que tuvieran incidentes, al menos de camino.

No se equivocó. Llegaron al enorme templo sin sucesos mencionables. Nahia lo observó. Era singular, de mármol blanco con la parte central del edificio en forma de gran anillo con otros cinco anillos menores adheridos alrededor del central. Rodeándolo todo había un gran círculo con cinco puertas de acceso. Sí, era bonito y extraño.

La comitiva se detuvo y el Gran Oráculo se dirigió al interior con paso lento pero decidido, siguiendo una vía que conducía a la entrada del templo.

«Escolta en el cielo, continuad vigilando sobre el edificio. Escolta en tierra, rodead el templo y montad guardia. Yo estaré en la puerta principal. Nadie que no sea un rey dragón puede entrar y eso os incluye a vosotros. Este templo es un lugar neutral que solo los reyes y el Gran Oráculo pueden pisar. Detened a cualquier ser que

intente acceder y si se resiste, matadlo. Mantener la neutralidad de este lugar es primordial. La vida del Gran Oráculo es sagrada. Defended ambas cosas» envió Zaldi-Beltz-Lehen a los dragones raudos.

Siguiendo las órdenes, se situaron en posición en el lado este. Esto tranquilizó a Nahia. Si había problemas estarían todos juntos y podrían defenderse bien.

Los reyes dragones comenzaron a llegar. Eran inconfundibles por su tamaño y el poder que irradiaban. Vieron que un descomunal dragón rojo de más de cincuenta varas de longitud llegaba volando por encima del templo, anunciándose con fuertes rugidos. Era Erre-Gor-Mau. Los dragones raudos en el aire se apartaron para dejarle paso.

Los otros cuatro fueron llegando y cada uno hizo su vuelo triunfal de presentación para luego dirigirse al anillo y entrada que tenía asignada. Los dragones raudos de guardia en tierra los dejaron pasar al interior del templo. Nahia se quedó algo más tranquila al ver que venían solos, entraban y no sucedía nada. Era buena señal.

Ahora comenzaría la reunión y ellos solo tenían que esperar. La última vez que Nahia había estado en aquella misma situación algo insólito sucedió. Se dio cuenta de que, aunque fue muy raro, deseaba que volviera a pasar, quería enterarse de lo que sucedía con los reyes y el oráculo. Sería información interesante que les convendría tener. El problema era que ella no podía hacer nada, tenía que activarse la escama plateada en su nuca y de momento no sentía nada.

Pasó un rato y Nahia resopló. Había perdido ya la esperanza de que ocurriera cuando comenzó a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo que reconoció de inmediato.

Se animó. En lugar de resistirse a aquella sensación, Nahia se dejó llevar por ella. Aquello que sentía se incrementó y la nuca le empezó a arder. En su mente comenzó a formarse una neblina, la que antecedía a una visión.

«¿Todo bien? Noto que te sucede algo» llegó el mensaje de Eki.

Nahia se intranquilizó. No había contado con que Eki podía captar sus sensaciones a través del vínculo.

«Sí, todo bien. Un poco de pesadez en la cabeza, eso es todo».

«Oh, quizá estés cayendo enferma».

«No te preocupes, gracias» envió Nahia intentando disimular.

La neblina tomó por completo su mente y una visión apareció en ella, aunque no era premonitoria futura ni pasada, sino una escena de lo que estaba sucediendo en la reunión en el templo.

El Gran Oráculo estaba junto a los cinco reyes dragones.

«Una vez más he acudido a la llamada de los cinco reyes como Gran Oráculo, pues a su servicio estoy. Pero me preocupa el tono de crispación de esta reunión, no es el adecuado. Ha comenzado mal y va en aumento, empeorando la situación» dijo el gran dragón de plata.

«El tono es el que tiene que ser, Oráculo, y si no te gusta no es problema mío ni de ninguno de los otros reyes» dijo de malas formas Erre-Gor-Mau, el rey dragón rojo.

«La situación es desastrosa, como sin duda ya habrás visto en tus visiones, y por ello estamos crispados y aquí hoy» expresó Aiz-Zur-Tor, el rey dragón blanco.

Nahia entendió que las cosas estaban caldeadas en la reunión, lo que la animó. Que los reyes discutieran entre ellos era bueno, pero que además lo hicieran con el oráculo, todavía mejor.

«La guerra en Drameia está yendo de mal en peor. Estamos perdiendo ejércitos y, lo que es peor, muchos dragones» afirmó Itx-Urd-Arr, el rey dragón azul.

«¿Y de quién es la culpa? ¡Mía seguro que no!» afirmó enfadado Osc-Belz-Hil, el rey dragón negro.

«Pues si la culpa no es tuya, mía todavía menos. Mis dragones y ejércitos han luchado bien» afirmó Ram-Mar-Oia, el rey dragón marrón.

«Todos afirmáis que la culpa no es vuestra y que lo habéis hecho bien, pero los resultados no muestran eso. Drameia debería estar

conquistada por completo hace tiempo. ¡Así que no lo estáis haciendo bien!» echó en cara el rey dragón rojo.

«Inclúyete en esa apreciación» replicó el rey dragón negro con tono de reto.

«¡No me provoques o lo pagarás!» amenazó el rey dragón rojo.

«¡Quietos! No lleguemos a derramar sangre… En este templo está prohibido» intentó tranquilizar el rey dragón marrón.

«Estamos fallando todos. La Senda de los Dragones marca que debemos conquistar Drameia y aumentar la grandeza de nuestro poder y dominio» afirmó el rey dragón blanco.

«Y por eso estamos aquí, para encontrar la forma de solucionar el problema con Drameia. Ese mundo tiene que caer y tiene que hacerlo ya. El desgaste es demasiado alto y afecta a nuestro poder y control de otros mundos» intervino el rey dragón azul.

«Mi propuesta es que ataquemos todos a una en lugar de hacerlo por separado como hemos estado haciendo hasta ahora» ofreció el rey dragón blanco.

«Eso no va a funcionar» rechazó de inmediato el rey dragón rojo.

«¿Por qué no va a funcionar?» quiso saber el rey dragón blanco.

«¿Quién dirigirá a los ejércitos si pertenecen a diferentes reyes? ¿Quién va a decir qué objetivos se atacan y con cuántos dragones?» preguntó el rey dragón rojo dando a entender que no se arreglarían.

«Es una dificultad, pero no es insalvable» comentó el rey dragón marrón.

«Yo tampoco lo veo acertado. Habrá conflicto entre nosotros» dijo el rey dragón negro.

«Si seguimos como hasta ahora continuaremos perdiendo soldados y dragones y Drameia se nos seguirá resistiendo» intentó convencerles el rey dragón blanco.

«Antes de considerar esta propuesta debemos consultar con el Gran Oráculo. Que nos dé su visión» pidió el rey dragón marrón.

«A mí también me parece bien. Necesitamos una premonición del Gran Oráculo sobre esta propuesta» se unió a la petición el rey dragón azul.

«Siempre al servicio de los cinco reyes. Una premonición tendré al respecto» dijo el Oráculo y asintió con la cabeza.

Un momento más tarde cerraba los ojos y parecía entrar en algún tipo de trance. Por un largo momento nada sucedió. Luego el dragón plateado comenzó a emitir destellos de argento en los que también aparecían puntos dorados. Al cabo de un momento más, el destello se intensificó y toda la estancia quedó iluminada por los miles de destellos de plata y oro.

«Me llega una visión… es premonitoria» anunció.

Los cinco reyes dragones prestaron toda su atención.

El Gran Oráculo habló en medio de su trance.

«Veo a los cinco reyes dragones… luchando con todos sus clanes… en Drameia… combinando sus fuerzas… La victoria parece inevitable… Nada puede hacerles frente… Nada que hayan encontrado hasta ahora… Pero su presencia conjunta algo despierta… Un mal terrible de otro tiempo… La derrota de los señores de los cielos llega… y se cumplirá la profecía… un esclavo libera a las ocho razas… El salvador de mundos se presenta».

Se produjeron más destellos muy brillantes en plata con alguna mota de oro y el Gran Oráculo abrió los ojos.

«Esa es mi visión» afirmó.

«¡Lo que yo ya anticipaba! ¡No podemos atacar todos a la vez!» se pronunció el rey dragón rojo.

«La visión lo ha dejado claro. Si atacamos de manera conjunta fracasaremos» interpretó el rey dragón negro.

«¿Qué mal despertará?» quiso saber el rey dragón blanco.

El Gran Oráculo suspiró.

«No he podido ver de qué mal se trata. Pero si se produce un ataque masivo de dragones, despertará».

«Eso no nos ayuda mucho» reprochó el rey dragón marrón.

«Es cuanto he podido ver…».

«¿Estás convencido de que esta profecía es buena?» preguntó el rey dragón azul.

El Gran Oráculo asintió resoplando.

«Lo estoy. Ha sido una visión muy poderosa, la he sentido profunda, verdadera».

«¿Por qué has vuelto con la profecía del esclavo que liberará a las ocho razas?» preguntó el rey dragón rojo molesto.

El Gran Oráculo bajó la cabeza.

«Esa profecía no ha cambiado, sigue su curso. Vaticiné que si se invadía Drameia un esclavo liberaría a todas las razas y se convertiría en salvador de mundos. Sigo viendo que se cumplirá».

«Eso solo lo dices porque no te hicimos caso e invadimos Drameia» echó en cara el rey dragón rojo.

«Solo traslado a los reyes lo que veo en mis visiones, nada más».

«Pero no tienes la certeza absoluta» dijo el rey dragón negro.

«Una premonición es un futuro entre muchos posibles. Que se cumpla o no depende del destino y de aquellos que participan en la premonición» explicó el Gran Oráculo.

«Nosotros decidiremos nuestro futuro» afirmó el rey dragón rojo.

«Por supuesto, las decisiones y actos de los cinco reyes serán los que determinen el futuro final».

«Yo quiero más información sobre ese mal que despertará y no conocemos» solicitó el rey dragón blanco.

«Yo también» se unió el rey dragón marrón.

«Puedo intentar ver si hay una premonición sobre ello» se ofreció el Gran Oráculo.

«Adelante» dijo el rey dragón azul, que también quería saber más sobre aquello.

El Gran Oráculo asintió y cerró los ojos.

Entró en trance y de nuevo comenzó a emitir destellos de plata con alguna traza de oro. El destello se hizo más potente e iluminó toda la estancia.

«Me llega una premonición… Veo un jinete de fuego… y un jinete de tormenta… montan dragones raudos… Se enfrentarán a un gran peligro… en bosques insondables… en praderas infinitas… Es el comienzo del despertar del gran mal…».

El Gran Oráculo salió del trance y abrió los ojos.

«¿Jinetes de dragón raudos?» preguntó el rey dragón rojo.

«Eso he visto…».

«No aclara qué es ese gran mal que despertará» echó en cara el rey dragón negro.

«No… pero los jinetes… pueden encontrarlo» explicó el Oráculo.

«Los jinetes y los dragones raudos están fuera de nuestra jurisdicción» dijo el rey dragón blanco.

«El Oráculo puede ordenarles buscar ese mal» propuso el rey dragón azul.

«Me parece acertado» convino el rey dragón marrón.

«Así lo haré» aseguró el Oráculo.

«Una vez más tus visiones de poco nos sirven» dijo el rey dragón rojo con tono despectivo.

«Es cuanto se me ha permitido ver» se disculpó el Oráculo.

«Bah, una pérdida de tiempo» opinó el rey dragón negro.

El Oráculo bajó la cabeza.

Los cinco reyes dragones discutieron un rato más. Como no llegaron a ningún acuerdo y las tensiones estuvieron a punto de que la sangre corriera, abandonaron el templo uno detrás de otro.

Nahia dejó de percibir lo que pasaba. Quizá a los reyes dragones les había parecido una pérdida de tiempo consultar al Gran Oráculo, pero no así a ella. Le había parecido muy interesante. Tendría que analizar y pensar bien todo lo que había visto y contárselo a Logan.

Capítulo 25

Al llegar el amanecer, los soldados de Zodran lo encontraron regresando al campamento a pie y sin haber sufrido daño alguno. No salían de su sorpresa. Estaban desconcertados, avergonzados y muy confundidos. No entendían qué había sucedido, pero eran conscientes de que bueno no había sido. Que el general estuviera sano y salvo era motivo de alegría, que hubiera desaparecido del campamento sin nadie darse cuenta, de deshonra.

—Señor, ¿estáis herido? —preguntó Derzon, el capitán zangriano que salió a recibirlo con una escolta de soldados. En su rostro era palpable la inquietud y vergüenza que sentía.

—Estoy bien, no gracias a vosotros —reprochó Zodran intentando mantener la calma según avanzaba hacia el campamento con fuertes y cortas zancadas.

—Lo siento, señor… hemos buscado toda la noche…

—¿Toda la noche? ¡Os habéis dado cuenta hace nada! ¡Y no me habéis encontrado! —Zodran no pudo mantener la calma. La furia lo asaltó naciendo de sus entrañas. Lo sucedido era una vergüenza, tanto para sus oficiales como para él.

—Rastreamos todo el bosque y los alrededores en cuanto nos percatamos…

—¡Muy tarde! ¡Y como un montón de perros ciegos y sin olfato! —replicó Zodran lleno de rabia a la cara del oficial. Continuó avanzando hacia el campamento con paso más rápido.

—Lo lamento, mi general…

—¡Más lo sentirás cuando esto termine, Derzon! ¡Es imperdonable lo que ha sucedido y habrá castigos ejemplares!

—Sí, mi general. Por supuesto. Merecidos, sin duda.

—¡Preparaos para el combate! —ordenó según entraba en el perímetro del campamento.

Derzon abrió mucho los ojos. Si ya no entendía cómo podía ser que su general regresara por su propio pie, que los atacaran mucho menos. No había nadie alrededor. Lo habían registrado todo.

—¿Estamos bajo ataque? —preguntó y miró a su espalda para ver si había enemigos cerca que se le hubieran pasado, por inusual que aquello pudiera ser.

—¡Lo estaremos! ¡A las armas todos! —clamó el general con aspavientos.

—¡A las armas todos! —gritó el capitán.

La orden se extendió por el campamento en un instante. Los soldados zangrianos se pusieron las armaduras y cogieron sus armas para hacer frente al ataque. El otro oficial, Sorzen, también capitán, daba órdenes a los soldados en medio del campamento.

—¿Qué sucede, mi general? ¿Quién nos ataca? —preguntó Sorzen a Zodran según llegaba hasta él.

—¡Lo sabremos pronto! ¡Formad un cuadrado defensivo!

—A la orden, general. ¡Cuadrado defensivo! —gritó Sorzen a todo pulmón.

Los soldados corrieron a cumplir las órdenes. Derzon y Sorzen los dirigían indicándolos dónde situarse. No disponían de tiempo para moverse a otra posición más ventajosa, así que formaron en medio del campamento. Con eficiencia y rapidez militar, los soldados crearon un cuadrado defensivo. En su interior, Zodran y los dos capitanes terminaban de dar las órdenes. Aquella formación defensiva se utilizaba cuando se estaba rodeado. Los soldados miraban alrededor con inquietud, pero no veían a ningún enemigo. Era muy extraño.

Por un rato, todos aguardaron el ataque que sin duda pronto llegaría con máxima tensión. Seguían mirando en todas direcciones esperando un ataque salvaje del ejército de Kraido, pero no fue el caso.

Un silencio sepulcral cayó sobre la zona. Nadie hablaba. Las respiraciones eran entrecortadas y silenciosas, como si temieran que el enemigo pudiera escucharlas y descubrirles. Aquello tampoco sucedió. No apareció ningún enemigo, lo que prolongó la tensión del momento.

—¡Atentos todos! —ordenó el general.

—¡Escudos hombro con hombro! —ordenó Derzon.

—¡Lanzas al frente! —ordenó Sorzen.

Los soldados cumplieron las órdenes y mantuvieron la formación, como si fueran de roca y compusieran una muralla con lanzas incrustadas para evitar que nadie se acercara a derribarla. Pasó otro largo rato de mucha tensión, pero no apareció ningún enemigo. El general y los oficiales miraban en las cuatro direcciones, volviéndose de cuerpo completo. Nada, no había rastro de enemigo alguno.

Pasó otro rato más, este más largo. Los soldados comenzaron a relajarse algo, la tensión iba desapareciendo de forma paulatina de sus cuerpos. Los oficiales debían de haberse equivocado. Sí, eso debía de ser. El general se dio cuenta de que se relajaban y no le gustó lo más mínimo.

—¡Posición de combate! —ordenó.

—¡Mantened la formación! —ordenaron los dos capitanes.

Los soldados volvieron a tensionarse. Sus fuertes y bajos cuerpos parecían ser rocas que esperaban que un mar bravo las azotara.

Y llegó el enemigo que el general anticipaba, solo que no era el que esperaban. Era algo mucho peor. Un rugido tremendo cruzó el firmamento y anunció que el monstruo alado de destrucción se acercaba.

—¡Dragón! —exclamó Zodran.

—¡Segunda y tercera líneas, sacad los arcos! —ordenó Derzon.

—¡Primera línea, lanzas preparadas! —ordenó Sorzen.

Un dragón marrón pasó sobre sus cabezas y volvió a rugir para infundir miedo en el corazón de los soldados zangrianos. Era de tamaño pequeño, joven, pero sin duda sería letal, como todos los

dragones. Su falta de experiencia la compensaría con ímpetu y fiereza. Los dragones jóvenes eran más audaces y corrían más riesgos que los grandes y experimentados. En cualquier caso, era un dragón y eso para los soldados zangrianos equivalía a la muerte. Rara vez escapaban de ella cuando se enfrentaban a semejantes monstruos alados.

Los soldados prepararon sus arcos. Desde la invasión de los dragones todos los reinos habían tenido que modificar sus tácticas militares y adaptarse. Eso significaba que la mayoría había tenido que centrarse en convertir gran parte de su infantería en arqueros. Algunos reinos lo habían hecho mejor que otros. Los zangrianos nunca habían tenido buenos tiradores. Además, usaban arcos cortos, ya que su tamaño corporal no les permitía manejar arcos compuestos y mucho menos arcos grandes. Contra los dragones, los arcos cortos no eran muy efectivos, y eso los había llevado a la derrota, al contrario que a los norghanos. Tampoco disponían de flechas elementales, grandes magos, ni magia dorada, por lo que estaban condenados desde el primer día de la invasión. Así y todo, habían luchado sin descanso y lo seguían haciendo. Eran pequeños en altura, pero enormes en espíritu de lucha.

El dragón viró en el aire y dio otra pasada. No parecía tener prisa. Con cada pasada rugía y atemorizaba a los soldados zangrianos, cuyos corazones comenzaban a empequeñecer. El dragón era enorme y ellos diminutos en comparación. Eran conscientes de que poco podían hacer contra un dragón al descubierto como estaban, por luchadores y aguerridos que fueran.

—¿Mantenemos formación o buscamos refugio en el bosque? —preguntó Derzon a Zodran.

—Mantenemos formación. Puede haber soldados de Kraido rodeándonos —Zodran miraba en todas direcciones.

Los dos oficiales observaron el bosque y luego al cielo y en sus ojos apareció el miedo. Enfrentarse a un dragón era una sentencia de muerte, pero no dijeron nada y siguieron las órdenes de su general como buenos y leales oficiales zangrianos que eran.

El dragón dio otra pasada más a menor altura, la siguiente sería de ataque. Zodran lo sabía. También que no tenían opción allí con aquella formación defensiva.

«Mejor esconder. Solo ser un dragón. No soldados Kraido» llegó el mensaje de Camu.

Zodran se giró en redondo. No sabía dónde estaba la criatura pues no podía verla, pero sí intuía que estaba cerca.

—¿Seguro? ¿O es una trampa? —gritó Zodran.

Sus oficiales lo miraron inquietos.

—¿Señor? —Derzon lo observaba con ojos de extrañeza.

—¿Mi general? —Sorzen no sabía si le había oído bien.

«No trampa. Solo dragón, brujos asegurar».

Zodran maldijo entre dientes. Tenía que tomar una decisión. Si rompían formación y huían y había soldados de Kraido esperando, los masacrarían. Pero si se quedaban, el dragón acabaría con todos ellos.

Sabía que sus soldados no podrían derrotar a un dragón en aquella situación. No tenían ninguna ventaja, tendría que fiarse de sus captores y los brujos de dragón. La idea no le gustó lo más mínimo.

Vio al dragón encararlos en vuelo descendente de ataque y se decidió.

—¡Romped formación! ¡Buscad refugio en el bosque! —ordenó.

Los oficiales lo miraron con grandes ojos.

—Pasad la orden —dijo Zodran a sus dos capitanes.

—¡Romped formación! —pasó la orden Derzon.

—¡Huid a lo profundo del bosque! ¡Buscad cobijo! —ordenó Sorzen.

Los soldados rompieron filas en un instante y salieron corriendo en todas direcciones. Huían por sus vidas y lo sabían. El dragón llegó y envió su aliento elemental de tierra. Un cono de miles de rocas y piedras proyectadas con tremenda fuerza cayó sobre ellos. Los que

huían hacia el oeste fueron alcanzados y murieron lapidados según corrían. La fuerza y dureza de las rocas enviadas contra ellos destrozaron armaduras, escudos, cascos y penetraron en carne y hueso.

El dragón continuó raseando y enviando su aliento de muerte contra los soldados que huían entre los árboles. Por donde pasaba lo destrozaba todo, levantando la tierra y perforando todo lo que no fuera roca pura. El sonido era estruendoso, miles de piedras golpeando por doquier con tremenda fuerza.

—¡Tenemos que huir, mi general! —urgió Derzon.

«No huir. Tú estar quieto. Yo proteger» envió Camu.

—¡Id con los soldados, reagrupaos en una zona segura del bosque! —ordenó a sus oficiales.

—Pero, señor, no podemos dejarle aquí —protestó Derzon.

—¡Id! Es una orden.

—Nos quedamos con nuestro general —se negó Sorzen.

—¡Obedeced mis órdenes! ¡Marchad! ¡Ahora! —Zodran fue tan enérgico que los dos oficiales no tuvieron más remedio que obedecer a regañadientes.

Echaron a correr tras los soldados. Según lo hacían volvieron la vista atrás y presenciaron cómo su general desaparecía como tragado por la tierra. En un instante estaba allí en medio y al siguiente se había esfumado. Muy contrariados, se miraron. No sabían si volver o seguir sus órdenes. Según dejaban de correr se dieron cuenta de que no podían ir a rescatarlo, pues ya no estaba allí, se había desvanecido. Retomaron la carrera sin entender lo que había sucedido y cómo era posible.

El dragón se elevó tras su primera pasada y comenzó a virar en el aire tan rápido como su cuerpo le permitía para realizar una segunda. Rugió amenazante seguro de su victoria y de acabar con tantos soldados zangrianos como pudiera por mucho que se refugiaran en el bosque. Los árboles frondosos los ocultaban de su vista, pero sabía que estaban por allí, así que realizaría pasadas

extensas enviando su aliento. Esconderse solo retrasaba lo inevitable y si en algo eran un prodigio los dragones era precisamente en llevar la muerte a sus enemigos, fueran quienes fuesen.

«No mover. Nosotros contigo» envió Camu al general.

—¿Qué vamos a hacer? No puedo dejar que ese dragón arrase a mis soldados.

—Tranquilo, general, vamos a protegerlos —aseguró Nilsa.

—¿Cómo? —Zodran no entendía cómo podían hacer tal cosa.

—Vamos a atacar para proteger la retirada de sus soldados —afirmó Gerd.

Según lo dijo dos flechas salieron hacia el dragón, que realizaba la segunda pasada intentando alcanzar a los soldados zangrianos que huían en desbandada entre los árboles. El vuelo era rasante y recto. El dragón no temía ningún ataque pues no había detectado ningún peligro significativo. Los soldados del reino de Zangria apenas podían hacer nada contra un dragón y lo sabía muy bien.

Las dos flechas impactaron contra la cabeza del monstruo cuando pasaba a doscientos pasos de donde el grupo se ocultaba. La primera estalló con tierra y sustancias cegadoras y aturdidoras. La segunda era de fuego y explotó produciendo una llamarada. Ambas tenían líquido dorado.

El dragón sintió las explosiones. Le hicieron daño y cegaron parcialmente su ojo izquierdo. Rugió furioso y sorprendido, dejando de enviar su aliento elemental contra los soldados. Miró hacia la posible procedencia del ataque, pero no vio a nadie. Esto lo dejó todavía más extrañado. Volvió a rugir y cambió de dirección en el aire.

—Vendrá hacia nosotros —se alarmó Zodran.

—Tranquilo, no puede vernos —dijo Nilsa.

El dragón calculó la posición aproximada desde la que habían tirado contra él y se dirigió a ella. Al no haber visto el origen del tiro, no precisó demasiado y pasó no muy cerca de donde el grupo estaba, sin poder verlos. Sospechaba de juego sucio porque de

inmediato volvió a virar para dar otra pasada, tampoco muy cerca de donde el grupo estaba oculto.

Los buscaba. No le había gustado nada el ataque sorpresa y menos que lo hirieran. Que no pudiera verlos, además, le enrabietaba más pues sabía que era algún tipo de truco.

—Atacad —pidió el general.

—No es el momento —respondió Gerd.

Zodran no entendía aquello.

—Tenéis al dragón a tiro y esas flechas explosivas vuestras le han causado daño. Debéis seguir atacando.

—Lo haremos, pero hay que esperar —dijo Nilsa manteniendo la calma.

Se dio cuenta de que estaba en plena calma, cosa que antaño era casi imposible. Después de todo lo vivido, la calma era su amiga incluso en los peores momentos, como aquel, enfrentándose a un dragón.

Y con esa calma, conseguirían vencerlo.

Capítulo 26

El dragón dio otra pasada y al ver que nadie atacaba ni podía encontrar a los tiradores, decidió no perder más tiempo y volver a ir tras los soldados. Por fortuna, gracias a la distracción del ataque, estos habían podido ocultarse en el bosque. Corrían por sus vidas entre los árboles poniendo distancia con la muerte alada que los buscaba.

—Tiramos ahora —indicó Nilsa.

Dos nuevas flechas salieron hacia la cabeza del dragón, que no las vio hasta el último momento. Impactaron de nuevo cerca de su ojo izquierdo y sintió las llamas y las sustancias cegadoras. Rugió furioso. Se volvió de inmediato con un giro muy brusco en el aire. Había visto de reojo la dirección que traían las flechas antes de impactar y ahora tenía una mejor idea de dónde se encontraban los tiradores. No podía verlos, pero eso se debía a algún truco. No lo iban a engañar de nuevo, estaban en el centro del claro. No tenía duda. Fue directo hacia ellos y lanzó su aliento elemental.

—¡Nos va a lapidar! —clamó Zodran.

«Tranquilo. Yo proteger. Tener cúpula antimagia levantada».

El general zangriano no entendió mucho de aquello, pero deseó que no los mataran, cosa que estaba casi seguro que ocurriría. El aliento elemental cayó sobre ellos, pero no los alcanzó de pleno, a pesar de pasar tocándoles. El caudal debía haberlos golpeado con cientos de rocas y piedras lanzados con tremenda potencia, pero no sucedió nada. Zodran no podía creerlo. Era como si fueran inmunes al ataque del dragón.

El dragón dio la vuelta en el aire y para asegurarse hizo otra pasada barriendo con su aliento la zona central del claro. Esta vez les alcanzó con mayor acierto, pese a no verlos. Intuía por dónde

debían estar y casi había acertado. Así y todo, no les sucedió nada gracias a la cúpula defensiva que Camu había invocado. El dragón quedó satisfecho, si había algo escondido allí abajo ya estaría muerto.

Volvió a encarar los bosques donde los soldados se habían refugiado, aunque ya no podía ver a ninguno. Se habían desbandado y escondido entre los árboles.

—Tiramos ahora —indicó de nuevo Nilsa.

Las dos flechas salieron hacia el dragón, pero esta vez no lo sorprendieron. Ya esperaba que sucediera e iba mirando de reojo. No solo había visto las flechas, sino que ahora sabía exactamente de dónde habían partido. Viró en redondo en el aire tan rápido como pudo y rugió victorioso. No los veía, pero sabía su localización exacta y los iba a masacrar. Bajó directo y esta vez no usó su ataque elemental, sino que fue con las garras por delante.

«Ataque garras, todos mover veinte pasos izquierda, ya» envió Camu.

A una, todo el grupo se movió hacia la izquierda al tiempo que el dragón descendía hacia ellos con la intención de desgarrar, destrozar y aplastar lo que fuera que hubiera allí escondido. Estaba seguro de que iba a aniquilar a los tiradores ocultos.

Todos se movieron a una muy bien, a excepción del general, que no fue a ritmo y salió del área de invisibilidad de Camu dejándose ver un momento. Por suerte el dragón no podía cambiar ya de dirección y golpeó el suelo con sus cuatro garras fallando por completo. Aun así, había calculado bien el ataque y se elevó nada más impactar contra el suelo recogiendo sus garras. No se estrelló, sino que aprovechó el golpe, como rebotando sobre la tierra, y ascendió moviendo las alas con fuerza. De inmediato volvió a girar tan rápido como le fue posible. Para cuando logró finalizar el giro, Zodran ya estaba de nuevo en el área de invisibilidad.

«Veinte pasos hacia izquierda otra vez. Ya» envió Camu para que cambiaran de posición.

Todos siguieron la instrucción y esta vez Zodran lo hizo mejor. No ver a nadie del grupo lo tenía muy desconcertado. Había tropezado con alguien varias veces y no sabía con quién.

El dragón raseó casi tocando el suelo con sus garras y pasó por donde había visto al general, pero no consiguió impactar con nada. Rugió lleno de frustración y comenzó a dar la vuelta una vez más.

«Veinte pasos, norte. Ya».

El grupo volvió a moverse, esta vez sin problemas de sincronismo. Zodran ya le estaba cogiendo el truco.

El dragón no atacó, sino que decidió pensarlo mejor. Tomó tierra donde había visto al general y soltó varios zarpazos y coletazos alrededor que solo encontraron aire. Esto no le hizo ninguna gracia y rugió furioso. Se movió un par de pasos en las cuatro direcciones cardinales y repitió sus zarpazos y coletazos. Nada, no alcanzaba a sus presas.

La rabia dio paso a la furia. Volvió a rugir con todo su ser y comenzó a enviar su aliento elemental en todas direcciones esperando alcanzar a los enemigos que allí se ocultaban. Estaba convencido de que mataría a los tiradores con ella a pesar de su invisibilidad.

Se equivocó. La cúpula antimagia de Camu protegió al grupo del ataque elemental.

—Tiramos —indicó Nilsa.

Dos flechas más fueron directas al ojo izquierdo y lo alcanzaron de pleno. Las explosiones fueron de fuego esta vez y quemaron el ojo hasta dejar al dragón tuerto. Rugió furioso mientras avanzaba hacia el punto desde el que habían salido las flechas. Se cubría el ojo bueno con un ala y avanzaba dispuesto a aplastar a aquel enemigo invisible. No los veía, pero los iba a pisotear hasta matarlos.

Lo que sucedió a continuación cogió al joven dragón por sorpresa. Según avanzaba, frente a él se materializaron cinco brujos

de dragón que llegaban corriendo hacia su posición. Iban armados con sus habituales lanzas y escudos.

«¿Qué… es esto?» envió el dragón.

Detuvo su avance. No sabía qué pensar. ¿Qué sucedía allí? ¿De dónde había salido aquella escuadra? Los brujos no respondieron a su pregunta y llegaron a la carrera hasta él.

«¿Qué sucede? ¡Respondedme!» exigió el dragón, perplejo.

Los brujos de dragón no podían ser los atacantes, pues no llevaban arcos y eran de su ejército. ¿Entonces quién había atacado? ¿Por qué se había materializado aquella escuadra frente a él como saliendo de un portal que no veía ni captaba? Todas esas preguntas cruzaban su mente cuando sintió la primera herida en el cuello. Uno de los brujos de dragón, una Felidae, le había clavado la lanza en la parte baja.

El dragón rugió sumido en un dolor e incredulidad absolutos. Una bruja de dragón le había atacado, eso no podía ser. ¡Era impensable! Y no solo eso, le había herido. Sentía el dolor y la sangre manando de la herida. Eso era totalmente imposible, el acero no podía traspasar sus escamas. ¿Qué estaba sucediendo, qué locura era aquella?

Aprovechando el desconcierto del dragón, el resto de la escuadra clavó las lanzas en su cuello. Atacaron de forma rapidísima, para coger al dragón por sorpresa y poder herirlo gravemente. Golpearon los cinco una y otra vez en la parte baja del cuello con ataques veloces y secos.

El dragón reaccionó e intentó lapidarlos, pero no pudo. Su aliento elemental falló por las heridas. Lleno de furia golpeó a los brujos de dragón con sus alas. Drokana, Karissa y Kattia salieron rechazados hacia la izquierda, y Belore y Redlo hacia la derecha. Quedaron tendidos en el suelo por los potentes golpes recibidos. Todos llevaban las protecciones de escamas de brujos de dragón, tanto la física como la mágica.

«¿Como osáis atacar a un señor dragón, ratas inmundas? ¡Os destriparé a todos!» envió fuera de sí, y avanzó hacia los brujos para

despedazarlos con sus garras y boca.

Dos flechas surgieron de la nada y le alcanzaron en el ojo bueno.

Estallaron, una era de fuego y la otra de aire. Las explosiones dañaron el ojo y lo quemaron. El fuego y la descarga hicieron su trabajo y el dragón sacudió la cabeza deteniendo su ataque. No podía ver apenas y el dolor de los ataques le había obligado a detenerse.

Los brujos de dragón se recuperaron y se pusieron en pie con rapidez. Sin perder un instante arremetieron de nuevo. Fueron directos al cuello a terminar de agrandar la herida que habían creado. Sangre oscura salía de las heridas, lo que dio enormes ánimos a la escuadra. Estaban atacando con lanzas en las que Nilsa y Gerd habían vertido el líquido dorado. Pese a la confianza que los brujos tenían en sus nuevos aliados, habían tenido sus reservas sobre la eficacia de la magia dorada. Ya no, ahora creían en ella, podían ver cómo las puntas entraban en el dragón traspasando escamas y llegando a carne, tendones y nervio.

El dragón se revolvió golpeando con sus garras y alcanzó a Drokana rompiendo en pedazos la lanza de metal y el escudo. La Drakónida salió despedida de espaldas por el impacto. Karissa recibió el golpe en el escudo, que quedó destruido. Le rompió el brazo, que no perdió gracias a la protección de escamas, y se fue al suelo. A Kattia le dio de pleno en el torso y salió volando de espaldas con el escudo y la armadura rotos. Las zarpas llegaron hasta la carne.

Belore y Redlo consiguieron herir de nuevo al dragón, pero se libró de ellos con un golpe con el reverso de su garra derecha que los envió volando de espaldas. Perdieron lanza y escudo y golpearon el suelo con fuerza.

El dragón rugió al verlos a todos derrotados.

«¡Gusanos traidores! ¡Morid!».

Drokana se levantó con dificultad.

—Muerte a los dragones… ¡Por la libertad!

«Te destrozaré…» comenzó a enviar el dragón.

De súbito comenzó a echar sangre por la boca.

«¡Malditos…!» los gorgoteos del líquido vital salieron de entre sus fauces.

Se ahogaba en su propia sangre. Intentó echar a volar, pero se ahogaba. Dio el brinco para salir volando de allí y huir, pero según se elevaba la muerte lo alcanzó y se estrelló contra el suelo derribando un árbol.

—Ha muerto —sentenció Nilsa.

—No dejes de apuntar, por si acaso —pidió Gerd.

«Yo quitar invisibilidad. Consumir mucha energía».

—De acuerdo —dijeron Nilsa y Gerd casi al unísono.

De pronto quedaron a la vista. Junto a Camu estaban Nilsa, Gerd y Zodran.

—¿Heridos? —preguntó Gerd a los brujos de dragón sin dejar de apuntar al dragón con el arco.

—No es nada… —dijo Karissa, pero sangraba.

—Algún hueso roto, nada grave —se pronunció Belore.

«Dragón estar muerto, poder dejar apuntar» envió Camu.

Nilsa y Gerd bajaron los arcos.

—Veamos qué tal están todos —dijo Gerd.

Nilsa y Gerd se acercaron a los brujos de dragón y les atendieron. Tuvieron que hacer algunas curas básicas para evitar que se desangraran, así como entablillar algunos huesos rotos. Pese a sus defensas mágicas y físicas de escamas elementales, habían recibido un castigo fuerte por enfrentarse al dragón. Su fuerza era devastadora y sus defensas no habían aguantado.

—Por poco… —dijo Nilsa resoplando.

—Ya sabíamos el peligro que corríamos —dijo Drokana.

—Y lo hemos hecho —añadió Karissa.

—Hemos matado a un dragón —comentó Kattia con cara mezcla de dolor e incredulidad.

—Ya lo creo. Cuando he clavado la lanza en el cuello casi no podía creer que entrase e hiriese al dragón, pero la sangre que salía no dejaba duda. Ha sido impresionante —comentó Belore.

—No es que no me fiara, pero yo no tenía nada claro que esa sustancia dorada pudiera hacer que nuestras armas traspasaran las defensas de un dragón. Todavía me cuesta creerlo —confesó Redlo.

—Ya os dijimos que funcionaría —dijo Gerd de rodillas mientras ayudaba a Karissa a vendarse las heridas.

—Una cosa es que alguien te diga que una imposibilidad es cierta, y otra comprobarla —dijo Kattia.

—Entonces ¿por qué nos habéis creído? —se extrañó Nilsa.

—Nos ha llegado con el "mensaje" que hay armas doradas que pueden acabar con los dragones —dijo Drokana.

—Pensábamos que eran armas especiales, mágicas, pero esa sustancia dorada nos sirve igual de bien —confesó Belore.

—Sin duda, es un descubrimiento increíble —se unió Redlo.

—¿Os dais cuenta de que hemos matado a un dragón? —expresó Karissa, aún sin salir de su asombro.

—Lo veo muerto y apenas puedo creerlo —reconoció Drokana observando el cadáver.

—Ahora debéis contárselo a todos los afines a la rebelión. Que sepan que es posible matar a un dragón, que existen armas doradas y también una sustancia dorada para hacerlo —pidió Nilsa.

—Lo sabrán, te lo aseguro —asintió Karissa.

—Lo contaremos, esto debe saberse —afirmó Belore.

—Esto cambia las cosas —auguró Redlo—. Nos da una oportunidad de luchar y no perecer.

—Una que aprovecharemos sin duda —afirmó Kattia.

El general zangriano se acercó a una de las lanzas en el suelo y observó un tenue brillo dorado en la punta que se iba apagando.

—Es… impresionante. Los zangrianos necesitamos esta sustancia —dijo agachándose a examinarla.

Ona, Argi y Antonius salieron de entre los árboles.

—No has intervenido —reprochó Zodran.

—No me han dejado, por desgracia. Demasiada gente bajo el camuflaje —dijo señalando a los brujos de dragón.

«No poder ocultar tantos. Pedir Antonius, Ona y Argi ocultar en bosque».

—Entiendo —Zodran se dio cuenta de su error.

—¿Qué te ha parecido, general? —preguntó Antonius señalando al dragón muerto.

—Ha sido… increíble… —masculló Zodran—. Si no lo veo con mis propios ojos no lo hubiera creído nunca. Brujos atacando a uno de sus señores dragones. Es algo impensable…

—Por eso nos decidimos por este plan —dijo Nilsa.

—Nada más convincente que presenciarlo —afirmó Gerd.

—Espero que haya valido la pena, pues ha sido de lo más arriesgado para ellos —dijo Antonius señalando a los brujos heridos en el suelo.

—Lo ha sido —asintió Zodran—. Ya no tengo duda sobre los rebeldes y la existencia de una rebelión entre las tropas de Kraido contra sus señores.

—Nos alegramos de oír eso —dijo Antonius, sonriente.

—Necesitamos esa sustancia dorada. Tenemos que ser capaces de matarlos como han hecho ellos. Es imperativo, salvaría a Zangria —dijo Zodran observando la lanza donde el destello dorado ya moría.

—Erenal también la necesita —respondió Antonius.

—También nosotros —se unió Drokana.

Todos miraron a Nilsa y Gerd, esperando una respuesta positiva.

—Todos los reinos de Tremia la necesitan —dijo Gerd.

—Por desgracia no es fácil conseguirla —explicó Nilsa.

—Si todos disponemos de la sustancia dorada, podremos vencer a los dragones —insistió Zodran.

—En efecto —asintió Nilsa—. Pero el primer paso para lograrlo es unirnos.

—Y el segundo conseguir sustancia dorada para todos —añadió Gerd.

Zodran asintió.

—¿Tenemos una alianza? —preguntó Nilsa.

Zodran miró a Nilsa, luego a Antonius y finalmente a Drokana.

—¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó el general.

—Lo estamos —afirmó Antonius.

—Sí, de acuerdo —asintió Drokana.

—Nosotros también —dijo Nilsa.

—En ese caso tenemos una alianza —afirmó Zodran.

Capítulo 27

Astrid se agachó junto al riachuelo y llenó el pellejo de agua. El campamento del rey Aurelius de Erenal en los Mil Lagos estaba tranquilo aquel anochecer. No había sido el caso los últimos días. Un dragón merodeaba por la zona, había pasado bastante cerca, por lo que todos habían tenido que esconderse bajo los árboles. Esconder a todo un campamento de soldados no resultaba nada sencillo, pero los de Erenal lo hacían con eficiencia militar. Lo tenían estudiado y muy practicado. Al avistar un dragón se daba la alarma y todos dejaban cuanto estaban haciendo y se escondían. La frondosidad del bosque era su mejor defensa, si bien Astrid creía que era mejor matar al dragón que esconderse. Lo habían propuesto, pero Aurelius se había negado. Si el dragón escapaba con vida perderían aquel refugio y les había costado mucho tiempo encontrar uno que sirviera y hacerlo operativo.

Se echó el pellejo a la espalda y se puso a llenar otro. Tenía que reconocer que aquel bosque tan espeso era un escondrijo fantástico y perderlo serían muy malas noticias. No era fácil encontrar bosques remotos tan grandes y frondosos como aquel. Entendía a Aurelius, la muerte de un dragón no merecía poner a miles de soldados en peligro y tener que buscar otro refugio. Por ello, cuando salía a cazar dragones lo hacía hacia el sur, en territorio de Erenal, la capital, y alrededores. Allí, si un dragón escapaba con vida no perdían nada. O al menos, no mucho.

Terminó de llenar el segundo pellejo, se levantó y se dirigió de vuelta al campamento, que estaba muy cerca. De entre los árboles salieron cuatro soldados. Astrid no se alarmó, no inicialmente. Luego los reconoció y el estómago se le tensó. Eran Victoria, Julia y otras dos de las Luchadoras. Iban vestidas con sus habituales armaduras y llevaban armas al cinto. Se acercaron avanzando directamente hacia

ella, no estaban allí por casualidad. Astrid intentó esquivarlas cambiando de dirección, pero las cuatro variaron la suya a su vez y le cortaron el paso.

Astrid se detuvo al ver que no la dejaban pasar.

—¿Qué queréis?

—Que pagues por tu crimen —dijo Victoria con tono agresivo.

—Ya he pagado por mi crimen, por si no lo recuerdas —respondió Astrid con tono duro.

Odiaba a aquella mujer por lo que le había hecho, pero respetaba que era una guerrera y líder sólida.

—Eso lo decidimos nosotras, no tú —dijo Julia.

—Y sabes que para nosotras no has pagado —dijo otra de las guerreras cuyo nombre era Miriam.

—Para vosotras el castigo no tiene final, lo que es injusto e inhumano —se defendió Astrid—. He cumplido. Aceptadlo y olvidemos este asunto.

—Todo crimen contra las Luchadoras del Nuevo Sol se paga a un precio, uno alto. Y tú tienes que terminar de pagar el tuyo. No vamos a olvidar este asunto —dijo Victoria.

—La traición no se olvida —dijo Anabel, la más fuerte de las cuatro guerreras. Era casi tan grande como Gerd y tenía malos humos.

—El rey me ha perdonado, no tenéis nada que hacer aquí.

—Nosotras no somos el rey. Aurelius puede haberte perdonado, sus motivos tendrá, pero no son los nuestros —afirmó Victoria.

—¿Vais a ir contra el rey?

—No contra él, contra ti, sucia traidora y ladrona —insultó Julia.

—Me duele que me hables así, Julia. Un día fuimos amigas.

—Eso fue hace mucho y tu traición lo ha borrado de mi alma.

—Y ahora está llena de rencor.

—Tú te lo has buscado —acusó Julia señalándola con el dedo.

—Sabéis el motivo por el que cogí el Guantelete de Liriana.

—Eso no lo disculpa —dijo Victoria, que la miraba con una expresión tan hosca que parecía querer atravesarle la cara.

—El guantelete lo deberíamos tener nosotras para luchar con él —dijo Julia.

—Vosotras no podéis usar el guantelete. Se requiere de poder para hacerlo y no hay nadie en vuestra hermandad con el talento.

—Tú tampoco puedes usarlo, no tienes magia —acusó Victoria.

—Nosotros tenemos formas de usar las armas doradas y lo hemos hecho.

—Entonces nosotras también podremos usarlas con esas mismas formas —dijo Julia.

—Devuélvenos el guantelete sagrado y paga por tu robo y traición —dijo Victoria.

Astrid suspiró.

—No voy a daros el guantelete porque no sabríais qué hacer con él, y no pienso permitir que me encadenéis y torturéis nunca más. Eso tenedlo claro.

—Entonces pagarás —dijo Victoria llevándose la mano a la espada en su cintura.

Astrid señaló con su dedo el arma de la líder de las Luchadoras.

—No desenvaines o será lo último que hagáis. No voy a perdonaros si me atacáis. Moriréis.

—La que va a morir eres tú. Hace tiempo que queríamos hacer esto. Vas a morir por tus crímenes —aseguró Victoria y desenvainó.

Julia lo hizo a continuación y Miriam y Anabel un instante después. Las cuatro tenían la espada en la mano.

Astrid suspiró.

—Gran error. Os mataré a las cuatro por esto.

Victoria avanzó hacia Astrid y le lanzó una estocada al torso sin más miramientos. En su rostro se apreciaba el odio que sentía por ella.

Astrid desvió la espada con uno de los dos pellejos de agua que llevaba a la espalda, golpeando con él al acero. Luego golpeó a Victoria en la cara con el movimiento contrario. Lo hizo con tanta fuerza que el pellejo explotó y Victoria quedó aturdida y empapada. Astrid dio un brinco hacia delante y le golpeó en la cara con la pierna. Victoria cayó de espaldas sangrando por la boca.

Julia se abalanzó sobre Astrid según se posaba en el suelo tras la patada e intentó un tajo lateral al cuello. Astrid echó la cabeza hacia atrás y el acero pasó frente a su barbilla. Sentía una pena enorme por el ataque de la que una vez había sido su amiga. Aun así, no lo pensó una segunda vez y golpeó a Julia con el otro pellejo y se lo reventó en la cabeza. Se fue al suelo del golpe. Astrid le propinó una fuerte patada en la cara y quedó fuera de combate.

Las otras dos atacaron a Astrid con sus espadas, pero ya había tenido suficiente. Dejó caer los pellejos al suelo y sacó los cuchillos de asesina que Viggo le había traído. Bloqueó el arma de Miriam y le soltó una patada al estómago. La dejó sin aire y se dobló hacia delante. Según lo hacía, Astrid le soltó un rodillazo tremendo en la nariz. Cayó de espaldas sin sentido con la nariz rota.

La espada de Anabel, más alta y fuerte, buscó su costado. Astrid lo vio por el rabillo del ojo y desvió el arma con su cuchillo al tiempo que se desplazaba con gran agilidad y control. La Luchadora soltó un tajo de revés que hubiera decapitado a un toro. Astrid ya lo esperaba y se había situado en posición perfecta para facilitar ese golpe. Se agachó muy veloz y la espada le pasó por encima de la cabeza. Antes de que Anabel pudiera reponerse le soltó una patada a la rodilla del pie de apoyo. Se desestabilizó. Astrid se irguió con rapidez y la golpeó con potencia en la barbilla con la mano empuñando el cuchillo según se elevaba. La Luchadora cayó de espaldas sin sentido.

—¡Te voy a despedazar, traidora! —gritó Victoria, que ya se había recuperado y atacó soltando grandes tajos con todas sus fuerzas.

Astrid esquivó los ataques con movimientos evasivos muy rápidos y ágiles. Poco a poco había recuperado su antigua forma. No estaba

todavía tan fuerte ni ágil como antes de caer prisionera, pero estaba bastante cerca de lograrlo. Se sentía bien, confiaba en su entrenamiento e instinto. El cuerpo respondía y eso la animaba. Pronto volvería a ser la espía y asesina que un día había sido. Era solo cuestión de un poco más de tiempo, pero para llegar a lograrlo debía sobrevivir a aquella noche.

—No vas a poder vencerme.

—¡Te atravesaré el estómago y morirás sufriendo como te mereces! —gritó Victoria y lanzó una estocada potente.

Astrid la desvió con el cuchillo de su mano derecha y con el de la mano izquierda le hizo un corte en el brazo. Victoria, al sentir el dolor, se echó hacia atrás. Su rostro mostró una rabia enorme.

Gritó como una bestia rabiosa y volvió a atacar lanzando tajos fuertes y no faltos de habilidad. Era una buena contrincante, mejor que la mayoría, pero Astrid era una Guardabosques Asesina y Victoria no era rival para ella en combate uno a uno. Aun así, decidió no confiarse, llevaba poco tiempo activa de nuevo y todavía se sentía algo torpe, como si a sus músculos les faltara algo de engrase y a sus reflejos esa anticipación que antes tenía y le permitía adivinar el ataque un instante antes de que se produjera.

Desvió dos ataques con sus cuchillos y, desplazándose con rapidez hacia delante, le soltó un fuerte golpe en la nariz que hizo que Victoria se retrasara algo aturdida. Por el rabillo del ojo Astrid vio que Julia se levantaba y atacaba con un grito de guerra furioso. Los ojos de su otrora amiga destellaban con odio. Astrid la encaró desplazándose fuera de la zona de alcance de Victoria, que todavía no se había recuperado del golpe.

—¡Pagarás tu traición! —gritó Julia y soltó un tajo descendente en diagonal con la espada.

Astrid se desplazó hacia atrás y la punta de la espada pasó por delante de su nariz sin alcanzarla. Julia levantó de nuevo el arma para golpear en sentido contrario, pero no era tan buena luchadora como Victoria, sus movimientos eran más lentos. Astrid entró a atacar con un desplazamiento frontal. Soltó un tajo ascendente y

alcanzó a su rival en la muñeca derecha. Julia soltó un gruñido y perdió el agarre de la espada. Astrid vio que Victoria se acercaba a atacar, tenía que deshacerse de Julia. Le soltó un golpe lateral circular en la sien con la empuñadura del cuchillo y se fue al suelo inconsciente.

Victoria arremetió con una estocada directa al torso de Astrid. El ataque fue rápido y bien ejecutado. Astrid cruzó sus dos cuchillos frente a ella y desvió la espada hacia arriba alzando los brazos al tiempo que se agachaba. La punta de la espada le pasó por encima de la cabeza. Victoria levantó su arma para asestarle un golpe descendente tremendo y partirla en dos, pero Astrid rodó sobre su cabeza hacia delante y golpeó con su cuerpo las piernas de su atacante. Victoria se desequilibró por la potencia del golpe y el choque le hizo perder pie. Se fue al suelo de morros fallando el ataque.

Astrid rodó por el suelo hacia la derecha evitando que le cayera encima. Se levantó de un salto y se giró hacia Victoria, que se había dado un buen porrazo en la cara. Según se levantaba para volver a atacar, Astrid le hizo dos cortes profundos en la pierna derecha. Victoria gruñó de dolor y soltó un revés con su espada. Astrid se desplazó un paso atrás con gran velocidad y equilibrio y evitó ser alcanzada.

—Soy mucho mejor que tú, no podrás vencerme sola —advirtió.

—¡No lo eres! ¡Te mataré! —gritó Victoria fuera de sí de la rabia y atacó dando tajos amplios hacia Astrid.

La guardabosques sabía que podía matar a Victoria si lo deseaba, pero prefirió esperar a que las heridas en la pierna hicieran su trabajo. Perdía sangre con cada ataque sin siquiera darse cuenta. Esquivó las siguientes embestidas moviéndose alrededor de la líder de las Luchadoras.

—¡Estate quieta y lucha! —increpó Victoria.

Astrid hizo caso omiso y siguió con su estrategia defensiva. Las otras guerreras estaban inconscientes, así que no tenía por qué

precipitarse. Finalmente, a Victoria le falló la pierna derecha y estuvo a punto de irse al suelo.

Era el momento que Astrid esperaba. Atacó con la velocidad del relámpago y le descargó una tremenda patada a la pierna herida. La Luchadora rugió de dolor y la pierna venció del todo. Cayó de costado sobre su pierna herida hasta irse al suelo. Con la fiereza y agilidad de una pantera negra, Astrid saltó sobre ella y le golpeó la cara repetidamente con los puños hasta dejarla seminconsciente.

—Derrotada, como te dije que sucedería —dijo Astrid y alejó la espada de Victoria con un cuchillo. El otro se lo puso al cuello.

Victoria intentó recuperarse, pero no lo logró. Tenía toda la cara ensangrentada de los golpes recibidos. La nariz y una ceja le sangraban mucho.

—¡No la mates! —pidió Julia desde el suelo. Había recobrado el conocimiento.

—Os advertí y no escuchasteis. Yo cumplo mis promesas. Moriréis todas —Astrid apretó el cuchillo contra el cuello de Victoria.

—¡No la mates, por favor! ¡Te lo ruego! —insistió Julia con desesperación en sus ojos.

Astrid se mantuvo firme, con la mirada clavada en Victoria.

—¿Para que sigáis intentando matarme? De eso nada. Esto acaba hoy aquí, yo tampoco olvido lo que me hicisteis. El trato brutal y vejatorio que recibí durante tanto tiempo… Yo también tengo odio en mis entrañas.

—Si nos matas el rey te hará pagar —masculló Victoria, que parecía estar volviendo en sí.

Astrid negó con la cabeza.

—¿Cuatro contra una? ¿Una emboscada de noche con vuestras circunstancias sobre mí? —Astrid negó con la cabeza—. El rey entenderá lo que ha sucedido aquí y no me culpará. Es momento de acabar con esto de una vez por todas. Os di la oportunidad de marchar y la rechazasteis —Astrid levantó el cuchillo para clavárselo en el cuello.

—¡Nooo! —exclamó Julia al ver el cuchillo bajar.

—¡No me mates! —gritó Victoria, desesperada.

Astrid finalizó el golpe mortal. La sangre debía surgir del cuello a borbotones, pero no fue así. Clavó el cuchillo en el suelo rozando el lateral del cuello.

Victoria abrió los ojos desorbitados.

—No me has matado… —se dio cuenta.

—No, pero piensa bien lo que vas a decir porque todavía puedo cambiar de opinión y acabar contigo y tus compañeras. No me costará nada. Estate segura, me haría mucho bien. Apagaría la rabia que siento por todo lo que me habéis hecho pasar.

Victoria tragó saliva y miró a Astrid que, sentada sobre su torso, la miraba con ojos que brillaban de odio.

—Si nos perdonas la vida no sufrirás más persecución por nuestra parte —cedió.

—Por parte de toda la hermandad —exigió Astrid.

—Por parte de toda la hermandad —confirmó Victoria.

Astrid volvió la cabeza hacia Julia.

—Tú también —pidió.

—No habrá más persecución contra ti —aseguró su antigua amiga.

Astrid asintió.

—Que así sea. Si no cumplís esta escena volverá a repetirse, solo que con un final diferente. Moriréis y disfrutaré mucho cortándoos el cuello a todas.

Ninguna de las dos Luchadoras vencidas dijo nada. Tragaron saliva y callaron. Tendrían que digerir el amargo sabor de la derrota.

Astrid se levantó. Recogió los dos pellejos de agua rotos y se marchó. Según pasaba junto a un roble a unos doscientos pasos se detuvo y habló.

—Ya puedes bajar el arco, esto ha acabado.

—Me alegro de que así sea —respondió Lasgol, que apuntaba hacia las Luchadoras.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —preguntó Astrid.

—El mismo que tú. Te he seguido.

—No hacía falta, como has visto.

—Aun así, he preferido asegurarme.

—¿Ibas a tirar contra ellas para defenderme? —Astrid suavizó el tono.

—No iba a permitir que te hicieran daño.

—Siempre has tenido muy buen corazón.

—Es lo menos que puedo hacer.

—Me gustaría pensar que lo has hecho porque me quieres.

Lasgol no supo qué decir.

—Yo…

—Pero sé que lo hubieras hecho igual por cualquiera de nuestros compañeros. Ese es el Lasgol al que amo, aunque él no recuerde su amor por mí.

—Lo siento…

—No lo sientas. Ya recordarás.

—¿Me has visto apuntando?

Astrid asintió.

—Sí, te he visto protegiendo mi espalda… hoy y todas las otras noches que he venido a por agua.

—Oh… sabías entonces que te seguía.

—Por supuesto, soy una Guardabosques Asesina y espía.

Lasgol se sonrojó.

—Y yo pensando que no me habías visto…

Astrid sonrió con dulzura.

—Eso lo hace todavía más tierno.

Lasgol volvió a sonrojarse. Se dio cuenta de algo.

—Lo de venir al riachuelo a por agua de noche…

—¿Qué hay de ello?

—Lo has hecho adrede. Querías que te atacaran.

—Por supuesto. Ante un problema lo mejor es enfrentarse, postergarlo solo lo empeora.

Lasgol se rascó la cabeza.

—Vaya, y yo pensando que te exponías demasiado sin darte cuenta.

Astrid rio con una carcajada dulce.

—Eres un amor, Lasgol. No cambies nunca.

Lasgol negó con la cabeza. Astrid había tramado aquello y sabía que él estaba allí. Sabía que las Luchadoras del Nuevo Sol iban a ir a por ella tarde o temprano, lo que no había pensado era que Astrid iba por delante de todos ellos. Desde luego era una mujer impresionante en todos los sentidos.

—No sé yo…

—Gracias por dejarme actuar y no intervenir.

—He pensado que, al ser un asunto muy personal, querrías solucionarlo tú.

—Y has pensado bien.

—Pero me ha costado no actuar. He temido por tu vida.

Astrid sonrió con dulzura.

—No dejes nunca de preocuparte por mí. Me hace feliz que lo hagas, aunque no es necesario en absoluto.

—Ya lo veo —sonrió con timidez Lasgol—. Seguiré haciéndolo —respondió.

De alguna forma supo que su corazón siempre se preocuparía por Astrid.

Capítulo 28

La cena alrededor de la pequeña fogata en el campamento del ejército de Erenal en los Mil Lagos estaba siendo animada. Viggo le estaba explicando a Lasgol algunas de sus incomparables hazañas del pasado, por supuesto como él las había visto, no como en realidad habían sucedido.

—Tú no lo recuerdas, rarito, pero ocurrió como te lo cuento —aseguraba.

Lasgol miró a Astrid con expresión de si debía creerse aquella historia o no, pues sonaba un poco exagerada para ser cierta, sobre todo en lo referente a los méritos de Viggo.

—Ocurrió algo parecido a lo que ha contado —aclaró ella con una sonrisa.

—Pasó como lo he contado, palabra por palabra —insistió Viggo —. Y no me dejes en mal lugar que tú eres la que mejor me cae de todos estos —le dijo a Astrid.

Astrid sonrió.

—Eso es porque somos de la misma Especialidad.

—Por eso y porque estos son unos blanditos, no como tú y yo.

Astrid le hizo un gesto con la cabeza de que estaba de acuerdo con aquella apreciación.

Ingrid rebufó.

—Es un exagerado. Ocurrió la mitad de lo que cuenta.

—A mí el relato me ha parecido un tanto grandilocuente para ser verdad —se sinceró Sonea, que estaba leyendo un libro a la luz del fuego mientras escuchaba la conversación de las Panteras.

—Si dejaras de leer por un momento y me hicieras el caso que mis historias merecen, no te parecerían grandilocuentes, sino

ciertas.

Sonea levantó los ojos del libro y miró a Viggo.

—Aunque te parezca incomprensible, puedo hacer las dos cosas a la vez, leer y escuchar. Se me da muy bien, además. Es una de mis principales virtudes.

Viggo hizo un gesto con la mano como que lo entendía.

—Todos los sabiondos y sabelotodos sois iguales. Todo el día pegados a los libros y os creéis mejor que los demás.

Sonea puso cara de extrañeza.

—¿Eso crees que soy yo?

—Sí, eso y una maga con un collar de lo más feo.

Sonea sonrió.

—No soy ni lo uno ni lo otro. Soy una bibliotecaria de la antigua Biblioteca de Bintantium a la que le gusta el conocimiento y aprender, sobre todo cosas nuevas de culturas lejanas. De maga tengo poco, el destino me eligió para portar este medallón que llamas feo, pero que es una reliquia milenaria de inmenso poder y con propiedades que todavía ni entendemos.

—¿Elegida por el destino? ¿Cómo es eso? —preguntó Ingrid.

—Es una forma de entender lo que nos sucedió a los Portadores. Los cinco fuimos elegidos.

—¿Por quién? —preguntó Ingrid con expresión de interés.

—Decimos que el destino, pero puede entenderse como los Ilenios o los propios medallones… su magia.

—Me gusta más el destino, suena más enigmático y menos loco —dijo Viggo y se llevó el dedo índice a la sien.

—Suena demencial, lo sé. Sin embargo, la realidad es que estos medallones nos eligieron de una forma u otra, y solo nosotros podemos llevarlos. Si otra persona los toca, sufre su castigo.

—¿Una descarga tremenda como la que les lanzas a los dragones? —aventuró Viggo.

Sonea asintió.

—Así es.

—Bueno, tenemos a Edwina, ella puede curarnos —Viggo miró a la sanadora, que escuchaba sentada al otro lado de la hoguera mientras preparaba una poción de revitalización.

—Esa es una idea terrible —dijo Edwina negando con la cabeza —. Por si no lo sabes ya, y deberías, las sanadoras no podemos curar todas las heridas. Una descarga de ese medallón podría matarte.

—Lo dudo, yo soy muy duro y especialmente difícil de matar.

—Pues heridas te haces, porque te he sanado muchas veces en los últimos tiempos.

—Por eso digo que podrías curarme después de tocar el medallón.

—No toques ese medallón, puedo sentir su poder desde aquí —dijo Edwina negando con el dedo índice.

—No lo va a tocar —aseguró Ingrid y le lanzó una mirada a Viggo de que ni se le ocurriera.

—No me importa curaros siempre que os hieren, pero imprudencias como esas mejor las evitamos —regañó Edwina.

—No te agradecemos lo suficiente lo que haces por nosotros —dijo Lasgol—. Si no fuera por ti…

—No es nada —Edwina le restó importancia con la mano—. Además, vosotros sois duros como la roca. Si yo no estuviera os las arreglaríais igual.

—Para nada —dijo Astrid—. Nos dejas como nuevos y siempre tenemos la seguridad de que, si nos ocurre algo grave, estás tú para solucionarlo. Eso es impagable, no solo la curación sino la tranquilidad que nos proporcionas.

—Oh —Edwina se llevó la mano al corazón—. Te agradezco tus palabras, Astrid.

—Siento que tengas que cargar con nosotros —se disculpó Ingrid —. En cuanto podamos regresaremos a Norghana y te librarás.

—Y podrás descansar por fin, que te lo mereces como nadie —dijo Lasgol—. Te hemos arrastrado por medio Tremia.

—Y nunca protestas, lo cual es encomiable —agradeció Ingrid.

—Los caminos de la sanación son extraños… —Edwina sonrió—. No es todo malo, las aventuras que he vivido con vosotros me sirven para diez vidas. Cuando sea una vieja sin apenas magia recordaré estos tiempos con mucha felicidad.

—Nosotros te agradecemos todo lo que haces por nosotros, ahora y siempre —dijo Astrid.

—Gracias, a todos, solo hago mi labor. Soy sanadora y vosotros tenéis mucha tendencia a meteros en situaciones peligrosísimas y sufrir heridas de todo tipo. Lo digo por si no os habíais dado cuenta… —sonrió Edwina.

Lasgol sonrió.

—Nos damos cuenta.

—Ya lo creo que nos damos cuenta —dijo Ingrid.

—Así que nada de tocar el medallón que suficiente trabajo me dais —dijo Edwina medio en broma, medio en serio. Miró a Viggo, que simuló no haberla oído.

Los demás sonrieron y asintieron.

—La verdad es que yo encuentro el medallón fascinante —comentó Lasgol.

—No para tocarlo —dijo Edwina.

Lasgol sonrió y negó con la cabeza.

—Que unos objetos de poder ancestrales puedan hacer tal cosa y que vosotros, los Portadores, podáis usarlos para luchar contra nuestros enemigos y hacer el bien, es impresionante. Siempre lo he pensado y creído, además, se os eligió por algo, ya que los cinco sois personas excepcionales y buenas.

—Ya está el rarito y su visión buenista del mundo. Esos medallones pueden matar dragones con su magia. Son

poderosísimos, eso es lo importante. Con cinco de esos podríamos tomar medio Tremia.

—No seas merluzo, Lasgol tiene razón.

—Y yo también.

—Solo en lo de tomar medio Tremia, si te refieres a librarla de los dragones.

Viggo puso de pronto cara de niño bueno.

—Por supuesto que me refería a eso… No pensarás, mi bella belicosa, que me refería a conquistarla para mí…

Ingrid puso cara de no creerle en absoluto.

—Ya, seguro…

—La idea de los cinco medallones contra los dragones es interesante —comentó Astrid y se quedó pensativa.

Lasgol asintió.

—Creo que juntar a los Portadores para que luchen contra los dragones es una idea que debemos considerar. Por separado solo pueden ganar algunas batallas, pero juntos podrían llegar a ganarlas todas, sobre todo con apoyo.

—Como el nuestro —propuso Astrid.

Sonea suspiró.

—Es una idea que llevo tiempo madurando. El problema principal es que cada uno de nosotros estamos defendiendo nuestra tierra. Va a resultar muy difícil convencerlos a todos para que se unan. ¿Dónde nos juntaríamos? ¿Para hacer frente a qué dragones? ¿Significaría eso abandonar a los nuestros a su suerte?

—Ya, esa es una dificultad importante —comentó Lasgol, que entendía lo que Sonea quería decir.

—Yo misma no me veo abandonando Erenal. Y menos ahora que hemos conseguido acabar con los dragones que la estaban atacando.

—¿No hay más avistamientos? —preguntó Astrid extrañada.

Sonea negó con la cabeza.

—No, ninguno desde que acabamos con los últimos tres en la capital.

—Estarán muertos de miedo —afirmó Viggo—. Todo el que va a un duelo, quiera luchar, tendernos una trampa o lo que sea, muere. Habrán aprendido la lección.

—Más que temor me imagino que es falta de recursos —razonó Sonea.

—¿Crees que no tienen más dragones? —preguntó Ingrid enarcando una ceja.

—Tener tendrán, pero no en esta zona. Ya venían de forma escasa antes de llegar vosotros.

—Y que lo digas, nos ha llevado una eternidad matar a los que hemos abatido. Si llego a pasar más tiempo entre dragones, me hubiera salido barba —Viggo hizo un aspaviento.

—Estarías fatal con barba, así que olvídalo —dijo Ingrid.

Viggo se pasó la mano por la barbilla y los mofletes.

—¿No me haría más hombretón?

—Eso no lo serás nunca, con barba o sin ella —dijo Ingrid—. Así que sin barba.

—Bueno, tampoco es que me salga…

—Pues por eso mismo —zanjó el asunto Ingrid.

—Hemos tardado un poco, sí, pero hemos cumplido lo que prometimos a Aurelius, rey de Erenal —dijo Astrid.

—¿Ya hemos matado a quince dragones? —se sorprendió Ingrid.

—Así es, si mi cuenta no falla —dijo Astrid.

—No falla. ¡Quince lagartijos voladores muertos! Los llevo marcados en mi cinturón de cazadragones —Viggo se lo mostró a todos, orgulloso.

—Esos no los has matado tú solo —reprochó Ingrid.

—No, pero casi, y por eso los marco —sonrió Viggo.

—Casi dice… —Ingrid negaba con la cabeza.

—Participar ha participado en todas las muertes, por lo que tiene derecho a marcarlas —defendió Astrid.

—Por eso me caes mejor, tú me entiendes —agradeció Viggo.

Astrid sonrió.

—Entiendo cómo piensas, que es diferente.

Viggo le hizo un gesto con la mano de que era lo mismo.

—Pues si hemos cumplido el trato, el rey debería dejarnos marchar —opinó Lasgol y miró a Sonea.

La bibliotecaria asintió.

—Debería, sí. No creo que se oponga, aunque estoy seguro de que veros partir no le hace ninguna gracia. Habéis sido una ayuda increíble. Además, sin vosotros me hubieran matado con la última trampa u otra. Así que os doy las gracias de todo corazón en nombre de mi reino y de mi persona —agradeció Sonea.

—Eso es porque somos formidables —Viggo se hinchó como un pavo real.

—Tienes más ego que todos los nobles de Tremia juntos —regañó Ingrid.

—Porque un día seré noble como ellos. No pararé en mis esfuerzos hasta ser Gran Duque. Sí, me sentará muy bien, nací para ello. Lo sabéis todos, solo hay que mirarme, se ve que tengo abolengo.

—Lo que se ve es que naciste de cabeza y te golpeaste contra el suelo, que es bien distinto. Así te has quedado —replicó Ingrid.

—¿Encantador e irresistible, mi querida belleza norghana? —Viggo pestañeó con fuerza mirando a Ingrid.

—Cuando te pones así me dan ganas de ahogarte —Viggo fue a decir algo en respuesta, pero Ingrid le tapó la boca con la mano—. Estás más guapo calladito.

—Guap… —intentó decir, pero Ingrid no le dejó.

Astrid, Sonea y Lasgol rieron. Viggo era más de lo que nadie podía aguantar. Lasgol miró a su amiga bibliotecaria con cariño.

—Ha sido un placer ayudarte a librar Erenal de dragones. Más que eso, ha sido un honor luchar a tu lado. Me alegro en el alma de que nuestros caminos se hayan cruzado de nuevo, y que hayamos evitado una desgracia. Sobre todo, esto último. Tienes que tener más cuidado.

—Gracias, Lasgol. Yo también me alegro en el alma de verte y agradezco vuestra ayuda.

—Además, eres una bibliotecaria, no una hechicera —le recordó Lasgol.

—Lo sé, pero es lo que toca ahora. Así son los tiempos terribles en los que vivimos.

—¿Haradin os formó a los cinco? —preguntó Lasgol.

Sonea asintió.

—Sí, tal y como se lo pedimos. Creímos que sería necesario para hacer el bien, y así ha sido, aunque nunca creímos que sería para luchar contra dragones.

—Me alegro de que Haradin os formara y os convirtiera en magos. Haréis mucho bien, contra dragones y contra lo que sea que nos depare el futuro.

—Lo que sea malo, quieres decir —intervino Viggo.

Lasgol asintió.

—Sí, malo.

Por un largo rato continuaron charlando de buen humor. Viggo siguió haciendo y diciendo de las suyas. El ánimo en el grupo era bueno pese a todo. Intentaban que los problemas del mundo no los vencieran. Sabían que les quedaba mucho para derrotar a los dragones, pero había que celebrar cada pequeña victoria.

De pronto, una conmoción entre los soldados del campamento detuvo la charla y los intranquilizó. Se pusieron en pie. Astrid y Viggo ya tenían sus manos en los cuchillos. No sabían qué sucedía, pero era mejor prevenir.

Capítulo 29

De entre los soldados de Erenal que se apartaban vieron aparecer a dos figuras sonrientes que reconocieron de inmediato.

—¡Nilsa, Gerd! —saludó Lasgol muy contento.

Con las dos figuras iban una pantera de las nieves y un lobo blanco gigante, que era lo que estaba produciendo el alboroto entre los soldados.

—¡Que alegría veros de vuelta! —dijo Astrid.

Edwina resopló aliviada al verlos y sonrió.

—Menos mal.

Ingrid levantó los brazos al aire.

—Estupendo veros aquí.

—¡Más nos alegramos nosotros de estar de regreso! —gritó Nilsa sonriendo muy emocionada.

—¡Por fin llegáis! Os habéis tomado vuestro tiempo, ¿eh? —los recibió Viggo.

—¡Calla, toca abrazo de oso! —dijo Gerd.

—No, no, de eso nada —Viggo intentó escapar, pero Gerd fue directo a por él y lo levantó del suelo en uno de sus grandes abrazos.

Nilsa abrazó a Ingrid muy contenta.

—¿Feliz de tenerme de vuelta?

—Mucho. Estos no son tiradores como tú y yo —dijo Ingrid a Nilsa.

—Ni son como hermanas —guiñó un ojo Nilsa.

—Eso también —sonrió Ingrid.

Lasgol se agachó y saludó a Ona, a la que llenó de caricias.

—¡Qué contento estoy de verte, Ona! ¿Ninguna herida? —Lasgol la examinó para ver si tenía alguna.

Astrid saludó a Argi acariciando su lomo de pelaje albino.

—Cada día estás más grande y espectacular —dijo.

Argi aulló muy contento por la atención, lo que provocó más conmoción entre los soldados de Erenal, que no estaban a acostumbrados a panteras y lobos del norte, pese a que ya los habían visto en numerosas ocasiones.

—¿Y Camu? —preguntó Lasgol.

«Yo estar aquí. Camuflaje».

—Ah, menos mal. ¿Estás bien?

«Mucho bien. Camuflaje por soldados. Ellos asustar».

—Ya, te confunden con un dragón —dijo Astrid.

«Yo dar mucho miedo. Ser normal. Yo poderoso».

—Y feo como un bicho —dijo Viggo, al que Gerd tenía apresado en su abrazo de oso.

«Yo mucho guapo. Tú sí que ser feo».

—En eso te damos la razón —dijo Nilsa.

—Yo no, pero entiendo el sentimiento —replicó Ingrid.

—Mantente con el camuflaje cuanto puedas y abandona el campamento para que no haya problemas con los soldados —dijo Lasgol.

«Sí, como siempre».

—Eso es —Lasgol se sentía mal por el pobre Camu, pero si ya antes era difícil que no produjera temor entre la gente, con los dragones era prácticamente imposible.

Lo veían como algún tipo de dragón y se armaba una buena. Ya habían tenido varios encuentros que mejor no repetir. Camu lo entendía y sabía que no era culpa suya, sino de los dragones. Aun así, a Lasgol le daba pena que no pudiera estar con ellos como uno más del grupo.

—¡Bájame al suelo, pedazo de gigantón! —clamó Viggo mientras Gerd reía y daba vueltas sobre sí mismo.

Nilsa saludó a todos con grandes abrazos. Gerd dejó por fin a Viggo en el suelo y también abrazó al resto de sus compañeros.

—¿Alguno necesita curación? —preguntó Edwina ofreciendo su ayuda.

—No, estamos bien todos —dijo Nilsa y sonrió muy agradecida.

—¿Tus heridas pasadas, bien? —preguntó la sanadora.

—Ni sé que están ahí. Eres una sanadora fenomenal —dijo Nilsa.

—Recuerda que fueron heridas muy graves, no te excedas.

—Sí, tranquila. Lo tengo en cuenta —Nilsa se miró el torso.

—Yo la vigilo para que no haga locuras como Viggo —dijo Gerd.

—Me quedo más tranquila —sonrió Edwina.

—Sentaos, os traeremos algo de comer —dijo Ingrid señalando al fuego.

—Gracias, estoy hambriento —dijo Gerd.

—Tú naciste así, eres un glotón —reprochó Viggo.

—Yo también te quiero mucho —Gerd le lanzó un beso.

Viggo puso cara de disgusto, aunque todos sabían que le encantaban aquellos tira y afloja con Gerd, y con cualquiera del grupo. Sonea se mantuvo un poco aparte hasta que terminaron los saludos entre las Panteras. Luego se unió. Desde la llegada de las Panteras al campamento del rey de Erenal, ella pasaba mucho tiempo con ellos. Solo cuando el rey o los generales la llamaban los dejaba. Estaba muy a gusto con sus nuevos amigos y aliados.

Ingrid y Astrid fueron a por comida para los recién llegados. No tardaron demasiado en volver con varias raciones para cada uno. Los cocineros de intendencia no preguntaban cuando les pedían comida, ya se imaginaban que también eran para las fieras del norte, como llamaban a Ona y Argi.

—Contadnos, ¿cómo os ha ido? —quiso saber Lasgol—. Me teníais preocupado.

—Ha ido todo muy bien. Mejor de lo esperado —avanzó Nilsa—. No ha sido nada fácil, eso sí, pero logrado está.

—Nada por lo que preocuparse —añadió Gerd.

«Yo ayudar mucho. Salir todo mucho bien».

—Eso también —dijo Gerd—. Sin Camu no lo hubiéramos logrado.

Nilsa les contó todo lo sucedido con Antonius, la Escuadra Blanca, el general Zodran, el ataque del dragón y la alianza que habían logrado al final sin dejarse detalle y de forma tan fiel como pudo. Camu fue añadiendo su punto de vista, lo que lo hizo más ameno.

«Alianza buena para todos» envió Camu muy contento por haberla logrado.

—Falta que el rey de Zangria la ratifique, y de reyes y zangrianos no me fío nada —dijo Viggo buscando algo con lo que picarles.

—Ya estás, siempre siendo un dolor de muelas —se quejó Nilsa.

—Algo de razón tiene —defendió Ingrid—. Tenéis la palabra del general Zodran, que es la mano derecha del rey de Zangria, pero tiene que ratificarla.

—Lo hará —aseguró Gerd—. Zodran quedó muy impresionado y quiere la sustancia dorada de Dameros.

—Ya, como todos —comentó Viggo con tono ácido.

—Lo convencerá, no te preocupes —dijo Nilsa—. No solo por la sustancia dorada, también por los rebeldes. Eso le impresionó. No esperaba ver a soldados de Kraido y mucho menos a brujos de dragón atacando y matando a uno de sus señores dragones.

—Sí, eso debe ser convincente —asintió Astrid.

—La muerte del dragón lo terminó de convencer —añadió Gerd.

—Entonces la misión ha sido un éxito —se alegró Lasgol.

—Sí, ha ido mejor de lo esperado, sobre todo por la colaboración de la Escuadra de brujos de dragón —explicó Gerd—. Se arriesgaron mucho.

—No tuvimos que recurrir al plan B —sonrió Nilsa.

—Menos mal —se alegró Ingrid.

—Sí, era un plan demasiado arriesgado —dijo Lasgol aliviado.

—Los planes B no siempre salen bien —sonrió Gerd y siguió comiendo.

—Tenemos que explicárselo a Aurelius —dijo Sonea, que había estado escuchando todo con gran interés.

—Lo hará Antonius, seguro —respondió Nilsa.

—Sí, pero es un gran logro y os merecéis el reconocimiento que estoy segura que el rey os dará —agradeció la bibliotecaria.

—Además, tenemos que asegurarnos que cumple con su parte en esta alianza —expresó Ingrid.

—Lo hará, seguro —dijo Sonea.

—Ya, necesita sustancia dorada —razonó Astrid.

—Como todos —volvió a decir Viggo.

—Confiemos en que todos hagan lo correcto —deseó Lasgol.

—O de lo contrario no quedará nada de Tremia —predijo Astrid.

Capítulo 30

La reunión con Aurelius en su campamento en los MiIl Lagos tuvo lugar a la mañana siguiente. Lo acontecido era muy importante y requería de acción inmediata. El rey estaba acompañado de dos de sus generales y protegido por un cerco de soldados y las Luchadoras del Nuevo Sol. Cuatro de ellas mostraban rostros bien magullados y heridas varias. Sonea estaba a la derecha del rey y Antonius a la izquierda. Por parte de las Panteras estaban todos menos Camu, que aguardaba en uno de los lagos cercanos.

—Sonea me ha informado de lo sucedido en la capital en el último encuentro con los dragones. A su vez, Antonius me ha contado todo lo que habéis logrado en la misión en Zangria. Aun así, me gustaría que vosotros me lo relatéis para que tenga también vuestro punto de vista. Siempre es mejor tener información completa de aquellos que lo han vivido.

—Por supuesto, majestad —dijo Ingrid—. Yo puedo relatar lo sucedido en la capital con los dragones.

—Adelante, por favor.

Ingrid le narró lo acontecido y el combate, así como la trampa en la que cayeron y las enormes dificultades que tuvieron para salir de allí victoriosos y con vida. Mientras lo hacía, Astrid lanzaba miradas a las cuatro luchadoras con las que había tenido un encuentro desagradable para que supieran que podía relatarle al rey la emboscada. La reacción de las cuatro, que bajaron la cabeza y apartaron la mirada, le confirmó que no iba a tener más problemas con ellas. Cuando Ingrid terminó su relato de los hechos el rey tomo la palabra.

—Sí, eso es lo que Sonea me había contado. Os prepararon una trampa… por lo que saben que los duelos eran a su vez una trampa nuestra…

—Así es —dijo Ingrid.

—No podremos usar más esa estrategia —se lamentó el rey.

—Tampoco se han avistado dragones últimamente —añadió Sonea.

—Cierto, lo cual son muy buenas noticias para Erenal. Lo que desconozco es el motivo. O se han replegado, por alguna causa, o andan escasos de dragones. Me gustaría pensar que es lo segundo, pero será probablemente lo primero. ¿Cuántos dragones habéis matado desde vuestra llegada?

—Con los últimos sobrepasamos la quincena, majestad —dijo Ingrid.

—Eso me temía. Yo también llevo la cuenta —sonrió el rey—. Nuestra colaboración llega entonces a su fin…

—Solo en este ámbito de cazar dragones, por lo demás seguimos siendo amigos del reino del Erenal y colaboraremos con su majestad tanto como podamos —dijo Ingrid.

Aurelius asintió.

—Bien expresado. Luego hablaremos de este tema. Quiero oír el relato de lo sucedido en Zangria.

—Yo puedo narrarlo —se presentó voluntaria Nilsa.

—Adelante, me interesa mucho. El futuro de las naciones de Tremia está en juego —observó el rey.

Nilsa contó lo sucedido y la alianza que habían logrado tanto con el general Zodran como con la Escuadra Blanca de la rebelión. Todos aguardaron impacientes a que terminara. Lo que el rey decidiera a continuación sería de enorme importancia.

—Impresionante lo que habéis logrado —congratuló—. Que erais unos luchadores excepcionales lo sabía por todos los dragones que habéis ido matando. Pero que tuvierais capacidades de espía y negociación diplomática es algo que me ha sorprendido de forma muy positiva.

—Si su majestad me permite… —incidió Antonius—. Lo que se ha logrado en la misión diplomática y el modo de conseguirlo ha sido

sumamente impresionante y brillante.

—La alabanza de un espía y diplomático experimentado como tú le da más valor todavía a lo que nuestros amigos han logrado —opinó el rey.

—Ha sido un placer poder lograr la alianza —dijo Nilsa.

—¡Y con Zangria nada menos! Los zangrianos son muy obstinados y no perdonan nada, aunque hayan pasado centurias desde que sucedió. Es muy difícil convencerlos de nada y todavía más llegar a acuerdos.

—¿Ratificará su majestad la alianza? Es necesario para que el general Zodran la presente al rey de Zangria —preguntó Nilsa.

El monarca se quedó pensativo un momento.

—Podría requerir que el rey de Zangria la ratificara primero, pero no lo voy a hacer. Eso podría ponerla en peligro. Voy a dar el primer paso y ratificarla. Es demasiado importante para dejarme llevar por mis rencores o mi orgullo. Tengo muy claro, como estoy seguro de que todos aquí, que si no nos unimos y buscamos nuevas alianzas como la de los rebeldes de Kraido, no lograremos vencer a los dragones. Mi reino está en ruinas, mis súbditos pasan miedo y hambre. Tengo que hacer lo que es mejor para ellos. Por ello olvidaré el pasado con Zangria y también con Norghana, con la que hemos tenido diferencias y hemos estado en guerra, y timbraré la alianza con mi sello real. Solo espero que el rey de Zangria haga lo mismo.

—Lo hará, no le queda más remedio —intervino Antonius—. El general Zodran lo reconoció. Su situación es tan mala como la nuestra o peor. Sin una alianza tiene los días contados.

—Como nosotros, y eso que contamos con Sonea y sus amigos —dijo el rey y los miró uno por uno.

—Siempre estaré al servicio de mi reino —afirmó Sonea.

—Sí, tú sí, pero tus amigos, no. Lo que me lleva a un punto que preferiría no tratar, pero que debo… el de dejaros marchar, Panteras de las Nieves.

Lasgol intervino.

—Debemos regresar a Norghana, majestad. Nuestra líder nos requiere allí.

—Hemos recibido órdenes de regresar —informó Ingrid.

—Es natural. Yo también os haría volver de poder contar con vosotros.

—Además, no tenemos munición. Solo nos quedan un puñado de flechas elementales —explicó Ingrid.

—Vuestras flechas elementales y esa sustancia dorada mágica son algo que mi reino también necesita. Es una de las razones por las que estoy dispuesto a olvidar el pasado con Norghana y formar una alianza con el reino de las nieves. Ya he enviado comunicados a los generales Rangulself y Olafstone, que gobiernan por el infante rey, para fortalecer lazos. Desde la llegada de los dragones todos los reinos hemos dejado de lado guerras y odios para poder sobrevivir. No ha habido agresiones entre reinos de Tremia, y sí algo de colaboración. Necesitamos una alianza fuerte, una real con compromiso por parte de todos los reinos. Eso es lo único que nos salvará. Eso y nuevos aliados.

—Sabias palabras, majestad —reconoció Sonea.

—Esperemos que el rey de Zangria haga lo mismo —deseó Antonius.

—Esperemos que así sea —asintió el monarca.

Hubo un momento de silencio. Luego Aurelius se dirigió a las Panteras.

—Entiendo que es vuestro deseo regresar a Norghana.

—Así es, majestad —confirmó Ingrid.

—Tenéis mi permiso y agradecimiento por toda la buena labor que habéis realizado aquí.

—Gracias, majestad, ha sido un honor —dijo Ingrid expresando el sentimiento de todo el grupo.

—Preferiría que os quedarais por si aparecen más dragones, pero entiendo que debéis reportar a vuestro líder y a los generales.

—Es lo correcto, ya llevan mucho tiempo con nosotros —dijo Sonea.

El rey asintió. En su rostro se apreciaba que no le gustaba la idea de perder a las Panteras, pero no podía retenerlas contra su voluntad.

—Marchad y sabed que siempre seréis bienvenidos en mi reino. No olvidaré todo lo que habéis hecho por nosotros.

Ingrid bajó la cabeza a modo de respeto.

—Muchas gracias, majestad. Un día volveremos —dijo Nilsa y también bajó la cabeza. Luego lo hicieron todos los demás.

Al amanecer las Panteras de las Nieves se despedían de Sonea. Un bote aguardaba en la orilla del lago, ya habían cargado armas y provisiones para el viaje.

—¿Cómo iréis hasta Norghana? —preguntó Sonea.

—Esta vez lo haremos a la vieja usanza, en bote y a pie —explicó Lasgol.

—Yo preferiría usar un portal, es mucho más rápido, pero no hay ninguno cerca —se encogió de hombros Viggo.

—El más cercano está en los bosques insondables de los Usik… —Ingrid abrió las manos—. Preferimos no adentrarnos en ese lugar si hay otra opción.

Sonea asintió.

—No os culpo. Nadie en sus cabales se adentraría en los bosques Usik sin un buen motivo o, mejor dicho, si hay otra opción.

—Sí, ya hemos tenido experiencia con los Usik. No fue nada agradable —dijo Lasgol.

—Así que cruzaremos los Mil Lagos en bote y luego iremos hacia el norte atravesando Zangria hasta alcanzar la frontera con Norghana —explicó Ingrid.

—Os llevará algo de tiempo.

—Mientras no encontremos problemas, será un agradable paseo —sonrió Nilsa.

—Si veo caballos por el camino, me los robo —comentó Viggo—. Lo de caminar me gasta las suelas de las botas.

—No robarás nada —dijo Ingrid y le lanzó una mirada de que eso era moralmente reprochable.

—Bueno, los cogeré prestados.

—No le hagas caso, no haremos tal cosa —aseguró Ingrid a Sonea.

Lasgol le puso la mano en el hombro a su amiga bibliotecaria.

—¿Seguro que no quieres acompañarnos?

—Querer, quiero, pero no puedo. Mi deber está aquí, con los míos —Sonea soltó un suspiro largo.

—Ven con nosotros a Norghana —rogó Lasgol una última vez, que había estado intentando convencerla.

—Me encantaría ir, sería toda una experiencia, aprendería muchísimo, y sabéis cuánto me gusta aprender nuevas cosas.

—Pues ven, no hay peligro de dragones de momento —dijo Ingrid.

—No estaría tranquila. ¿Y si aparecen cuando estoy con vosotros y atacan este campamento?

—Eso es muy pesimista —dijo Nilsa—. No tiene por qué pasar.

—Por desgracia, muchas veces lo que no tiene que pasar, pasa. Mi nación está arrasada y en ruinas. Tengo que quedarme y ayudar. Es lo más importante para mí.

—Nos vendría muy bien tenerte a nuestro lado. Tu poder es impresionante —reconoció Astrid.

—El poder del medallón Ilenio —aclaró Sonea.

—Y de su Portadora —dijo Lasgol.

Sonea suspiró.

—Si hay una necesidad imperiosa, acudiré en vuestra ayuda, pero de momento no la hay y mi deber es defender lo que queda de mi devastada nación.

Lasgol miró a sus amigos, que hicieron gestos de comprensión.

—Está bien. Iremos a Norghana, hablaremos con nuestra líder y luego veremos. Si te necesitamos, te haremos llamar —dijo Lasgol.

—De acuerdo —Sonea sonrió con pena por la despedida.

Lasgol le dio un abrazo.

—Cuídate mucho.

—Tú también, Lasgol —dijo ella.

Uno por uno, todos se despidieron de Sonea. Hasta Ona y Argi agradecieron las caricias que Sonea les dedicó.

—Despedidme de Camu, por favor.

—Descuida —dijo Lasgol.

—Se pondrá triste porque no vienes —dijo Gerd.

—Yo también estoy triste por no poder ir con vosotros. Tened mucho cuidado. Con los dragones nunca se sabe…

—Lo tendremos —aseguró Lasgol.

El grupo subió al bote y usando los remos comenzaron la travesía. Camu aguardaba en una isla cercana.

Regresaban a casa, a Norghana, por fin.

Capítulo 31

Las Panteras de las Nieves llegaron a las afueras de su amada capital, Norghania, después de un largo viaje desde los Mil Lagos. El trayecto había sido tranquilo, sin encuentros con dragones o soldados de Kraido. Lo habían agradecido, ya que tenían prisa por llegar a casa y hablar con sus superiores. Viggo, desoyendo a todos, había robado varios caballos en medio de la noche en un puesto avanzado del ejército zangriano. Esto les había permitido viajar mucho más rápido. Lejos de aceptar su mal comportamiento, Viggo había estado todo el camino echándose flores por robar los caballos y permitir al grupo viajar mucho más rápido y descansados. Por mucho que le dijeron que robar al ejército zangriano no había sido una buena idea, él lo rechazó. Estaba encantadísimo consigo mismo, como era habitual en él.

—¿No os parece que está muy tranquilo todo? —preguntó Gerd.

El grupo observaba la ciudad desde el linde de un bosque cercano. Intentaban determinar si había peligro y el mejor punto de entrada antes de acercarse.

—No veo soldados de Kraido sitiándola —comentó Lasgol.

—Tampoco hay dragones atacando como cuando nos fuimos —comentó Viggo.

«Mucho raro. No ataques» envió Camu con el mismo sentimiento de extrañeza.

—La ciudad no ha caído. En la parte norte hay soldados norghanos —comentó Lasgol, que había utilizado su habilidad Ojo de Halcón para cerciorarse—. La torre de los Magos de Hielo, el castillo real y la torre de los Guardabosques, aunque muy castigadas, siguen en pie, como negándose a sucumbir.

—La zona sur… está arrasada —dijo Ingrid con expresión de horror.

—Toda la ciudad está muy castigada… —Astrid negaba con la cabeza ante la visión de la que una vez había sido la magnífica ciudad de las nieves.

—No sabéis lo que me entristece ver todos esos edificios en ruinas, el estado de las murallas… Apenas puedo creerlo —comentó Nilsa muy apesadumbrada.

—La de muertes que habrá habido… No solo de soldados, sino de civiles… —Astrid se llevó las manos a los ojos y se los frotó como deseando que estuviera viendo un espejismo horroroso.

«Muchos muertos. Mucho destrucción. Dragones no tener piedad ni corazón» envió Camu.

—Me lo habíais contado y estaba medio preparada para verlo, pero esto es mucho peor de lo que me imaginaba. Incluso después de ver cómo ha quedado Erenalia —expresó Astrid.

—Nada te prepara para semejante destrucción —dijo Ingrid con un largo suspiro de pena.

—Todavía resiste, eso es lo importante —dijo Gerd intentando animarlas.

—Lo es, pero siento un pinchazo de dolor agudo aquí —Nilsa se llevó el puño al corazón—, no se me pasa.

—Dale un poco de tiempo, se acostumbrará —aseguró Gerd.

—Tampoco hay columnas de fuego, y esas suelen ser constantes en una zona u otra de la ciudad —Lasgol se rascaba la barbilla.

—No sé para qué le dais tantas vueltas. Si no atacan es porque se han cansado de hacerlo o se están reagrupando —dijo Viggo.

—Lo segundo tendría sentido. Lo primero… no —corrigió Gerd.

—Y en cuanto a ver a nuestra querida capital machacada, no os preocupéis, cuando acabemos con todos los dragones la reconstruirán y quedará como nueva —afirmó Viggo como si fuera muy sencillo.

—Ya… en nada… —Ingrid negaba con la cabeza.

Se quedaron un rato observando la ciudad. Astrid, Ingrid y Nilsa, que no la habían visto en aquel estado dramático, pasaron un mal rato. Los dragones arrasaban cuanto podían. Si Norghania no lo estaba por completo era porque todavía resistían los bravos guerreros en su interior.

—Entremos por la muralla este, será lo más rápido —sugirió Lasgol.

—De acuerdo —asintió Gerd.

El resto del grupo los siguió.

—Camu, mejor si esperas fuera hasta que veamos cómo están las cosas —pidió Lasgol.

«Ya imaginar. Yo esperar».

—Gracias, amigo.

«No problema. Guerra ser así».

—En efecto, no es buena para nadie —se unió Gerd y le dio una palmada de apoyo a Camu.

—Ona, Argi, quedaos con Camu de momento. Así no estará solo —dijo Lasgol.

Ona himpló una vez y Argi soltó un aullido corto.

Se pusieron en marcha avanzando con cuidado pues, aunque la situación parecía tranquila, ellos sabían que uno no se podía confiar y, mucho menos, en tiempos de guerra. Llegaron a la muralla este y entraron por una parte que estaba destruida y por la que se podía acceder al interior de la ciudad. Una vez dentro se dirigieron hacia la zona norte, al castillo real. Según avanzaban, Astrid, Ingrid y Nilsa fueron testigos de los destrozos de la guerra. Con expresiones mezcla de horror y pena recorrieron las calles observando cómo había quedado su amada capital. Solo la visión en la distancia de las eternas cordilleras nevadas les transmitía algo de calma y alegría. No era el regreso que ellas hubieran querido.

Llegaron a un punto de control y Lasgol se adelantó para informar a los soldados norghanos que se acercaban

guardabosques. Lo último que querían era que los confundieran con enemigos y les atacaran. Tuvieron que hacer lo mismo en tres puntos más según se aproximaban al castillo antes de que les dieran acceso al interior.

Cruzaron la puerta de la muralla que protegía el castillo tras parlamentar con el oficial al mando, que reconoció a Lasgol, Gerd y Viggo y los dejó pasar sin problemas.

Se dirigieron a la torre de los Guardabosques. Según avanzaban vieron que varios guardabosques que estaban en las murallas bajaban corriendo. Esto los sorprendió, pero siguieron su camino.

Un par de guardabosques se acercaron y los observaron antes de correr hacia la torre.

—¿Qué les pasa a estos? —preguntó Nilsa extrañada.

—Que han visto a tres fantasmas —dijo Viggo sonriente.

—No somos fantasmas —replicó Nilsa.

—Para ellos lo sois. Lleváis años desparecidas y ahora venís las tres de golpe como si nada —explicó Viggo—. Ya lo creo que les parecéis muertos regresados del más allá.

—No digas tonterías. Por supuesto que no creen eso —dijo Ingrid.

—¿No? ¡Míralos! —Viggo señaló a los guardabosques que se habían dirigido a donde otros entrenaban y les estaban explicando algo. Todos los miraban.

—Algo de expectación sí parece que levantamos —comentó Astrid al ver que más y más guardabosques aparecían de detrás y del interior de la torre y los observaban acercarse con paso lento.

Si esto ya les parecía raro, más aún cuando, de repente, los guardabosques se pusieron a vitorearlos y aplaudieron. Se escuchaban frases de alegría por el regreso de los héroes. Tras el impacto inicial, los gritos y vítores celebrando su regreso sanos y salvos les llenaron de alegría y reconfortaron sus espíritus. En especial vitorearon el regreso de Ingrid, Nilsa y Astrid, a las que por fin habían conseguido rescatar sus compañeros. Las tres

agradecieron en el alma que aclamaran sus nombres y las recibieran con aplausos y una alegría enorme.

Todos se sintieron un tanto cohibidos al ver el caluroso recibimiento de sus compañeros de armas. Todos, excepto Viggo, que disfrutaba de cada instante y parecía que iba a explotar de lo hinchado que estaba su orgullo. Se vino arriba y comenzó a vitorear él también animando al resto de guardabosques a que lo hicieran con más ímpetu. Ingrid negaba con la cabeza y cubría su rostro con una mano.

Llegaron hasta la torre de los Guardabosques, pero no pudieron acceder pues el resto de sus compañeros estaban delante aplaudiendo su regreso. Se quedaron frente al edificio y recibieron la ovación de todos. Los corazones de las Panteras se llenaron de felicidad por semejante recibimiento.

—Hoy es un gran día —anunció una voz sobre los vítores y aplausos.

Las Panteras la reconocieron. Era Sigrid, líder de los guardabosques. Estaba observándolos desde la entrada a la torre. Había bajado a ver qué estaba sucediendo y el motivo del alboroto. Su rostro mostraba la alegría que su corazón sentía por ver a las Panteras regresar.

La saludaron todos casi al unísono y bajaron la cabeza con respeto ante su líder.

—Ingrid, Nilsa, Astrid, apenas puedo creer lo que me muestran mis ojos.

El resto de los guardabosques guardaron silencio y observaron la escena de reencuentro.

—Hemos regresado, pese a todo y después de todo este tiempo —confirmó Ingrid.

—Sanas y salvas —dijo Nilsa con una sonrisa.

—Ha costado más de lo que ninguna de nosotras hubiera deseado, pero aquí estamos de regreso —dijo Astrid.

—No sabéis la inmensa alegría que me dais. Lasgol ya me había enviado noticias sobre vosotras, pero veros aquí, en medio de vuestros compañeros, me parece un sueño más que la realidad.

—Es real, hemos regresado —aseguró Ingrid—. Astrid y yo fuimos liberadas por nuestros queridos amigos y Nilsa consiguió recuperarse en el desierto.

—¡Qué gran día es hoy en el que tres heroínas de los guardabosques regresan a casa! —Sigrid levantó los brazos al cielo.

—Dispuestas a luchar por el reino —añadió Ingrid.

—Como siempre hemos estado —dijo Nilsa.

—Para acabar con los dragones invasores —afirmó Astrid.

—No solo regresáis, sino que lo hacéis con el mismo espíritu indomable que siempre habéis demostrado. No podría estar más contenta. Mi corazón lloraba vuestra pérdida y cada día que no podía ayudaros sangraba un poco más. Lamento no haber podido socorreros.

—Sabemos que nuestra líder ha hecho cuanto ha podido —dijo Ingrid.

—De eso no tenemos duda —se unió Astrid.

—Lo importante es que nuestros compañeros consiguieron encontrarnos y salvarnos —dijo Nilsa.

—Cosa nada sencilla —añadió Astrid.

—Quiero que me lo contéis todo, necesito saberlo. Pero antes, recibid el aprecio de los guardabosques.

Sigrid comenzó a cantar la oda del retorno de los héroes valerosos con su firme voz, entonando la melodía con fuerza. El resto de los presentes se le unieron al instante y todos cantaron a plena voz para recibir a las heroínas que regresaban a casa después de tanto tiempo de penurias y sufrimiento.

Los cantos siguieron un buen rato y provocaron que los soldados norghanos los observaran extrañados. Hasta un par de Magos de Hielo salieron de su torre para ver lo que sucedía.

—Entrad, tenemos mucho de qué hablar —pidió Sigrid cuando finalizaron la oda.

La siguieron al interior de la torre. Lasgol iba pensando que la situación y el recibimiento que habían tenido al llegar a Norghania les había cogido por total sorpresa. Esperaban encontrar la ciudad en estado similar a como la habían dejado, con continuos ataques de dragones y el ejército de Kraido. Sin embargo, la ciudad no estaba sufriendo ataques y a ellos los habían recibido como héroes norghanos.

Era un muy buen día, uno que recordarían siempre.

Capítulo 32

Subieron por las escaleras de la torre de los Guardabosques siguiendo a su líder, saludados con respeto por otros guardabosques que se iban encontrando que estaban de guardia y no habían bajado a darles la bienvenida. Lasgol apreciaba el gesto y estaba seguro de que sus compañeros también.

Llegaron a los aposentos de Sigrid en la torre y la líder les indicó que entraran a su despacho. Fue a sentarse tras su mesa de trabajo y se detuvo. En un gesto raro en ella, que era una mujer norghana de carácter duro y firme, fue hasta Ingrid y le dio un fuerte abrazo.

—Fuiste muy valiente al negarte a entregar la espada dorada, la Matadragones, sabiendo que Thoran te entregaría a la familia regente de Ocorum.

—Mis principios son inquebrantables. Juré proteger las armas doradas y eso es lo que hice. El precio que tuviera que pagar por ello es irrelevante.

—No lo es, has pagado un precio muy alto. Años de encarcelamiento aislado en una lejana ciudad de la costa este.

—Volvería a tomar la misma decisión sin dudarlo.

—Eres íntegra y de gran coraje. Siempre lo has sido, ojalá todos fueran como tú.

—Hay muchos entre los guardabosques que son como yo.

—Algunos hay, pero no tan sobresalientes. Y por desgracia, alguna que otra manzana podrida también tenemos. Así es la vida, no pueden ser todos rectos como espigas. Pero necesito a todos los guardabosques en tiempos de guerra.

—Es entendible —asintió Ingrid.

—El reino te debe mucho. Yo te debo mucho.

—No me debéis nada. Cumplí con mi palabra y mi deber. No hubiera podido actuar de ninguna otra forma.

Lasgol, que estaba junto con Gerd y Viggo algo más retrasado, observó de reojo al asesino. Estaba orgullosísimo de Ingrid y tenía los ojos húmedos. Lasgol sabía que Viggo lo había pasado muy mal todo este tiempo sabiendo que ella estaba presa, pero había insistido lo indecible y al final había conseguido su propósito: liberarla.

Miró a Astrid y sintió algo de envidia por Viggo. Él no había tenido el mismo sentimiento de inquietud y urgencia máximas de Viggo. No recordar a Astrid no le había empujado del mismo modo. Ahora se daba cuenta de la diferencia y se sentía mal, aunque sabía que no era su culpa lo que le había sucedido, tanto a él como a Astrid.

Sigrid pasó a situarse frente a Astrid y le dio también un sentido abrazo.

—Mi espía favorita —sonrió—. Siento mucho que las Luchadoras del Nuevo Sol te capturaran. Hice cuanto pude por rescatarte, pero no hubo forma de localizarte y Erenal no quiso negociar tu rescate. Al igual que sucedió con Ocorum e Ingrid, los reyes y regentes tienen otras prioridades y muchas veces no es posible disuadirlos.

—No hay nada que sentir. Yo robé el Guantelete de Liriana y sabía a lo que me arriesgaba. No tenía sentido dejar un arma dorada como una reliquia inútil en manos de las Luchadoras. A ellas no les servía más que para adorarla.

—Cierto, ellas no sabían el poder que tiene esa arma dorada y su utilidad.

—Por eso robé el arma para las Panteras. Para usarla contra un dragón, que es su fin.

—Tu sacrificio y el tiempo que has estado prisionera no serán olvidados. Yo no lo olvidaré, un día serás recompensada.

—Gracias, Sigrid. Pero al igual que Ingrid, si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría sin pestañear.

—Sois magníficas. No sabéis cuánto me alegro de que hayáis regresado con vida.

Escuchar aquellas palabras de Astrid hizo que el malestar que Lasgol sentía disminuyera. Era valiente y no se arrepentía de lo que había hecho, volvería a hacerlo y pagar por ello. Este conocimiento consiguió que se le bajara un poco la acidez que sentía en el estómago.

Sigrid abrazó a Nilsa a continuación.

—¿Estás completamente sanada?

—Lo estoy —Nilsa señaló su torso con el dedo índice—. Me abrieron en canal, pero las curanderas de los Desher Tumaini me salvaron. Ellas y su estanque de poder.

—Ese estanque debe ser muy poderoso.

—Lo es, pero sin la ayuda de la sanadora, no sé si hubiera despertado algún día —Nilsa miró a Edwina.

—Lo hubieras hecho —sonrió ella.

—Edwina, mil gracias por tus servicios. Nunca podremos pagarte lo que has hecho por los guardabosques —agradeció Sigrid.

—No es necesario, es mi deber. Ayudar a este grupo de valientes y dedicados guardabosques es un honor. Además, he pasado unas aventuras increíbles en lugares remotos y asombrosos.

—Estarás agotada.

—Lo estoy. A mi edad tanta emoción y viaje no son buenos.

—Puedes quedarte en la torre en uno de los aposentos para las visitas importantes —dijo Sigrid—. Descansa y recupérate del viaje.

—Gracias. Si no os importa me retiraré y os dejaré hablar tranquilamente de asuntos del reino.

—Por supuesto, adelante —concedió Sigrid.

Edwina se despidió del grupo y se marchó.

—La pobre se estaba cayendo del cansancio —dijo Nilsa.

—Es natural, no puede seguiros el ritmo.

—Nos ha ayudado incontables veces —afirmó Gerd con tono agradecido.

—Me tenéis que contar todo lo que habéis pasado con más detalle, pero ya habrá tiempo. De momento con veros de regreso sanas y salvas me es suficiente —dijo Sigrid.

Las tres asintieron.

—Siempre al servicio de la líder de los guardabosques —pronunció Ingrid.

Sigrid se quedó pensativa.

—Ingrid, ¿tienes las armas doradas? —preguntó de pronto.

—Las tengo —confirmó ella—. Las escondí por lo que pudiera sucederme.

—E hiciste muy bien —asintió Sigrid varias veces—. Ahora las necesitamos, es lo primero que quiero que hagáis. Debéis recuperarlas para combatir contra los dragones con ventaja.

—Muy bien, así lo haremos —prometió Ingrid.

—¿Dónde las escondiste? Las hemos buscado por todas partes —preguntó Sigrid enarcando una ceja.

—En un lugar que solo yo conozco, en la casa donde me crie.

—Vaya, eso no lo habíamos pensado. Las hemos buscado en la capital y en los alrededores.

—Visité mi aldea con Viggo hace un tiempo, Tonsberg. Pensé que era un buen sitio para esconderlas. Un pequeño pueblo tranquilo y una granja abandonada. Las enterré allí, en la casa.

—Sí, escogiste un buen escondrijo —asintió Sigrid.

—También creí que Viggo daría con el lugar, pero me equivoqué. Ni se le ocurrió.

Viggo se encogió de hombros.

—No me vino a la cabeza… —se disculpó.

—Ya, porque ahí arriba no tienes más que aire —dijo Ingrid.

—Podías haber dejado un mapa o algo.

—Sí, para que Thoran me lo quitara antes de entregarme y se hiciera con las armas doradas.

—Bueno… visto así…

—Lo dicho, que no tiene nada más que aire ahí arriba. Aire que además se hincha cada dos por tres. Un día va a salir volando.

Viggo se puso rojo.

—Pero soy el mejor cazadragones de Tremia —dijo y mostró el cinturón con todas las marcas de cada dragón que había derrotado.

—Vaya, ¿esas marcas son dragones muertos? —quiso saber Sigrid con expresión de sorpresa.

—Así es —contestó Viggo.

—No los ha matado todos él, lo hemos hecho entre todos —explicó Nilsa.

—No todos —se defendió Viggo.

—Ya lo imaginaba, habéis estado muy ocupados —dijo Sigrid—. Es impresionante lo que habéis sido capaces de hacer.

—Hemos tenido colaboración —dijo Lasgol—. Sonea, una maga del reino de Erenal, nos ha estado ayudando.

—¿Una maga? ¿Cómo os ha ayudado?

—Con magia Ilenia, de los dorados —explicó Lasgol.

—¿Habéis encontrado a alguien más que tenga magia dorada, como Dameros de York?

Lasgol negó con la cabeza.

—No, Sonea no tiene magia dorada, lo que tiene es un poderosísimo medallón Ilenio, que es el que tiene la magia dorada. Es como una de las armas doradas, pero mucho más poderoso pues permite conjurar.

—Oh, entonces ese medallón es un arma dorada, una de magia.

Lasgol movió la cabeza a los lados.

—Sí… algo así. Sonea es una de los Portadores —explicó Lasgol.

—No los conozco, ¿quiénes son?

—Esa explicación va a llevar tiempo —dijo Lasgol.

—Muy bien —Sigrid se sentó en el sillón tras el escritorio—, contádmelo todo sin dejaros nada. Todo lo sucedido desde que salisteis de Norghana hasta ahora. Vuestros informes han sido pocos y escuetos. Necesito conocer todo lo que ha pasado y toda la información valiosa que tengáis. Hay temas de enorme importancia para todos que tengo que entender y estudiar.

—Por supuesto —asintió Lasgol.

—Adelante. Cuéntamelo todo.

Lasgol explicó a la líder de los guardabosques lo sucedido y respondió a las preguntas que Sigrid fue haciendo según relataba la historia. Intentó aclarar todos los puntos y ser lo más preciso posible. Cuando terminó, Sigrid se quedó pensativa un largo rato.

—Hay que recuperar las armas doradas. Os quiero bien armados y en disposición de usarlas. Entiendo que necesitaréis los guantes de mi hermano Enduald y objetos de poder.

—Puede que los guantes y las cargas de poder no sea necesarios… —comentó Lasgol.

—¿Cómo es eso? —Sigrid puso cara de estar intrigada.

—Creo que quizá sea posible usar la sustancia dorara de Dameros en las armas doradas de forma directa —explicó Lasgol.

—Eso sería un avance inesperado y muy importante.

—Hay que probarlo, no estoy seguro… es solo una teoría —dijo Lasgol—. En mi caso funciona, pero claro, yo tengo el don.

—Recuperad las armas. Llamaré a mi hermano Enduald y las probamos con él presente. Si no funcionan, puede que se le ocurra algo. Ya sabéis que tiene mucha cabeza y buenas soluciones a problemas complejos.

—Lo sabemos —dijo Ingrid.

Lasgol no recordaba a Enduald, aunque sabía que había construido los guantes de poder para que sus compañeros sin el don pudieran usar las armas doradas. También sabía que estaba versado

en temas mágicos y que era una eminencia en magia de encantamiento de objetos.

Capítulo 33

Los días de descanso y tranquilidad en Jadrakos terminaron. Nahia y Logan, junto a Aroa y Eki, se presentaron al comandante Zaldi-Beltz-Lehen y su jinete, el capitán Droken. Los había hecho llamar, lo que significaba que ya tenían misión asignada, o así lo interpretaba Nahia, que todavía no había asimilado lo que había sucedido en la misión de escolta al Gran Oráculo.

Vio que Logan la miraba de reojo con expresión de preocupación. Menos mal que tenía a Logan para contarle todo lo que le pasaba y apoyarse en él. Logan siempre le decía que no lo necesitaba, que podía arreglárselas siempre por sí misma. De lo que no se daba cuenta era de que diciendo eso ya la estaba apoyando. Seguramente tenía razón, pero a ella le gustaba tener su apoyo y ayuda, pues le daba más fuerzas ante situaciones difíciles. La vida era ya suficientemente dura y un poco de apoyo, serenidad y confianza, que era lo que Logan siempre le transmitía, le sentaban muy bien.

«Bienvenidos, dragones raudos y jinetes» saludó Zaldi-Beltz-Lehen.

«Siempre dispuestos» envió Eki.

«Aguardamos órdenes» envió Aroa.

«Órdenes es lo que tengo para vosotros, y son un tanto especiales…».

«¿Señor?» a Eki aquello le pareció raro y su expresión así lo mostró.

«La reunión entre los cinco reyes y el Gran Oráculo fue un tanto… tensa…».

«No sabíamos… estábamos fuera» replicó Aroa.

«Sí, estabais de guardia en el exterior. Bueno, en cualquier caso, he recibido una petición especial del Gran Oráculo».

Esto captó la atención de todos al momento.

«¿Nos incumbe?» preguntó Eki por sorpresa, ya que parecía obvio que así era.

«Así es. A vosotros dos en concreto».

—Y también a vuestros jinetes —dijo Draken.

Nahia tragó saliva. Después de lo que había pasado, ¿qué querría el Oráculo con ellos? Algo bueno seguro que no iba a ser.

«El Gran Oráculo ha estado reflexionando sobre las visiones que tuvo durante la reunión con los cinco reyes. Cree que son premoniciones malignas».

«¿Premoniciones malignas?» preguntó Aroa enviando un sentimiento de que aquello no le gustaba nada.

«Eso me ha transmitido el Gran Oráculo. No me ha dado mucho detalle, solo que tuvo dos visiones y ahora cree que son premonitorias de algo terrible que va a suceder. Me ha comunicado que es de una importancia crítica no solo para la guerra en Tremia sino para el destino de los dragones como raza, para su supervivencia».

—Algo tremendamente grave —añadió Draken.

«En ese caso se lo habrá transmitido a los cinco reyes» envió Aroa dando por hecho que de algo tan grave se encargarían ellos.

«El Gran Oráculo no cree que los cinco reyes sean la mejor opción para esta situación. Prefiere seleccionar él a quien se encargue de la misión».

«¿No se fía de los cinco reyes?» preguntó Eki con ojos muy grandes.

«Los cinco reyes y el Gran Oráculo tienen una relación complicada. Los monarcas lo temen por su enorme poder mágico visionario y eso hace que no sean los mejores aliados cuando quien requiere la misión es el propio Oráculo».

«Cree que los reyes no la cumplirán para que él no gane más poder» dedujo Eki.

«No me lo ha expresado en esos términos, pero todos podemos leer entre líneas. Como decía, la relación entre el Gran Oráculo y los cinco reyes es muy compleja. Esta vez requiere de nosotros para realizar la misión».

—Nosotros, los dragones raudos y sus jinetes —aclaró Draken.

«En particular de vosotros cuatro. Os ha seleccionado específicamente».

Aroa y Eki se miraron.

«¿Por alguna razón en especial?» preguntó Aroa intentando razonar lo que estaba pasando.

Nahia se sintió un poco culpable. Solo le había contado a Logan lo que había pasado, no a Aroa y Eki. No sabía si debía o cómo lo interpretarían, y tampoco si era buena idea dado que estaban en bandos contrarios en lo referente a la lucha de los dragones en Tremia y otros mundos.

«No ha especificado la razón».

«¿Seguro que quiere que seamos nosotros? No somos los más experimentados…» Eki le seguía el juego a Aroa intentando sacarle algo de información al comandante.

«No ha dejado duda. Es a vosotros a quienes ha visto en su visión. Un jinete de fuego y un jinete de tormenta que montan dragones raudos. Son quienes se enfrentarán al gran peligro. Eso ha visto».

Nahia y Logan intercambiaron una mirada de sorpresa.

—No es difícil descifrar a qué dos jinetes hace referencia el Gran Oráculo. Solo hay dos jinetes de dragón raudo en activo que sean una Nacida de la Llama y un Hijo de la Tormenta. Vosotros dos —señaló el capitán Droken—, sois los elegidos para la misión del Gran Oráculo y la cumpliréis.

Nahia y Logan no pudieron sino asentir y acatar la orden.

—Por supuesto —dijo Logan.

«Lo que a su vez significa que vosotros, sus dragones raudos, sois quienes los llevaréis» dijo Zaldi-Beltz-Lehen.

«Por supuesto, así lo haremos» acató Eki.

«La misión tiene dos partes. Primero debéis ir a Drameia. Allí debéis usar el portal que os llevará al corazón de los bosques insondables de los Usik. Son una tribu salvaje, muy agresiva y enemiga de cualquier extranjero, pero son muy primitivos y no tienen apenas magia. Debéis ir allí y encontrar lo que el Gran Oráculo entrevió, pero no pudo definir: el gran peligro que allí hay. Debéis encontrarlo y destruirlo».

—No debéis volver sin conseguirlo —ordenó Droken.

—Eso puede ser complicado. Los Usik, por lo que sé, se cuentan por millares y están en su hábitat —rebatió Nahia a Draken.

«Lo son y están en sus bosques, que los protegen. Pero no son rivales para dos dragones raudos con jinete. En cualquier caso, debéis encontrar ese mal y destruirlo, no atacar a todos los Usik» explicó Zaldi-Beltz-Lehen.

—Se os aconseja discreción. No es buena idea sacudir un avispero.

«¿Y la segunda parte?» preguntó Aroa.

«El segundo mal que el Gran Oráculo discernió está también en Drameia, en la montaña sagrada de los Masig. Debéis ir allí y acabar con ese mal. Destruidlo».

—Los Masig… —comenzó a decir Nahia.

«Sí, son un compendio de infinidad de tribus que viven en las praderas, nómadas que cabalgan sobre veloces caballos. Pero al igual que los Usik apenas tienen magia. No tenéis nada que temer, excepto enfrentaros a un millar de ellos. Así que mejor si usáis la cabeza antes de atacar».

«¿Sabemos algo más de ese mal que hay que destruir? Así explicado es muy genérico» preguntó Aroa.

«Un poder que temeréis, eso es lo único que me ha comunicado el Gran Oráculo. Es cuanto ha visto».

«Un poder, es decir magia» razonó Eki.

«Muy probablemente. Manteneos atentos y lo descubriréis. Es la razón por la que el Gran Oráculo os envía a vosotros, está convencido de que lo encontraréis».

—Y lo destruiréis antes de regresar a informar.

Aroa, Eki, Nahia y Logan no dijeron nada más.

Se quedaron pensativos. Era una misión extraña y preveían serios problemas. Los dragones habían estado atacando a los Usik y a los Masig y no habían podido acabar con ellos. Los primeros se escondían en sus inmensos bosques y los segundos huían a galope por las praderas.

«Preparaos para la misión y partid cuando estéis listos» ordenó Zaldi-Beltz-Lehen.

«Sí, señor» acató Aroa.

«Para llegar a Drameia, como es una misión que es preferible que los cinco reyes no conozcan ni intervengan, utilizaréis nuestra perla».

Esto sorprendió mucho a los cuatro.

«¿Puede usarse para ir a Drameia?» preguntó Eki.

«Por supuesto, es un portal de largo alcance, como ya sabéis».

«Sí, pero para ir a Gryphoros… Drameia es otro mundo…» Aroa tampoco lo veía claro.

«Correcto. Nosotros lo usamos para ir a Gryphoros porque es donde generalmente luchamos, por ser dragones raudos. Pero puede usarse para ir a otros mundos lejanos, como Drameia y otros».

«Perdón, no lo sabíamos…» se disculpó Eki.

«No hay por qué disculparse. Es un conocimiento que no poseíais y ahora ya tenéis. Pero solo se puede usar con perlas mayores, no las perlas menores. Por lo tanto, saldréis en Drameia en la perla del Continente Renacido. Desde allí deberéis tomar la perla menor de ese continente y viajar a la perla de los bosques de los Usik».

«Gracias, señor, entendido» envió Eki.

«No creo que nadie os pregunte qué hacéis o cuál es vuestra misión, pero si lo hacen recordad que no debéis revelarlo. El Gran Oráculo no quiere que los cinco reyes se inmiscuyan, teme que empeoren la situación o provoquen que el gran peligro se manifieste antes de lo esperado con consecuencias devastadoras. Esto es importante».

«No sabrán de la misión por nosotros» envió Aroa.

«Muy bien. Marchad ahora, el portal está preparado para llevaros a Drameia».

—Buena suerte —les deseó Droken.

Los cuatro asintieron y Nahia y Logan montaron sobre Eki y Aroa para dirigirse a la gran perla, que ya estaba creando el descomunal portal que los llevaría a Drameia.

Según se dirigían hacia allí, Nahia volvió a experimentar aquella sensación tan mala que le había dado la vuelta al estómago. Se sintió enferma, revuelta. La nuca le quemaba, era la escama plateada.

La mente se le nubló. No tuvo una visión, pero sintió que su escuadra, sus amigos, la necesitaban. Esta vez fue más fuerte y se sintió hasta mareada. Aquello no le gustó nada, algo grave pasaba o iba a pasar.

Logan se dio cuenta y la miró desde su silla.

—¿Estás bien, Nahia?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que voy a vomitar…

Al oírlo, Aroa y Eki se dieron cuenta de que algo sucedía y se detuvieron.

A Nahia le costó un momento recomponerse y erguirse en la silla.

«¿Estas bien, Nahia?» preguntó Aroa.

«No, no lo está» respondió Eki, que lo sentía por el vínculo.

«Se me pasará en un momento» envió Nahia.

Aguardaron hasta que se recuperó.

«Vamos, ya estoy mejor» envió.
«¿Seguro?» preguntó Logan preocupado a través de Aroa.
«Sí, ya se me está pasando».
«Sigamos entonces antes de que se cierre el portal» envió Eki.
«Vamos» envió Nahia.

Capítulo 34

Salieron de la perla del Continente Renacido en el interior del enorme glaciar parcialmente derruido. Había poca actividad de los ejércitos de Kraido. Nahia se sorprendió de que hubiera tan pocos efectivos allí. Vio infinidad de carretas con provisiones y armas, pero le pareció ver pocos soldados. Algo similar sucedía con los dragones. Solo vieron cinco y ninguno en el cielo vigilando. Estaban formando un semicírculo frente a la gran formación de hielo en la que estaba la perla. Debían de estar de guardia y protegiendo el lugar, pero no les hicieron mucho caso. Les lanzaron miradas intensas, pero no dijeron nada.

«Extraño… esto está un tanto…» comenzó a decir Eki.

«Parado…» terminó el pensamiento Aroa.

«Sí, eso mismo… demasiado tranquilo. No lo veo normal en tiempos de guerra».

«Mejor, menos problemas» envió Nahia.

«Los dragones de guardia nos están observando» indicó Aroa.

«Si no preguntan nada, nos elevamos en breve» envió Eki.

Aguardaron un momento para ver si algún dragón les daba el alto. Los oficiales del ejército de Kraido no se atreverían a dirigirse a un dragón, así que eso no era un problema. Los dragones dejaron de observarlos.

«Levantemos vuelo» envió Eki.

«De acuerdo» Aroa extendió las alas.

Un momento después se elevaban hacia los cielos. Iban observando de reojo a los dragones de guardia, pero ninguno se movió ni pidió explicaciones de su presencia allí. Se alejaron del glaciar y el campamento de invasión y se dirigieron a la perla menor

del continente. Desde allí podrían moverse por todo Tremia sin problemas, si es que no se encontraban con el enemigo.

Aterrizaron junto a una perla custodiada por tres dragones jóvenes que los saludaron con respeto y tampoco les dijeron nada.

«Supongo que nos permiten abrir un portal» dedujo Aroa.

«Lo haré yo. Es algo que se me da bien» comentó Eki.

«Vaya, no sabía que a unos dragones se les diera mejor abrir portales. Pensaba que era algo que todos podáis hacer por igual» comentó Nahia sin poder evitar su interés por el asunto.

«Todos podemos, pero unos tienen más afinidad con los portales que otros» explicó Aroa.

«¿Afinidad? ¿En qué sentido?».

«Los dragones plateados tienen una gran afinidad con portales y todo lo que tenga que ver con magia de espacio y tiempo» elaboró Aroa.

«Se os da mejor que a los otros dragones elementales. Es curioso» comentó Logan.

«No solo eso, podemos abrir portales más grandes, como el que nos ha traído a Drameia» añadió Eki.

«Muy interesante» expresó Nahia.

Eki la miró de rojo girando el cuello.

«Interesante en lo positivo, entiendo. Espero que no quieras usar este conocimiento para fines conflictivos».

«Sí, por supuesto. Nada de conflictos» aseguró Nahia.

«Bien, abriré el portal a la perla en los bosques Usik» dijo Eki.

«Adelante» envió Aroa.

«Ummm…» envió Nahia.

«¿Qué sucede?» Eki notó que algo no iba bien con ella a través del vínculo.

«Veréis…».

«¿Sucede algo, Nahia?» preguntó Aroa y la miró.

Logan también la miraba, preocupado.

«Veréis… estamos en Tremia, y ya que estamos aquí…».

«Dilo, no le des más vueltas» pidió Eki.

«He tenido unos muy malos presentimientos sobre mi escuadra. Presentimientos que me han hecho ponerme mala físicamente, cosa que no es normal, y he tenido varios».

«¿De los brujos de dragón?» preguntó Eki.

«Sí. Los dejé en el desierto, luchando. Me preocupa mucho cómo estén. Son mis amigos… y estas premoniciones, o lo que sea que me está pasando, me ponen enferma. Estoy convencida de que algo les pasa o les va a pasar pronto».

«Seguro que están bien. Son brujos de dragón, saben arreglárselas solos» envió Aroa con intención de tranquilizarla.

«Sí, eso lo sé. Pero es que no están luchando contra los ejércitos de Tremia…».

«¿Entonces? ¿Contra quién están luchando?» Aroa estaba desconcertada.

«Luchan contra los dragones, contra nosotros. Son rebeldes» aclaró Eki.

«Luchan por la libertad de todos los pueblos» añadió Nahia, que no quería que Aroa se molestara demasiado.

«Entiendo… Logan y yo hemos hablado sobre este tema en el cautiverio… y aunque no me ha contado vuestra conexión con los rebeldes, la he intuido por el vínculo».

«No te lo he contado abiertamente para no crear un problema entre nosotros» replicó Logan.

«Hiciste bien. No era el momento ni el lugar. Pero lo intuí, aunque no me lo dijeras. Luego Eki me lo ha contado todo y he comprobado que mis intuiciones eran correctas» expresó Aroa.

«Es mejor que tengamos las cosas claras» dijo Nahia.

«Cierto, y por eso quiero que sepáis que no comparto vuestra visión» envió Aroa.

«Lo imaginaba, al igual que Eki» respondió Nahia.

«Correcto. Yo tampoco la comparto» afirmó Eki dejando su postura bien clara.

Nahia resopló.

«No quiero crear un problema entre nosotros, pero me gustaría ir a ver cómo está mi escuadra. Esta es una oportunidad que no se me ha presentado en mucho tiempo. Y teniendo en cuenta cómo suceden las cosas, quizá no tenga otra ocasión. Podemos abrir un portal al desierto y comprobar cómo están. Sería rápido. Ir, ver que estén bien y seguir con la misión».

«Eso presenta dos problemas. El primero es que eso no es lo que se nos ha ordenado hacer» rebatió Aroa.

«Y el segundo que algo sucederá y te verás envuelta» añadió Eki.

Aroa asintió.

Nahia levantó las manos.

«La misión la vamos a llevar a cabo igual. Es solo que nos desviamos un poco primero. Y no tengo por qué verme envuelta en nada, lo más probable es que estén bien y no pase nada. Lo comprobamos y seguimos a los bosques de los Usik».

«Yo estoy con Nahia en esto. No hay una urgencia inmediata de ir a la misión, solo órdenes de ir. No se nos ha especificado la urgencia» elaboró Logan.

«Eres listo, Logan, pero no decir algo explícitamente no quiere decir que no se haya dicho. Es una misión crítica, eso conlleva urgencia» corrigió Aroa.

«Y desviarse de una misión se interpretaría como faltar a ella» razonó Eki.

«Sí, lo sé. Solo propongo sacar la cabeza en el portal del desierto, comprobar que están bien y seguir con la misión».

Aroa y Eki intercambiaron una mirada de resignación.

«Por mí de acuerdo, aunque está mal, con la condición de que solo echamos un vistazo» cedió Aroa.

«Y nada de involucrarse en luchas que no tienen que ver con nosotros» exigió Eki.

«Perfecto. Sois los mejores. Mil gracias».

Eki resopló.

«No puedo creer que nos hayas convencido para esto».

Nahia quería decirle que ella tampoco, pero se calló. Estaba muy contenta.

Eki abrió el portal sobre la perla con rapidez. Las tres esferas de plata se crearon una tras otra hasta formar el gran portal esférico argénteo. A Nahia siempre le parecía que el portal estaba lleno de un mar de plata líquida. Eki interactuó con él para que la salida fuera en la perla del desierto. Se produjeron varios destellos y finalmente Eki les hizo un gesto con la cabeza denotando que era el momento de entrar.

«Está preparado. Podemos cruzar».

«Estupendo. Adelante» dijo Nahia.

Eki miró a Aroa y asintió.

Luego saltó al interior del portal y Aroa lo siguió tras un instante.

Los cuatro aparecieron junto a la perla del desierto. La roca color sangre y un sol abrasador los recibieron.

«Este lugar es inconfundible. Llanura, sol y roca roja» comentó Eki observando a su alrededor.

«Sin duda estamos en un desierto» observó Aroa mirando hacia la distancia, buscando el final del mar de arena.

«¿Primera vez?» preguntó Eki.

«Sí. Había oído hablar de lugares como este, pero nunca había estado en uno. Es sorprendente…» confesó Aroa.

«Hay muy poca agua y el sol es abrasador» advirtió Eki.

«Yo tampoco había estado antes en un desierto» comentó Logan a través de Aroa.

«Pues el sol va a golpear tu armadura de jinete de dragón con rayos ardientes como si quisiera derretirla» explicó Nahia.

«Cosa que no podrá hacer» imaginó Logan, que miraba al sol de reojo cubriéndose los ojos con la mano enguantada.

«No, pero puede cocernos vivos dentro de la armadura».

«Ya, veo… Sí, el calor en este ambiente es preocupante» reconoció Logan.

Aroa contemplaba la inmensidad del desierto y la larga cordillera montañosa de color rojo.

«Un lugar poco amistoso, aunque he de reconocer que tiene una belleza peligrosa. Parece que quiere que te pierdas en sus dunas».

«Eso sería muy mala idea. El calor abrasador acaba aquí con cualquiera. Lo mejor es buscar la sombra siempre que se pueda. Y agua, claro» recomendó Eki.

«¿Y los Desher Tumaini?» preguntó Logan a Nahia.

Nahia señaló al suelo de roca.

«Están ahí adentro. Viven en el interior de esta cordillera montañosa» señaló hacia el norte siguiendo la roca roja.

«Entiendo. Muy curioso».

«Lo que es curioso es que no haya ningún dragón vigilando» comentó Eki, que observaba girando la cabeza.

Aroa también miró alrededor moviéndose sobre la roca roja.

«No capto a ningún dragón. Esto no debería ser así. Aquí pasa algo…».

«Sí. Estos son los dominios del general Iama-Area-Urdin. Me extraña que no tenga vigilada la única perla que hay en los desiertos» indicó sorprendido Eki.

«Quizá no sepa que no está vigilada…» conjeturó Nahia.

«Ya, la última vez que estuvimos aquí murieron los dragones que la vigilaban» comentó Eki.

«¿Murieron?» Aroa miró a Nahia.

«Los tuvimos que matar. Fue un conflicto inevitable, iban a arrasar a todos los Desher Tumaini» explicó Nahia.

«Y a los rebeldes que escondían» añadió Eki.

«Sí. Te aseguro, Aroa, que no fue nuestra intención. Los Desher y los rebeldes solo se defendían en el interior de las rocas que pisamos. Incluso les di la opción de retirarse con vida, pero la rechazaron. De verdad que solo nos defendimos».

Aroa suspiró con una mezcla de rugido. No estaba contenta.

«No suena nada bien, Nahia».

«Lo sé, pero te aseguro que les di la oportunidad de salvarse».

«¿Cuántos dragones murieron aquí?».

«Tres… no, cuatro al final… Uno era un capitán…» explicó Nahia.

Aroa abrió mucho los ojos.

«Eso es muy sorprendente. Eki me ha contado lo sucedido, pero no me ha dado mucho detalle, ahora entiendo por qué».

«Las cosas se complicaron mucho…» reconoció Nahia.

«Ya lo creo. ¿Creéis que el general no sabe qué ha sucedido aquí? Perder cuatro dragones y que un general no lo sepa me parece extraño» Aroa puso expresión de que no le encajaba aquello.

«Puede ser, aunque yo también lo dudo. Algún dragón tendría que haber venido a ver qué ha sucedido aquí» razonó Eki.

«Las fuerzas del general están en los desiertos del oeste luchando contra los noceanos, según nos dijo el capitán. Quizá tengan complicaciones y por eso no han venido, estamos bastante al este» explicó Nahia.

«Bueno, veamos el lado positivo. Si no hay guardias, no tenemos que inventar motivos para estar aquí» envió Logan.

«Cierto, aprovechémoslo. ¿Qué hacemos ahora, Nahia?» preguntó Eki.

«Buscar información».

«¿Cómo?».

«Creo que lo mejor es que Logan y yo desmontemos y nos dejemos ver. Los vigías de los Desher Tumaini deben estar observándonos ahora mismo, aunque no los veamos».

«Oh, entiendo. Pero para que salgan…» envió Eki.

«Tendremos que desaparecer» terminó el pensamiento Aroa.

«Sí, me temo que no saldrán con dos dragones cerca» les dio la razón Nahia.

«De acuerdo. Hay un oasis hacia el oeste, no muy lejos. Iremos allí a beber y protegernos del sol. Hay bastantes palmeras, si no recuerdo mal lo sobrevolé mientras reconocía esta zona» dijo Eki.

«Y yo estaba a mis asuntos…».

Eki asintió.

«Asuntos que no me concernían».

«Me parece una buena idea. Este sol abrasador comienza a molestar» envió Aroa.

«Volveremos en cuanto nos refresquemos» indicó Eki.

Nahia sabía que era una forma de decirle que no tardarían mucho y que se apresurara.

Aroa y Eki partieron y Logan y Nahia se quedaron de pie frente a la perla. El portal ya se había cerrado.

—¿Y ahora? —preguntó Logan.

—Ahora quítate el casco y que vean esa preciosa cara tuya —dijo Nahia.

Se quitó el suyo también para que los Desher Tumaini pudieran reconocerla.

Capítulo 35

Nahia y Logan no tuvieron que esperar mucho. Tres vigías de los Desher Tumaini aparecieron sobre las rocas desde diferentes posiciones y se quedaron mirando.

—Soy Nahia —dijo ella levantando la mano.

—¿Te reconocerán? —preguntó Logan frunciendo el ceño.

—Creo que sí, después de lo que hicimos aquí.

No se equivocó. Los tres vigías saludaron con sus lanzas.

—¿Aibin? —pidió Nahia.

Los vigías entendieron el nombre y negaron con la cabeza.

—¿Abon?

Los guerreros asintieron. Uno de ellos se retiró rápidamente.

—¿Quién es?

—Parece que Aibin no está. Es nuestro aliado aquí, Abon es su hermano mayor, el jefe de los Desher Tumaini. Parece que él sí que está.

—De acuerdo.

Un momento más tarde el vigía volvía y hacía gestos para que lo siguieran. Los condujo entre las rocas hasta una de las entradas secretas. Con la armadura de jinete tuvieron dificultades para seguir al ágil guerrero y meterse entre las rocas, pero lo lograron. En el interior de la montaña, los llevaron a una caverna donde aguardaba Abon con varios de sus guerreros.

—Me alegro de volver a verte, Nahia —dijo el jefe.

—Y yo a ti, gracias por recibirnos.

—He pensado que querrías hablar y ahí fuera no es el mejor lugar.

—Has pensado bien —sonrió Nahia.

Dos guerreros les trajeron agua.

—Gracias, nos estábamos asando ahí afuera.

Abon asintió.

—Refrescaos, si necesitáis algo solo tenéis que decirlo.

—Oh, este es Logan —presentó Nahia.

—Un jinete de dragón como tú —dijo Abon.

—Así es. Está con nosotros, con la rebelión. Es uno de los líderes.

—Entiendo. Un placer —dijo Abon.

Logan inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¿Puedo preguntar cómo es que hablas nuestro idioma? —dijo Logan extrañado.

Abon sonrió.

—No lo hablo, pero tengo aliados importantes que me han obsequiado con un objeto muy útil —Abon mostró el anillo en su dedo anular.

—Oh, uno de los anillos de las Panteras de las Nieves —se dio cuenta Nahia.

—Es uno de ese tipo. Me ha llegado como regalo desde el norte.

—¿Norghana? —preguntó Nahia.

—De más al norte, del Continente Helado. Los crean allí los Arcanos de los Glaciares.

—Vaya, interesante —dijo Logan.

—Se están enviando a los líderes de los reinos para ayudar a tratar con vosotros y buscar alianzas. Sobre todo con los rebeldes de Kraido —explicó Abon.

—Entiendo. Es una maniobra inteligente —dijo Logan.

—Estoy casi segura de que esto es idea de Egil.

Abon se encogió de hombros.

—No lo sé, pero nos está siendo muy útil en los desiertos. Mi hermano Aibin tiene otro.

—Estupendo, facilitará mucho que nos entendamos —afirmó Nahia.

—Tengo una pregunta. Los dos dragones sobre los que habéis llegado… ¿Van a ser un problema? ¿Tengo que preparar a mis guerreros?

—No, tranquilo. Esos son nuestros señores dragones y no atacarán.

—¿Seguro? Me cuesta creer que un dragón no quiera atacarnos, y más después de lo ocurrido la última vez que lo hicieron.

—Te aseguro que estos dos dragones en concreto no atacarán mientras nosotros dos estemos con ellos.

Abon asintió.

—Tu palabra me sirve.

—Gracias. ¿Dónde está mi escuadra? ¿Están bien?

—No se encuentran aquí, pero tranquila, están bien. O lo estaban hasta hoy.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

—Verás, después de liberar Jafarika y viendo que los dragones no regresaban a la perla, decidimos liberar la ciudad de Shamala. Está algo más al este en los desiertos, cerca de la costa.

—¿Y lo lograsteis?

Abon asintió.

—Sí, lo conseguimos. Al no haber ningún dragón sometiendo a la ciudad y viendo las fuerzas de tus amigos más las de mi hermano, los soldados de Kraido del interior de la ciudad abrieron las puertas y se rindieron sin presentar batalla.

—¡Qué buenas noticias! La rebelión continúa y ahora libera ciudades.

—Así es.

—¿Y qué ha pasado entonces?

—Todavía no tengo noticias, pero tras liberar Shamala el plan era continuar hacia el norte y hacer lo mismo con la ciudad de Zarasha. Es una ciudad amurallada grande. De conseguirlo, toda la zona noreste de los desiertos hasta la costa estaría bajo nuestro control y las tres grandes ciudades habrían sido liberadas. Ese es el plan y en lo que están trabajando.

—¡Eso son grandes noticias! —se animó Nahia.

—Lo son, pero todavía no sé cómo ha ido la liberación de Zarasha. Deben de estar ahora mismo llegando.

—Oh, estupendo. Iremos a comprobar que todo está bien. Quiero cerciorarme.

—Haces bien. Podrían tener problemas.

—¿Dragones?

—No hemos visto ninguno desde que matamos a los últimos, pero podría ser.

—Gracias por la información, Abon. Iremos ahora mismo a ver qué sucede.

—Si vais a lomos de dragones como habéis llegado aquí puede que no os reciban bien.

—Sí, tienes razón. Ya idearemos algo. Gracias, jefe.

—Siempre es un placer recibir a los líderes de la rebelión de Kraido. Refuerza nuestra alianza que nos visitéis.

—Siempre un placer —dijo Nahia y saludó con respeto.

—Mis vigías os acompañarán al exterior.

Un rato más tarde Nahia y Logan aguardaban a la sombra de una roca a que Aroa y Eki regresaran.

—Espero que estén bien —dijo Nahia.

—Seguro que lo están. Son muy duros y tienen cabeza.

Aroa y Eki llegaron desde el oeste y, al verlos acercarse, Nahia y Logan salieron de la sombra de las rocas para recibirlos. Los dos dragones raudos descendieron a recogerlos y Nahia y Logan montaron al momento.

«¿Qué nuevas hay?» preguntó Eki.

«Han liberado las ciudades de Jafarika y Shamala. Ahora están liberando la de Zarasha, al noreste. Me gustaría hablar con ellos antes de partir a nuestra misión».

«¿Es necesario? Parecen estar bien» envió Aroa.

«Quiero asegurarme de que lo están. Es un viaje corto, una breve parada y regresamos» rogó Nahia.

Aroa y Eki se miraron.

«Espero que recuerdes y tengas en consideración esto que hacemos por ti y que va en contra de lo que se nos ha ordenado» dijo Aroa.

Nahia se dio cuenta de que ambos dragones estaban molestos, podía sentirlo por el vínculo que la unía a Eki y aquel mensaje mental de Aroa lo dejaba claro.

«Lo recordaré siempre y lo tendré en consideración. Gracias a los dos».

«De acuerdo. Vamos» envió Eki y echó a volar.

Aroa lo hizo un momento después.

Nahia era muy consciente de que estaba forzando la situación y de que, aunque no quería perder la amistad los dos dragones raudos, era casi imposible que sobreviviera mucho más. Estaban en lados opuestos de aquella guerra y su amistad se quebraría en algún punto.

Se dirigieron al norte cruzando los desiertos evitando pasar cerca de Jafarika para no dar un susto de muerte a los rebeldes que controlaban la ciudad. Según atravesaban los desiertos bajo aquel sol abrasador, Nahia tuvo de nuevo aquella sensación tan fuerte de que su escuadra la necesitaba. No sabía por qué, pero algo en su estómago y su mente le decían que debía encontrar a sus amigos y ayudarles.

Se acercaron a la ciudad amurallada desde el sur. La vieron en la distancia y Nahia se percató al momento de que algo iba mal. Había

columnas de fuego que se alzaban a los cielos desde diferentes partes de la ciudad. Zarasha estaba siendo atacada.

Cuando estuvieron más cerca pudieron apreciar que el ataque no era de ningún ejército, sino que en medio de la ciudad había un dragón rojo destruyéndolo todo y atacando a los defensores de la ciudad. A Nahia se le hizo un nudo en el estómago al darse cuenta de que eran soldados de Kraido y guerreros Desher Tumaini.

«Ese dragón está acabando con los defensores de la ciudad» envió Eki.

«Veo muchos muertos en las almenas y la parte central de la urbe. Lo extraño es que son Felidae, del ejército de Kraido. Los está matando el dragón» envió Aroa.

«Están con la rebelión» aclaró Eki.

«Oh, entiendo. Si son rebeldes ese dragón no tendrá piedad con ellos. Por eso está destrozándolo todo».

Nahia intuyó que sus amigos estaban allí abajo también y decidió actuar.

«Tengo que impedir que los mate a todos».

«No podemos intervenir» envió Eki.

«Eso sería traición» añadió Aroa.

Ahora volaban muy cerca y Nahia podía ver mejor la carnicería que el dragón estaba haciendo. Era joven y atacaba lleno de rabia. Estaba tan furioso y ofuscado en matar que ni se percató de que en las alturas había dos dragones observándolo.

«¿No veis que está matando a cientos de personas?» envió Nahia en un ruego.

«Está en su derecho. Se han rebelado contra los dragones» rebatió Eki.

«No puedes decirlo en serio. El castigo es desproporcionado».

«Todo el que se rebela contra los dragones muere. La proporción del castigo no cuenta» respondió Aroa.

Nahia no podía creer que Aroa y Eki no se dieran cuenta de que matar a miles por querer alcanzar la libertad era una brutalidad.

«Solo buscan ser libres. No merecen morir así» opinó Logan.

«Están en inferioridad ante ese dragón y no tienen magia para hacerle frente. Va a cometer una carnicería. Hay que detenerlo» rogó Nahia.

«Nosotros no podemos intervenir. Lo siento» envió Eki.

«Si lo hacemos sería traicionar a los nuestros» se excusó Aroa.

Nahia no podía creerlo. Estaban viendo cómo el dragón mataba a todo el que veía y no iban a hacer nada para evitarlo. Ella no podía obligarles, pero podía intervenir ella.

«Eki, bájame a la muralla. Yo necesito hacer algo».

«Yo también» se unió Logan.

«Esa es una muy mala idea. Ese dragón os matará» advirtió Aroa.

«Quizá, pero no voy a quedarme de brazos cruzados cuando están masacrando a los míos».

«Es un error» envió Eki.

«Lo que es un error es contemplar cómo matan a tanta gente y no hacer nada. Bájame» envió y no pudo evitar que la rabia acompañase su mensaje mental.

«Como quieras, pero si algo te sucede será tu destino».

«Lo es. Bájame».

«Yo voy con ella» afirmó Logan.

«Como quieras, pero estoy con Eki. Esto es un error y podéis pagarlo con vuestras vidas» envió Aroa.

«Prefiero entregar mi vida que no hacer nada» respondió Nahia.

La rabia que sentía hizo que la llama de su estómago prendiera.

Eki y Aroa descendieron hasta la muralla sur y se posaron sobre ella. Al momento, Nahia y Logan bajaron de sus sillas y corrieron por la muralla.

—¡Vamos al centro! —dijo Nahia a Logan señalando al dragón según corría por las castigadas almenas.

—¡Con calma, no te precipites! —rogó Logan.

—¡Lo intentaré! —respondió Nahia, aunque no sabía si sería capaz de calmarse ante tanta muerte.

—¡Usemos la cabeza! —pidió Logan.

—¡De acuerdo!

Nahia iba saltando por encima de los cuerpos carbonizados de los soldados de Kraido que habían muerto. Sintió que la rabia iba creciendo y con ella su llama interior. Los soldados no tenían apenas posibilidades contra un dragón. No sabían usar arcos, ni tenían magia dorada ni de ningún tipo. No podrían dañar a un dragón que atacase desde el aire como había sucedido allí.

Bajaron de la muralla a la carrera y tomaron una vía principal que llevaba al centro de la ciudad. Podían oír los rugidos del dragón y el estruendo de los desperfectos que estaba causando en los edificios que tenía a su alrededor y que estaba castigando. Nahia miró sobre su hombro y vio que Aroa y Eki se alejaban hacia el sur. No iban a presenciar lo que fuera que ocurriera. Le provocó una sensación extraña, mezcla de rabia y, por otra parte, comprensión. Ellos eran dragones y se comportaban como tal. Por mucho que un vínculo los uniera, nunca entenderían lo que significaba ser esclavos que buscaban la libertad. Eso había que vivirlo.

Según corrían, Nahia se fijó en que en las casas había gente, noceanos por su aspecto. Debían ser los residentes en la ciudad. Sus caras reflejaban el tremendo miedo que sentían. Estaban aterrorizados.

Más adelante, vislumbraron soldados de Kraido refugiados en las casas y edificios cercanos. Sus expresiones no eran de terror, sino de impotencia. No sabían qué hacer contra el dragón. Había cadáveres de soldados abrasados y descuartizados alrededor de la casas.

Llegando a la plaza vieron grupos de Desher Tumuani escondidos en los bajos de los edificios. Nahia pensó que seguro que muchos

estaban refugiados en los sótanos. Se sintió fatal por ellos, no tenían opción contra un dragón a menos que acertaran a sus ojos con sus jabalinas, pero por lo que parecía no lo habían conseguido.

Llegaron hasta la plaza mayor de la ciudad y lo que se encontraron les causó un pesar y una rabia tremendos. Más de un millar de soldados de Kraido y guerreros Desher Tumaini yacían muertos allí, la mayoría carbonizados por el aliento de fuego del dragón. Otros muchos estaban descuartizados por sus tremendas garras y dientes.

El dragón estaba enviando su aliento de fuego contra el bajo de un edificio de aspecto militar, debía haber soldados refugiados en el interior. Luego lanzó dos zarpazos a la fachada principal y varios fragmentos de la pared se desprendieron.

—Preparémonos —dijo a Logan e invocó su protección de escamas de lava. Luego invocó escamas antimagia y se formaron sobre las anteriores.

Logan invocó también sus dos defensas para protegerse de ataques físicos y mágicos.

—Preparado.

—Ataquemos para distraerlo —dijo Nahia.

—No podremos traspasar sus defensas mágicas.

—Ataca a sus ojos, es nuestra mejor opción.

—Aun así…

—Lo sé, pero hay que intentarlo.

—De acuerdo.

Capítulo 36

Nahia y Logan se dirigieron hacia el dragón por su espalda. Nahia miró al cielo. El atardecer comenzaba a apagarse y pronto llegaría la noche. Intuyó que un poco de oscuridad les vendría bien para luchar contra la bestia, que ahora estaba atacando un palacio en la zona norte de la plaza. Había destruido la mitad y seguía arrasándolo con su aliento de fuego. Nahia vio a varios soldados salir corriendo en llamas entre gritos de sufrimiento antes de caer muertos. Maldito dragón… pagaría por aquello. Nahia no sabía cómo iba a conseguirlo, pero haría que pagara, no dejaría que saliera de allí con vida.

Llegaron a doscientos pasos. Nahia se abrió hacia el costado derecho y Logan hacia el izquierdo. La bestia estaba tan empecinada en matar a todos en el palacio que ni se había percatado de que llegaban ellos por su espalda. Nahia sabía que si lo cogían por sorpresa tendrían una oportunidad de infligir daño antes de que los viera y atacara.

El estruendo de partes del palacio cayendo y los rugidos victoriosos del dragón cubrieron su aproximación final. Nahia invocó dos bolas de fuego, una en cada mano, y les insufló toda la energía que pudo sin desestabilizarlas. Miró hacia Logan para ver qué estaba haciendo. Se encontraba agazapado mirándola por debajo del cuerpo del dragón. Un momento después le mostró dos bolas de tormenta sobrecargadas. Iba a utilizar el mismo ataque que ella.

El dragón consiguió destruir el palacete, que se derrumbó con un sonido horrible. Nahia ya estaba en posición y Logan también. El dragón no podía verlos todavía, a menos que girara la cabeza hacia atrás, pero estaba entretenido con alguien que había sobrevivido al derrumbamiento del palacio. El desdichado había trastabillado y

caído al suelo, estaba con las rodillas y las manos en el terreno y levantó la cabeza. Al hacerlo, Nahia lo reconoció al instante.

¡Dafne! La mente de Nahia gritó el nombre de su amiga y, como un acto reflejo, atacó. Envió las dos bolas de fuego contra el lado derecho de la cabeza del dragón y Logan lanzó las suyas un instante después. El dragón no las vio, pues miraba a la superviviente, y rugió como riendo, disfrutando de la muerte que iba a causar a continuación. Las cuatro bolas estallaron casi a la vez, dos en cada lado de la cara, buscando lastimar sus ojos o al menos impedir su visión. Se produjeron dos grandes explosiones de fuego y otras dos de relámpagos. La bestia, cogida por sorpresa, sacudió la cabeza.

Una figura apareció de otra de las casas de la plaza y corrió hasta Dafne, que intentaba ponerse en pie. Sin detenerse, a la carrera, la figura cogió a Dafne con una mano y se la cargó al hombro para seguir corriendo hasta entrar en otra casa y desparecer en su interior. Había sucedido todo en un momento. Era Ivo, que con su tremenda fuerza había agarrado a Dafne como si fuera una pluma. Lo que sorprendió a Nahia fue la velocidad con la que había corrido su amigo Tauruk. Estaba muy en forma.

El dragón miró a derecha e izquierda y los vio. Sacudió de nuevo la cabeza.

«¿Qué significa esto, jinetes?» rugió muy enfadado.

—Estamos aquí para que detengas la matanza y toda esta destrucción —respondió Nahia.

El dragón se dio la vuelta y los encaró. Los observó detenidamente.

«Sois jinetes de dragón, vuestra armadura os delata. ¿Dónde están vuestros señores dragones?».

—Los hemos abandonado —envió Nahia, que no quería involucrar a Aroa o Eki de ninguna manera—. No es de tu incumbencia. Retírate ahora y no morirás, quédate y di adiós a la vida —rezó Nahia con la seguridad de ser capaz de cumplir con su amenaza, aunque no sabía cómo iba a hacerlo.

El dragón negó con la cabeza y entrecerró los ojos.

«Abandonar a vuestros señores dragones es un delito. Me encargaré de que muráis sufriendo por ello. Nada podéis contra mí».

—No eres el primer dragón que mato, ni serás el último —dijo Nahia con toda la convicción que pudo.

El dragón rio entre rugidos.

«Vuestras bolas elementales no me han dañado. Ya deberíais saber que vuestra magia no puede traspasar las defensas mágicas de un dragón. Habéis ido a por mis ojos, inteligente… pero inútil».

—Bueno, había que intentarlo.

«Habéis fallado. Ahora os toca morir» sentenció y envió su aliento de fuego sobre Nahia.

Las llamas la envolvieron, pero su defensa aguantó. Envió energía a reforzarla antes de que quedara destruida. El dragón era joven y su poder no era tan superior como para que no pudieran aguantar un par de ataques. El dragón giró la cabeza y envió el aliento sobre Logan que, al igual que Nahia, también reforzó su defensa.

«Soportáis mi aliento elemental… Sois más poderosos de lo que es normal en las razas esclavas… Sorprendente».

—Último aviso. Marcha y vive, quédate y muere —amenazó Nahia con un tono frío como el hielo.

«Por mucho que quieras parecer segura de tus amenazas, yo sé y tú sabes que no las puedes cumplir. Un jinete no puede ni en sus más locos sueños vencer a un dragón».

—Mejor no arriesgarse a descubrirlo.

El dragón rugió furioso y envió varios ataques mentales a Nahia y Logan de forma simultánea. Al igual que al recibir el ataque elemental, ambos se defendieron enviando energía a reforzar su defensa mágica. Consiguieron soportarlo, pero había estado muy cerca.

Nahia le hizo una seña a Logan y ambos comenzaron a rodear al dragón, cada uno por su lado, dejando un buen espacio para que no

pudiera alcanzarlos con un ataque físico. Los dragones eran poderosos y fuertes, pero lentos y poco ágiles. Si intentaba propinarles un zarpazo o dentellada tendrían tiempo para reaccionar. Lo importante era estar fuera de alcance, si el dragón decidía saltar sobre alguno de los dos, lo verían y les daría tiempo a reaccionar.

«¿Qué creéis que estáis haciendo?».

Mientras se movían, Nahia pudo apreciar que en los edificios cercanos había movimiento. Eran los soldados de Kraido y los Desher Tumaini. Estaban observando y atacarían si tenían oportunidad.

Nahia le daba vueltas a la situación en la cabeza. Necesitaba acabar con aquel dragón. Sabía que si llevaba atacando la ciudad un tiempo, y parecía que así era, no le quedaría demasiada energía. Además, los dragones jóvenes no tenían tanta. El problema era que no sabía cuánta le quedaba y arriesgarse sin saberlo era demasiado peligroso.

«Ya veo, no queréis que os ataque a los dos a la vez. Sois listos, pero eso no os salvará. Solo estáis perdiendo un tiempo que no tenéis» envió e intentó alcanzar a Logan avanzando hacia él con sus garras.

Logan tenía bien medida la distancia, y se desplazó hacia atrás para evitar ser alcanzado. Utilizó una de sus habilidades de Defensor y en su mano izquierda apareció un escudo de cuerpo entero translúcido y grueso. El dragón avanzó todo lo rápido que pudo hacia él mientras éste invocaba una lanza. La larga lanza apareció en su mano derecha.

Antes de que el dragón llegara hasta él imbuyó su escudo y lanza con su poder elemental. Rayos aparecieron recorriéndolos de un extremo a otro. Por último, invocó una protección adicional de Defensor y todo su cuerpo se reforzó con una capa de energía de aspecto de roca.

El dragón llegó hasta Logan y le soltó dos zarpazos cruzados con enorme potencia. Con frialdad, Logan se cubrió tras su gran escudo. Los zarpazos alcanzaron el escudo y parte del cuerpo, pero no se movió un ápice de donde estaba. Parecía una estatua clavada al

suelo. El dragón rugió lleno de ira y lo volvió a golpear con otros dos zarpazos delanteros tremendos. Partes del refuerzo de roca de la habilidad de Defensor de Logan salieron por los aires, pero el ataque no consiguió moverlo ni dañarlo. El escudo y el refuerzo de piedra habían aguantado. El dragón rugió y cambió de estrategia atacando con su aliento elemental de fuego. Logan continuó sin moverse, soportando el ataque continuado. El gran escudo parecía absorber el impacto de las llamas y no dejaba que llegaran a su cuerpo.

Nahia aprovechó para atacar. Sabía que no podría hacer nada contra las defensas mágicas del dragón, pero sí podía hacer que se fueran agotando. Conjuró un rayo de fuego y lo lanzó sobre la cabeza del dragón. Se produjo el impacto y la defensa mágica actuó, un destello plateado así lo indicó. Nahia sabía que eso causaba que el dragón consumiera energía. Cualquier ataque o defensa mágica, innata o no, consumía energía. Era una de las leyes de la magia.

«¡Maldita sabandija!» el dragón se volvió furioso hacia Nahia y, avanzando hacia ella, envió de nuevo su aliento elemental de fuego.

Nahia aguantó donde estaba. Sabía que el aliento no podría destruir su defensa mágica, no mientras ella tuviera energía con la que reforzarla y siempre que no cometiese un error.

En ese momento, mientras la bestia encaraba a Nahia y enviaba su aliento sobre ella, de uno de los edificios salió una sombra a la carrera. Nahia solo percibió lo que parecía una figura oscura corriendo a toda velocidad hacia el dragón. La noche estaba ya encima y la penumbra cubría partes de la plaza y los edificios. La figura quedó envuelta en una negrura que parecía salir de su propio cuerpo.

Se acercó al dragón por su espalda hasta llegar a la altura de su cabeza. Era como si una nube negra estuviera acercándose. De súbito, una lanza salió de la negrura y fue directa al ojo derecho del dragón. Lo alcanzó de pleno y se clavó en él. La criatura dejó de enviar el aliento elemental y rugió de dolor y rabia. La nube negra continuó corriendo.

El dragón intentó alcanzarlo con su garra, pero solo golpeó oscuridad. La mancha andante llegó hasta Nahia moviéndose a gran velocidad.

—No le queda mucha energía. Lleva todo el día atacando la ciudad —dijo y siguió corriendo.

¡Taika! Nahia reconoció la voz de su compañero de escuadra. La forma oscura del Felidae se dirigió hacia otro edificio. El dragón envió su aliento contra él, pero solo alcanzó la parte posterior de su negrura. Taika debía estar en la cabeza, aunque era imposible verlo. Era como si una nube de tormenta hubiera caído al suelo y se desplazara a gran velocidad.

De pronto, del suelo comenzaron a aparecer unas enredaderas bajo el dragón. Estaba tan furioso por la herida en el ojo que rugía a los cielos y ni se dio cuenta. Las enredaderas se fueron enroscaron en sus patas delanteras según seguían creciendo. Nahia supo quién estaba haciendo aquello. Buscó con la mirada en los edificios cercanos hasta que lo encontró. Ivo estaba de pie frente a una casa semiderruida conjurando.

El dragón se volvió hacia Nahia y fue a avanzar hacia ella, pero se encontró con que tenía las patas apresadas y no pudo. Rugió lleno de rabia y envió el fuego de su aliento contra las enredaderas, destruyéndolas.

«¡Estos sucios trucos no os servirán de nada! ¡Os mataré a todos! ¡No quedará nadie con vida en esta ciudad!» envió el dragón fuera de sí.

Ivo ya se había ocultado. Sabía muy bien que su habilidad no podría hacer nada contra el dragón, pero no era eso lo que buscaba, sino que este quemara energía.

Nahia descargó otro rayo de fuego sobre el dragón antes de que atacara de nuevo.

«¡Te calcinaré!».

El dragón volvió a atacar con su aliento elemental, seguro de traspasar las defensas de Nahia. No le faltaba parte de razón. Las

defensas comenzaban a caer. Nahia enviaba energía, pero el ritmo con el que se regeneraban era menor, no le quedaba apenas tiempo. La defensa caería y el dragón la iba a calcinar. Nahia se centró en su llama interior, la necesitaba. Si conseguía convertirse en llama viva, se salvaría. El problema era que no sabía cómo hacerlo. Siempre había ocurrido de forma natural, espontánea, sin ella pedirlo. Cuando había intentado que la llama apareciera siguiendo sus deseos, no lo había conseguido. La sentía ardiendo fuerte en el interior, pero necesitaba que explosionara hacia el exterior.

De otra casa apareció Lily y conjuró sobre la cabeza del dragón. Una neblina violácea lo envolvió. El dragón dejó de enviar el aliento hacia Nahia y se centró en la neblina que lo rodeaba. Su cabeza emitió destellos plateados y la neblina comenzó a desaparecer. Las defensas del dragón estaban destruyendo el ataque de Lily y el encantamiento no iba a funcionar. Pero eso ella ya lo sabía. Al igual que sus compañeros, buscaba que la criatura agotara sus reservas de energía.

La bestia se giró hacia Lily, que estaba a doscientos pasos, y envió un ataque mental. El primero lo soportó, pero la bestia envió varios consecutivos. El último traspasó sus defensas y Lily cayó de rodillas al suelo.

«¡Ya eres mía, pequeña Encantadora! ¡Morirás en un mar de dolor!» anunció el dragón.

Aiden apareció detrás de Lily y la recogió del suelo. El dragón envió sus ataques mentales al Drakoniano. Sus defensas aguantaron y se llevó a Lily hacia el interior de la casa. Por desgracia, el último ataque rompió su defensa y Aiden clavó una rodilla. Apretó la mandíbula y, en medio de un sufrimiento indescriptible, arrastró a Lily al interior.

«¡Cobardes brujos de dragón! ¡Traidores! ¡Os condeno a todos a morir!».

El heroísmo que mostraban sus compañeros con sus acciones hizo que la llama interior de Nahia ardiera con intensidad. Crecía con una fuerza enorme. El sacrificio y pundonor de sus amigos le llegaba

al alma. Nahia sintió que su cuerpo ardía, no solo su interior, sino también toda su piel.

Logan lanzó un rayo de tormenta que salió directo de su lanza y alcanzó al dragón en la cabeza.

«Voy a disfrutar descuartizándote. Pero primero voy a acabar con la Hechicera» envió el dragón a Logan.

Nahia dejó que el odio que sentía por aquella bestia sin corazón terminara por provocar que su llama explotara hacia el exterior de su cuerpo con una detonación silenciosa pero potente. Una llama tan grande como ella misma la engulló. Era tan intensa que consumía todo el aire a su alrededor.

«¿Qué es esto?».

—Esto es una Nacida de la Llama en su forma plena.

«No me impresiona. Te mataré igual».

—Te equivocas, seré yo quien te mate.

El dragón envió varios ataques mentales, pero ninguno pudo atravesar las llamas. Llegaba a ellas, pero no podían penetrar. Logan envió otro rayo de tormenta a la cabeza del dragón para ayudarla.

—Guarda energía —dijo Nahia.

El dragón envió su aliento de fuego. Si los ataques mentales no traspasaban las llamas, el fuego tenía un efecto todavía más inesperado. Nahia se percató de que el ataque elemental tenía el efecto contrario al que el dragón buscaba. Él quería calcinarla, pero su aliento lo único que hacía era alimentar su llama. Cuanto más aliento enviaba el dragón, más se encendía Nahia y más poderosa era. Se percató de que el fuego la hacía más fuerte y, no solo eso, recargaba su energía interna. Cuanto más mantuviera el aliento sobre ella, más energía gastaba él y más recuperaba ella.

El dragón vio que no conseguía nada con su aliento y decidió cambiar de ataque. Avanzó hacia Nahia y le soltó varios zarpazos, así podía matarla. Ella los esquivó desplazándose hacia un lado, no podía dejar que le alcanzara.

«¡Te voy a sacar las tripas!» envió el dragón mientras intentaba llegar a ella moviéndose con toda la velocidad de la que era capaz. Nahia corría para salir del alcance de sus garras. El dragón avanzaba con movimientos torpes y lentos, pero ganaba mucho terreno rápidamente por su enorme envergadura.

Nahia se dio cuenta de que Taika salía en su ayuda. La nube negra volvía al ataque desplazándose hacia el dragón sin que éste se percatara. Nahia giró en dirección opuesta para que no pudiera ver que la sombra regresaba a su espalda. El problema era que el dragón se le echaba encima. Dio un quiebro muy brusco y corrió hacia Logan. La criatura giró y no vio a Taika llegar, que le lanzó una jabalina de los Desher Tumaini al ojo izquierdo. No era suficiente para dañarlo, pero lo incomodaría. La bestia rugió de rabia y se giró hacia la oscura forma, que ya corría hacia otro edificio.

El dragón fue tras Taika rugiendo. De pronto, cientos de jabalinas salieron volando de tres de los edificios adyacentes en una parábola que cayó sobre la cabeza del monstruo, buscando sus ojos. Algunas alcanzaron su objetivo y el dragón rugió fuera de sí.

—Te dije que morirías aquí —increpó Nahia para que no atacara a los guerreros escondidos en las casas.

El dragón se giró hacia ella.

«Tú morirás primero» dijo y dio un brinco enorme para caer frente a Nahia.

—¡Ven a mí! —urgió Logan a Nahia.

Se mantenía en posición defensiva con el escudo protegiéndolo.

Nahia corrió hacia Logan. Necesitaba llegar a él rápido, antes de que el dragón la alcanzara. De pronto notó algo raro en sus pies, se dio cuenta de que podía deslizarse sobre el suelo empedrado sobre una llama, como si estuviera montada sobre un rayo de fuego. No tenía que correr, era increíble porque iba rapidísima. Llegó hasta Logan en un momento.

—Detrás de mí —pidió él.

Nahia se colocó a su espalda, con cuidado de no tocarlo, pues no sabía si sus llamas lo quemarían o no y no quería comprobarlo en aquel momento.

«¡Te voy a aplastar como a un gusano!».

El dragón trató de pisar a Logan con su pata delantera, pero no pudo, era como pisar una roca. Lo intentó dos veces más, pero Logan aguantó. Nahia intuyó que estaba consumiendo mucha de su energía para soportar la defensa.

El dragón, fuera de sí, envió su aliento de fuego sobre Logan, que siguió impertérrito.

—¿Aguantas? —preguntó Nahia a su espalda.

—Aguanto —aseguró él.

Y de repente, el aliento se interrumpió.

El dragón se sorprendió. Abrió más la boca e intentó volver a enviarlo, pero no pudo.

Nahia se dio cuenta de lo que sucedía.

—Se ha quedado sin energía.

Al ver que el dragón no podía enviar su aliento de fuego, de los edificios comenzaron a salir cientos de soldados Felidae del ejército de Kraido acompañados de guerreros Desher Tumaini.

Avanzaban con Taika a la cabeza, formando un gran círculo alrededor del dragón. Más y más soldados y guerreros se unieron al gran círculo mientras Taika se acercaba al dragón y el cerco se hacía cada vez más pequeño alrededor de la odiosa criatura.

«¡No, no me cogeréis!» clamó el dragón y se apoyó sobre sus patas traseras.

Abrió las alas. Huía…

—¡Huye, no lo permitas! —dijo Logan.

Nahia sabía que no podía dejar que se escapase. Si lo hacía no solo volvería para destrozar la ciudad con otros dragones, sino que ponía en peligro a Aroa y Eki por lo que ella y Logan habían hecho. No podía correr ese riesgo.

El dragón dio un potente salto y moviendo las alas con fuerza comenzó a elevarse. Nahia se concentró, cogió una gran cantidad de energía de su interior, y conjuró un rayo de fuego múltiple. Un instante después tres poderosos rayos de fuego golpeaban uno tras otro la cabeza del dragón.

No hubo destellos plateados de su defensa mágica.

El dragón dejó de mover las alas en medio del ascenso y comenzó a caer hacia el suelo hasta estrellarse contra la parte este de la plaza. El sonido que produjo al golpear los adoquines fue estruendoso. Nahia no quiso correr el riesgo y se acercó hasta el dragón. Logan abandonó la pose defensiva y la acompañó.

—¿Está muerto? —preguntó Logan.

—Eso parece. Mejor asegurarnos.

Ambos conjuraron a la vez y un rayo de tormenta y uno de fuego golpearon la cabeza del dragón.

No se movió.

—Muerto —declaró Logan.

—Por fin —resopló Nahia.

Capítulo 37

Nahia y Logan se miraron de arriba abajo, como asegurándose de que el otro estaba bien después del combate.

—Me alegro de que no te hayas convertido en una estatua de roca.

—Y yo de que seas una llama viva —sonrió él.

Nahia se dio cuenta de que seguía en estado de llama.

—Se irá en un momento. Creo…

—Te sienta bien. Resalta tu personalidad.

—¿Una broma? ¿Tú?

Logan sonrió y se encogió de hombros.

Taika llegó hasta ellos. Seguía desprendiendo una oscuridad alrededor de su cuerpo, aunque ahora era menor. Aun así, contra las penumbras de la noche, hacía que fuera muy difícil verlo.

—No sabéis cómo me alegro de veros.

—Y nosotros de casi verte a ti —dijo Nahia.

—Oh, lo siento, esta habilidad tarda un momento en desaparecer —dijo.

Logan miró al firmamento.

—Menos mal que en este desierto la luna y las estrellas brillan con fuerza.

—Aquí siempre lo hacen —dijo Taika y saludó a Logan con un abrazo.

—Yo también te daría un abrazo, pero mejor no —dijo Nahia ardiendo de pies a cabeza.

Taika sonrió.

—Sí, mejor que no me calcines.

—¿Cómo están los demás?

Taika se dio la vuelta e hizo señas hacia la multitud de soldados Felidae y guerreros Desher Tumaini que los rodeaban en todas direcciones llenando la gran plaza. Desde calles adyacentes llegaban más que se habían refugiado en otras partes de la ciudad.

—Ahora veremos. La situación ha sido crítica, ese dragón nos ha puesto las cosas muy difíciles. Nos cogió por sorpresa… No hemos conseguido herirle los ojos hasta vuestra llegada. Era listo y estaba preparado. En cuanto lanzábamos jabalinas cerraba los ojos y los cubría con sus alas. Hemos tenido heridos —explicó el Felidae tigre.

Nahia se intranquilizó.

—Sí… tenía un mal presentimiento.

La multitud de soldados y guerreros se abrió y dejó pasar a sus compañeros. Ivo ayudaba Dafne, que se había subido a su espalda, y Aiden sujetaba a Lily por la cintura con el brazo.

—No estamos del todo mal —dijo Dafne sonriendo.

—Tiene una pierna rota, le va a llevar un poco recuperarse —dijo Ivo y con la mirada señaló la pierna derecha de la Fatum—. Me alegra el alma veros. No solo eso, me la reconforta.

—Y a nosotros verte a ti y comprobar que sigues tan fuerte como siempre —contestó Logan.

—Los Tauruk somos grandes y duros.

—Y tú además tienes el alma de un filósofo, lo que te hace sobresaliente —dijo Nahia sonriendo.

Ivo sonrió halagado.

—Las cosas que cada alma ve y siente son únicas, y por ello todos y cada uno de nosotros somos especiales.

—No le des material para sus delirios mentales, que tengo un dolor de cabeza tremendo y me puede explotar si se pone a divagar ahora —protestó Lily.

—Tienes mala cara —dijo Nahia preocupada.

—Es por los ataques mentales, pero ya se me pasará. Lo importante es que no tengo ninguna cicatriz que desfigure mi belleza e impida mi encanto incomparable —añadió Lily sonriendo.

Nahia rio.

—Veo que no cambias ni en los peores momentos.

—¿Por qué habría de cambiar si soy espectacular y encantadora? —guiñó un ojo Lily.

—Ahí tienes razón.

—Estás muy bien en forma de llama, te sienta fenomenal —elogió Lily.

—Gracias, no sé cómo apagarla.

—Podemos intentarlo con agua —propuso Ivo.

—No creo que eso sirva —dijo Taika observando a Nahia con gran interés—. Es fuego mágico…

—Oh, cierto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Dafne—. No es que no nos alegremos de verte, pero no te esperábamos.

—He venido a ver qué tal estabais. He tenido malos presentimientos acerca de vosotros…

—A veces la vida nos traslada señales a las que debemos prestar atención y atender —comentó Ivo con tono filosófico.

—Sí, como no ir en contra de los señores dragones, por ejemplo —afirmó Aiden—. Me alegro de verte, Nahia —Aiden la saludó con respeto.

—Y yo a ti, Aiden —Nahia le devolvió el saludo.

—No empieces con tus sermones sobre los señores dragones —amonestó Lily—. Sujétame mejor y no me dejes caer, que oírte hablar de los dragones siempre me da dolor de cabeza y ya tengo uno descomunal.

—No voy a dejarte caer, soy fuerte y hago las cosas bien. También digo lo que opino, que ya todos sabéis.

—Si sigues diciendo tonterías tendré que darte en el estómago y me dejarás caer —dijo Lily.

Nahia sonrió.

—Os he echado tanto de menos…

—Nosotros a ti también —dijo Dafne.

—Estamos en misión para el Gran Oráculo —informó Nahia y miró a Logan, que asintió.

—Vaya, eso suena interesante —dijo Dafne—. ¿Qué tipo de misión?

—Nos envía a encontrar un gran mal que ha visto en una premonición.

—Dicho así suena fatal —comentó Lily arreglando su largo cabello azabache apoyada en Aiden.

—¿Por qué no os quedáis con nosotros? Os necesitaremos si los dragones vuelven —pidió Dafne.

—Me gustaría… pero quiero saber qué ha visto el Gran Oráculo que tanto le preocupa. Puede ser bueno para nosotros.

—Si le preocupa a él, seguro que es bueno para nosotros —convino Lily.

—Por eso necesito saber a qué teme y cómo usarlo contra él y los dragones —razonó Nahia.

—Sí, deberíais averiguarlo porque tenemos mucha desventaja —opinó Taika pensativo—. Una ventaja, la que sea, nos vendría muy bien. Que el Gran Oráculo tema algo es muy significativo, los dragones no temen nada, que sepamos.

La llama viva de Nahia se extinguió de repente.

—Por fin —resopló ella.

—Ahora que sí que puedes danos abrazos —pidió Lily—. Pero no me despeines mucho.

—Descuida —sonrió Nahia y abrazó a todos uno por uno con mucho cariño.

De entre los guerreros Desher Tumaini apareció Aibin con el rostro ensangrentado.

—Aibin, ¿estás bien? —preguntó Nahia preocupada.

—Oh, sí. Una pequeña brecha en la cabeza, no es nada. Cosas que pasan cuando se combate contra dragones. ¿Vienes de la perla del desierto?

—Sí, vi a tu hermano. Él me indicó que estabais aquí.

—Entiendo. ¿Todo bien allí?

—Sí, no hay dragones en la perla ni en Jafarika.

Aibin suspiró y pareció relajarse un poco.

—Me alegra saberlo. Esto podría haber acabado muy mal.

—Hubiéramos matado a ese dragón de una forma o de otra —dijo Dafne.

—Ya, pero la estrategia de esperar a que se quedara sin energía nos hubiera costado demasiadas vidas. De hecho, nos ha costado ya muchas —se lamentó Aibin.

—Luchar en abierto contra los dragones es un suicidio —dijo Taika—. Contábamos con la ciudad, sus murallas y edificios. Era nuestra única opción viable.

—Lo sé, pero me preocupa qué haremos cuando llegue el siguiente dragón.

—Disfrutemos de esta victoria antes de preocuparnos por la siguiente batalla —replicó Lily.

Aibin asintió.

—Sí, tienes razón. Hemos liberado la ciudad, es una gran victoria y merece ser celebrada —se giró hacia los guerreros Desher Tumaini y gritó vítores en su idioma.

Los más de seis mil guerreros que había allí comenzaron a gritar a pleno pulmón.

—¿Qué dicen? —preguntó Nahia a Aibin.

—Dicen: "por la libertad", "muerte a los dragones" y "por la libertadora de fuego". Esto último se refiere a ti.

—Oh, vaya, gracias —Nahia se ruborizó un poco.

—Pues si ellos dan vítores nosotros no vamos a ser menos —dijo Lily y se puso a gritar—. ¡Por la libertad! ¡Viva la libertadora! ¡Arriba la rebelión! ¡Por la llama!

Enseguida se le unieron Dafne, Ivo y Taika en los vítores. Hasta Aiden lo hizo por lo bajo. Tras un momento, otros siete mil soldados Felidae supervivientes gritaban a pleno pulmón siguiendo los vítores de los brujos de dragón que los lideraban.

Nahia se sintió llena de alegría y orgullo y hasta se puso colorada por la parte en la que hacía referencia a su persona.

Poco a poco y entre los vítores de soldados de Kraido y guerreros Desher Tumaini, los ciudadanos noceanos salieron de sus casas y se fueron uniendo al resto, no solo físicamente, sino que comenzaron también a vitorear en noceano.

—¿Alguien sabe lo que dicen? —preguntó Dafne al oírlos.

Aibin asintió.

—Os lo traduzco: ¡Muerte a los dragones! ¡Por la libertad!

—Parece que están con nosotros —se alegró Lily.

—Tanto en Jafarika como en Shamala los noceanos que viven en las ciudades se han unido a nosotros. Esperábamos que en Zarasha también lo hicieran —confirmó Aibin.

—Gritan como todos nosotros, así que buena señal —opinó Dafne.

—No puedo creer que hayamos liberado las tres ciudades del noreste. Es un gran logro —se congratuló Aibin.

—Viendo que nos aceptan, deberíamos quedarnos en estas tres ciudades —propuso Taika—. Necesitamos una región donde nuestros soldados puedan establecerse.

—Sí, es una buena idea. Hay sitio para todos y podemos convivir en paz —secundó Aibin.

—Creía que los noceanos y los Desher Tumaini no se llevaban bien… —comentó Nahia.

Aibin asintió.

—Así ha sido durante siglos, pero corren otros tiempos. Los soldados de Kraido en las tres ciudades podrán mantener la paz y los noceanos y los Desher Tumaini podrán convivir y prosperar. Ese es mi deseo —explicó Aibin.

—Tenemos que hacer que funcione —afirmó Dafne.

—Es bueno para todos —intervino Ivo—. Y lo que es bueno para todos, debe conseguirse o al menos, intentarse.

—Lo conseguiremos, aunque tenga que encantarlos personalmente uno por uno —aseguró Lily.

—No será sencillo, tres etnias tan diferentes conviviendo… —razonó Taika—. Pero debemos lograrlo, puede ser el principio de un nuevo futuro. Otras ciudades liberadas seguirán el ejemplo.

—Eso estaba pensando yo también —dijo Nahia—. Si esto funciona, se correrá la voz a otros reinos conquistados de Tremia. Podremos liberar ciudades en las que los que venimos de Kraido podamos luego convivir con los locales.

—Los dragones no lo permitirán —afirmó Aiden—. En cuanto sepan lo que ha sucedido aquí enviarán a más para matarnos.

—Ya estamos —Lily le lanzó una mirada de reproche—. Deja que disfrutemos de la victoria. Mañana será otro día.

—Confío en vosotros para que lideréis a los rebeldes de Kraido y con la ayuda de Aibin creéis una alianza fuerte entre los tres pueblos y aseguréis las tres ciudades. Afianzará la rebelión en Tremia y será un ejemplo a seguir —dijo Nahia con ilusión.

—Nos encargamos de eso, no te preocupes —aseguró Dafne.

—La rebelión continuará y nos haremos más fuertes, aquí en el desierto y más al norte —aseguró Lily.

Nahia asintió.

—Sé que lo conseguiréis.

—Gracias por tu ayuda y la de tu pueblo, Aibin.

—Somos aliados contra los dragones, siempre lo seremos.

—Sois imprescindibles en el desierto —agradeció Nahia.

—¿Cuándo marcháis? —preguntó Taika.

Nahia miró hacia el cielo y luego a la muralla donde Aroa y Eki los habían dejado. No estaban allí.

—Supongo que partiremos al amanecer.

—¿Y vuestros señores dragones raudos? —preguntó Aiden.

—¿Hay algún oasis cerca? —preguntó Logan a Aibin.

—Sí, uno al este —confirmó Aibin.

—Deben de estar allí —razonó Logan.

—En ese caso quedaos hasta el amanecer. Tenemos mucho de lo que hablar —invitó Dafne.

Nahia miró a Logan, que asintió.

—De acuerdo. Nos quedamos.

Los cánticos y vítores de las tres razas continuaron hasta la madrugada. Hubo incluso bailes alrededor del dragón muerto. Nahia, Logan y el resto del grupo se refugiaron en una casa de la plaza.

Charlaron por horas mientras por la ventana apreciaban la felicidad de quienes habían luchado por la libertad aquel día y habían ganado.

Capítulo 38

Las Panteras cabalgaban hacia la aldea de Tonsberg en busca de las armas doradas con Ingrid en cabeza. Como era una misión sencilla que solo implicaba desenterrar las armas y regresar, habían dejado a Camu, Ona y Argi en la capital, descansando. No los necesitaban para esta misión y era mejor que Camu no volara porque atemorizaba de muerte a quien lo viera. Todos lo confundían con un dragón.

Cabalgaron veloces sobre sus monturas impacientes por volver a poseer las armas doradas y Lasgol, que ya tenía su arco dorado, por sus compañeros. Todos sentían que al recuperarlas serían capaces no solo de hacer frente a los dragones, sino de poder proteger su reino y a todos los norghanos.

Tan ansiosos estaban por recuperar las armas que el viaje se les hizo muy corto. Que no hubiera presencia de soldados de Kraido en tierra ni dragones en el aire ayudó en gran manera. Lasgol sospechaba que algo ocurría con el ejército invasor. No era normal que estuvieran tan inactivos. Presagiaba que aquello era la calma antes de la tormenta. Esperaba equivocarse, pero sentía que se acercaba un gran peligro. Lo intentaba desechar de su mente, pero era como si estuviera metido en sus huesos y no se lo pudiera sacar de encima. Deseaba estar equivocado y que aquella mala sensación fuera errónea, pero algo le decía que no era así. Los dragones tramaban algo malo y pronto sucedería.

Llegaron a la aldea de Tonsberg y detuvieron las monturas. La aldea había sido castigada por la guerra. Varias de las casas del pueblo y las granjas de los alrededores habían sido atacadas.

Ingrid suspiró mientras observaban el estado del lugar.

—No esperaba que estuviera tan castigada. No es más que una pequeña aldea de granjeros y ganaderos.

—Le han dado un buen repaso, sí —asintió Viggo.

—No se ve a nadie, ¿crees que los lugareños habrán conseguido salvarse? —preguntó Nilsa.

—Esperemos que sí —deseó Astrid, pero su expresión dura transmitía que podía ser lo contrario.

—La guerra es espeluznante para los inocentes —se lamentó Gerd.

—Para todos, en mayor o menor medida —dijo Ingrid con tono de pesar.

Lasgol utilizó su habilidad Ojo de Halcón para intentar encontrar a alguna persona en las inmediaciones.

—No capto a nadie. El lugar está desierto.

—No es buena señal. Han debido de tener problemas serios —se preocupó Gerd.

—Dispersémonos y veamos si encontramos a algún superviviente —dijo Ingrid—. Yo iré hasta mi casa a desenterrar las armas.

Se separaron y comenzaron a rastrear la zona despacio, sobre sus monturas. Ingrid se dirigió a su antigua casa.

Según recorría la desierta y destrozada aldea, Lasgol no podía sino lamentar toda la muerte y destrucción que los dragones habían traído a Tremia. Sentía que era como una maldición que les había caído encima y aplastado, como si el propio cielo se hubiera desplomado sobre ellos.

Y no lo merecían, al menos no las buenas gentes de Norghana. Los reyes y nobles del reino, los generales… ellos sí, por todo el mal que habían hecho en el pasado. Una vez, cuando era más joven y lleno de ideales, había creído en reyes y militares, pero ya no. Había descubierto por experiencia propia, y muy mala, que eran egoístas y despiadados. Solo buscaban poder y riquezas y lo conseguían matando y aprovechándose de los débiles. Pero los dragones eran peor que ellos, pues no respetaban a nadie y a nada, eran el pináculo del egocentrismo y la codicia.

Según avanzaba entre edificios derruidos de honrados, sacrificados y trabajadores granjeros y pueblerinos se entristeció. Deseó que un día no hubiera dragones ni ejércitos conquistadores en Norghana y que tuvieran un rey justo, bueno y honrado, que buscara el bien del reino por encima de sus propios intereses. Según le habían dicho sus compañeros, ese era Egil. Lasgol esperaba y deseaba que así fuera, tenía el presentimiento de que Egil sería un gran rey. No sabía por qué, ya que apenas recordaba a su supuesto amigo, pero eso le decía su corazón. Un día se librarían de los dragones y su ejército de invasión y colocarían a Egil como monarca y dirigente de Norghana.

Recorrieron la aldea y comprobaron que estaba desierta. Se dirigieron entonces hasta la granja con el edificio frente al que estaba atado el caballo de Ingrid.

—¿Habéis visto a alguien? —preguntó Nilsa.

—No, este lugar está desierto —respondió Gerd y suspiró.

—Los aldeanos debieron huir al ser atacados —supuso Astrid.

—O los mataron a todos —dijo Viggo.

—Ya estamos con tus comentarios optimistas —regañó Nilsa.

—Realistas, afirmaciones realistas —recalcó Viggo.

—Esperemos que consiguieran huir —quiso pensar Lasgol, que sabía que Viggo podía tener razón.

—¡No me lo puedo creer! —llegó la exclamación de Ingrid.

Todos desmontaron a una.

—¿Qué pasa? —preguntó Viggo, que corrió como una exhalación hacia la casa y bajó al sótano para llegar junto a su amada.

—¡No están! —exclamó Ingrid.

El resto del grupo llegó junto a ella. Una lámpara de aceite alumbraba el interior del agujero en la pared norte del sótano. Había quitado unas piedras en la zona baja y se veía un hueco oscuro que trataba de iluminar.

—¿Cómo que no están? —preguntó Nilsa abriendo mucho los ojos.

—Las metí aquí envueltas en mantas —señaló el agujero en la pared con su dedo índice.

—¿Has palpado bien? Igual están más al fondo —dijo Gerd.

Ingrid metió medio cuerpo en el agujero. Un momento después lo sacó.

—¡No están! ¡Las han robado!

Lasgol estaba en *shock*. ¿Cómo habían podido robar las armas doradas de aquel lugar secreto? ¿Quién podía haberlas robado? No tenía sentido…

—Me va a explotar la cabeza —dijo Viggo—. Si las escondiste ahí es imposible que nadie las haya encontrado.

—Estamos en una aldea remota, en el sótano de una granja. No puede ser… —comentó Nilsa.

—Nadie puede haberse topado con ese escondite por casualidad —razonó Gerd rascándose la cabeza.

—Tranquilidad, pensemos qué ha podido suceder —Astrid pedía calma con las manos a sus compañeros.

—Cuéntanos lo que pasó cuando las escondiste —pidió Lasgol.

—Fue antes de ser enviada como prisionera a Ocorum. Pensé que este escondite sería perfecto. La casa estaba deshabitada desde hacía tiempo. Vine una noche y metí las armas en este escondrijo que yo misma creé cuando era una niña y vivía aquí. Ocultaba mis juguetes ahí. Lo único que tuve que hacer fue agrandar el hueco, pero lo hice de noche y en silencio. Nadie me vio ni me oyó. Tuve mucho cuidado de que así fuera.

—¿Hablaste con alguien al llegar o marchar? —preguntó Astrid.

—No. Sabía que tendría que dar explicaciones que no quería dar, así que me aseguré de no encontrarme con nadie. Por eso lo hice de noche.

—¿Cuánto tiempo te llevó? —quiso saber Lasgol.

—No mucho. Quitar tres rocas de la pared y escarbar algo de tierra para hacer más sitio. Luego puse las rocas otra vez y me aseguré de que estaban fijas usando agua y lodo para que quedaran pegadas entre sí —Ingrid señaló a un costado, donde había un balde con agua y lo iluminó con la lámpara de aceite.

—El pueblo está desierto y esta casa abandonada. ¿Quién puede haberlas encontrado? —preguntó Lasgol más para sí mismo que para el grupo.

—Vaya mazazo. Yo contaba con las armas doradas —dijo Nilsa sacudiendo la cabeza.

—No eres la única. Lo veo y no lo creo —Gerd abría mucho los ojos y negaba con la cabeza.

—Nos la han jugado —afirmó Viggo.

—No nos la pueden haber jugado si nadie sabía que Ingrid había puesto las armas ahí —corrigió Nilsa.

—Pues alguien se las ha encontrado por casualidad y se las ha llevado —dijo Viggo.

—¿Por casualidad? ¿Aquí abajo? —Nilsa negaba con la cabeza.

—Pueden haber sido soldados del ejército de Kraido —afirmó Gerd.

Esto captó la atención de todos.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Astrid.

—Pueden haber registrado la aldea buscando comida o armas…

—O algo de valor… —añadió Nilsa.

—Eso tiene más sentido, pero ¿cómo descubrieron el escondite? —preguntó Astrid y se volvió hacia el agujero.

Gerd se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Estaban todas las piedras puestas en posición? —preguntó Lasgol.

—Sí, la pared estaba en perfecto estado. Las he sacado yo antes de que llegarais.

—Eso es todavía más raro… si alguien se ha llevado las armas ¿por qué ha dejado todo como estaba? No lo entiendo… —dijo Gerd.

—Es raro, pero significativo —comentó Astrid.

—¿Significativo? —quiso saber Viggo.

—No se las ha encontrado alguien por casualidad, de ser así no habría vuelto a poner las rocas en la pared.

—Eso tiene sentido…

—Por lo que no ha sido alguien del pueblo —razonó Astrid.

—Pues lo que yo decía, alguien nos la ha jugado —Viggo levantó los brazos al aire.

—Si fueran soldados de Kraido los que las han encontrado en un registro tampoco hubieran tapado el agujero —afirmó Ingrid.

—Ya, un soldado no se pone a reparar paredes para dejar un sótano abandonado bonito —comentó Gerd.

Lasgol estaba agachado inspeccionando las huellas.

—¿Ves alguna huella que te llame la atención? —preguntó Astrid.

Lasgol negó con la cabeza.

—Están las nuestras y un par más, pero no veo nada interesante que pueda darnos una pista.

—Pero ha habido alguien aquí abajo, entonces —dijo Nilsa.

Lasgol asintió.

—Sí, al menos dos personas, pero al llegar hemos pisoteado sobre esas huellas y poco puedo deducir ahora.

—Vaya… qué fallo —se lamentó Astrid.

—No esperábamos esto —dijo Gerd.

—Si descartamos a los aldeanos y soldados por la reconstrucción de la pared, ¿quién más puede ser? —preguntó Ingrid.

—Alguien que buscaba las armas doradas —dijo Astrid.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? —preguntó Viggo.

—Porque ha intentado ocultar su descubrimiento. Eso lo hace alguien que sabe que lo que está robando es de mucho valor.

Intenta disimular el robo.

—Estoy de acuerdo —asintió Lasgol.

—Alguien sabía de las armas doradas y siguió a Ingrid —dedujo Viggo.

—O alguien las ha descubierto de alguna otra forma, mediante el uso de magia, por ejemplo —sugirió Lasgol.

—¿Alguien más sabe sobre su existencia y las busca? —se extrañó Astrid.

—Esa conclusión saco viendo lo que nos hemos encontrado aquí.

—Umm… lo que yo he dicho desde el primer momento. ¡Nos la han jugado! —exclamó Viggo.

—Salgamos y busquemos el rastro, a ver si podemos encontrarlo —comentó Lasgol.

El grupo subió al piso superior y buscaron alguna pista. Luego siguieron indagando alrededor de la casa.

—No queda rastro alguno. La fuerte lluvia lo ha borrado —dijo Lasgol tras un rato de buscar.

—Debió suceder hace tiempo —supuso Astrid poniéndose en pie.

—Cierto, no sabemos cuándo sucedió. Pudo ser hace mucho tiempo —dijo Nilsa.

—No sabéis cómo lo siento. Pensé que estarían seguras aquí —expresó Ingrid.

—Es un buen escondite, no te lamentes. Aquí ha pasado algo que no podías prever —dijo Astrid.

—Estoy de acuerdo —se unió Lasgol.

—El problema que tenemos ahora es encontrar a quien sea que se ha llevado las armas —dijo Nilsa.

—Puede estar en cualquier parte —se lamentó Gerd llevándose las manos a la nuca.

—¡Y que no podemos usarlas para matar dragones! —exclamó Viggo enfadado—. Cuando encontremos a quien haya sido, lo voy a hacer pedazos con estos —dijo y sacó sus cuchillos.

Capítulo 39

Zarasha amaneció tranquila. Los noceanos, soldados Felidae y guerreros Desher Tumaini trabajaban en enterrar a los muertos y afianzar los edificios más dañados para que no se derrumbaran. Lo hacían hombro con hombro, sin importar sus razas o condición. Todos querían lo mismo: paz y libertad. Era tiempo de reconstruir y luchar por ellas entre todos.

Nahia y Logan se despedían de sus amigos en mitad de la plaza.

—Manteneos fuertes y defended las tres ciudades —pidió Nahia.

—Lo haremos, descuida —aseguró Taika—. Afianzaremos lo que hemos conseguido.

—Todos los rebeldes sabrán que hay tres ciudades liberadas en las que se les recibirá con los brazos abiertos —afirmó Dafne.

—Correremos la voz entre los ejércitos de Kraido —afirmó Taika.

—No sé qué os espera ahora, pero andaros con los ojos bien abiertos —advirtió Ivo—. Vuestros corazones son puros, pero no así los de vuestros enemigos.

—Dicho de otra forma, cuidado con los dragones —resumió Lily —. Con los vuestros también, no os fieis de ellos. Siguen siendo dragones, no lo olvidéis nunca.

—Gracias, Lily, lo tenemos en cuenta —dijo Nahia.

Logan asintió.

—Lo sabemos, tranquila.

—Cuando encontréis ese mal que busca el Gran Oráculo no se lo entreguéis, sea lo que sea. Si podéis, quedáoslo vosotros o traedlo aquí. Lo protegemos nosotros —pidió Dafne.

—Primero tenemos que descubrir qué es y por qué le teme —dijo Nahia.

—Luego decidiremos qué hacer. Contamos con vosotros —añadió Logan.

—Vuestros dragones raudos os lo impedirán —auguró Aiden.

—¿Es una advertencia? —preguntó Nahia extrañada, conocía la tendencia del Drakónido con los dragones.

—Es una certeza. Harán lo que sea mejor para los dragones, no lo que vosotros queráis hacer.

—Cuando tiene razón, pues tiene razón —intervino Lily—. Cuidadito con esos dragones.

—Lo tendremos —aseguró Logan.

—¿Vuelves con los tuyos? —preguntó Nahia a Aibin.

—No, me quedo a fortalecer la alianza de las tres razas en las ciudades liberadas. Mi hermano guía con sabiduría a mi pueblo en las montañas de sangre y no me necesita en estos momentos. Además, mi amada está con las Panteras de las Nieves, creo que es mejor que sirva aquí de momento.

—Necesitamos de sus conocimientos —dijo Taika—. Sin él no podríamos sacar adelante las tres ciudades.

Nahia asintió.

—Cierto. Gracias, Aibin.

—No hay por qué darlas. Todos luchamos contra el mismo mal.

Terminaron de despedirse y partieron. Un momento después, ella y Logan salían de la ciudad por la puerta sur y pisaban la arena del desierto.

—Caminemos un poco hacia el sur antes de llamar a Aroa y Eki —propuso Nahia.

—Sí, mejor que los de la ciudad no vean llegar a dos dragones.

—Les evitaremos un susto de muerte.

Logan asintió.

Aroa y Eki acudieron a la llamada y tomaron tierra frente a ellos sobre la candente arena del desierto.

«¿Matasteis al dragón?» preguntó Eki sin rodeos.

«No nos dejó otra opción. Le ofrecí marchar, pero se negó» envió Nahia.

«Los dragones rara vez rehúyen el enfrentamiento. Se considera cobardía» envió Aroa.

«Más cobardía es matar a miles que no pueden hacerte frente» envió Nahia con rabia.

«En esa ciudad hay soldados rebeldes de Kraido. Saben luchar» corrigió Eki.

«Y miles de noceanos inocentes que no. Los dragones matan a miles de inocentes, es inaceptable».

Nahia no podía evitar el sentimiento de enfado. Lo que los dragones hacían no era excusable ni defendible.

«Y los soldados de Kraido solo quieren ser libres. No desean empezar una guerra contra nadie, incluyendo los dragones» añadió Logan.

Hubo una pausa en la que todos guardaron silencio. Nahia y Eki, al igual que Aroa y Logan, podían captar lo que el otro sentía a través del vínculo. Había emociones fuertes en ambos lados, muy enraizadas.

«Debemos seguir con la misión» envió Aroa queriendo cambiar el tema para poner paz y que la discusión no escalara a más. Que ninguno de los cuatro estaba contento con la situación era más que evidente y todos podían sentirlo.

«Sí, la misión es lo primero. Debemos cumplir las órdenes» estuvo de acuerdo Eki.

Nahia y Logan subieron a sus sillas y, un momento después, Aroa y Eki se elevaron a los cielos en dirección noroeste.

Continuaron vuelo en silencio. Por un largo tiempo nadie dijo nada. Todos intentaron calmar sus sentimientos y que lo que pasara a través del vínculo no fuera enfado, odio o rabia. Les costó, pero finalmente lo fueron logrando. La situación pareció volver a la normalidad, pero todos eran conscientes de que la discusión volvería

a producirse en cualquier momento si estallaba el conflicto entre dragones y el resto de las razas.

Llegaron a la perla y la encontraron desierta. Nahia imaginó que los vigías Desher Tumaini de Abon estarían observando, pero prefirió no llamar la atención. Con que supieran que se marchaban era suficiente. Tampoco podían entrar a hablar con Abon, pues ya habían perdido mucho tiempo y Nahia sentía por el vínculo con Eki que estaba impaciente por avanzar en la misión que tenían asignada.

«Abriré el portal a la perla de los bosques» envió Eki.

«No hay perla en el territorio Masig, ¿verdad?» preguntó Nahia.

«No, la más cercana es de hecho la Perla de los bosques de los Usik. La otra perla cercana está en Norghana» respondió Eki.

«Entendido».

Nahia solo quería cerciorarse de dónde estaban las perlas que podían usar.

Eki abrió el portal y, una vez la gran esfera de plata se formó, interactuó con él para seleccionar la runa adecuada.

«Ya está, podemos entrar».

«Adelante. Te sigo» envió Aroa.

Nahia echó una última mirada al desierto. Era un lugar duro, mortal, pero aquellas dunas interminables tenían algo. No sabía el qué, pero atraían, cosa que era contraria a la lógica. Nadie debería querer entrar en ellas y, sin embargo, eran atrayentes por alguna razón. Con aquel pensamiento en la cabeza, Eki entró en el portal y el desierto desapareció.

Aparecieron frente a una perla en medio de un claro, sobre una colina que era parte de una descomunal montaña. Nahia miró en todas direcciones, todo lo que podía ver eran árboles y más árboles que cubrían todo. Había mucha vegetación.

Aroa y Logan aparecieron a su lado. El portal permanecía abierto a sus espaldas.

No vieron dragones vigilando la perla, lo cual era extraño.

«Debería haber dragones aquí» comentó Aroa.

«Si no los hay debe de ser por el mismo motivo que no los había en la perla del desierto» razonó Eki.

«Alguien los ha matado» dedujo Aroa.

«Nosotros no hemos sido» se apresuró a dejar claro Nahia.

«Me alegra saberlo» respondió Eki. En su respuesta había cierto sarcasmo.

«Puede que ese mal que debemos encontrar sea el causante» comentó Aroa.

«Sí, es más que probable que así sea» estuvo de acuerdo Eki.

«Por lo general hay tres dragones de guardia en cada perla. Creo que deberíamos buscarlos y ver qué ha sucedido» propuso Aroa.

«Me parece bien» Eki observó los alrededores.

Nahia y Logan no dijeron nada, preferían esperar y ver qué sucedía. Nahia estaba contenta de que no hubiera dragones allí, era buena señal para ellos, no para Aroa y Eki. Quizá descubrieran algo interesante en aquel mundo de verdes y frondosos parajes que parecían no tener fin. No se veía dónde terminaban los bosques en ninguna dirección, y eso que ellos estaban en lo alto de la montaña.

Echaron a volar y, de inmediato, Nahia se dio cuenta de lo enorme y espectacular que era aquel mundo. Mirara donde mirase veía árboles. Las copas lo cubrían todo y no se apreciaba nada más que un lugar verde infinito. La única excepción era la montaña en cuyas faldas habían aparecido y cuyo pico sobresalía por encima del descomunal bosque.

«Esto es impresionante. Nunca había visto un bosque tan grande y con tanta vegetación» se sorprendió Aroa.

«¿Es un bosque o la suma de cientos de ellos? Me parece demasiado grande para ser solo uno» dudó Eki.

«Supongo que son varios porque los tipos de árboles parecen diferentes. Los hay inmensos hacia el norte y más pequeños hacia el oeste».

«No veo ni rastro de ningún dragón. Va a resultar muy difícil encontrarlos si están ahí abajo» envió Eki.

«En el aire no están, al menos en rango de visión. El bosque es más grande de lo que alcanzan nuestros ojos» dedujo Aroa.

«Lo mejor será volar alrededor de la gran montaña e ir ampliando los círculos de rastreo» propuso Eki.

«Me parece bien, pero tendremos que volar raso, las copas son tan tupidas que no dejan ver el suelo» envió Aroa.

«De acuerdo. Círculos alrededor de la montaña y raseando» comentó Eki.

«Y despacio, no creo que veamos mucho si volamos rápido».

«Entendido. Todos atentos a algún rastro» pidió Eki.

«De acuerdo» respondió Nahia.

«Ojos bien abiertos» confirmó Logan.

Comenzaron a volar en círculos alrededor de la gran montaña cuyo pico a Nahia le dio la impresión de que tenía la forma de la cabeza de un ave, un águila quizá. También se fijó en que la montaña tenía cuevas a varias alturas, aunque no eran lo suficientemente grandes para que entrara un dragón. Tal vez por ello Aroa y Eki no les dieron mayor importancia.

Eki volaba realmente bajo y Nahia casi podía tocar las copas de los enormes árboles con las manos. Tuvo la tentación de hacerlo, pero tendría que hacer equilibrios para no caer de la silla y prefirió no arriesgar. Por muy cerca que pasaban de los árboles, apenas podían ver nada en el suelo bajo ellos. Descubrieron varios ríos serpenteantes y distinguieron alguna zona con rocas donde se había creado un claro. Por lo demás, era todo bosque cerrado, no había más montañas. Tampoco vieron ningún claro natural lo suficientemente grande como para que Aroa o Eki pudieran tomar tierra. Hasta que llegaron a las zonas quemadas.

«Esto lo han hecho los dragones» envió Nahia al llegar a una amplia zona de bosque completamente calcinada.

«Eso parece. Hay rastro de ataques con fuego y tierra elemental» envió Aroa.

«Parece que se ha hecho para tomar tierra» comentó Eki.

«O para matar a los Usik que estuvieran en esta zona» rebatió Nahia.

«Veo algo sospechoso, deberíamos investigar» envió Aroa.

«De acuerdo, tomemos tierra» secundó Eki.

Hicieron la maniobra y aterrizaron en la zona arrasada. Nahia se había fijado en que había al menos otras cuatro zonas más hacia el norte. Era como si los dragones hubieran perseguido a alguien y arrasado con ataques elementales cuatro áreas de bosque. Esperaba que quien fuera hubiera conseguido huir, aunque por el destrozo que contemplaba en aquella zona, no tenía mucha confianza en que lo hubiera logrado.

Aroa y Ekia avanzaron sobre el terreno quemado. Allí estaba todo muerto, arrasado. No encontraron ni la más mínima pista. Encontrar algo en aquellos bosques iba a resultar una labor mucho más difícil de lo que habían anticipado. Visto lo visto hasta el momento, les iba a llevar no días, sino semanas.

Capítulo 40

Las Panteras de las Nieves habían sido requeridas para una importante reunión en la sala del trono del castillo real de Norghania. Se dirigieron al compromiso con corazones inciertos. Las reuniones en la sala del trono casi siempre terminaban con situaciones complicadas o misiones peligrosas para ellos. Esperaban que en esta ocasión no fuera así, pero rara vez tenían buena suerte en ese sentido.

Dos generales aguardaban frente al trono, de pie. No solían sentarse en él, ya que eso se interpretaría como que estaban tomando la corona que correspondía al hijo del difunto Thoran, que todavía era un niño de corta edad y no podía asumirla por ley. Los dos generales mandaban en Norghana, eso nadie lo discutía ya que tenían el control de los ejércitos, pero era entendido por todos que se trataba de algo temporal. Un día, el hijo de Thoran reinaría o, si se preguntaba a los del oeste, un día Egil, el legítimo rey, regresaría y tendrían que entregarle el trono, les gustará o no.

Lasgol suspiró. Sabía que Egil era su mejor amigo, pero apenas lo recordaba. Precisamente porque eran tan amigos esperaba poder ayudarle, no solo a escapar de Kraido sino a recuperar su trono. Ambas cosas le parecían descabelladas en aquel momento y, aun así, no perdía la esperanza.

Soldados de la Guardia Real protegían a los generales y, aunque había también Guardabosques Reales en la sala, los soldados los doblaban en número. Sin duda no querían correr riesgos. Las relaciones entre soldados y guardabosques eran excelentes, ya que los primeros necesitaban de los segundos para defenderse de los dragones y también por todo el adiestramiento de tiradores que hacían con ellos. Reconvertir a la infantería en arqueros había sido

una tarea dura y los guardabosques lo habían hecho con paciencia y sin rencores. Sigrid así lo había ordenado. La razón por la que Norghana no había caído como otros reinos era precisamente por sus guardabosques, que no solo eran letales, sino que habían enseñado a los soldados.

El general Rangulself habló primero, era quien llevaba las tiendas del reino. Olagson dejaba que la mente más brillante de Rangulself se encargara de los asuntos de estado, puesto que él era un soldado nato. Lo suyo era el ejército y la guerra, las tácticas militares, no tanto.

—Bienvenidos, Panteras de las Nieves. Vuestras hazañas os preceden —saludó Rangulself.

Las Panteras bajaron la cabeza en un saludo respetuoso.

—Olagson y yo hemos estado reunidos con Sigrid y nos ha informado de todo lo sucedido. Es por ello por lo que queremos hablar con vosotros. Tanto Olagson, como Sigrid, como yo mismo pensamos que debemos colaborar con la ciudad estado de York y su líder, Urrejaun. Necesitamos esa sustancia dorada. ¿Es tan efectiva contra los dragones como nos ha explicado Sigrid?

—Lo es —aseguró Lasgol.

—Entiendo que la tenéis y la habéis usado contra ellos —intervino Olagson.

—La tenemos y la hemos usado extensamente —comentó Viggo —. Han caído más de una veintena de dragones.

—¿Una veintena de dragones? —Olagson abrió mucho los ojos—. Eso es imposible, incluso para vosotros.

—Más de dos docenas, si he contado bien —dijo Viggo orgulloso, sacando pecho.

—¿Los habéis matado vosotros, con la sustancia dorada? —ahora era Rangulself el que preguntaba y en su tono había no escepticismo sino sorpresa.

—Sí, pero hemos tenido ayuda de otros —aclaró Lasgol—. Aunque la sustancia dorada nos ha ayudado mucho.

—¿Entonces es cierto que habéis matado a todos esos dragones? —Olagson no salía de su asombro y el rostro del general así lo mostraba.

—Sí, señor —asintió Lasgol.

—En Erenal matamos a quince, general —dijo Ingrid—. A petición de su rey.

—Dieciséis si contamos el que matamos en Zangria —añadió Nilsa.

—Vamos a tener que haceros unas estatuas en mitad de la ciudad —dijo Rangulself muy impresionado—. Sigrid me lo había transmitido, pero siendo sincero el número de dragones muertos no terminé de creérmelo.

—Es que parece una auténtica exageración —dijo Olagson.

—No lo es, generales —aseguró Ingrid—. Usando la cabeza y yendo solo a por uno en cada ocasión, se puede lograr.

—Gracias a la magia dorada —añadió Gerd.

—En verdad sois sorprendentes más allá de todo lo que pueda decir. ¡Impresionante hazaña la que habéis logrado! —exclamó Rangulself.

—Siempre al servicio de Norghana —afirmó Ingrid.

—Vuestro reino os lo agradece y aprecia —dijo Rangulself.

—Necesitamos más soldados como vosotros en Norghana. Hay que darles una lección a esos dragones engreídos —proclamó Olagson mirando a la Guardia Real que los rodeaba.

—¿Puedo ver ese líquido dorado? —pidió Rangulself.

—Por supuesto —Lasgol avanzó hasta él y se puso una esfera de Dameros en la mano.

Rangulself la miró con detenimiento.

Olagson se acercó y también la observó.

—No parece gran cosa —comentó.

—Pero lo es —aseguró Lasgol.

—Si se me permite, me gustaría examinarla —pidió Rangvald, líder de los Magos de Hielo.

—Por supuesto, eres la eminencia en temas mágicos —Rangulself le hizo un gesto a Lasgol para que le cediera la esfera dorada y Lasgol así lo hizo.

Rangvald la observó un largo momento. Luego la puso entre sus manos y cerró los ojos.

—Voy a estudiarla —avisó.

Todos aguardaron a que el líder de los Magos de Hielo finalizara su estudio de la esfera. No tardó demasiado. Se produjeron varios destellos blancos, intensos, que surgieron de sus manos. Luego abrió los ojos y se pronunció.

—Muy interesante. Energía mágica dorada en estado viscoso, líquido. Es una magia dorada pura, casi imposible de conseguir.

—¿Casi imposible? —se interesó Rangulself.

Rangvald asintió pesadamente.

—Los que tenemos el don tenemos magia compuesta por mezcla de varias magias base, fundamentales. La dorada es una de ellas y la plateada, la de los dragones, otra. Y hay más. La energía que hay en esta esfera es únicamente dorada, aunque no sé si se ha destilado o la fuente de la que se obtuvo es pura.

—No se ha destilado. Dameros tiene magia dorada pura.

—Muy sorprendente, y extraordinario. Es una excepción, una anomalía, entonces.

—Lo es y lo sabe. No se ha descubierto a nadie más como él, y lo han buscado —explicó Lasgol.

—Eso le da gran valor y hace que estas esferas sean todavía más valiosas si cabe.

—¿Por qué? No lo entiendo —preguntó Olagson frunciendo el ceño.

—Porque al ser único, y el fruto de su magia singular, lo hace incomparable. Nadie más puede conseguir lo que ese mago produce

—explicó el líder de los Magos de Hielo.

—Oh… ya veo… Pero eso no es seguro. Puede que haya alguien más, solo que no lo hemos encontrado. Tremia es un lugar extenso y gente extraña con magia tiene en cantidad.

—Cierto, pero de momento Dameros es el único que conocemos con este don tan singular —comentó Rangulself—. ¿No es así, Rangvald?

—Así es, general. Ese mago es valiosísimo —enseñó la esfera de magia dorada.

—¿Estáis seguros de que los Magos de Hielo no podéis hacer algo así? —preguntó Olagson, aunque se veía que ya intuía la respuesta.

—Lo hemos intentado sin éxito, como bien saben mis generales.

—¿Cómo obtienen la sustancia? —preguntó Rangvald.

—Disponen de un artefacto al que llaman Condensador de Almas. Utiliza gemas de poder. Es una herramienta asombrosa —explicó Lasgol—. Consigue realizar un proceso de extracción de energía mágica para luego condensarla y crear la sustancia viscosa.

—¿Con esa herramienta se puede extraer magia de… digamos… nosotros? —preguntó Rangvald.

—Sí. Lo probé en mí y es posible.

—¿Y separa los tipos de magia?

—Así es —asintió Lasgol.

—Entonces esa herramienta es otro gran avance del que no disponemos. Si la tuviéramos podríamos intentar extraer algo de magia dorada, aunque fuera poca, de los Magos de Hielo.

—Esa es una idea interesante —comentó Rangulself.

—Bueno, tanto hablar de la sustancia dorada como si fuera poderosísima, pero yo no la he visto en acción —afirmó de pronto Olagson.

—¿Se puede hacer una demostración para convencer al incrédulo general? —pidió Rangulself.

Lasgol miró a Sigrid.

—Necesitamos escamas de dragón.

—Las tenemos —dijo Sigrid.

Se dio la vuelta e hizo un gesto a uno de los Guardabosques Reales, que partió de inmediato a buscarlas.

—No es que no nos fiemos —dijo Rangulself—. Sé que no debo desconfiar de la palabra de un guardabosques. Además, tú y yo nos conocemos, Lasgol, y sé que eres tan recto como una flecha. En tu palabra y honor confío.

Lasgol recordó lo ocurrido con Rangulself y Yakumo y el recuerdo le llenó de pesar. Si pudiera volver a vivir aquel momento no entregaría al asesino oscuro. Aquello fue un error, aunque fuera su obligación hacerlo. Ahora lo veía, no volvería a suceder. De los errores se aprende y Lasgol de aquel había aprendido mucho.

—Gracias, general —Lasgol bajó la cabeza con respeto y vergüenza del pasado.

El Guardabosques Real trajo dos escamas de dragón, una roja y otra marrón. Se las dio a Sigrid y ésta a Rangulself.

—Si puede atravesar esto me convenceré —dijo Olagson.

—Lasgol, ¿te importa realizar la demostración? —pidió Rangulself.

—Con gusto, general.

Lasgol sacó una esfera dorada y luego su cuchillo de guardabosques y, con cuidado, vertió unas pocas gotas en la punta y el filo. Al recibirlas, el metal brilló con destellos dorados.

—Yo mismo lo sujeto —se ofreció Olagson, que era como un enorme oso norghano.

Sujetó la escama roja entre sus grandes y fuertes manos.

—Cuidado con mis dedos, los necesito para empuñar mi espada y matar a enemigos del reino —dijo a Lasgol.

—Descuide, general.

Olagson estiró los brazos sujetando la escama y aguardó.

Lasgol midió la distancia y el punto de golpe y soltó una estocada directa al centro de la escama. El cuchillo la atravesó y entró hasta

el mango.

—¡Por las nieves de Norghana! ¡Si no lo veo no lo creo! —exclamó Olagson con grandes ojos—. Si le hemos dado con todo… acero, fuego, ácido, hielo, magia… nada la atraviesa.

—Esto sí —dijo Lasgol mostrando la esfera dorada.

—¿Si se aplica a las puntas de las flechas también funciona? —quiso saber Rangulself.

—Así es, general. Atraviesan las escamas de dragón. Y no solo eso, también su defensa mágica.

Rangulself asintió satisfecho.

—¿Convencido? —preguntó a Olagson.

—Convencido del todo.

—Entonces negociaremos con Urrejaun. Necesitamos esas esferas doradas —afirmó Rangulself.

—Urrejaun está dispuesto a intercambiar flechas elementales por esferas —dijo Lasgol.

—Sí, ya nos ha enviado sus condiciones. No son muy favorables para nosotros, pide muchas flechas elementales por muy pocas esferas doradas —opinó Olagson.

—Pero viendo lo que es capaz de hacer esa magia dorada, cambia mucho la situación —Rangulself se quedó pensativo.

—Sí, yo también lo veo, pero aun así creo que es mal negocio intercambiar tantas flechas por tan pocas esferas —protestó Olagson.

Rangulself miró a Sigrid.

—Hasta ahora las flechas elementales de los guardabosques solo las han utilizado los guardabosques y por necesidades obvias, y ahora los soldados norghanos. Su elaboración continúa siendo un secreto. Temo que, si enviamos flechas a Urrejaun, consigan estudiarlas sus eruditos y descubran cómo fabricarlas ellos mismos.

—El general es inteligente, ese riesgo es muy cierto —convino Sigrid.

—¿Podrán copiarlas? —Olagson enarcó una ceja y puso cara de que aquello no le gustaba.

—Tienen grandes magos y un laboratorio donde estudiar todo tipo de magia y armamento —comentó Rangulself—. ¿No es así? —se dirigió a Lasgol.

—Así es, general.

—Al emular nuestras flechas elementales nuestra ventaja contra otros reinos disminuiría. No me gusta esto —expresó Olagson negando con la cabeza.

—¿Qué opinas, Sigrid? —preguntó Rangulself.

—Opino que no tenemos mucha opción. Las esferas doradas pueden ayudarnos a defender Norghana y a expulsar al ejército invasor de nuestras tierras. Perder el secreto de la fabricación de las flechas elementales de los guardabosques me duele, pero en esta situación creo que es necesario correr el riesgo.

Rangulself se quedó pensando.

—Quizá no puedan descubrir cómo fabricarlas. No tienen por qué ser tan hábiles —comentó Olagson—. Yo no sabría y tú tampoco, Rangulself. Nadie en nuestro ejército sabe cómo hacerlo, solo los guardabosques y los artesanos a los que han enseñado para producirlas en masa para todos nosotros.

—Eso es cierto, pero somos militares. Nuestro conocimiento es sobre la guerra. Otros muchos campos de estudio no se nos dan bien, como la alquimia y la magia.

—En mi humilde opinión, necesitamos la sustancia dorada. Perder el secreto de la elaboración de las flechas elementales es un mal que podremos superar —dijo Sigrid.

—Estoy de acuerdo. Mejor sobrevivir que mantener una ventaja bélica —razonó Rangulself.

—De acuerdo —dijo Olagson.

—Muy bien, queda decidido. Negociaremos con Urrejaun e intentaré que nos dé más sustancia dorada —afirmó Rangulself.

Los guardabosques estaban sacrificando uno de sus secretos más valiosos por magia dorada. Lasgol lo entendía y aprobaba, pero sentía como si traicionaran al cuerpo de guardabosques.

Observó a Sigrid y en su rostro leyó que sentía lo mismo que él. Grandes retos requerían de acciones valientes. Lo que no se decía era el precio y las consecuencias a pagar por ellas.

Capítulo 41

La audiencia con los generales continuó y se pasó a tratar otro tema de gran importancia para el futuro de Norghana, y posiblemente de Tremia.

—¿En cuanto al acuerdo con Erenal y Zangria? —preguntó Sigrid, y volvió a centrarse en lo importante en aquel momento.

Rangulself y Olagson intercambiaron una mirada.

—Me cuesta creer que esos dos reinos que se odian a muerte vayan a colaborar —expresó Olagson.

—Y que nos odian también a nosotros —puntualizó Rangulself.

—Puedo afirmar que la intención de ambos reinos es firme —dijo Sigrid.

—Lo sé, me han llegado los tratados de ambos para firmar, lo que me parece increíble dada nuestra historia pasada reciente —Rangulself hizo un gesto de estar realmente extrañado.

—Igual es una trampa. No hay que fiarse de esos dos reinos —Olagson puso cara de pocos amigos.

—No es una trampa. Están desesperados, sus reinos están en ruinas —aclaró Lasgol.

—¿Cómo habéis logrado que colaboren y que quieran que colaboremos nosotros también?

—Matando dragones —respondió Viggo tan tranquilo, como si la respuesta fuera obvia.

Los dos generales lo miraron no muy seguros de qué quería decir con aquello.

—Dialogando y matando dragones —aclaró Ingrid.

—Sí, ya veo, lo de que hayáis matado tantos dragones les habrá dado mucho que pensar —comentó Rangulself.

—También tuvimos la ayuda de los rebeldes de Kraido —explicó Nilsa—. Cuando ambos reinos vieron que disponíamos de aliados y que podíamos matar dragones, comenzaron a ver las posibilidades.

—De victoria —dijo Olagson.

—De una alianza fuerte que conduzca a la victoria —elaboró Lasgol.

—¿Estáis convencidos de que los rebeldes son realmente una realidad y no un rumor para darnos falsas esperanzas? —preguntó Rangulself.

Lasgol asintió de inmediato.

—Conocemos a su líder y hemos luchado con ellos a nuestro lado.

—Yo no estoy muy convencido, suena a engaño —Olagson cruzó los brazos sobre su fuerte torso.

—No son un engaño y tenemos una alianza con ellos —insistió Lasgol.

—Ahora mismo están luchando en los desiertos noceanos contra los dragones —añadió Nilsa.

Rangulself se volvió a quedar pensativo.

—Sigrid apoya esta alianza con los supuestos rebeldes, y digo supuestos porque todavía no estoy del todo convencido de que no sea una treta de los dragones.

—Tenéis mi palabra de que no es ninguna treta, general —dijo Lasgol muy serio.

—No desconfío de ti, pero quizá os estén engañando, sería lo más lógico. Los dragones son muy astutos, pueden estar manipulándoos y que la rebelión en realidad no exista. Tiene más sentido. Que los soldados de Kraido se levanten contra los dragones es casi impensable —opinó Rangulself.

—Yo opino eso mismo —asintió Olagson—. Nos engañan para hacernos caer en una trampa final en la que aniquilarnos. No me creo que haya rebeldes entre las tropas de Kraido. Ningún soldado suyo va a ir en contra de un dragón. Sería una locura.

—Será una locura, pero es cierto, lo podemos atestiguar —Lasgol insistió una vez más sin perder la calma, aunque no le estuvieran haciendo caso.

—Este tema es para un debate más adelante. De momento Olagson y yo no estamos convencidos de la existencia de tal rebelión. En cuanto a la alianza con Erenal y Zangria, creemos que su debilitada posición no les deja otra salida, así que la firmaremos. Pero necesitamos de un reino más para poder hacer que sea lo suficientemente fuerte y no tengamos que llevar todo el peso nosotros —afirmó Rangulself.

—¿Rogdon? —adivinó Sigrid.

—Rogdon, sí. Necesitamos del reino de azul y plata —opinó Rangulself.

—De alguna forma, siguen aguantando —dijo Olagson—. La información que nos ha llegado es que tienen dos magos de gran poder cuya magia afecta a los dragones. Quizá sean magos dorados, ahora que lo pienso.

Lasgol negó con la cabeza.

—No son magos dorados.

—¿Sabes quiénes son? —se interesó Rangulself.

—Es solo una suposición, pero si su magia afecta a los dragones deben ser dos de los Portadores.

—¿Los conoces? —preguntó Olagson con gran interés.

—Los conozco, son amigos míos.

—Portadores, dices… Explícanos lo que significa —pidió Rangulself.

—Es un tanto largo y complejo de explicar…

—Danos la versión resumida —pidió Olagson.

Lasgol asintió.

—Los Portadores son cinco elegidos que tienen el don y llevan a su cuello un poderosísimo medallón de un rey Ilenio de la

antigüedad. Los Portadores, gracias al poder de los medallones Ilenios, pueden matar dragones.

—Me gusta como suena —dijo Olgason frotándose las manos.

—El poder lo tienen los medallones, entonces —razonó Rangvald.

—Así es. Son medallones con magia dorada muy poderosa —explicó Lasgol.

—¿Y por qué son los Portadores? —preguntó Rangulself enarcando una ceja.

—Porque solo ellos pueden portarlos. Fueron elegidos por las propias joyas, son medallones sintientes.

—Eso es de lo más singular. ¿Es alguno de los cinco Portadores norghano? —preguntó Rangulself.

Lasgol negó con la cabeza.

—No, por desgracia, no.

—¿De qué reino son? —quiso saber Rangulself.

—Una rogdana, una Masig, una Usik, una de Erenal y un norriel.

—¡Por todos los vientos helados! ¡Ni un norghano! —se lamentó Olagson.

—No, ningún norghano —afirmó Lasgol.

—Un grupo étnico diverso… extraño… —comentó Rangvald.

—¿Tú no puedes usar esos medallones? —preguntó Rangulfsen a Lasgol.

—Solo puede usar el medallón quien ha sido elegido.

—Tendrá un hechizo de protección selectivo —dedujo Rangvald.

—Lo tiene —confirmó Lasgol—. Y muy poderoso.

—Esos medallones en manos de nuestros Magos de Hielo nos darían la victoria contra los dragones —se animó Rangulself.

—Es posible, pero repito, solo ellos pueden usarlos, nadie más.

—¿No se puede desactivar esa protección? —preguntó Rangulself.

—No, que yo sepa.

—¿Rangvald? —preguntó Olagson buscando alguna posible salida.

—Si el objeto es tan poderoso como dice Lasgol, además de antiquísimo, y tiene magia dorada con hechizos defensivos, dudo que podamos manipularlo.

—Dudas, pero no estás seguro —dijo Rangulself.

—Hasta estudiarlo no puedo establecer nada en un sentido u otro. Solo puedo razonar que probablemente no podamos. Es lo más probable.

—Hay que confirmar eso —afirmó Olagson.

—Para ello necesitaría tener en mis manos uno de los medallones —dijo Rangvald.

Los dos generales clavaron su mirada en Lasgol.

—No creo que ninguno de los Portadores quiera dejarme su medallón. No, dadas las circunstancias actuales. Los necesitarán para defender sus reinos y pueblos contra los dragones.

—Igual que nosotros —afirmó Olagson.

—Nosotros tenemos flechas elementales y un poco de sustancia dorada, ellos no —comentó Sigrid.

Lasgol se dio cuenta de que Sigrid no había mencionado nada sobre las armas doradas a los generarles. Eso quería decir que no se fiaba del todo de ellos. Quizá temiera que se las arrebataran y prefería que fueran las Panteras quienes las tuvieran… si las encontraban, claro.

Los generales habían defendido bien Norghana y su labor había sido crucial para que el reino no cayera, Lasgol se lo había oído decir a la propia Sigrid. Pero no eran guardabosques, ni debían reinar sobre Norghana. No había certeza alguna de que una vez que el hijo de Thoran fuera mayor de edad, le entregaran el trono. Y con toda seguridad no iban a entregar el trono a Egil a su regreso. Ellos estaban con los nobles del este, no con los del oeste, que apoyaban a Egil. Lasgol pensó en que Sigrid hacía bien en no confiar del todo.

—Esto es lo que se hará —se pronunció Rangulself—. Lasgol, tú y tus compañeros iréis a Rogdon con una propuesta de alianza. Si nos unimos los cuatro reinos podremos hacer un frente común y fuerte contra los dragones y sus ejércitos.

—Estoy de acuerdo —asintió Sigrid.

Olagson no dijo nada, pero su expresión era de aceptación.

—Pero hay algo más que quiero que se haga en Rogdon —continuó Rangulself—. Una misión para ti, Lasgol, y las Panteras. Quiero que localicéis a los dos Portadores, el de Rogdon y el de las tierras Norriel, y habléis con ellos. Quiero que me consigas un medallón.

A Lasgol aquello no le gustó nada.

—No creo que me entreguen el medallón, general.

—Entonces deberás cogerlo por la fuerza —dijo Olagson sacando músculo.

Lasgol no dijo nada y miró de reojo a Sigrid. La líder de los guardabosques hizo un gesto afirmativo que Lasgol interpretó como que no fuera en contra de los generales.

—Es un arma muy poderosa y debemos hacernos con una y ver si nuestros Magos de Hielo pueden usarla —dijo Rangulself.

—Y si pueden, debemos conseguir el resto —añadió Olafstone.

—No anticipemos acontecimientos —paró Rangulself—. Primero obtengamos uno de los medallones y veamos si podemos utilizarlo.

—Me parece bien. Solo digo que, si podemos, debemos conseguirlos todos. Ganaríamos la guerra.

Rangulself asintió.

—Es una posibilidad que debemos explorar, sí.

Lasgol entendía la forma de pensar de los generales. Para ellos los medallones Ilenios eran armas que ayudarían a ganar la guerra y no iban a parar ante nada para conseguirlos. Así era la forma de pensar y actuar de los militares.

Lasgol no la compartía. Ya había visto cómo pensaban y actuaban los militares cuando le obligaron a capturar a Yakumo. Volvía a verse en la misma situación. Le ordenaban hacer algo que no deseaba y que sabía que era incorrecto. Pero esta vez no iría en contra de sus amigos. Nunca más lo volvería a hacer. Había aprendido de sus errores del pasado.

Capítulo 42

Viggo observaba la embarcación de guerra norghana con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión de disgusto. El capitán del navío daba instrucciones a sus soldados, que cargaban agua y provisiones. Era una embarcación de asalto rápida, con una sola vela y capacidad para una veintena de soldados, las que utilizaba el ejército norghano para descender por el gran río Utla y cruzar las estepas en dirección suroeste.

—Sigo pensando que sería mejor ir usando una perla.

—¿Ya estás otra vez protestando? —contestó Nilsa y puso cara de incredulidad.

—Podemos tomar la perla del Refugio y aparecer en la del oeste, que nos deja debajo de Rogdon. Es lo más rápido.

—Tú lo que no quieres es navegar —recriminó Nilsa.

—Por supuesto que no quiero navegar. Tengo dos piernas y prefiero caminar sobre tierra firme.

—Porque te mareas como si te dieran cien vueltas. ¡Menudo guardabosques estás hecho! —rio Nilsa.

—Ya lo hemos hablado. Si queremos usar el portal entre perlas tendremos que luchar con dragones en ambos extremos. No es seguro —explicó Ingrid.

—¿Y qué más da si hay algo de riesgo? Matamos a los dragones de un lado y a los del otro y asunto arreglado —Viggo gesticuló como si aquello fuese lo que más sentido tenía del mundo.

—Nuestra misión actual no es matar dragones, sino llegar a Rogdon con la propuesta de alianza. ¿O es que no prestas atención en las reuniones? —corrigió Ingrid con las manos en jarras.

—Reuniones… menuda pérdida de tiempo. Casi me quedo dormido en la sala del trono con tanta cháchara de esos dos. No

callaban. Llegó un momento en que dejé de escuchar y estuve componiendo una canción poética sobre mis hazañas como caza dragones.

Ingrid puso los ojos en blanco.

—Eres imposible —dijo y fue a coger su macuto para el viaje.

Gerd se acercó hasta Viggo acompañado de Argi y le dio una palmada en la espalda.

—Vamos en misión diplomática, no a matar dragones.

A Viggo se le fue el cuerpo hacia delante de la palmada y miró a Gerd con cara de pocos amigos.

—Ya lo he entendido. No hace falta que me empujes a manotazos hasta allí. ¡Bruto, más que bruto!

Argi gruñó y le mostró a Viggo la dentadura, amenazante.

—Tranquilo, Argi, solo bromea —sonrió Gerd.

—Sí, solo bromeo… chucho sarnoso de las nieves —le dijo a Argi.

El lobo gigante le volvió a gruñir con más intensidad. Los colmillos que mostraba tenían un aspecto letal.

—Me alegro de que lo hayas entendido. Los informes de nuestros vigías dicen que hay tres dragones en el Refugio y se estima que habrá otros tantos en la perla de oeste. Así que iremos en barco.

—Sigo pensando…

Gerd le dio otro manotazo en la espalda.

—¿Pensabas?

Viggo dio otro paso hacia delante y miró de nuevo a Gerd enfadado. El grandullón le puso cara de que estaba escuchando.

—Que… ir en barco es buena idea. Me despejará la mente la brisa que surca el gran río.

Gerd sonrió de oreja a oreja.

—¡Estupendo! Todo solucionado.

Nilsa, que había visto la escena de reojo, no pudo evitar una risita que disimuló.

Algo más retrasados, en medio del bosque y alejados de la vista de los soldados de la embarcación de guerra, Lasgol y Astrid hablaban con Camu.

—Tendrás que seguirnos a tu paso —dijo Lasgol con algo de pena en el tono.

—Eres demasiado grande para llevarte en el barco —Astrid le acarició el torso escamado.

«Yo entender. No problema».

—¿Podrás seguirnos? —Lasgol creía que podría, pero prefería no arriesgarse.

«Yo volar siguiendo navío».

—Es bastante recorrido… —Astrid tampoco estaba segura de que Camu pudiera volar tanto.

«Yo volar mucho bien ahora. Mejor que antes».

—¿Seguro? Tendrás que seguirnos por el río durante leguas —insistió Lasgol.

«Yo seguro. Poder parar cuando energía agotar».

—Sí, pero necesitarás dormir mucho tiempo para regenerar energía y volver a volar —razonó Lasgol.

—Quizá lo mejor sea ver cómo nos sigue y, en función de eso, pedir al capitán que detenga el navío —sugirió Astrid.

«No necesario. Yo poder seguir barco por río. Yo seguro» envió Camu totalmente seguro de sí mismo.

Lasgol no lo tenía tan claro. Camu siempre estaba seguro de que podía hacer cosas, casi todas, y luego no era así.

—Te iremos vigilando desde el barco y, si vemos que no apareces, nos detendremos a esperarte —dijo Lasgol.

«No ser necesario. Vosotros ver».

Astrid y Lasgol se miraron. Ambos dudaban de que Camu pudiera volar tanto tiempo seguido. Incluso descansando durante la noche no creían que pudiera darles alcance. El navío no se detendría ni de

día ni de noche, era la gran ventaja que ofrecía surcar el gran Utla, que mientras se dormía el navío podía seguir recorriendo el río.

—Le diremos al capitán que haga paradas de noche y avance más de día —comentó Lasgol.

—Sí, será lo mejor —convino Astrid.

«Yo volar mucho y bien. Vosotros ver» insistió Camu, que no daba su brazo a torcer.

—Ona y Argi vendrán con nosotros en el navío de guerra —explicó Lasgol.

Ona, que estaba junto a Camu, al oír su nombre se puso atenta, con las orejas tiesas.

Astrid acarició de nuevo a Camu.

—No me voy a preocupar mucho por ti. Sé que estarás bien, eres fuerte y poderoso. ¡Un Drakónido Superior! —dijo para darle ánimos y confianza.

«Yo mucho poderoso, sí. Gracias, Astrid. Tú saber. Tú buena».

Astrid sonrió.

—Mantendré un ojo en los cielos a nuestra espalda durante todo el trayecto. Estate ahí.

«Allí estar, tranquila».

Lasgol sabía que no tenían más remedio. No podían llevarlo en el barco y caminando le llevaría semanas llegar a Rogdon. Por eso ellos iban en barco. No solo eso, también dispondrían de caballos en un puesto avanzado del ejército en el río con los que cabalgar hacia Rogdon una vez dejaran el río atrás.

—Nos vemos en el río —dijo a Camu.

«Tú verme volar alto» aseguró Camu.

Lasgol sonrió. El espíritu y convencimiento de Camu eran entrañables y envidiables. Él no tenía tanta seguridad en sí mismo.

—Ona, vamos. Hay que partir —dijo.

La buena de la pantera de las nieves miró a Camu y luego a Lasgol. En sus ojos se veía tristeza por dejar a su hermano solo.

«Tú ir, Ona, yo bien» envió Camu.

Ona himpló una vez y fue con Lasgol.

El viaje por el gran río comenzó sin incidentes y, como la embarcación ya llevaba una dotación de soldados, no tuvieron que remar, lo que agradecieron. El viento era suave y el clima no muy malo, por lo que la travesía comenzaba bien. Se situaron junto a la base del mástil de la vela rojiblanca, donde menos estorbaban a los soldados y al capitán. Ona y Argi estaban tumbados junto a ellos. No tenían ningún problema, ya que los soldados y el capitán pasaban tan lejos de ellos como podían.

—¿Qué te dijo Sigrid después de la reunión con los generales? —preguntó Ingrid a Lasgol tras un buen rato de viaje.

—Sí, yo también me preguntaba lo mismo —dijo Nilsa.

—No entiendo por qué quiso hablar a solas contigo. ¿Te dio órdenes secretas? —preguntó Viggo.

Lasgol suspiró. Sigrid había requerido hablar con él a solas en su despacho después de la reunión. Él hubiera preferido que lo hiciera con todos, pero así lo había querido su líder y no podía negarse.

—No puedo revelarlo ahora… —Lasgol bajó la cabeza.

—Vamos… somos nosotros, por supuesto que puedes revelarlo —dijo Nilsa y lo miró con cara de sorpresa por su negativa.

—No es que no quiera, es que me lo ha ordenado Sigrid —explicó Lasgol, que se sentía fatal por no poder decir nada.

—¿Que no nos lo cuentes a nosotros? —Ingrid frunció el ceño, aquello no le cuadraba para nada.

—A nadie, incluidas las Panteras. Así lo ordenó.

—Vaya, eso es muy extraño —comentó Astrid.

—A ti te lo habría dicho en otros tiempos —dijo Viggo a Astrid.

—Estos no son aquellos tiempos —replicó Astrid y le lanzó una mirada de enfado.

Viggo hizo como que no se enteraba.

—En cualquier caso, nos lo puedes decir. Somos tus amigos. Mejor que lo sepamos ahora que después, sobre todo porque seguro que habrá problemas. Los secretos siempre llevan a serios incidentes —explicó Nilsa hablando rápido y gesticulando. Parecía nerviosa por la negativa de Lasgol.

—Lo siento, Nilsa, no quiero que te intranquilices… que os intranquilicéis ninguno… Me gustaría decíroslo, no me gusta nada tener este secreto y no poder contároslo.

—Pues desembucha, rarito, que siempre estás creando problemas. ¿Si no te fías de nosotros de quién te vas a fiar?

—Cierto, nosotros no tenemos secretos —dijo Ingrid.

—Lo que es extraño es que Sigrid no nos lo quiera contar —razonó Astrid—. Ella confía en las Panteras, de eso estoy segura.

—Sí, cierto. En nosotros confía más que en nadie —convino Ingrid—. Le hemos dado infinidad de muestras de que puede hacerlo.

—Pues no lo parece… La vieja líder nos la ha jugado con un secretito para el rarito —dijo Viggo entonando la rima.

—No puedo… —Lasgol no sabía qué más decir. Quería contárselo, pero Sigrid se lo había prohibido específicamente.

—Vamos, suéltalo. De todas formas, Sigrid no se va a enterar de que nos lo has contado. Está ya muy lejos —Viggo miró a la distancia por la popa.

—Me resulta muy difícil, pero si lo hago faltaré a mi palabra…

—Y si no nos lo cuentas puede costarnos la vida a alguno —dijo Nilsa.

Gerd levantó los brazos. Se había mantenido al margen hasta ese momento.

—No presionéis a Lasgol. Le han dado una orden directa y la tiene que cumplir. No significa que no confíe en nosotros. Todos lo conocemos y sabemos que su corazón es noble y fuerte.

—Lo conocíamos —puntualizó Viggo—. Este Lasgol es otro.

—No es otro, es el mismo, solo que no recuerda todo su pasado —Astrid salió en defensa de Lasgol.

—Eso lo dices porque lo ves con ojos de enamorada.

—Si no te callas me vas a ver con ojos morados —Astrid amenazó a Viggo cerrando el puño derecho.

Este levantó las manos haciendo ver que no quería pelea.

—El rarito nos va a costar un disgusto gordo, ya veréis.

Ingrid cerró los ojos un momento.

—¿Ese secreto nos pone en peligro? —preguntó a Lasgol.

—No… Ahora mismo, no.

—Bien, entonces lo dejamos estar. Pero cuando el secreto nos ponga en peligro, será mejor que hables y rápido —dijo señalándole con el dedo índice.

Lasgol asintió.

—Muy bien, asunto zanjado por el momento. Descansemos y disfrutemos del viaje lo que podamos —dijo Gerd con tono conciliador.

—Deja de ser tan buenazo, que me das mareos —replicó Viggo.

—Los mareos te los dan todos los barcos, flojillo —dijo Gerd.

Viggo puso cara de pocos amigos y se agarró al mástil.

Al final de la tarde del primer día de viaje, Astrid y Lasgol se acercaron a la popa de la embarcación. Miraron hacia las alturas siguiendo el cauce del río y observaron un rato.

—¿Lo ves? —preguntó Astrid a Lasgol.

—Sí, lo veo. Nos sigue.

—Yo no consigo distinguirle.

—He utilizado mi habilidad Ojo de Halcón y puedo verlo.

—Ah, estupendo. Me he preocupado.

—Está volando a distancia máxima, de forma que el capitán no se dé cuenta de que lo sigue.

—Mejor. Si lo hace se va a poner muy nervioso y pensará que es un dragón.

—Sin duda. El capitán mira más al cielo que al río.

—No le culpo. El río no le va a crear muchos problemas en esta zona, pero los dragones podrían aparecer y atacar al navío.

—Sigrid me dijo que recorren el río en busca de barcos que destruir, por lo que han reducido mucho los transportes por el Utla.

—Para un dragón un barco en mitad de este gran río es un blanco de lo más fácil.

—Eso me temo, sí.

—Esperemos que no aparezca ninguno.

—Sí, esperemos… —Lasgol no las tenía todas consigo.

—Parece que de momento nos sigue, eso me tranquiliza —se animó Astrid.

—De momento sí. Veremos cuánto puede hacerlo. Su habilidad para volar consume mucha energía mágica y reponerla lleva mucho tiempo. Requiere descansar, dormir. Si tenemos que parar el viaje habrá que hacerlo, pero es un riesgo. Cuanto más tiempo estemos en el río, más peligro de que un dragón nos localice y ataque.

—Eso es verdad, pero no podemos dejar a Camu atrás.

—Lo sé. No lo haría nunca. Habrá que ver cómo evoluciona el viaje y tomar decisiones según lo que nos encontremos.

—De acuerdo —Astrid miró hacia donde Camu debía estar y le pareció verlo por un instante.

Era solo un pequeño punto brillante en el cielo, pero la llenó de tranquilidad.

Capítulo 43

A Lasgol le gustó el trayecto por el río Utla. Cuando el capitán indicó que llegaban a su destino se sintió un tanto apenado. Había estado disfrutando de navegar por el gran río. La embarcación era tan rápida que sentir la velocidad a la que cruzaban las aguas y la brisa en la frente le proporcionaba una enorme sensación de libertad. El viaje se le hizo cortísimo, aunque habían ocupado varios días de navegación. Hasta había recordado alguna escena del pasado en ese mismo río. No mucho, pero algo rememoró de aventuras pasadas. Lamentó tener que seguir por tierra.

La embarcación atracó en un pequeño puerto de madera que no parecía militar sino civil. No era diferente a otros que habían pasado a ambos lados del río y que utilizaban pescadores y gentes de la zona para cruzar de un lado al otro. Si embargo, aquel era el que estaba más cerca del fuerte norghano al que tenían que llegar para conseguir caballos. El capitán les indicó hacia dónde debían dirigirse y les deseó suerte en su misión. Les recordó además que aquellas no eran tierras norghanas, por lo que debían andarse con cuidado. Lasgol aquello ya lo sabía, y también los peligros de la zona de Tremia en la que estaban, sin contar con los dragones y los ejércitos de Kraido.

Las Panteras cogieron su equipamiento y desembarcaron, pero no así el capitán y su tripulación, que de inmediato pusieron rumbo de regreso a Norghana. Viraron tan rápido que parecía que habían divisado a un dragón en las alturas. No fue el caso. Lasgol, sin embargo, sí que discernió a otra criatura voladora que llegaba siguiendo el río. Era Camu. El capitán y los soldados se iban a llevar un buen susto cuando lo vieran acercarse.

No se equivocó. El rápido navío de guerra se desvió hacia el este a todo lo que daba para evitar cruzarse con Camu.

—¡Por fin tierra firme! —exclamó Viggo levantando las manos al aire.

—¿Por qué te quejas tanto de las travesías en barco si has mejorado un montón? Ya casi ni te mareas —dijo Ingrid.

Viggo la miró con grandes ojos.

—Ese "casi" es la cuestión, mi amada belicosa de las nieves. Hasta que no haya un "casi", no agradeceré un viaje en navío.

—Yo creo que deberíamos intentar viajar siempre en barco, en todas las misiones —opinó Nilsa soltando una risita.

—Cuentas con mi apoyo —dijo Gerd—. En barco este no protesta ni la mitad por el miedo que tiene a abrir la boca y vomitar —rio Gerd y le dio una palmada en la espalda a Viggo. El asesino dio un paso hacia delante de la fuerza innata del grandullón.

—Serás bruto… —dijo y le lanzó una mirada hosca.

Gerd no le hizo caso y se puso a organizar su macuto de campaña.

Ona gimió y Argi soltó un pequeño aullido.

—Ya viene —dijo Lasgol mirando a las alturas, donde Camu era cada vez más visible.

El resto del grupo miró hacia los cielos.

—Brilla mucho —comentó Astrid—. No es bueno, lo pueden distinguir desde largas distancias. Esa luz plateada que sus alas desprenden es muy llamativa. Más que la de un dragón.

—El bicho parece un elefante con alas al que han pintado de plata brillante —expresó Viggo.

—No seas zopenco —recriminó Ingrid.

—Es preocupante que sea tan brillante, sí —asintió Lasgol.

Aguardaron a que Camu llegara hasta ellos. Cuando tomó tierra lo saludaron con alegría.

—Camu, no sabes lo contenta que estoy de verte en tierra —saludó Nilsa.

—Ya estamos todos juntos de nuevo —afirmó Gerd, sonriente.

Ona y Argi corrieron a su lado a hacerle caricias de bienvenida.

«Yo mucho contento de estar con todos».

—Ya te ha costado. Has tardado un milenio —dijo Viggo.

«Tú mucho exagerado. Yo rápido».

—Sí, como el rayo —Viggo hizo un gesto con la mano de que no lo era en absoluto.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Lasgol.

«Bien, volar consumir mucha energía. Yo tener que parar mucho».

—Sí, ya nos hemos dado cuenta de que no nos seguías siempre a la misma distancia —dijo Lasgol.

—Lo que nos tenía preocupados —añadió Astrid.

«Yo recuperar luego volando más rápido».

—¿Volar más rápido no te consume más energía? —Lasgol puso cara de que aquello no le encajaba.

«No. Volar, lento o rápido, consumir casi igual. Ser volar lo que gastar mucha energía».

—Vaya, eso es curioso —Lasgol se quedó pensativo.

—Pues menos mal, sino no nos alcanzarías nunca —dijo Viggo.

—Te hubiéramos esperado aquí. No íbamos a irnos sin ti, por eso estate tranquilo siempre —aseguró Ingrid a Camu.

«Yo tranquilo. Yo saber vosotros esperar».

—Pero no ha sido necesario y nos alegramos —dijo Gerd.

—Yo no mucho —replicó Viggo.

—Tú eres un merluzo. Calla y pongámonos en marcha —dijo Ingrid.

«Yo no poder volar ahora» envió Camu junto a un sentimiento de cansancio.

—Tranquilo. Vamos a un fuerte cercano, descansa aquí y luego te unes a nosotros. Ona y Argi se pueden quedar contigo —dijo Lasgol.

—Iremos hacia el oeste. Rogdon no está muy lejos, aunque todavía no se vean las montañas que lo rodean —Astrid señaló en esa dirección.

«De acuerdo. Yo descansar y recuperar energía. Luego seguiros».

—Iremos despacio —dijo Lasgol.

«No problema».

—Si aparecen enemigos del tipo que sean, rehuidlos. Nada de luchar —dijo Ingrid—. Nuestra misión es llegar a Rilentor, la capital de Rogdon. No nos entretengamos.

«Mucho bien».

Camu asintió subiendo y bajando la cabeza y luego se tumbó a descansar donde estaba, sobre la hierba. Ona y Argi se tumbaron a su lado.

—En marcha —Ingrid abrió camino y el resto la siguieron despidiendo a Camu, Ona y Argi con la mano.

Llegaron al fuerte a media tarde. Estaba muy cerca de un gran bosque y tenía el gran río Utla todavía a la vista. Todos eran conscientes de que aquel fuerte estaba fuera de territorio norghano. Parecía que lo habían levantado para que fuera discreto, con el bosque cubriéndolo y el río cerca por si necesitaban evacuarlo de forma rápida. El territorio que pisaban no pertenecía ni a Rogdon ni a Norghana. Estaban en las estepas de los masig, en la parte sur de sus dominios.

Lasgol pensó en los masig. Eran tribus nómadas que recorrían las grandes estepas desde tiempos inmemoriales. Se decía que estaban compuestos por más de un millar de tribus. A él le parecían una etnia de bravos guerreros de piel rojiza que recorrían las praderas sobre sus monturas pintas. Los norghanos, por otro lado, los consideraban salvajes, pues no eran tan avanzados como ellos. Lasgol los había conocido y sabía que eran una cultura a la que respetar, con valores y formas de ver la vida muy diferentes a las norghanas y del todo dignas. Lasgol apreciaba a los masig y los consideraba nobles y buenos guerreros. Pero también sabía que eran

peligrosos, no les gustaban los intrusos en sus praderas y en aquel momento eso eran. Además, siendo norghanos, a los que los masig odiaban por todos los saqueos y matanzas que habían llevado a cabo contra su pueblo, el peligro era todavía mayor. Tendrían que andarse con cuidado.

—Podían haber puesto el fuerte un poco más hacia el oeste, no entiendo por qué lo han colocado escondido detrás de este bosque —comentó Viggo, que miraba en aquella dirección.

Rogdon debía de estar tras las enormes montañas que rodeaban prácticamente todo el reino y que todavía no divisaban.

—Creo que lo han puesto aquí precisamente para que los masig no los ataquen —dijo Ingrid.

—Los masig están más al norte, ¿no? —Viggo se volvió a mirar hacia allí.

Gerd se agachó y cogió un puñado de hierba.

—Estamos en las praderas, lo que significa que estamos en territorio masig.

—Bueno, yo no tengo miedo a esos salvajes de piel roja —afirmó Viggo restándole importancia al asunto.

—Deberías —advirtió Lasgol.

—Sí, deberías —se unió Ingrid—. Son muy buenos luchadores y fieros.

—Y nos odian a muerte —terminó la frase Nilsa.

—Yo no les he hecho nunca nada —se defendió Viggo.

—Pero nuestro reino mucho y muy malo —explicó Gerd.

Viggo se quedó pensando un momento.

—Oh, recuerdo que el bruto del duque Orten, el hermano del rey Thoran, enviaba grupos de asalto a castigar a los masig.

—Así es, y mató a muchos —confirmó Lasgol.

—¿Eso lo recuerdas?

Lasgol asintió.

—Como si fuera ayer. Lo viví cuando conocí a los Portadores, así que es un recuerdo nuevo, posterior al dragón inmortal.

—Ah, ya te entiendo.

—Bueno, entremos en el fuerte. No quiero que nos vea ninguna patrulla masig —urgió Ingrid—. No quiero luchar contra ellos, bastante tenemos con los dragones.

—¿Tú crees que nos atacarían? —preguntó Nilsa.

—No veo por qué no. Para ellos somos tan enemigos como los dragones o más, porque nosotros llevamos persiguiéndoles mucho más tiempo —explicó Ingrid.

Nilsa hizo un gesto de que tenía sentido.

—Cierto. Mejor no encontrarnos con ellos.

—Bueno, si lo hacemos el rarito tiene amigos entre los masig —dijo Viggo—, seguro que nos saca del apuro.

—Tengo una amiga entre los masig, que es muy diferente.

—¿La Portadora? —preguntó Astrid, que se interesó de inmediato.

—Sí, Iruki, Viento de las Estepas.

—Vaya nombrecito más poético: "Viento de las Estepas" —afirmó Viggo—. Me gusta, yo debería llamarme Viggo, "Azote de los Dragones". Sí, suena muy bien.

—Tú eres azote de nuestros oídos —replicó Gerd.

Todos se echaron a reír ante la ocurrencia.

—Muy bueno. Totalmente de acuerdo —felicitó Nilsa a Gerd.

Viggo puso expresión de no estar nada de acuerdo, pero no le dio tiempo a decir más. Los soldados de guardia sobre la empalizada del fuerte los habían visto y ya daban la alarma.

Las Panteras entraron en el fuerte tras identificarse a los guardias. Era de roca y madera, más de lo segundo que de lo primero, con empalizadas formando un cuadrado. Este tipo de fuertes se construían fuera de territorio norghano como base de operación para diversas campañas. Podían aguantar asedios ligeros

y eran especialmente útiles contra tribus de masig o caballería rogdana, aunque contra arqueros con fuego, no tanto.

Una vez en el interior hablaron con el capitán Morguesson, a cargo del fuerte y el regimiento norghano que lo guarnecía.

—Tengo vuestras monturas preparadas, guardabosques —informó el oficial—. También víveres para el viaje.

—Así me gusta —dijo Viggo—. No hay nada como la eficacia norghana.

—Los que son conocidos por su eficacia son los rogdanos —corrigió Nilsa.

—¡Ya estamos con los sabelotodo! Ni cuando no están puedo comentar algo tranquilo. Tú, pelirrojita, a lo tuyo, que es hablar con todos menos conmigo —dijo Viggo.

—Gracias por tenerlo todo preparado, capitán —respondió Ingrid.

—Es mi deber. Llegaron órdenes por paloma hace dos días.

—¿Cómo está la situación aquí? —preguntó Lasgol buscando informarse.

—Últimamente todo tranquilo. Demasiado, en mi opinión.

—¿Demasiado? ¿Cómo es eso? —quiso saber Astrid.

—Hace tiempo que no vemos pasar ningún dragón por esta zona, lo cual es extraño. Antes veíamos uno por semana mínimo. Tampoco hemos visto tropas de Kraido en mucho tiempo. Es raro…

—Esos son buenas noticias, ¿no? —dijo Gerd.

—Sí y no. Me parece que están tramando algo. Es muy raro tan poco movimiento y me da malas sensaciones —el capitán arrugó la frente.

—Ya, la calma antes de la tormenta —comentó Astrid.

—Sí, algo así —asintió Morguesson.

—¿Qué hay de los masig? ¿Nos los encontraremos? —preguntó Lasgol.

El capitán negó con la cabeza.

—Desde la llegada de los dragones se han refugiado más al norte y no suelen bajar hasta aquí. No hemos visto un masig en ni sé cuánto tiempo.

—¿Han abandonado esta zona de las estepas por completo? —se extrañó Lasgol.

—Eso parece, los dragones los han castigado mucho. No os darán problemas.

—De acuerdo —Lasgol se quedó pensativo.

Esperaba que Iruki estuviera bien, aunque lo que el capitán le había dicho era preocupante.

Cogieron los caballos, montaron y partieron del fuerte en dirección noroeste, hacia el Paso de la Media Luna por el que penetrarían en territorio de Rogdon. El reino estaba completamente rodeado por altas montañas, por lo que acceder a su interior no sería fácil si no se usaban los pasos vigilados de los rogdanos. Las Panteras, como guardabosques, podían colarse en el reino escalando las montañas, pero como iban en misión oficial, el plan era entrar de forma correcta por uno de los pasos. Además, los estaban esperando.

Tal y como había dicho el capitán, no se encontraron con ningún masig, por lo que la travesía hasta la entrada al gran cañón fue sencilla. Camu, Ona y Argi se unieron al grupo cuando salieron del fuerte.

Las paredes de aquel paso entre las montañas que daba entrada a Rogdon desde el oeste eran altísimas. No parecía posible escalarlas, no solo por ser tan altas, sino porque las dos parecían cortadas con espada de lo lisas que eran.

Avanzaron y pronto se encontraron con la Fortaleza de la Media Luna, el bastión rogdano que controlaba la entrada al reino. En su día había sido una fortaleza casi inexpugnable y el lugar de varias batallas épicas. Miles de soldados norghanos habían muerto intentando tomarla en el pasado. Ahora lo que un día había sido una fortaleza imponente con murallas inmensas y gruesas, estaba abandonada. Los dragones la habían castigado sin descanso y las

tropas rogdanas habían tenido que irse para agruparse en Rilentor, la capital en la costa oeste.

Se detuvieron a contemplarla.

—Está muy castigada… —comentó Gerd.

—Se me hace muy raro verla así —dijo Lasgol.

—Sí, en su día fue una fortaleza de lo más imponente. Aguantó infinidad de intentos de conquista —afirmó Ingrid.

—Los dragones le han dado un buen repaso —comentó Viggo viendo las almenas destrozadas y los pedazos de murallas derrumbados.

—Pero se mantiene en pie —intentó ser positiva Nilsa—. Un día volverá a vigilar el paso.

—Van a tener que levantar almenas nuevas. Están arrasadas —pronosticó Viggo.

—Pero las murallas aguantan, es lo importante al final —opinó Ingrid.

De la abandonada fortaleza salió un grupo de jinetes vestidos de azul y plata, los colores de Rogdon.

—Tenemos compañía —dijo Gerd.

—Tranquilos, vienen a nuestro encuentro. Son enviados de Rogdon —dijo Ingrid.

Lasgol miró a Camu para decirle que se camuflara, pero ya se había adelantado.

—Bonitas armaduras brillantes —alabó Viggo según la veintena de jinetes se acercaba.

—Son lanceros de Rogdon, su caballería de élite. No hagas tonterías cuando lleguen, no son de los que entienden tu humor ácido —avisó Ingrid.

—¿Mi humor ácido? Si mi humor es de lo más dulce…

—Ya, como la miel —replicó Ingrid, que no quiso seguir escuchándole y le hizo un gesto para que callara.

—Los caballos son espectaculares. Fijaos qué grandes y fuertes son. Caballos de batalla criados para el combate… ¡son impresionantes! —afirmó Gerd, admirado.

—Los lanceros llevan coraza de metal en torso y braceros, y casco también de metal pulido. Difícil acertarles con nuestras flechas —manifestó Astrid analizándolos.

—Lanza larga y escudo, y tienen fama de saber usarlos muy bien. Dicen que ensartan una pulsera a pleno galope con esas lanzas —aseveró Ingrid.

—Son el terror de cualquier infantería, hasta para la nuestra. Esos caballos y esas lanzas hacen estragos a quienes van a pie —aseguró Lasgol.

—Parecen caballeros de otros tiempos —comentó Nilsa—. Galantes, gallardos…

—No seas romanticona. No son más que unos jinetes recubiertos de acero que estiran mucho la espalda —dijo Viggo.

—Lo que te pasa es que les tienes celos porque impresionan y tú… bueno, ya sabes, decepcionas mucho con esa pinta que tienes —soltó Nilsa.

Astrid tuvo que aguantar una carcajada.

—¿Yo? ¿Decepcionar? ¡Si soy el mejor cazadragones de Tremia! —explotó Viggo.

—Calla, merluzo, que ya están aquí —dijo Ingrid lanzándole una mirada dura de advertencia.

«Tú poca pinta de gallardo» envió Camu.

—¡Calla, bicho!

—Shhh… —acalló Ingrid a Viggo.

Lasgol miró a Astrid, que no podía aguantar la risa. Nilsa y Gerd sonreían de oreja a oreja.

La comitiva de rogdanos llegó hasta ellos. El oficial que iba al mando hizo una seña y el último jinete se adelantó. Este no era un

lancero, vestía de civil con ropas elegantes. No llevaba armadura, aunque sí una espada y una daga al cinto.

—Buenas, tardes, guardabosques. Permitidme presentarme, soy el diplomático Gorger, al servicio de su majestad Gerart, rey de Rogdon —dijo en perfecto norghano.

—Un placer, somos las Panteras de las Nieves, de los guardabosques norghanos —se presentó Ingrid.

El caballo del diplomático se asustó al ver a Ona y Argi tras el grupo y se encabritó. Gorger se las vio y se las deseó para controlarlo.

—Quieto… caballo… suave…

El oficial se adelantó con su montura y sujetó con fuerza de las riendas del caballo de Gorger mientras le decía algo en rogdano. Consiguió calmarlo.

—Gracias, capitán —agradeció el diplomático.

—Venimos en misión diplomática —dijo Ingrid.

—Sí, por eso estoy aquí. Me envía el rey —Gorger miraba de reojo a Ona y Argi. No parecía nada tranquilo.

—Estamos a la disposición del rey Gerart —dijo Ingrid.

—Debemos llegar a Rilentor. La travesía es larga, tendremos que cruzar todo el interior del reino hasta llegar a la costa oeste.

—Agradecemos la escolta —dijo Ingrid.

—Corren tiempos difíciles, cualquier precaución es poca.

—¿Dragones? ¿Soldados de Kraido? —preguntó Ingrid.

Gorger pensó en qué responder.

—Rilentor está sitiada desde hace años por el ejército de Kraido. Sin embargo, los ataques se han ido reduciendo últimamente. También los de los dragones.

—Es extraño —dijo Ingrid intentando sacarle más información.

—Lo es. ¿No sucede lo mismo en Norghana?

Les dio la impresión de que el diplomático ya sabía la respuesta. Sin duda Rogdon tenía espías vigilando a Norghana.

—Algo similar, sí.

—Es de lo más curioso, he de decir. Uno no sabe qué pensar de las tácticas de los dragones. Nos han estado atacando sin descanso durante varios años y ahora, de repente, detienen los ataques. Muy extraño…

—Sin duda lo es. ¿Se han retirado o mantienen el asedio?

—Lo mantienen, aunque es un asedio menos cerrado.

—Entonces podremos entrar en la ciudad.

—Oh, sí, podremos. Tenemos formas de hacerlo.

—Estupendo. Estamos listos, cuando deseéis partimos.

Gorger miró al grupo y sus ojos se posaron en Ona y Argi.

—Las bestias de las nieves… ¿también nos acompañarán?

Ingrid siguió la mirada del diplomático hasta Ona y Argi.

—Sí, ellos también vienen, son parte de nuestro grupo.

—Oh, entiendo. Los norghanos tenéis algunas costumbres un tanto peculiares…

—Estoy segura de que los rogdanos también.

—Oh, por supuesto, claro que sí —sonrió Gorger.

Un momento después partían hacia Rilentor.

Pasaron junto a la abandonada fortaleza y salieron del paso para entrar en territorio del reino de Rogdon. Lasgol conocía aquellas tierras y los parajes en los que entraban, pues había estado allí persiguiendo a Yakumo.

Esperaba que esta vez las cosas salieran mejor.

Capítulo 44

Los lanceros los llevaron raudos a través de las tierras de Rogdon en dirección a Rilentor, capital situada en la costa oeste. Los parajes que fueron cruzando eran llanos y verdosos. El reino parecía una gran planicie de verdes campas y bosques dispersos rodeados en la distancia por altas cordilleras montañosas al norte, sur y este, y por el gran mar al oeste. El clima era mucho más agradable que el de Norghana, con temperaturas cálidas y lluvias dispersas. Los rogdanos tenían buenas tierras y buen tiempo, por ello despertaban muchas envidias. También se decía de sus gentes que eran pragmáticas, de ideas establecidas y trabajadoras, lo que aportaba riqueza al reino. Los reyes de Rogdon, además, habían sabido salvaguardar al reino de guerras innecesarias, al menos en los últimos tiempos, lo que había aportado bienestar y prosperidad.

Por desgracia, pese a ello, la destrucción de los dragones y sus ejércitos eran en Rogdon tan horribles como en el resto de Tremia. Pasaron junto a aldeas que habían sido arrasadas y en las que no quedaba un alma. Los campos de cultivos, así como las casas estaban destruidos y, aunque no se veían cadáveres, todos eran conscientes de que allí había muerto mucha gente. La desolación era mayor si cabe en las ciudades que iban dejando atrás, las que no estaban amuralladas y habían sido destruidas casi hasta los cimientos. Las que tenían muralla tras la que protegerse habían soportado algo mejor los ataques, pero apenas vieron a nadie en ellas.

Por donde pasaban veían la destrucción que los de Kraido habían traído. El bello Rogdon estaba ahora desfigurado y en ruinas por la invasión y la guerra. El reino había sufrido antes la guerra en múltiples ocasiones durante su larga historia por ser una de las potencias bélicas de Tremia, pero nunca de esta magnitud.

Reconstruir lo que quedaba del reino iba a requerir de un esfuerzo tremendo de su rey y, sobre todo, de sus vasallos. Los tiempos pasados del glorioso reino de azul y plata parecían ahora muy lejanos, casi un sueño que había quedado reemplazado por una pesadilla de la que no podían despertar.

Alcanzaron la capital tras un largo recorrido que les llevó días. Camu no podía dejarse ver, así que se quedó detrás y los siguió a una distancia prudencial volando más de noche que de día. Ona y Argi iban con el grupo y no tuvieron problemas para mantener el ritmo. Los lanceros no iban excesivamente rápido, pese a poder hacerlo pues sus monturas eran magníficas. No había caballos así en Norghana.

Esa era otra de las cosas por las que Rogdon era afamada, sus impresionantes caballos. Los rogdanos tenían una gran tradición en la cría de purasangres, que era parte de la gran reputación de sus lanceros. No solo eran muy buenos soldados, sino que montaban los mejores caballos. Otra cosa que apreciaron era que las monturas estaban muy bien enseñadas. Obedecían al momento y pronto se acostumbraron a la presencia de Ona y Argi, cosa nada sencilla. Entendieron que iban con ellos y no representaban un peligro.

Gorger y los lanceros se detuvieron a una distancia prudencial desde la que observaron lo que sucedía en Rilentor antes de aproximarse. La ciudad, famosa por su magna belleza, parecía muy castigada por la guerra, pero resistía. Seguía manteniendo el pragmatismo rogdano con la belleza de construcciones de roca blanca y mármol que la dotaban de majestuosidad. Por desgracia, los destrozos sufridos manchaban su aire de ciudad de reyes.

Las tropas de Kraido la tenían sitiada formando un gran círculo a su alrededor, aunque no estaba siendo atacada. La imponente muralla exterior estaba muy castigada, al igual que los primeros bloques de casas. El castillo real aguantaba, pero también había sufrido grandes desperfectos.

—Pasa algo similar a lo que hemos presenciado en Norghana —observó Astrid viendo que el asedio continuaba, pero no había

ataques de dragones ni de soldados de Kraido.

—Es de lo más extraño —comentó Ingrid, que sacudía la cabeza —, y me da muy mal agüero —no entender aquella táctica la tenía preocupada.

—Que no ataquen es positivo, yo creo que debemos verlo así —dijo Nilsa con optimismo en la voz.

—No tiene sentido que mantengan el asedio y no ataquen, y si algo no tiene sentido es malo —razonó Viggo.

—Tú tan negativo como siempre —dijo Nilsa.

—Realista, que siempre te lo digo. Pasa algo y será malo, seguro.

—No nos precipitemos, mantengamos la calma y veamos con qué nos encontramos —dijo Lasgol, precavido, aunque él también creía que algo estaba pasando y si era un plan de los dragones, sería muy malo para todos.

—Quizá los dragones tengan problemas —aventuró Gerd intentando ser también algo optimista.

—Puede ser, llevan tiempo con muchas bajas, tanto en sus ejércitos como entre los propios dragones, y más ahora que tenemos magia dorada… —razonó Lasgol.

—Y que tus amigos los Portadores les están dando su merecido —añadió Nilsa mirando a Lasgol.

—Esperemos que sea eso —deseó Astrid, pero su tono no era de tener mucha confianza de que así fuera.

—¿Cómo vamos a entrar, Gorger? —preguntó Ingrid.

—Espero que no sea cabalgando a través del círculo de asedio —dijo Viggo.

Gorger negó con la cabeza.

—Tenemos varias puertas traseras. Iremos a una de ellas.

—De acuerdo —indicó Ingrid.

Gorger negó con la cabeza.

—Las puertas traseras se usan solo de noche, es más seguro así. Si perdemos una puerta y cae en manos del enemigo es un gran

problema, no solo porque no nos permite salir de la ciudad sitiada, sino porque hay que tapiar la salida para que el enemigo no pueda entrar por ella, con lo que generamos trabajo innecesario a los nuestros. Y, como ya imaginaréis, andamos escasos de fuerzas y recursos.

—Oh, ya veo, tiene todo el sentido. Y sí, todos andamos justos de fuerzas —estuvo de acuerdo Ingrid.

—Esperaremos aquí hasta que sea madrugada —indicó Gorger.

Desmontaron y acamparon sin hacer fuego. Podían ver a los soldados de Kraido en la distancia. Mantenían la posición alrededor de la ciudad, pero había muy poca actividad. Parecía que solo estaban vigilando que nadie entrara o saliera de la capital. Tampoco apreciaron mucho movimiento entre los dragones. Divisaron cinco que estaban divididos en dos grupos, unos al sur y los otros al norte. Parecían simplemente vigilar y esperar.

Bien entrada la madrugada, Gorger se acercó al grupo.

—Ha llegado el momento. La noche es cerrada, seguidnos despacio y sin hacer ruido. Debemos conseguir entrar sin que nos vean los soldados de Kraido.

—De acuerdo —dijo Ingrid y todos se prepararon.

Les llevó un buen rato acercarse a la gran ciudad sitiada desde el oeste, casi tocando la costa. El rodeo que tuvieron que dar fue considerable. Los lanceros iban muy atentos en todo momento a posibles vigías de Kraido. Pasaron cerca de uno de los grupos de dragones, pero lo suficientemente lejos para que no los descubrieran. Gorger y los lanceros ya habían hecho aquello en más de una ocasión y se veía que sabían lo que se hacían.

Continuaron avanzando y les llegó la brisa del mar del oeste. Lasgol pensó que no hacía mucho que habían estado en la costa este de Tremia. Habían cruzado todo el continente. Desde luego, la vida del guardabosques era movida y de grandes desplazamientos y misiones.

—Es aquí, desmontamos —indicó Gorger.

Hicieron como les decía y vieron que estaban frente a un muro viejo. Gorger los llevó hasta una verja de metal y los lanceros la abrieron. Comenzaron a entrar llevando sus caballos consigo. Una vez estuvieron todos dentro, los lanceros cerraron la verja con candado. En ese momento miraron alrededor y descubrieron dónde estaban.

—Esto es un maldito cementerio —expresó Viggo mirando las lápidas de piedra a su alrededor.

—Uno bien grande —dijo Nilsa, que con ojos entrecerrados intentaba ver cuántas lápidas había.

Lasgol pudo discernir que en efecto estaban en un gran cementerio de antiguos muros en el que había infinidad de lápidas y unos cuantos mausoleos de gran tamaño.

—Es el cementerio de los mercaderes —informó Gorger.

—¿De los mercaderes? —preguntó Astrid sorprendida.

—Sí, por eso hay estos mausoleos, tenían oro y no querían ser enterrados con los comunes —explicó Gorger.

—Serán clasistas… —se quejó Nilsa.

—Este sitio me da escalofríos —dijo Viggo.

—¿No tendrás miedo a los fantasmas…? —preguntó Gerd con una sonrisa.

—Como salga un esqueleto de una de esas tumbas nos los vamos a pasar pero que muy bien —replicó Viggo.

—Seguidnos, y que cada uno guíe a su caballo. No los vamos a dejar atrás —ordenó Gorger.

Así lo hicieron. Estaba muy oscuro, pero los lanceros sabían por dónde pasar entre las tumbas. Fueron hasta el centro del cementerio y se detuvieron ante un gran mausoleo de piedra. Lasgol pensó que sería de alguna familia muy rica, por su enorme tamaño. Los lanceros desplazaron la losa principal que daba acceso al interior del mausoleo y entraron. Un momento más tarde una luz apareció en el interior de piedra. Habían encendido una antorcha.

—Adelante —invitó Gorger e hizo un gesto con la mano para que entraran.

—¿Vamos a entrar ahí? —preguntó Viggo con expresión de disgusto.

—Sí, esta es la puerta trasera —aclaró Gorger.

—¿Puerta trasera? Eso es una tumba, una grande y fea.

—Sí, y es por donde se entra y se sale de la ciudad —indicó Gorger.

—Entraremos —intervino Ingrid cortando las protestas de Viggo, que miraba hacia el interior del mausoleo con ojos de no poder creerlo.

Lasgol giró la cabeza de forma inconsciente y, como si Camu supiera que lo buscaba, le llegó el mensaje mental.

«Ir a ciudad. Yo esperar aquí en cementerio».

Al llegarle el mensaje Lasgol pudo captar el aura de la mente de Camu. No la veía, pero captaba su aura en la entrada, junto a la verja. Eso le permitió comunicarse de vuelta con él.

«¿Estarás bien?».

«Yo estar bien. Tú tranquilo».

«Siento que no puedas venir con nosotros».

«No problema. Yo asustar gente. No bueno entrar en ciudad. Yo saber».

«Siento que te confundan con un dragón, es la situación, no tú…».

«Yo saber. Situación mucho mala. Dragones dar mucho miedo gente. Miedo confundir yo con dragón».

«Sí, por desgracia. Ten cuidado. No creo que estemos mucho dentro de la ciudad».

«Tranquilos. Yo mucho poderoso. Estar bien».

Astrid se dio cuenta de que Lasgol estaba mirando hacia la entrada.

—¿Todo bien? —preguntó en un susurro.

—Sí, estaba hablando con Camu. Nos esperará aquí.

—Oh, de acuerdo.

Entraron de uno en uno llevando de las riendas a sus monturas. Ona y Argi cerraban el grupo. Según accedieron al mausoleo descubrieron que el suelo en el interior era en realidad una rampa que desembocaba en un túnel cuya altura y anchura permitían pasar a un jinete y su compañero. Las paredes y el techo estaban reforzadas con vigas. Allí habían trabajado muchos rogdanos asegurando el paso subterráneo para que no se derrumbara.

Una vez todos estuvieron dentro del mausoleo, los lanceros volvieron a colocar la lápida que cerraba la entrada, esta vez desde dentro. Visto desde el exterior era como si el mausoleo se los hubiera tragado. A Viggo no le gustó nada la experiencia y fue protestando durante un buen rato. Pronto se dieron cuenta de que el túnel era larguísimo. No sabían a cuánta distancia estaban de la muralla exterior de Rilentor, pero les pareció mucha. Los lanceros abrían camino y alumbraban con antorchas. Tardaron un buen rato en recorrer el túnel. Lasgol vio que en una zona había roca en la que habían hecho un agujero para pasar. Dedujo que era la muralla y que estaban pasando por debajo, llegando al interior de la ciudad.

Los lanceros en cabeza llegaron a una puerta de piedra y se quedaron frente a ella. Llamaron golpeando con el pomo de sus espadas siguiendo una cadencia determinada. Sobre la puerta de piedra se abrió una ranura y dos pares de ojos observaron a los recién llegados desde el otro lado. Un momento después se abría la puerta de piedra de forma lenta. Era un bloque pesado. En el otro lado apareció otra rampa y, al final de ella, una docena de soldados de guardia.

Los lanceros subieron por la rampa y el grupo los siguió. Aparecieron en un edificio grande que parecía una antigua iglesia vacía con algunos desperfectos en el techo y una de las paredes, sin duda producidos por los ataques durante el largo asedio. Se percataron de que ya había amanecido por la luz que entraba por los

desperfectos. Bajo tierra no habían sido conscientes del tiempo que habían empleado para llegar hasta el interior de la ciudad.

—Ya estamos en Rilentor —anunció Gorger.

—Estupendo —dijo Ingrid.

—Bueno, y es ya de día —comentó Gerd.

—Sí, andar por túneles oscuros a la luz de las antorchas es un tanto agobiante —confesó Nilsa.

Los soldados de guardia en la iglesia se llevaron sus monturas y Gorger les indicó que lo siguieran. Salieron de allí y se encontraron en la zona norte de la gran capital.

—Acompañadme, os llevaré hasta el castillo real.

—Te seguimos —dijo Ingrid mirando a su alrededor.

—Enorme ciudad —se asombró Nilsa.

—Y bonita, bueno, parece que lo fue —comentó Gerd.

—Todavía lo es, pese a todos los desperfectos —afirmó Astrid.

A Lasgol también le pareció que era una ciudad bella, pese a los destrozos que se apreciaban en edificios, calles y plazas. Era diferente a Norghania, más majestuosa y atractiva, o esa sensación le transmitió la urbe.

—Todos nos miran —dijo Nilsa, percatándose.

—Deben saber que el gran cazador de dragones está visitando su ciudad —afirmó Viggo y se hinchó como un pavo real.

—Más bien es que somos norghanos y llevamos una pantera de las nieves y un lobo gigante con nosotros —corrigió Ingrid.

—Sí, llamamos mucho la atención —se dio cuenta Lasgol.

—Que nos rodeen una docena de soldados tampoco ayuda a pasar desapercibidos —comentó Astrid y miró de reojo a la escolta que los acompañaba.

—Es natural —dijo Gorger—. Estamos en guerra y se extreman las precauciones. Además, hace tiempo que los ciudadanos de Rilentor no ven extranjeros.

—Pues no sé cómo no vienen más turistas a visitar la ciudad, si está casi perfecta, y la entrada por el cementerio de noche es de lo más acogedora —indicó Viggo con gran ironía.

Gorger soltó una carcajada.

—Al menos hoy no hay dragones sobrevolando la ciudad, ni soldados de Kraido intentando tomar las murallas. Eso sí que aleja a cualquier extranjero que desee visitar la ciudad.

—No a nosotros —dijo Ingrid.

—Sí, vosotros sois un tanto diferentes —sonrió el diplomático.

Gorger los condujo hasta un edifico militar junto al castillo real. Les asignó una habitación grande donde poder descansar y les pidió que aguardaran allí mientras iba a pedir audiencia con el rey Gerart. El grupo se acomodó y aprovecharon para lavarse y quitarse la suciedad del viaje.

En el exterior, los soldados que los habían acompañado aguardaban. No parecía que pudieran ir a ningún lado, cosa que no les sorprendió dadas las circunstancias, así que esperaron a que el diplomático regresara.

Capítulo 45

La búsqueda en los bosques insondables de los Usik estaba resultando más difícil de lo que ninguno había anticipado. Llevaban semanas de búsqueda y lo único que habían encontrado era bosques y más bosques. Ni siquiera habían visto un Usik, aunque era comprensible que se escondieran de ellos. Aun así, no se rendían. El Oráculo había dicho que allí había un gran mal y ellos lo iban a encontrar.

«Creo que he visto algo hacia el este» envió Aroa.

«Vamos, te sigo» envió Eki.

Llegaron al final de la zona arrasada que estaban investigando aquel día y se detuvieron. Donde comenzaban los grandes árboles que no habían sido quemados había algo que parecía fuera de lugar.

Llegaron hasta lo que parecía un montículo cubierto de vegetación.

«Lo que sea que hay ahí no es natural» envió Aroa.

«Sí, parece que se ha cubierto algo, pero no aprecio bien qué es con tantas ramas y hojas tapándolo» comentó Eki.

Se acercaron cuanto pudieron. Nahia y Logan tuvieron que esquivar las ramas de los árboles según Aroa y Eki penetraban entre ellos con dificultad. Para su sorpresa, pudieron avanzar hasta donde deseaban pues la altura de los árboles era tremenda y les permitía pasar por debajo. Llegaron al montón cubierto.

Aroa usó su aliento elemental de aire, pero sin enviar rayos, solo viento y todo el boscaje que ocultaba lo que habían ido a investigar salió volando y dejó a la vista algo que los sorprendió.

«Es… el cadáver de un dragón marrón… Está podrido… qué horror».

Aroa no pudo disimular el malestar que sentía.

«Lleva muerto tiempo. Se está descomponiendo» analizó Eki.

«Huele fatal, eso seguro» comentó Nahia y se tapó boca y nariz.

«Parte del olor es por la descomposición, pero no todo» indicó Eki.

«¿No? ¿Qué más captas?» preguntó Aroa.

«Lo han rociado con alguna sustancia que huele muy fuerte».

«¿Con qué fin? Ya está muerto…».

«Creo que para ahuyentar las alimañas. Este lugar debe tener infinidad de fauna. Habrá carroñeros de todo tipo. Alguien se ha tomado la molestia de ocultar el cadáver y bien» razonó Eki.

«Vaya, excelente deducción» se sorprendió Nahia, que no había pensado en eso.

«Lo he leído en algún lado. Son modos de espantar a las alimañas. Me gusta estudiar, ya lo sabes» respondió Eki.

«Esto han debido de hacerlo los Usik» supuso Aroa.

«No digo que no, pero ¿cómo han matado a un dragón? Se supone que son salvajes primitivos y sin apenas magia» Eki no lo veía claro.

«Examinemos el cadáver y veamos qué heridas tiene» sugirió Aroa.

«De acuerdo».

Los dragones raudos se acercaron al cadáver y lo rodearon mientras estudiaban el cuerpo buscando heridas que le hubieran provocado la muerte. No les llevó demasiado tiempo descubrir la causa: tenía la cabeza completamente carbonizada.

«Le han achicharrado la cabeza» comentó Nahia al ver que ni Aroa ni Eki se pronunciaban cuando era evidente.

«Eso parece, pero no puede ser» rebatió Eki.

«El fuego no puede dañar sus escamas de esa manera» explicó Aroa.

«Quizá lo quemaron después de muerto» ofreció como posibilidad Logan.

«Eso podría ser, pero no tiene ninguna otra herida, mucho menos una de muerte» explicó Eki, que seguía observando el cadáver con detenimiento.

Nahia, sobre Eki, intentaba discernir algo que le sirviera de pista. Logan también intentaba encontrar alguna explicación a aquella muerte.

«No veo ninguna otra herida» comentó Aroa.

«Démosle la vuelta a ver» propuso Eki.

Los dragones empujaron con sus garras delanteras el cadáver hasta darle la vuelta. Luego estudiaron el cuerpo por el lado que había quedado al descubierto.

«Nada. No hay heridas» concluyó Aroa.

«Entonces le han achicharrado la cabeza de alguna forma y por eso ha muerto» explicó Nahia. Era la única explicación coherente.

«O ha muerto de causas naturales y luego le han quemado la cabeza» ofreció Logan como explicación.

«Eso podría ser, sí» asintió Aroa.

«¿Morir por causas naturales? ¿Un dragón? Lo dudo mucho» opinó Eki.

«Muy corriente no es, pero podría haber muerto de una extraña enfermedad, o envenenado. Sí, veneno podría ser. Uno que haya en estos bosques selváticos».

A Aroa aquella teoría parecía encajarle más.

«Nuestra resistencia a las toxinas es muy alta, pero es cierto que podemos morir envenenados si es muy fuerte y la cantidad administrada muy grande» razonó.

«No vamos a poder saber si fue veneno. ¿Me equivoco?» preguntó Logan.

«Se suele mirar la lengua, pero tiene toda la cabeza carbonizada, lengua incluida» rechazó la idea Eki.

«Yo sigo pensando que le han quemado la cabeza con vida, el cómo no lo sé. La teoría del veneno podría ser, pero lo más obvio

suele ser generalmente lo acertado» opinó Nahia.

«No descarto la idea, solo digo que es incierta» rebatió Eki.

Nahia observó a su alrededor. Los árboles eran majestuosos, los más grandes que hubiera visto y la vegetación, una mezcla entre bosque y selva, era exuberante. Apenas veían nada a más de una docena de pasos. Encontrar lo que buscaban iba a resultar complicado en aquel mundo de árboles casi infinitos.

«Nos va a llevar un tiempo encontrar ese mal que buscamos» comentó con un resoplido.

«Sí, estos bosques podrían esconder todo un ejército y ni lo veríamos» opinó Logan.

«Lo que podemos asegurar es que algún mal hay aquí, este dragón ha muerto en circunstancias extrañas» especuló Aroa.

«Investiguemos los alrededores y veamos si encontramos algo que nos pueda dar una idea de lo que le ha sucedido» propuso Eki.

Durante horas registraron los alrededores. No encontraron más que boscaje y árboles enormes. No había rastro de lo que podía haber pasado ni vieron a ningún Usik, aunque Nahia tenía la sensación de que estaba siendo observada. Aroa y Eki tenían serias dificultades para moverse en aquel terreno e iban muy despacio. La noche comenzó a caer, así que regresaron a la explanada quemada.

«Sin luz no podemos continuar explorando» dijo Eki.

«Volvamos a la perla, seguiremos mañana con luz» envió Aroa.

Regresaron a la gran montaña en medio de los bosques insondables y se posaron junto a la gran perla. Nahia y Logan bajaron de sus monturas. La oscuridad de la noche los cubrió y se sentaron a descansar.

«Nahia tiene razón en que nos va a llevar bastante tiempo encontrar lo que buscamos» comentó Eki.

«El paraje es propicio para ocultar cualquier indicio y muy poco amigable con los dragones» se quejó Aroa.

«Al menos no nos han atacado… de momento» intentó ser positiva Nahia.

«Cierto. Estoy pensando que quizá sea mejor buscar en el territorio Masig. Si encontramos allí ese mal, el que sea, sabremos qué es y debería resultar más sencillo encontrarlo luego aquí».

«Si sabemos lo que buscamos, sin duda» estuvo de acuerdo Aroa.

«¿Quieres abandonar la búsqueda aquí e ir a tierras Masig?» preguntó Nahia, extrañada.

«Sí y no. Creo que deberíamos buscar donde los Masig, ya que el terreno debe ser más propicio que estos bosques profundos e intratables. Pero estando ya aquí, y habiendo encontrado el cadáver, tampoco quiero dejar la investigación» Eki estaba dividido y Nahia lo captó.

«Podemos hacer ambas cosas si nos repartimos» propuso Aroa.

«Sí, creo que será lo mejor» convino Eki.

«Logan y yo podemos ir a territorio Masig y buscar ese mal allí mientras Nahia y tú seguís buscando aquí. Si lo encontramos regresaremos rápidamente y si lo encontráis vosotros, nos veremos allí. No está muy lejos».

«A mí no me hace gracia que nos separemos, acabamos de reencontrarnos» protestó Nahia intentando evitar que fuera obvio que lo que ella quería era seguir con Logan. Por la forma en la que le miraron Aroa y Eki supo que era más que evidente.

«Es lo que más sentido tiene dadas las circunstancias en las que nos encontramos» rebatió Eki.

«El Gran Oráculo dijo que era un tema de urgencia y ya hemos perdido mucho tiempo. Tenemos que buscar la forma de ir más rápido. Dividirnos y buscar en ambos lugares a la vez es lo que más sentido tiene» explicó Aroa.

Nahia no quería oír sus argumentos. Sabía que tenían razón, pero ella no quería separarse de Logan. Estaba dispuesta a revolverse si hacía falta.

Entonces vio a Logan, que la miraba con semblante serio y mirada calma. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, despacio.

Nahia entendió que quería que aceptara la idea.

«No es ideal, pero es lo que debemos hacer ahora» envió Eki y miró a Nahia.

Ella suspiró.

«Está bien. No me gusta, pero adelante» envió resignándose.

«Partiremos al amanecer. El primero que encuentre el mal, que busque al otro» zanjó Aroa.

Todos asintieron y la decisión quedó tomada. Aquella noche Nahia durmió pegada a Logan y tuvo unas pesadillas horribles en las que perdía a su amado y nunca lo volvía a ver.

Era un presagio nefasto.

Capítulo 46

El amanecer llegó y Aroa se preparó para partir. Eki estaba vigilando los alrededores de la perla de los bosques de los Usik. Le había parecido oír algo fuera de lugar.

—Ten mucho cuidado —dijo Nahia a Logan cogiéndole de las manos.

—No te preocupes, lo tendré.

—No puedo creer que nos tengamos que volver a separar tan rápido. No hemos pasado más que un momento juntos.

—Las circunstancias del mundo en el que vivimos son así… —dijo Logan con un suspiro.

—Un día podremos tumbarnos a contemplar el firmamento y sonreír llenos de felicidad.

—Ese es un gran pensamiento. Un día lo conseguiremos.

—Sabes que esto… —Nahia miró a Aroa y luego a Eki en la distancia—, que esto no va a funcionar, ¿verdad?

Logan también miró a Aroa y Eki y luego asintió.

—Sí, la relación se está poniendo cada vez más tirante. El vínculo no ayuda… no hay forma de esconder lo que sentimos.

Nahia abrazó a Logan.

—La relación se va a romper. Estate preparado para cuando suceda, puede que tengamos que defendernos —susurró Nahia al oído de Logan.

—Espero que no lleguemos a ese extremo… —Logan le susurró de vuelta también al oído.

—Antes que nada, son dragones. No lo olvides.

—No lo haré.

—Ten mucho cuidado. Tengo una mala sensación sobre esto.

—Estos bosques son mucho más peligrosos de lo que nos han mostrado hasta ahora.

Nahia lo besó como si fuera la última vez que lo fuera a ver, deseando que todo saliera bien y pronto volvieran a estar juntos.

«No he visto nada. Este lugar es extraño, profundo. ¿Preparados para continuar?» preguntó Eki regresando a la perla.

Nahia y Logan asintieron.

«Continuemos la búsqueda» envió Aroa.

Un momento después los cuatro volaban sobre los bosques. Eki se dirigió al lugar donde habían encontrado el cadáver y Aroa continuó volando en dirección noroeste, tendría que cruzar los bosques y luego seguir sobre las praderas antes de llegar al corazón de las tierras Masig.

Nahia y Eki investigaron de nuevo la zona, pero no consiguieron encontrar nada que les diera alguna pista sobre lo que había pasado allí, así que se trasladaron a la siguiente zona que había quedado arrasada. Daba la impresión de ser un lago quemado rodeado de bosque en todas direcciones. Tomaron tierra y examinaron la parte calcinada.

Allí no había quedado nada, estaba todo quemado y arrasado. Se acercaron al linde donde continuaban los árboles y lo registraron sin entrar demasiado, ya que Eki no podía profundizar mucho sin quedarse atascado entre los árboles.

«Veo algo allí, a la derecha» Nahia señaló.

Eki se giró y se dirigió hacia el lugar. Tuvo que pasar entre algunos árboles, pero consiguió escurrirse. Encontraron un nuevo montículo de grandes dimensiones rodeado de árboles.

Nahia bajó al suelo para poder inspeccionarlo mejor. Quitaron el boscaje, la tierra y ramas y descubrieron que cubría el cuerpo de otro dragón muerto. Este era rojo.

«Aquí está, y tiene la cabeza calcinada, como el otro» dijo Nahia.

«Sí, ha muerto de la misma forma».

«De veneno nada, le han asado la cabeza. Y van dos».

«La versión del veneno pierde fuerza cuando les han quemado la cabeza a los dos» razonó Eki.

«Parece una especie de justicia divina» opinó Nahia observando el cadáver.

«¿Justicia divina?».

«Estos dragones son los responsables de haber quemado y arrasado esas zonas. Han hecho un daño tremendo a la naturaleza, al hábitat de los Usik. Parece que han acudido a su dios y éste ha matado a los infractores con sus propias armas. Es hasta poético».

«Aunque entiendo lo que quieres decir, eso no es posible. Y desde luego no es poético en forma alguna».

«Yo no estaría tan segura».

«La muerte no tiene nada de poético».

«Te molesta que estén muertos porque son dragones, pero sabes tan bien como yo que no solo han destruido bosques, fauna y flora en ellos, sino también a un montón de Usik que se escondían en su interior».

«No hemos encontrado cadáveres de Usik».

«Los habrán enterrado los suyos».

De pronto notaron movimiento entre los árboles, primero a su derecha y luego en frente.

«Tenemos compañía» envió Nahia a Eki.

«Veo movimiento, pero no los distingo».

«Yo tampoco, pero están ahí. Deben camuflarse con el bosque» Nahia miraba con ojos entrecerrados, pero no conseguía distinguir más que un poco de movimiento entre la maleza.

De pronto tres Usik aparecieron frente a ella a unos diez pasos. Estaban subidos a las ramas de los árboles. Nahia se quedó quieta, no quería que se alteraran.

Los observó. Eran, como esperaba, de aspecto salvaje. Tenían una piel verde pálida muy pintoresca. Llevaban la cara pintada de

rojo con una línea gruesa blanca a la altura de los ojos. Eso le sorprendió, así como que llevaran la cabeza afeitada. Como ropaje portaban un taparrabos de cuero y sobre el torso una armadura primitiva de cuero curtido reforzado con madera. Iban armados con cuchillos y hachas cortas adornados con plumas coloridas. Desde luego tenían un aspecto salvaje y agresivo.

«Cuidado, vienen más» advirtió Eki.

Nahia miró a su derecha y otros cinco Usik aparecieron. Estos llevaban arcos cortos y estaban subidos a varios árboles. Con cuidado y despacio, Nahia se bajó el visor del casco, no quería que una flecha Usik le diera en un ojo. La armadura de jinete era muy dura y segura. No temía por su vida, pero mejor no correr riesgos. Y como si lo hubiera predicho, una flecha le dio de pleno en el visor. Se escuchó un grito salvaje que le puso la piel de gallina, seguido de otro y otro más. Provenían de diferentes partes del bosque.

«Mejor salir de aquí, esto se va a poner feo» le dijo a Eki.

Fue a volverse para subirse a la silla cuando varias flechas le golpearon en cabeza, torso y espalda. Los tres Usik con cuchillos dieron tremendos saltos desde las ramas a las que estaban encaramados y corrieron a atacar. No tuvo tiempo ni de reaccionar.

El cuchillo del primero buscó atravesarle el corazón, pero golpeó el duro metal de la armadura y salió rebotado. Nahia le soltó un derechazo casi de forma instintiva y el Usik se fue de espaldas. Sus dos compañeros saltaron sobre Nahia y la derribaron.

«¡Nahia! ¡Cuidado!» Eki se giró hacia ella.

El bosque estalló en gritos salvajes. De entre los árboles aparecieron un centenar de Usik rojos a la carrera, saltando sobre raíces, arbustos y piedras, y gritando como posesos. Atacaron a Eki desde todas direcciones. En un momento el dragón plateado tenía varios Usik subiendo por su espalda con cuchillos y hachas mientras otros tiraban con flechas y jabalinas cortas contra su cabeza, buscando sus ojos. Eki sacudió la cabeza y las alas intentando derribar a los Usik que subían por su cuerpo. Tuvo que cerrar los ojos para no ser alcanzado de pleno por los proyectiles.

Nahia se quitó de encima a los Usik que la habían derribado a base de fuerza. Cuchillos y hachas intentaron herirla, pero no pudieron hacer mella en su armadura. Nahia sacó su daga y desenvainó su espada. No quería hacer daño a los Usik, solo estaban defendiendo sus tierras de los dragones invasores, era ella la que estaba en el lado incorrecto de aquel conflicto. Hizo que sus armas ardieran con fuego elemental para intentar atemorizarlos, pero no lo consiguió. Media docena salieron de los árboles chillando como salvajes locos y atacaron con cuchillos y hachas en las manos.

Nahia vio que tendría que usar magia. Guardó la daga, creó una bola de fuego y la lanzó de inmediato a los pies de los atacantes, un poco antes de alcanzarles. La bola explotó y la onda expansiva envió de espaldas a los Usik.

Más Usik llegaron columpiándose en lianas y saltaron frente a Nahia, que no podía creer lo que veía. No lo pensó más y creó otra bola de fuego que lanzó a los pies de los recién llegados. Estos ya habían visto lo que sucedía al explotar la bola y se lanzaron en todas direcciones justo antes de que lo hiciera.

«¡Esto se pone muy feo!» envió a Eki.

El dragón plateado estaba rodeado de Usik rojos, y todavía más salían del bosque saltando y corriendo y se lanzaban a atacarlo. Sin poder abrir del todo los ojos y sin poder desplegar bien las alas porque golpeaban contra los árboles, Eki estaba teniendo muchos problemas. Tenía a una veintena de Usik a la espalda y a otros tantos atacándole desde todas direcciones. Soltó varios zarpazos y coletazos para quitárselos de encima. El problema era que cada vez se oían más y más gritos procedentes del interior del bosque, lo que significaba que llegaban más salvajes a la batalla.

Nahia utilizó su aliento de dragón y envió fuego contra los Usik que intentaban llegar hasta ella. No quería herirles, pero no tenía más remedio que frenarlos como fuera. El fuego consiguió que se detuvieran y le dio un respiro. Vio que otra veintena de Usik aparecían a su derecha. Venían corriendo como guepardos saltando por encima del boscaje mientras gritaban. Nahia envió su aliento de

fuego contra ellos para detenerlos. Lo consiguió, pero se encontró con un frente de más de una treintena de guerreros que iban a saltar sobre ella en cuanto dejara de enviar su aliento elemental. Nahia movía la cabeza de derecha a izquierda rociando con fuego todo frente a ella.

Eki había conseguido quitarse de encima a parte de los Usik que escalaban su cuerpo. El problema era que no podía abrir los ojos más que un segundo porque se los acribillaban a flechas y jabalinas. La situación se complicaba por momentos. Ya tenía a cerca de un centenar de Usik rodeándolo y no podía maniobrar. Lo peor era que atacaban sin descanso y cada vez había más.

Decidió usar su aliento elemental para intentar girar sobre sí mismo y abrirse camino para salir de allí. Lo que no sabía era qué efecto tendría sobre los guerreros Usik. Abrió la boca y de inmediato le entraron flechas y jabalinas.

La cerró al momento. Sacudió la cabeza y golpeó con ella a varios Usik que estaban frente a él. Abrió la boca de nuevo y su aliento elemental salió. Eki movió su cabeza hacia un lado y luego al otro, barriendo tanto terreno como podía frente a él. Lo hizo durante un momento con los ojos cerrados, sin saber qué efecto estaba teniendo.

Continuó enviando su aliento por unos segundos mientras comenzaba a darse la vuelta. Notó que no le atacaban tanto, algo estaba sucediendo. Se arriesgó a abrir un ojo para ver qué sucedía y lo que vio lo dejó pasmado. Frente a él, los Usik estaban congelados. Se habían quedado en la acción que estaban realizando cuando les alcanzó el aliento elemental, aunque no estaban recubiertos de hielo.

«No puede ser…» Eki vio que varios Usik que habían saltado hacia él estaban congelados en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido y no avanzara para ellos.

Todos estaban completamente quietos. Y si eso lo tenía pasmado, cuando abrió el otro ojo y vio que flechas y jabalinas estaban

flotando quietas en el aire se quedó de piedra. Había congelado el tiempo. No lo podía creer.

«¡Hay que huir de aquí!» llegó el mensaje de Nahia, que no podía seguir manteniendo a raya a los Usik.

Un grupo nutrido de ellos estaba tirando desde los árboles contra Nahia con flechas y rocas que rebotaban en su armadura de jinete mientras ella mantenía a raya a los que atacaban con cuchillos y hachas.

«¡Voy a ayudarte!» envió Eki y avanzó hacia ella tan rápido como pudo.

«¡Subo!» avisó Nahia y levitó hacia la silla. Según lo hacía todo tipo de proyectiles la golpeaban por todas partes.

Eki soltó un tremendo coletazo y envió por los aires a varios guerreros de los Usik que Nahia había estado manteniendo ocupados con sus ataques de fuego. Aun así, el resto siguió atacando. Cada vez aparecían más saliendo del bosque en todas direcciones corriendo hacia ellos con la peor de las intenciones blandiendo sus cuchillos, hachas cortas, arcos y jabalinas.

«¡Ya estoy! ¡Salgamos de aquí!» envió Nahia sin tiempo ni de atarse a la silla.

Cogió su escudo y lanza y se protegió de uno de los incontables proyectiles que caían sobre ella mientras con la lanza rechazaba a dos Usik que habían subido por la espalda de Eki hasta la silla.

Eki salió al espacio quemado tan rápido como pudo. Nahia estaba sentada del revés en la silla y seguía rechazando Usik, que escalaban el cuerpo del dragón plateado con una agilidad y velocidad impresionantes. Atacaban con la furia de tigres de la jungla.

«¡Al cielo, rápido!» urgió Nahia al ver que del bosque salían más de un centenar de Usik blandiendo sus armas en persecución.

Eki no corría ni la mitad de rápido que los Usik que se les iban a echar encima en un momento. Sus gritos salvajes eran ensordecedores.

Dio un fuerte brinco y, sacudiendo las alas con fuerza, se elevó. Los últimos Usik cayeron de su espalda. Consiguieron dejar atrás en tierra a los perseguidores, que tiraron con arcos contra Eki, pero consiguió elevarse lo suficiente para ponerse fuera de alcance.

Capítulo 47

«¡Vaya con los Usik!» exclamó Nahia mientras se daba la vuelta en la silla. Menos mal que aquella maniobra la tenía bien ensayada porque no había tenido tiempo de atarse.

«Ha sido intenso… demasiado» envió Eki. Por el vínculo Nahia captó que el dragón plateado se había llevado un buen susto con el ataque.

«Ahora entiendo por qué nuestros ejércitos han tenido tantos problemas aquí. Esos Usik son tremendamente fieros» Nahia resopló mientras colocaba la lanza y el escudo de vuelta en la silla.

Miró de reojo hacia atrás y distinguió al centenar de Usik en tierra. Parecían hormigas rojas, y cada vez salían más del bosque a la zona quemada desde la que habían tomado aire.

«Atacaban como si todos fueran Berseker, y salían de todos lados a una velocidad tremenda. He temido por mis ojos, no sé cómo los he conseguido salvar. Me atacaban sin descanso. He de reconocer que ha sido un momento muy malo».

«Sí, yo me he salvado gracias a esta maravillosa armadura de jinete de dragón. De lo contrario me hubieran acribillado. Me han lanzado hasta rocas a la cabeza. ¡Ha sido de locos!».

«No sé qué gran mal hay en esos bosques, pero con los Usik defendiéndolos así, va a ser muy difícil encontrarlo. Yo no puedo moverme en el interior de esa vegetación, me quedo atrapado entre los árboles y, aunque pueda derribar alguno, no puedo tirarlos todos. El problema principal son mis alas, no puedo desplegarlas y tampoco son tan fuertes como para tirar esos enormes árboles. No sé de qué variedad son, pero son inmensos. Algunos de los troncos tienen el grosor de una casa. Tres o cuatro juntos son demasiado fuertes

incluso para un dragón milenario. Solo quedaría prenderles fuego, pero eso llevaría horas, si no días, hasta que se consuman» dijo Eki.

Volaba en círculos amplios algo apartados de donde habían sufrido el ataque, sobre bosques no quemados.

«Sus bosques los protegen y muy bien. Los árboles son tremendos, me he sentido como una enana al lado de algunos. Desde aquí arriba no parecen tan altos y grandes».

«Lo son, lo que nos va a poner las cosas muy difíciles» Eki volaba a unos mil pasos de altura sobre las copas de los árboles. Lo suficientemente alto para no ser alcanzado por flechas, pero que permitía ver si algo sucedía abajo, si bien solo veían infinidad de copas de árboles enormes.

«En sus dominios pocas posibilidades tenemos de hacer algo. A propósito, ¿he visto mal o algunos de los Usik estaban congelados?».

«Sí… Bueno…» Eki no respondió y Nahia captó que se sentía extraño.

«Dime, ¿has sido tú?».

«Sí… mi aliento elemental…».

«Oh, vaya… interesante. ¿Qué ha sucedido?».

«No lo sé. La situación era tan caótica que he tenido que usar mi aliento elemental para detener los ataques que llegaban de todas partes. No sabía qué efecto tendría en los Usik, solo quería que pararan de atacarme y, de alguna forma, eso es lo que ha sucedido. Se han quedado congelados en el tiempo. Ha sido como si todos obedecieran mi orden de detenerse, pero no ha sido algo mental, sino algo relacionado con el tiempo. Ha sido de lo más extraño» Eki no se explicaba cómo había podido pasar aquello.

«Es singular, eso está claro, pero muy poderoso. ¿Y dices que no lo has hecho adrede?».

«No como tal. Solo quería que se detuvieran, que dejaran de atacarme, y eso es lo que ha sucedido, aunque no sé cómo lo he logrado».

«El cómo ya lo descubrirás más adelante, pero que haya sucedido es algo impresionante. Una habilidad de lo más increíble».

«No nos precipitemos. No sabemos qué hace esta habilidad, ni cuánto dura».

«Eso te iba a preguntar. ¿Alguna idea de la duración de esa congelación del tiempo?» Nahia estaba muy interesada, era muy poderosa. Detener el tiempo no estaba al alcance de cualquiera y Eki lo acababa de hacer, aunque fuera por accidente debido al agobio de la situación en la que se encontraba.

Eki dio dos grandes vueltas sobre los bosques volando con tranquilidad mientras pensaba en lo sucedido.

«No tengo ni idea. No sé cuánto puede durar».

«Tenemos que comprobarlo, hay que experimentar. Es una habilidad muy especial».

«Mi magia está relacionada con el espacio y el tiempo, eso lo sé. Pero las habilidades que pueda generar son un misterio para mí ahora mismo. Los dragones plateados somos diferentes, no tenemos alientos elementales, como sabes».

«Tu aliento hace cosas impresionantes, eso es lo que sé».

«Tendré que estudiar esta nueva habilidad y ver cómo puedo usarla».

«Muy buena idea».

De pronto, de entre los árboles bajo sus pies apareció un ave y fue ascendiendo. Por un momento Nahia pensó que era un dragón, pero al fijarse mejor se dio cuenta de que no lo era. No tenía cola larga ni tampoco cuello. La silueta no era la de un dragón sino la de un pájaro con cuello corto y cola de plumas. Nahia lo observó un instante más, pero no le dio importancia, había muchos pájaros y aves en aquellos bosques.

Dieron otra vuelta amplia y Nahia se fijó en que el ave no era una sino media docena, y parecían seguirles.

«Qué curioso, nos siguen algunas aves. A lo mejor se creen que eres su madre».

Eki miró hacia atrás y vio que, en efecto, les seguían media docena de pájaros.

«Umm… Extraño que me sigan…».

«¿Por qué lo ves extraño?».

«Porque toda ave evita a los dragones. Es puro instinto de supervivencia, nos ven como depredadores».

«Pues esas parece que no porque nos siguen y se están acercando, si no me falla la vista».

«Esas no son aves normales» el mensaje de Eki llegó junto a un sentimiento de extrañeza.

«¿A qué te refieres?».

«A su tamaño. Son aves gigantes».

Nahia se giró para verlas mejor y en ese momento se dio cuenta de que Eki tenía razón. La distancia la había despistado por completo. Que eran pájaros no había duda por sus alas y plumaje, pero ahora que los veía más de cerca podía discernir que eran pájaros gigantescos. No solo eso, en ellos iban montadas personas, varias en cada ave.

Era una monstruosa ave de gran tamaño, de plumaje negro en el cuerpo y rojizo en el cuello y la cabeza. Parecía un águila gigantesca de cabeza roja. Se acercaron más y Nahia no pudo creer lo que sus ojos le mostraban. En cada pájaro gigante iban montados media docena de Usik. Se sujetaban mediante arneses de cuerdas dispuestas sobre la espalda. Iban armados con arcos y jabalinas. No eran Usik rojos, sino azules, a juzgar por el color con el que llevaban pintadas las caras.

«¡Vienen a atacarnos!» avisó a Eki llena de incredulidad.

«Increíble. Estos bosques están llenos de sorpresas» Eki miraba hacia las aves gigantes cargadas de Usik tan atónito como Nahia.

«No me lo puedo creer. ¡Los Usik tienen pájaros gigantes que montan!» Nahia no salía de su mayúsculo asombro.

Los Usik emitieron sus gritos de guerra y varias flechas pasaron rozando la cabeza de Nahia. Se bajó el visor del casco y preparó la

lanza y el escudo para defenderse. Más flechas alcanzaron la parte trasera del cuerpo de Eki, pero no pudieron penetrar en sus escamas.

«No pueden hacernos nada con esas flechas aquí arriba» envió Nahia, que se protegió de una con su escudo mientras otras tres alcanzaban el costado de Eki y salían rebotadas.

«No mientras no me alcancen en los ojos».

Nahia pensó que eso allí arriba iba a resultar muy difícil, pues Eki volaba delante de los perseguidores y ellos tiraban desde atrás.

Eki giró hacia la derecha y las aves lo hicieron al momento, siguiendo la persecución. Eran mucho más pequeñas que Eki, pero volaban rápido, lo suficiente para alcanzar a un dragón en el aire.

Nahia miró hacia atrás y vio que tenían a tres pájaros Usik ya en su cola y otros tres acercándose rápido. Comprobó que estaba bien atada y apretó las piernas con fuerza según Eki giraba hacia la derecha intentando despistar a los perseguidores.

Los Usik tiraron contra Eki. Nahia se dio cuenta de que cada águila gigante de aquellas llevaba a un Usik sobre el cuello que dirigía con unas cuerdas a forma de riendas, similar a un caballo. Le pareció de lo más sorprendente. Los Usik que montaban detrás tiraban con arcos contra ellos. Una flecha le dio en la espalda, pero no pudo atravesar la armadura de Nahia.

De pronto, un ave se puso a la izquierda de Eki y otra a la derecha. Los Usik subidos en ellas gritaban y tiraban contra Nahia, que se defendió con el escudo cubriendo su rostro. De alguna manera habían conseguido igualar la velocidad de Eki, que no iba tan rápido como un dragón raudo podía volar, aunque quizá tendría que hacerlo en breve.

En ese momento dos de los Usik de cada ave se soltaron el arnés y con una agilidad impresionante saltaron sobre la espalda de Eki. Aquellos locos los estaban abordando en mitad del cielo sobre los bosques. Nahia estaba pasmada y le llevó un instante reaccionar. Uno de los Usik se agarró a su silla de alguna manera y le soltó un hachazo. Nahia levantó el escudo y se protegió del ataque. Por el

lado contrario otro Usik con el cuchillo entre los dientes se agarraba a la espalda de Eki y avanzaba hacia ella con muy malas intenciones.

«¡Nos han abordado!» avisó a Eki y golpeó con la lanza al Usik que se acercaba.

Él intentó agarrarse a la lanza, pero no lo consiguió y cayó al vacío. El otro se agarró al escudo de Nahia y la golpeó con el hacha en el casco mientras gritaba. Nahia le dio un golpe con el escudo y perdió el agarre. Le dio un segundo golpe y el Usik cayó a los bosques. Los otros dos Usik se arrastraban por el cuello de Eki en dirección a su cabeza. Buscaban alcanzar los ojos con sus cuchillos, era tan descabellado como impresionante.

«Esto no me gusta. Maniobra defensiva» avisó Eki para que Nahia se sujetara bien.

Giró de manera brusca sobre sí mismo y voló boca abajo en línea recta. Los dos Usik a su cuello no consiguieron sujetarse y cayeron por efecto de la gravedad y el peso de sus cuerpos.

Los Usik continuaron persiguiendo a Eki por los cielos sobre sus bosques. Eki voló rápido realizando maniobras de evasión y les sacó algo de distancia.

«Parece que los dejamos atrás» envió Nahia.

Eki miraba de reojo hacia los perseguidores.

«No son tan rápidos como un dragón raudo».

«Menos mal, porque están chalados estos salvajes».

«Que no tienen miedo a nada, eso es seguro».

«Eki, delante, ¡mira!» avisó Nahia.

De entre los árboles ascendieron otras seis aves gigantes frente a ellos. Venían a interceptarlos.

«No te preocupes, vuelan en dirección contraria a la nuestra. Pasaré frente a ellos como un rayo a máxima velocidad».

«Me parece una idea excelente».

Eki aceleró y se puso a velocidad máxima rauda en un momento. Iban rapidísimos.

Nahia se sintió tranquila, pasarían delante del grupo nuevo a tal velocidad que ni los verían. Por si acaso, ella iba atenta y con el escudo preparado. Según las trayectorias se cruzaron Nahia se fijó en que la primera ave del nuevo grupo era el doble de grande que las águilas que les perseguían. De nuevo la distancia no le había dejado calcular bien las dimensiones.

Eki pasó delante de la gran ave a toda velocidad y Nahia vio que sobre la espalda del ave había de pie una mujer, una Usik por el color verde de su piel. No supo cómo se sujetaba. La Usik señaló hacia ellos con el dedo índice con la otra mano en su pecho. Un destello de color dorado salió de esa mano, de un objeto en ella. Nahia supo que era magia.

«¡Hechicera Usik!» avisó a Eki e invocó defensa de escamas antimagia sobre sí misma.

De súbito, sobre la cabeza de Eki se formó un rayo de fuego.

Nahia supo al instante qué era, pues ella misma conocía ese conjuro.

Un rayo de fuego golpeó a Eki en la cabeza con una potencia tremenda y la cabeza del dragón se fue hacia abajo.

«Ataque mágico…» envió a Nahia.

«¡Eki!» exclamó ella al ver que el ataque había penetrado las defensas mágicas del dragón.

«Maniobra… evasi…» Eki comenzó a caer hacia la izquierda girando sobre sí mismo.

Nahia captó otro destello dorado poderoso. Miró hacia la hechicera Usik y luego a Eki. Un segundo rayo de fuego descargó sobre la cabeza del dragón plateado.

«Derribado…» avisó Eki y comenzó a descender en picado hacia los bosques.

«¡Eki, no!» exclamó Nahia al ver que el ataque lo había dejado sin conocimiento.

Eki caía hacia los bosques a peso y Nahia con él.

«¡Eki, reacciona! ¡Levanta el vuelo! ¡Nos estrellamos!» envió con toda la urgencia y pánico que sentía. Pero Eki estaba fuera de combate. Había perdido la consciencia y caía sin control.

Nahia se vio perdida. Se iban a estrellar contra los árboles y a la velocidad a la que caían se iban a romper todos los huesos del cuerpo. No sobrevivirían ni ella ni Eki.

«¡Eki! ¡Elévate! ¡Arriba! ¡Nos matamos!» envió desesperada, pero Eki estaba inconsciente. Sus mensajes mentales no le llegaban.

En aquel momento de desesperación, cayendo y girando sobre sí mismos, Nahia lo vio todo perdido. Iban a morir en los bosques de los Usik como los dragones que habían visto.

Ahora lo entendía, la hechicera Usik los había derribado con rayos de fuego dirigidos a la cabeza. Lo que no sabía era cómo había podido pasar por las defensas mágicas de los dragones.

Los destellos dorados le vinieron a la cabeza. El ataque había sido realizado con magia dorada, por eso había podido derribar a Eki y a los otros dragones.

La desesperación de Nahia se volvió pánico. Estaban cerca de llegar a los árboles. Desesperada y viendo que a Eki no le llegaban los mensajes, se le ocurrió una idea. En lugar de enviar el mensaje mental, usaría su vínculo y le transmitiría su urgencia y desesperación a través de él.

«¡Eki, despierta! ¡Nos vamos a matar! ¡Ahora!» envió a modo de sentimiento en lugar de mensaje mental.

Eki abrió los ojos.

«¿Qué…?».

«¡Arriba! ¡Remonta!».

Eki intentó remontar vuelo, pero ya estaban demasiado bajos para evitar el impacto.

«¡Agárrate fuerte! ¡Nos estrellamos!» envió.

Consiguió elevarse un poco y reducir la velocidad de caída, pero no pudo salvar las copas de los árboles. Se estrellaron contra ellas

mientras Eki intentaba planear y ascender. Nahia se agarró con todo a la silla.

El impacto fue brutal. Ramas, troncos y vegetación salieron por los aires. Miles de objetos los golpearon hasta que finalmente toparon con el suelo. Los dos quedaron inconscientes entre los árboles.

Capítulo 48

Gorger fue a buscar a las Panteras de la Nieves a media mañana. Entró en la habitación y saludó.

—He conseguido audiencia con el rey. No suele ser fácil, sobre todo en los últimos tiempos, pero en vuestro caso me la ha concedido. Debe de estar interesado en hablar con vosotros.

—Al igual que nosotros en hablar con él —dijo Ingrid.

—Muy bien, acompañadme al castillo real.

—Gracias, te seguimos —dijo Ingrid.

Se pusieron en marcha y Gorger y su escolta de soldados los condujeron al interior del gran castillo real de Rilentor. Había guardias en todos los pasillos y puertas. No les extrañó, estaban en tiempos de guerra y la seguridad era primordial, sobre todo la de las familias reales. Si un dragón o soldado de Kraido mataban al rey, Rogdon podía caer.

Tardaron un rato en recorrer el castillo y llegar a una gran puerta doble guardada por una docena de soldados vestidos de azul y plata. Iban armados con lanzas y escudos. Llevaban coraza plateada, como los lanceros, pero el resto de su armadura era más pesada. La de los lanceros era para jinetes, esta era armadura completa de placas. Las espadas que portaban a la cintura eran de mango con cruceta.

—El rey aguarda —dijo Gorger al oficial a cargo de la puerta.

El oficial los observó a todos un momento. Luego sacó un pergamino y lo consultó.

—Adelante —dijo e hizo una seña para que les abrieran las puertas.

Entraron en la sala del trono rogdano.

Lasgol se quedó impresionado. La estancia era enorme y majestuosa. No solo eso, le pareció bella en contraposición con la sala del trono de Norghana, mucho más oscura y menos elegante. Avanzaron por la sala magna con techos altos ovalados. Observaron la decoración en las paredes. En un lado las vestían ricos tapices con tonalidades azul y plata a juego con los colores del reino. También había espléndidos cuadros y retratos de la familia real. En el otro lado colgaban murales de épicas batallas y hazañas del pasado de vibrantes colores, sin duda obras de renombrados artistas por la increíble viveza y detalle de cada uno.

Pese a los elegantes murales la sala era sobria, como correspondía al carácter de los rogdanos. Lasgol los conocía. Eran en su mayoría rectos como sus lanzas y poco amigos de excesos. Se decía que eran de cabeza cuadrada, ya que no había forma de sacarles de sus ideas y forma de ser: estrictos de moral, de ideas fijas y parcos en palabras. Dejaban que sus actos hablaran por ellos. A Lasgol le gustaban. Eran todo lo contrario de los norghanos, mucho más brutos y fáciles de exaltar.

Pasaron entre altas columnas rectangulares que se alzaban hasta el techo formando un regio pasillo que desembocaba en el trono. La luz entraba por altos ventanales en las paredes y alumbraba el paso. La guardia rogdana custodiaba toda la estancia, tanto el largo pasillo como las paredes y el trono real. Estaban situados a lo largo y ancho de la sala. Nadie podía llegar hasta el trono sin encontrarse con ellos. De apariencia estoica, guardaban al rey en el trono.

Llegaron frente al trono, forrado de un colorido terciopelo y adornado con finos bordados de oro puro, donde se sentaba Gerart, rey de Rogdon. Lasgol no lo conocía personalmente, pero había oído hablar de él. Varios de los Portadores lo conocían y siempre habían tenido buenas palabras hacia él.

Lo observó. De cabellera rubia y ondulada y ojos azules, parecía más un norghano que alguien de Rogdon, donde predominaban los cabellos castaños y ojos pardos. Su piel, sin embargo, no era tan pálida y fría como la de un norghano. Había algo de calor en ella. Le pareció también que su rostro era más bello. Su porte era regio,

incluso sentado al trono. Lasgol se fijó en que estaba fuerte. A su lado había una elegante espada larga.

Al que Lasgol sí conocía e identificó de inmediato fue al gran mago que estaba de pie a la derecha del trono. No era otro que Haradin, el poderoso mago del rey de Rogdon. Se alegró mucho de verlo con vida. Más que eso, tenía muy buen aspecto. Si Gerart era apuesto, Haradin le superaba, pese a ser mayor. Los finos rasgos de su semblante, su lisa piel, los intensos ojos grises, la rubia perilla y sus largos cabellos dorados lo dotaban de un atractivo reseñable. El mago de los cuatro elementos era uno de los más poderosos de Tremia, a parte de un erudito en materias de magia y de los Ilenios. También era un buen amigo suyo. Recuerdos del pasado reciente lo asaltaron y un sentimiento de añoranza y amistad lo envolvió.

A la izquierda del rey estaba de pie un soldado veterano con una ornamentada armadura completa de plata y repujada en oro. Una espesa barba negra le poblaba la cara y le llegaba hasta el pecho. De sus anchos hombros colgaba una elegante capa azul con el emblema del reino. Tendría cerca de cincuenta años y parecía ser un experimentado general.

Gorger se detuvo ante el trono y las Panteras tras él.

—Majestad, la comitiva norghana —presentó el diplomático clavando la rodilla y bajando la cabeza con respeto.

Las Panteras bajaron la cabeza también.

—Los famosos guardabosques norghanos y sus compañeros animales —comentó Gerart con tono de aprecio en norghano y sin apenas acento. Todos se dieron cuenta de que era un rey instruido.

—Majestad, es un honor estar ante el rey de Rogdon —dijo Ingrid con tono muy respetuoso—. No sabíamos que nos conocieran en estos lares.

—Vuestras hazañas han llegado lejos. En Rogdon os conocemos —dijo Gerart asintiendo.

—Yo, en particular, conozco a uno de vosotros desde hace tiempo —dijo Haradin interviniendo en la conversación también en norghano

—, y lo considero un amigo.

—Cierto, tú conoces a uno de ellos —dijo Gerart con tono de interés.

—Si su majestad me permite, lo saludaré como se merece —pidió permiso al rey.

—Por supuesto, Haradin, adelante.

El poderoso mago se adelantó. Sonriendo fue hasta Lasgol y le dio un fuerte abrazo.

—Me alegra el alma verte de nuevo, mi amigo norghano —dijo Haradin.

—No tanto como a mí verte sano y salvo —correspondió Lasgol y le devolvió el abrazo.

Se sentía muy contento de volver a ver a Haradin. No solo era un amigo, sino un mentor y él agradecía que lo hubiera aceptado en el grupo de los Portadores.

—Tienes buen aspecto —dijo Haradin mirándole de arriba abajo.

—Por ti no ha pasado un día —contestó Lasgol.

Haradin tenía mucho poder mágico y su don, de alguna manera, lo mantenía joven. Los años pasaban, pero él apenas envejecía. Lasgol desconocía si era algo innato o si había encontrado la forma de mantener una apariencia joven usando su magia. Intuía que era lo primero, pues Haradin no era en absoluto vanidoso. En cualquier caso, verlo como siempre le trajo muy buenos recuerdos.

—Me ha llegado que has estado ocupado matando dragones —dijo Haradin con una sonrisa y observó con interés el arco de Aodh que Lasgol llevaba a la espalda.

—Sí, bueno, para eso regresé a Norghana, para luchar contra los dragones, de lo contrario me hubiera quedado contigo y los Portadores.

—Muy cierto. Hiciste bien, tu reino te necesitaba y, pese a males del pasado y a reyes y militares sin alma, respondiste a esa llamada. Ayudaste a los tuyos, eso te honra.

—Es mi deber, siempre lo ha sido. También proteger Tremia.

—Tienes que explicarme cómo has logrado matar dragones, me interesa mucho, como podrás imaginar…

—No he sido solo yo. Sin mis compañeros no hubiera podido hacerlo. Ha sido cosa de todos.

—¿Es esa un arma Ilenia? —preguntó—. Capto un poder irradiando de ella que me es familiar… poder dorado.

Lasgol asintió.

—Lo es.

—Interesante… Intuyo que te ha ayudado con los dragones.

—Sí, su poder dorado les afecta.

—Sin duda —Haradin asintió y sus ojos grises mostraron que entendía lo que sucedía.

—¿Puede mi mago real explicarme lo que sucede? —preguntó Gerart.

—El arma de Lasgol, el arco, es de origen Ilenio, majestad.

Gerart se inclinó hacia delante en el trono.

—¿Tiene magia Ilenia?

—La tiene —asintió Haradin.

—¿Cómo la de los medallones de los Portadores? —quiso saber Gerart.

—Así es.

En ese momento se abrió una puerta lateral y una mujer muy bella de cabellos dorados y ojos azules como el mar entró en la sala del trono.

—Hablando de Portadores… —comentó Haradin.

—¡Lasgol! ¡Qué alegría! —exclamó la mujer en Norghano al reconocerlo y se dirigió a saludarlo con paso rápido y una sonrisa de enorme felicidad en su rostro.

—Aliana, la alegría es mía —respondió él, que no pudo evitar sonreír también. El reencuentro lo llenaba de alegría.

Aliana llegó hasta Lasgol y lo abrazó.

—No sabía que venías. ¡Qué contenta estoy de verte!

—Yo también de verte a ti. Estás estupenda, como siempre.

—Oh, gracias, pero los dos sabemos que estoy algo demacrada. La guerra… —Aliana hizo un gesto de resignación.

—No sabía que entre las Panteras de las Nieves hubiera alguien del grupo de los Portadores —expresó Gerart, que miraba a Lasgol muy interesado.

—Lasgol nos ayudó a derrotar a la Dama Oscura —explicó Aliana.

—Y tiene el talento —añadió Haradin.

—Veo que es alguien singular e importante —comentó Gerart.

—Tenemos que ponernos al día —dijo Aliana a Lasgol—. Tengo tantas cosas que preguntarte y también que contarte…

—Desde luego, sin duda —asintió Lasgol.

—¡Me alegra tanto verte bien! —sonrió ella y le puso la mano en el brazo.

Gerart observó un momento en silencio y luego se dirigió a Lasgol.

—Me alegra que haya amistad entre vosotros. Eso facilitará las decisiones que se deban tomar.

Aliana y Haradin volvieron junto al rey y se situaron a su derecha.

—Creo que tenéis una propuesta de alianza que entregarme —dijo.

—Así es, majestad —respondió Ingrid. Se adelantó y entregó al rey tres documentos enrollados y lacrados con el sello real norghano.

El monarca rompió el sello del primer documento y lo leyó detenidamente. Cuando terminó alzó la mirada y observó al grupo. Luego cogió el segundo y lo leyó sin prisa. Cuando terminó de leerlos se los pasó al militar a su izquierda.

—General, necesitaré de tu opinión.

Él cogió los documentos y los leyó despacio.

—También vosotros —Gerart miró a Haradin y Aliana.

Una vez terminaron, le pasó los documentos Aliana y Haradin, que se turnaron para leerlos. Al finalizar Aliana y Haradin intercambiaron una mirada que denotaba mucho interés.

—Ciertamente interesante, majestad —dijo Haradin volviéndose hacia Gerart.

—Pensé que opinaría eso. Sobre todo, lo que hace referencia a la sustancia dorada del mago de York —dijo Gerart.

Haradin miró a Lasgol.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que vosotros habéis estado involucrados en esto. ¿Me equivoco?

Lasgol asintió.

—Así ha sido.

—Entonces, ¿puedes testificar que es magia dorada la que ese mago posee? —preguntó Haradin.

—Sí, puedo. Dameros es una anomalía, su magia es pura, dorada completamente.

Haradin abrió mucho los ojos.

—No existe nadie así, que se sepa. Todos nosotros, los bendecidos con el don, tenemos una mezcla de magias base.

—Sí, es muy raro —comentó Aliana.

Lasgol asintió.

—Lo es. Y es por ello por lo que es capaz de producir magia dorada —Lasgol mostró su contenedor esférico.

—¿Puedo examinarlo? —pidió permiso Haradin.

—Por supuesto —Lasgol le entregó el contenedor con el líquido dorado.

Haradin lo cogió en su mano y cerró los ojos. Un momento más tarde un fulgor dorado salió de ella.

—Es magia dorada… noto su poder… —explicó sin abrir los ojos.

—¿Obtenida de una persona, de un mago? —preguntó Gerart.

Haradin abrió los ojos.

—Así parece y es pura, como bien indicaba Lasgol.

—¿Puedo? —Aliana también quería analizarla.

—Es volátil, cuidado o se perderá —dijo Haradin.

—Aliana asintió y cogió la esfera.

—¿Crees que es cierto lo que dicen los documentos, que usando esa magia dorada en nuestras armas podremos vencer a los dragones? —preguntó Gerart a Haradin.

El mago de los cuatro elementos lo pensó un momento. Luego miró a Lasgol y a sus compañeros.

—En teoría es posible. En la práctica, me parece que las Panteras de las Nieves pueden corroborarlo mejor que yo.

—Hemos matado dragones usando el líquido dorado de Dameros —dijo Ingrid.

—Si se vierte en armas convencionales, estas atraviesan las escamas y las defensas mágicas de los dragones —explicó Lasgol.

—Yo en particular soy el mejor cazador de dragones de Tremia —dijo Viggo y se llevó las manos a los cuchillos.

Gerart los observó a todos intentando descubrir si exageraban o no.

—Si es como decís, es un descubrimiento importantísimo.

—Lo es, uno que puede ayudar a cambiar el rumbo de esta guerra —opinó Haradin.

—Imagino que el problema será la disponibilidad de la sustancia dorada —adivinó Aliana y le devolvió la esfera a Lasgol.

—Dameros no puede producir mucha, la verdad —afirmó Lasgol —. Desde luego no como para suministrar a los ejércitos de Norghana, Erenal, Zangria y Rogdon.

—Además de la ciudad de York —Gerart asintió, entendía la problemática.

—Pero Urrejaun está dispuesto a negociar —dijo Ingrid.

—Urrejaun siempre está dispuesto a negociar. Nació con alma de comerciante y con el paso de los años solo ha empeorado —comentó Gerart—. Será un mal negocio para nosotros, eso seguro.

—Por poca sustancia dorada que consigamos, es algo y ayudará a los nuestros —opinó Aliana, mostrando esperanza.

—Entiendo que York no es parte de esta propuesta de alianza, ya que Norghana me informa de esto como muestra de buena voluntad —dedujo Gerart.

—Así es. De momento Urrejaun solo está dispuesto a negociar, sin comprometerse demasiado, pero creemos que puede lograrse que se una a la alianza —dijo Lasgol.

—Muy de Urrejaun, sí —Gerart puso cara de que era una pena.

—En cualquier caso, son muy buenas noticias, tanto la propuesta de alianza como el descubrimiento de la sustancia —se animó Aliana.

—Lo son sí —estuvo de acuerdo Gerart—. Rogdon es un gran reino, pero solo no puede vencer a los dragones. Necesita alianzas fuertes, sinceras y comprometidas, cosa que ahora no tiene. Las buenas intenciones y los tratados de no agresión no son suficientes. Eso lo vemos todos. Voy a necesitar pensarlo bien, quiero tomar una buena decisión para Rogdon. Haradin, general, os consultaré como mis consejeros que sois. Ahora me retiro.

—Por supuesto, majestad —dijo Haradin.

—Como deseéis, majestad —dijo el general.

Gerart se puso en pie y miró a las Panteras.

—Descansad y pedid lo que necesitéis. Sois amigos de Rogdon y como tales seréis tratados.

—Gracias, majestad —dijeron las Panteras y bajaron la cabeza en señal de respeto.

—Aliana, Haradin, estoy seguro de que querréis hablar con Lasgol de todo lo ocurrido. Adelante —dijo Gerart.

Sonó a que los animaba a hablar con Lasgol, no solo como viejos amigos, sino para recabar más información.

—Será un placer, majestad —dijo Aliana.

Gerart asintió y partió acompañado del general y la guardia real, que lo protegía en todo momento.

Capítulo 49

Las Panteras aguardaron a que el rey Gerart y su consejero militar se retiraran. Haradin y Aliana se acercaron a ellos.

—¿Nos presentas, Lasgol? No conocemos a tus compañeros de las afamadas Panteras de las Nieves —pidió Aliana.

—Oh, claro, por supuesto —respondió Lasgol—. Os presento a Ingrid, Nilsa, Astrid, Gerd, Viggo, y Ona y Argi.

Según los iba presentando cada uno hizo un gesto con la cabeza a forma de saludo respetuoso.

—Un placer conoceros —dijo Aliana.

—Vuestra fama os precede —reconoció Haradin.

—No sabía que fuéramos tan conocidos —se extrañó Astrid.

—A mí no me extraña lo más mínimo. Era el mejor asesino de Tremia y ahora soy, además, el mejor cazador de dragones. Se me conoce —afirmó Viggo.

—Calla, merluzo, yo también quiero saber cómo saben sobre nosotros —dijo Ingrid.

—Todo lo que esté relacionado con los dragones lo seguimos muy de cerca, con extremo interés —compartió Haradin—. Sabemos que los guardabosques y sus flechas elementales han sido cruciales para que Norghana resista. Nos llegaron rumores de que había un grupo de vosotros que estaba matando dragones y eso nos interesó sobremanera, como podéis imaginar.

—¿Os llegó? ¿Por espías? —preguntó Astrid.

—Sí, por aquellos que proporcionan información para Rogdon —confirmó Haradin.

—Y por rumores. Algo tan notable no permanece un secreto. Lo llevan los vientos susurrantes a tierras lejanas —dijo Aliana.

—Es decir, que se sabe en otros sitios —quiso cerciorarse Ingrid.

—Si lo sabemos nosotros, es comprensible asumir que lo saben también los noceanos —dijo Haradin.

—Esos seguro que lo saben porque hemos andado también por los desiertos —dijo Viggo.

—¿Matando dragones? —preguntó Aliana sorprendida.

—Por supuesto. Allí donde vamos, si se nos cruza uno, nos lo cargamos —aseguró Viggo orgulloso.

—No es así. Hemos tenido algunos encuentros y con ayuda hemos logrado vencer a algún dragón —explicó Ingrid.

—En cualquier caso, vuestra fama irá en aumento por ello y llegará a los rincones más lejanos de Tremia —predijo Aliana.

—¿Cómo ha sobrevivido Rogdon si no tiene flechas elementales ni guardabosques? —quiso saber Astrid.

—Por esto —Aliana les mostró el medallón Ilenio.

—Un solo medallón no salvó a Erenal —dijo Ingrid.

—Hemos estado en Erenal, con Sonea. La hemos ayudado a matar dragones allí —justificó Lasgol.

—¿Con Sonea? ¿Cómo está? —se interesó Aliana y sus ojos se encendieron.

—Está bien. Con un libro en las manos, como siempre. Es una valiente, se enfrenta sola a los dragones —explicó Lasgol.

—No debería, es demasiado peligroso incluso para ella que es tan inteligente —opinó Haradin.

—Se lo hemos dicho, pero no hay forma de hacerla cambiar de opinión. Intenta salvar a su reino como sea… —Lasgol se encogió de hombros mostrando su impotencia al no poder convencerla.

Aliana suspiró.

—Estoy segura de que Sonea ha hecho cuanto ha podido, pero un solo medallón no puede combatir contra tantos dragones. Siempre temo por ella. Sentí mucho que Erenal cayera, pero estaba

condenada. En nuestro caso teníamos dos medallones y un arma adicional, por eso aguantamos.

—Interesante. ¿Qué otro medallón y qué arma adicional es esa? —preguntó Astrid enarcando una ceja.

—Mi marido, Komir, tiene otro medallón. Y Haradin es nuestra arma secreta. Es un mago poderosísimo.

—Yo no diría tanto como poderosísimo —sonrió el mago de los cuatro elementos.

—Lo es —aseguró Lasgol.

—Pero la magia de un mago no puede afectar a los dragones, ¿no? —Nilsa torció la cabeza mientras miraba a Haradin.

—Ni tienes un arma como el arco de Lasgol —dijo Gerd.

—Correctas ambas apreciaciones. Sin embargo, puedo canalizar mi energía mágica hacia los portadores, que son quienes la usan a través de sus medallones.

—Eso no lo he entendido —Viggo puso mala cara.

—Digamos que aporto mi energía y poder a los Portadores, haciendo que sean todavía más poderosos y puedan disponer de más energía y poder para combatir.

—Muy interesante —dijo Lasgol—. Eso no se me había ocurrido.

—Yo no puedo usar los medallones, como sabes, solo los elegidos pueden, pero puedo aportarles mi energía a ellos —explicó Haradin y miró a Aliana.

—Y en combate es inigualable. Con su poder hemos conseguido derribar dragones del aire en tres ataques y rematarlos en tierra con ayuda de los soldados —explicó Aliana.

—Vaya con el mago… Deberías venir a Norghana a cazar dragones con nosotros —invitó Viggo a Haradin.

El mago sonrió.

—Por desgracia me debo a mi reino y a mi rey. No puedo abandonar Rogdon en este momento tan difícil y de tanta necesidad. Seguro que todos entendéis ese sentimiento.

—Lo entendemos —dijo Ingrid inclinando la cabeza.

—Os dejamos que habléis a solas —dijo Astrid y miró a Lasgol.

—Gracias —Lasgol le devolvió una mirada de gratitud.

Gorger se acercó a ellos.

—Seguidme, os acompaño a vuestros aposentos.

El grupo marchó con el diplomático y Lasgol se quedó con Aliana y Haradin.

—De verdad es una gran alegría veros de nuevo —dijo Lasgol.

—Mayor es la nuestra —respondió Aliana con expresión de felicidad.

—¿Dónde está Komir? Pensé que estaría contigo.

—Ha ido a las tierras norriel. Un dragón merodeaba y ya sabes cómo es Komir, Norriel ante todo. Ha ido a defender a los suyos a las tierras altas. Volverá cuando haya solucionado la situación allí. Yo me he quedado para defender la capital, las cosas están tranquilas ahora, pero han sido tiempos terribles los que hemos padecido con ataques constantes de dragones.

Lasgol asintió.

—Lo entiendo perfectamente, yo haría lo mismo. Él es norriel, no rogdano, aunque seáis vecinos y esté casado con una rogdana.

Aliana sonrió.

—Los norriel son algo especial.

—Lo son, sí, un pueblo muy especial, guerreros indomables de las tierras altas del oeste—dijo Lasgol.

—Valor y espíritu tienen a raudales —Haradin le dio la razón.

—Espero poder verlo antes de que regresemos a Norghana. Me gustaría saludarle y ver cómo está.

Aliana asintió.

—Podría ser, no creo que tarde en regresar. Está como siempre, ahora preocupado por los dragones. Cree que, porque hemos sido

elegidos por los medallones Ilenios, tenemos la obligación de acabar con todos ellos.

—Sí, suena a la forma de pensar de Komir —convino Lasgol—. El peso del mundo siempre a sus espaldas.

—Ese es Komir —asintió Aliana.

—¿Sabe Gerart… el secreto de la civilización perdida? —preguntó Lasgol a Haradin.

Este negó con la cabeza.

—Solo aquellos que estuvimos allí lo sabemos. Nadie más.

—¿Entonces no conoce el secreto? —a Lasgol le extrañó que Haradin y Aliana no se lo hubieran contado. Era el rey de Rogdon, y amigo suyo.

—No, no lo conoce. El secreto de los Ilenios permanece sellado —aseguró Haradin—. Así debe ser.

—Pensé que dadas las circunstancias…

—Se lo habríamos contado —terminó la frase Aliana.

—Sí, eso pensaba.

—No, no lo hemos hecho. Creemos que es mejor seguir guardando el secreto. Ya tenemos un mal descomunal contra el que luchar. No podemos arriesgarnos a despertar otro de igual tamaño o incluso mayor —explicó Haradin con expresión dura, preocupada.

—Además, tu nefasta experiencia con el difunto rey de Norghana y su hermano, que te llevó a pedir un tiempo de licencia, es prueba de que los reyes no son del todo de confianza. Tienen sus propios intereses, que a veces son lo mejor para el pueblo y otras no tanto —explicó Aliana.

—Sí, eso puedo atestiguarlo con el sufrimiento de mi alma —dijo Lasgol.

—Gerart es un buen rey, una buena persona y un amigo, no me malinterpretes —dijo Aliana.

—Pero es un rey y, como tal, tiene el poder de cambiar la historia de un reino e incluso de todo Tremia, para bien o para mal —advirtió Haradin.

—Veo que seguís siendo muy cautos, eso os honra —felicitó Lasgol.

—El secreto de los Ilenios debe permanecer oculto —dijo Haradin.

—Lo entiendo. Por mí no os preocupéis, no voy a romper mi promesa.

—¿Ni con tus amigos guardabosques? —preguntó Haradin enarcando una ceja.

—Ni con ellos. Os di mi palabra y la cumpliré.

—Sabemos que lo harás, eres un hombre de honor —dijo Aliana y le puso la mano sobre el hombro.

Lasgol agradeció el gesto y la confianza depositada en él.

—Sin embargo, Gerart sabe del poder de los medallones… —Lasgol se había percatado de ello durante la reunión con el rey.

—Sí, eso hemos tenido que contárselo, era obvio que su magia afectaba a los dragones y Gerart quería saber de dónde habían salido y si había más —explicó Haradin.

—Sabe sobre los medallones y las armas de origen Ilenio, pero no sobre el gran peligro que guardamos y del que protegemos a Tremia —informó Aliana.

—Entiendo. Algo muy similar ocurre con mis amigos de las Panteras. Saben lo mismo y no sospechan del secreto.

—Que siga así —dijo Haradin.

Lasgol asintió.

—El arco, ¿me permites examinarlo? —pidió Haradin.

—Por supuesto —Lasgol se lo quitó del hombro y se lo pasó.

Haradin dejó su báculo de poder apoyado en un sillón. Cogió el arco, cerró los ojos y, manteniendo el arma entre sus manos, sintió su poder.

Aliana y Lasgol observaron mientras el mago analizaba el arma dorada. Se produjeron dos destellos dorados. Haradin había activado su poder.

—Es un arma Ilenia, sin duda.

—¿Como las espadas de los grandes reyes Ilenios? —preguntó Aliana.

—Es similar, tiene poder dorado, pero no es sentiente como las espadas de los reyes.

—Y los medallones —Aliana se llevó la mano al suyo, que colgaba de su cuello.

—Correcto.

Haradin examinó el arco un rato más y se lo devolvió a Lasgol.

—Gracias, Lasgol.

—¿Qué opinas? —preguntó Aliana.

—Es un arma creada con la finalidad de combatir dragones. Puede dañarlos por el poder dorado con el que está imbuido y requiere de magia dorada para ser usado.

—Oh, interesante. Entonces solo aquellos con el don y magia de base dorada pueden usarlo —dedujo Aliana.

—Así es —confirmó Lasgol.

—Muy interesante. Ya conocía de la existencia de armas Ilenias, pero no había visto una hasta ahora.

—A parte de las espadas de los reyes Ilenios —puntualizó Aliana.

—Correcto, pero las espadas son algo diferente. Son más poderosas que esta arma. Tienen poder Ilenio, sí, pero también hechizos muy poderosos que esta no tiene. Parece que los Ilenios crearon herramientas muy poderosas para sus cinco altos reyes, y luego armas menos poderosas para luchar contra los dragones. Probablemente para sus nobles y soldados.

—Entiendo —asintió Aliana.

—¿Habéis encontrado más armas como esta? —preguntó Haradin a Lasgol con interés en su tono.

Lasgol suspiró.

—Sí, encontramos más armas… otras cinco en total… todas de origen Ilenio…

—¡Eso es estupendo, ayudarán a luchar contra los dragones! —se animó Aliana.

—Esa era la idea… pero las hemos perdido.

—¿Perdido? —preguntó Aliana sorprendida.

—Estaban escondidas en Norghana, pero alguien nos las ha arrebatado.

—¿Arrebatado? ¿Cómo? —preguntó Aliana con cara de extrañeza.

Lasgol se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Solo una persona sabía dónde estaban y no se lo dijo a nadie.

—¿Encontraron el escondrijo por casualidad? —aventuró Aliana sin mucho convencimiento.

—Parece muy poco probable. Estaban muy bien escondidas y, lo que es más extraño, al llevárselas, quien fuera, dejó el escondrijo como estaba. No nos explicamos qué ha podido pasar… —Lasgol hizo un gesto de incomprensión.

—Vaya, esa es una pérdida terrible —se lamentó Aliana—. Necesitamos cualquier ventaja que podamos encontrar contra los dragones.

—Lo sé… ha sido un golpe duro para nosotros. Contábamos con ellas.

Haradin miró al techo un momento y cerró los ojos.

—Creo que puedo verter algo de luz sobre este misterio —dijo y abrió los ojos.

—¿Puedes? —preguntó Lasgol con enorme sorpresa en la voz.

—¿Sí? —Aliana también estaba sorprendida—. ¿Cómo si no sabías de su existencia?

Haradin sonrió.

—No, no conocía estas armas en concreto, pero sé de alguien que busca y recoge objetos de poder para su hermandad, objetos que en ocasiones son Ilenios.

Aliana y Lasgol se quedaron pensativos.

—No puede ser… —dijo Aliana.

—¿No te referirás a…? —comenzó a especular Lasgol.

—A una pelirroja a la que acompaña un norriel enorme y a los que ambos conocéis.

—¿Kayti? —dijo Lasgol, que supo a quién se refería.

—¿Hartz? —añadió Aliana.

Haradin asintió.

—Los mismos.

—¿Por qué crees que Kayti y Hartz pueden tener nuestras armas doradas? —preguntó Lasgol, que no lo entendía en absoluto.

—Porque buscan objetos de poder y hace poco Kayti me escribió y me informó de que creía tener armas Ilenias en su poder.

—¡No puede ser! Esas son buenas noticias —exclamó Aliana.

—Ojalá fuera así, pero no veo cómo es posible que las encontrara —Lasgol estaba sorprendidísimo.

—Hay dos factores a tener en cuenta. Primero, Kayti sigue buscando objetos de poder para su hermandad. Segundo, tiene una forma de detectarlos.

—¿Cómo que tiene una forma de detectarlos? —se interesó Aliana.

—Me escribió preguntando sobre el Orbe del Delirio.

—Casi no quiero preguntar qué hace teniendo ese nombre —dijo Aliana.

—Cierto, es muy mal nombre para un objeto mágico —comentó Lasgol.

—En efecto, es un objeto mágico y, como su nombre indica, con efectos adversos sobre la mente de quien lo usa. Produce

alucinaciones a quien lo manipula y si se utiliza mucho puede llevar a la locura.

—¿Por qué preguntaba Kayti por semejante objeto? —preguntó Lasgol.

—Porque muestra la localización de otros objetos de poder. Ese es su cometido, busca objetos con magia. Yo ya sabía de su existencia, está documentada. Lo creó el mago Mustapha Shamndi con la ayuda de un poderoso hechicero de los desiertos. Buscaban hacerse ricos obteniendo objetos poderosos para venderlos al mejor postor.

—Vaya, ¿y logró su objetivo? —preguntó Aliana.

—Lo logró. Se hizo muy rico, llegando a poseer una de las ciudades más grandes en el desierto. Al morir Mustapha sus descendientes lucharon por hacerse con sus posesiones, pero no terminó bien. El objeto se perdió en los desiertos del Imperio Noceano. El último en poseerlo fue un caudillo de la ciudad de Arbalgh.

—¿Y crees que lo tiene Kayti? —preguntó Lasgol.

—Ya sabéis cómo es… y su dedicación a su hermandad… Le dije que no lo buscara, pero dudo que me escuchara.

—Si preguntó por el objeto es porque lo estaba buscando —afirmó Aliana.

—Y si lo encontró, pudo usarlo para localizar nuestras armas —razonó Lasgol—. Al haber varias juntas, su poder acumulado pudo llamar la atención del orbe.

—Eso he razonado yo también —dijo Haradin—. Pero puede que no sea sí, puede que Kayti no haya encontrado vuestras armas doradas.

—Sí, eso también podría ser —dijo Aliana.

—Es una coincidencia que merece la pena investigar —dijo Lasgol.

—Podemos preguntárselo, quizá enviar una paloma… —sugirió Aliana.

Haradin asintió.

—Me parece correcto. Lo haremos.

—Me pregunto si nos las devolverá… —Lasgol se rascó la cabeza.

—Ummm… eso es otro asunto. Tendrás que convencerla —dijo Haradin.

—Y no será nada fácil —añadió Aliana.

—Mejor no adelantar acontecimientos. Sepamos primero si es ella quién tiene las armas Ilenias —dijo Haradin.

Lasgol asintió.

—Sí, sepámoslo primero. Pero en caso de que las tenga, su orden sigue en Irinel, ¿verdad?

—Sí, que yo sepa —respondió Aliana.

Haradin asintió.

—Tendrán las armas allí.

Lasgol no sabía si alegrarse de aquellas nuevas o no. Si Kayti tenía las armas, al menos sabían dónde estaban. Recuperarlas, sin embargo, iba a costar. La Hermandad de la Custodia no era de las que entregaban los objetos de poder que habían encontrado, y Kayti, pese a ser una amiga, tampoco. Convencerla no resultaría nada sencillo, pero Haradin y Aliana tenían razón, mejor asegurarse primero.

—Me encargaré de comunicarme con Kayti —dijo Haradin a Lasgol.

—Te lo agradezco.

—Ahora ve a descansar con tus compañeros. Mañana seguiremos hablando, hay mucho que contar —dijo Haradin.

—Gracias, sí, mucho.

—Estoy tan contenta de verte de nuevo, Lasgol —Aliana le dio un abrazo.

—Yo también, sanadora.

Aliana sonrió.

—Ya no soy sanadora… ahora me dedico a la guerra.

—Estoy seguro de que no has olvidado tu arte, y seguro que tu poder para la curación es más grande que antes —dijo señalando el medallón.

—Como siempre, estás en lo cierto —sonrió Aliana.

Lasgol marchó con el alma contenta. Ver a buenos amigos era siempre muy reconfortante. Por desgracia los tiempos no podían ser peores.

Capítulo 50

Logan y Aroa dejaron atrás los bosques Usik y se dirigieron hacia el noroeste. Volaron raudo y pronto dejaron lejos también un gran río que parecía subir hasta tierras norghanas. Logan iba con preocupación en el corazón, no por él o Aroa, sino por Nahia. No le gustaba la idea de haberla dejado en los bosques de los Usik, sobre todo, después de encontrar un dragón muerto. Sí caía Eki, era posible que Nahia también lo hiciera.

«¿Qué sabemos de los Masig?» preguntó Aroa según entraban en lo que parecían grandes praderas con muy poco boscaje y apenas ninguna montaña.

«No demasiado. He oído que las estepas son inmensas y los Masig son la etnia que vive en ellas. Piel rojiza, supongo que similar a la de los Escarlatum, pero nunca he visto un Masig, así que no lo sé» reconoció Logan, se le hacía difícil imaginárselos.

«Lo que yo sé es que están distribuidos en numerosas tribus y que son nómadas casi todas. Se mueven constantemente por las grandes praderas siguiendo a la caza. No tienen ejército, sino fieros guerreros» explicó Aroa.

«Eso me ha llegado a mí también. Se les consideran tribus salvajes que montan a caballo y luchan con lanzas y arcos. Nuestros ejércitos a pie tuvieron serios problemas con ellos» le contó Logan.

«Los dragones tuvieron menos problemas, pero no se ha conseguido derrotar a los Masig porque cuando ven un dragón en el cielo se dispersan y no van a la batalla, desaparecen en las llanuras. Los dragones pueden matar a algunos, pero al dispersarse, no alcanzan a la mayoría» explicó Aroa.

«Una táctica inteligente la de los Masig. Luchar contra un dragón montado a caballo no es una gran opción» comentó Logan.

«Ya estamos en su territorio, así que ojos abiertos» avisó Aroa, descendió hasta unos quinientos pasos del suelo y fue volando de forma rasante.

«Bonitas praderas de hierba alta» a Logan le gustaba aquel paisaje.

Volaron siempre en dirección noroeste, en diagonal desde los bosques Usik y vieron manadas de bisontes que echaron a correr cuando ellos pasaron por encima. Logan intuyó que los bisontes habían aprendido a temer al gran depredador que ahora dominaba desde los cielos.

No muy lejos de los bisontes descubrieron a los primeros Masig.

«Ahí hay una partida de caza» envió Aroa.

Un grupo de medio centenar montaban a caballo siguiendo a los bisontes. En cuanto los vieron se dispersaron al instante y salieron a galope tendido en todas direcciones. Fue de lo más curioso porque desde el cielo parecieron formar una estrella cuyas puntas salían disparadas hacia todos lados.

«No hay dos que hayan seguido la misma dirección» envió Logan.

«Esos caballos pintos parecen muy veloces. Un dragón no raudo tendría que esforzarse para darles alcance» calculó Aroa.

«Sí, ya me he dado cuenta. Los Masig parecen unos jinetes excelentes».

Continuaron recorriendo las estepas Masig y llegaron a un campamento de una de las tribus. Lo vieron en la distancia y Aroa se acercó.

«Tengo curiosidad por ver cómo son sus campamentos» envió a Logan.

«Yo también».

Se acercaron, pero no demasiado, para no crear caos entre los Masig que estaban realizando sus tareas diarias. El campamento de la tribu estaba compuesto por un centenar de tiendas de lo más curiosas para alguien de Kraido. Eran de forma triangular, como una

pirámide, hechas de piel de animal y madera. Había decenas de hogueras donde estaban preparando comida y realizando otras labores. También vieron pieles de bisonte y otros animales secándose al sol. Cerca de las tiendas había cercados con numerosos caballos pintos de las praderas.

De pronto, alguien dio la alarma en el campamento Masig.

«Creo que nos han visto» comentó Aroa.

Logan, que observaba lo que sucedía, vio que los hombres de la tribu corrían a sacar los caballos. En un momento montaron a mujeres y niños en ellos y arrearon a las monturas para que salieran al galope. Todos los que podían montar subieron a los animales y un instante después huyeron. En menos de un suspiro solo quedaron ancianos en el campamento, los que no podían montar, que con paso lento y mirando al cielo, hacia ellos, entraron en sus tiendas. Los últimos hombres montaron a caballo y también salieron a galope tendido.

«Los guerreros vienen hacia nosotros» se percató Aroa sorprendida por esa acción.

«Intentan proteger a los ancianos que no han podido huir y su campamento» dedujo Logan.

«Entiendo. Es un triste final para una larga vida en las praderas morir así… indefenso…» envió Aroa, que se daba cuenta de lo que sucedía, la pena le llenó el corazón.

«Y esos valientes guerreros intentan protegerlos».

Logan sintió admiración por ellos.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, los guerreros comenzaron a emitir cánticos y gritos de guerra y tiraron con arcos cortos contra Aroa.

«No pueden alcanzarme, estamos volando demasiado alto».

«Lo saben, quieren que vayas a por ellos y no a por el campamento. Si atacas huirán para que los sigas y te alejarán del campamento» razonó Logan.

«Oh, ya veo. Es una táctica muy arriesgada».

«La única que tienen contra un dragón, me temo».

«Voy a acercarme para que podamos ver cómo son y si tu teoría es acertada» envió Aroa, que viró y se acercó volando en un gran círculo rasante.

Logan podía ahora ver mejor a los guerreros Masig. En efecto tenían la piel rojiza, pero no brillante como la de los Escarlatum, sino más apagada. Vestían pantalones de pieles y mocasines. Montaban a pelo los caballos, lo que le sorprendió. Sin silla, cabalgar tan rápido como ellos lo hacían sin caerse era impresionante. En el torso llevaban una especie de armadura hecha de huesos y madera. Tenían el pelo largo y oscuro.

Al ver que Aroa se acercaba, se dispersaron, pero todos en dirección contraria al campamento, alejándose de él.

«Tenías razón, Logan. Nos quieren alejar de su campamento».

Logan no respondió. Le parecía lo más lógico conociendo cómo actuaban los Masig.

«Mejor si seguimos ruta y nos alejamos de su campamento» envió a Aroa una vez comprobaron lo que los Masig pretendían.

«De acuerdo» Aroa viró y ascendió para seguir hacia el noroeste.

Según iban cruzando las estepas Masig, vieron muchos grupos de cazadores, guerreros y varias tribus acampadas. Algunos campamentos eran muy grandes, de más de un millar de Masig. Aroa no quiso asustarlos y crear caos, así que se apartó de ellos. Las estepas eran inmensas, pero había grupos y tribus Masig por todos lados.

También comenzaron a ver zonas de la pradera que habían sido arrasadas. Se apreciaban grandes manchas negras donde los dragones habían quemado lo que hubieran encontrado allí. Pasaron sobre restos de campamentos donde se apreciaban tiendas abrasadas y destrozos de ataques elementales por doquier. No se veían cadáveres, pero Logan estaba seguro de que eso se debía a que los Masig enterrarían a sus muertos.

«No quiero discutir, pero tienes que reconocer que atacar a estas pobres tribus y matarlas no tiene perdón» envió Logan a Aroa.

«Esperaba que me lo dijeras, lo siento por el vínculo. No voy a discutir. Matar a estas gentes de esta forma está mal. No voy a negarlo».

«Gracias, Aroa. Eso te honra».

«La visión de los dragones es que toda raza debe ser conquistada y esclavizada. Así lo marca la Senda de los Dragones, que es la que seguimos. Pero entiendo lo que me dices. El problema es que va contra nuestros principios».

«Entonces ha llegado el momento de abandonar la Senda de los Dragones y comenzar otra contraria, una pacífica de respeto y convivencia».

«Es un bonito sueño, no digo que no, pero poco probable que ocurra. Los dragones son dragones».

«Eso pensaba yo también, pero hay dragones que no siguen la Senda y que son diferentes. Podrías unirte a ellos».

«He oído los rumores sobre esos dragones. La Facción del Nuevo Amanecer, ¿verdad?».

«Sí, ellos».

«Sabes que su líder, Garran-Zilar-Denbo, está preso junto con sus lugartenientes».

«Lo sé, en las mazmorras de Jadrakos».

«Vaya, estáis bien informados, me sorprendéis».

«Estamos informados y en tratos con ellos. Tenemos un acuerdo, nos ayudamos mutuamente» se arriesgó a compartir Logan, que por el vínculo sentía que había una posibilidad de cambiar la lealtad de Aroa hacia los dragones de la Senda.

«Eso todavía me sorprende más. Vuestra rebelión busca aliados incluso en el enemigo».

«Por eso nos guastaría que tú también te unieras. Puedo sentir por nuestro vínculo que no compartes los ideales de la Senda y que

entiendes que esto que hacen los dragones es una matanza sin sentido».

«Creo que vas demasiado lejos al interpretar lo que captas por nuestro vínculo. Puede que no esté del todo de acuerdo con lo que los dragones hacen, pero de ahí a lo que tú me pides, hay un largo camino».

Continuaron volando, ahora hacia el norte.

Logan no quiso presionar más para no discutir con Aroa y ponerse a malas con ella. Había una posibilidad de que cambiara de opinión y se uniera a la causa y él seguiría trabajando para conseguirlo. A veces la sutileza llegaba mucho más lejos que una carga frontal.

De pronto, en la distancia observaron una gran montaña, la única en leguas a la redonda.

«Ahí está, la montaña que vio el Gran Oráculo» envió Aroa.

«Parece una estatua de roca en medio de un paraje verde interminable» comentó Logan.

«Iremos directos a ella y veremos qué nos encontramos» envió Aroa.

«Ten cuidado. Recuerda que hay un gran mal en esa montaña, o eso dice el Gran Oráculo».

«Cierto. Extrememos precauciones» asintió Aroa y voló hacia la gran montaña en el corazón del territorio Masig.

Capítulo 51

Nahia despertó con un terrible dolor por todo el cuerpo. Intentó moverse, pero los dolores eran tan agudos que su mente explotó de agonía y tuvo que quedarse quieta. Le dolía todo, como si le hubieran roto los huesos del cuerpo a golpes. Abrió los ojos cuanto pudo y miró a través del visor. Todo lo que vio fueron copas de árboles a una altura asombrosa. Eran gigantescos. Se preguntó si de verdad tenía todos los huesos del cuerpo rotos.

No recordaba qué había pasado. Se sentía aturdida y no era capaz de concentrarse.

De pronto recordó caer de los cielos, el ataque de la hechicera Usik, la caída… ¡Se habían estrellado! Intentó incorporarse, pero de nuevo el dolor la atacó. Tuvo que quedarse tumbada boca arriba.

Intentó comunicarse con Eki.

«Eki, ¿estás bien?».

No recibió ninguna respuesta. Lo intentó de nuevo.

Nada. Por si estaba inconsciente lo dijo de viva voz.

—Eki, ¿estás bien? ¿Me oyes? ¿Eki?

Aguardó un momento, pero no recibió respuesta. Trató de descubrir si a través del vínculo sentía que estaba bien, pero no lo consiguió, estaba demasiado aturdida. Se quedó quieta mientras esperaba a que su mente se despejara. Si Eki despertaba estaría cerca y vendría a buscarla. Dio por hecho que si no respondía era porque estaba inconsciente, no muerto.

Pasó un rato y comenzó a sentir una ligera mejoría. La cabeza se le estaba aclarando. Oía cánticos de los pájaros por doquier y olía a verde, a madera, a bosque. Eso era buena señal. Por desgracia el dolor persistía, pero era algo más llevadero. Nahia se animó. Un rato más y estaría lo suficientemente bien para levantarse.

Abrió y cerró los dedos de las manos y luego los de los pies. Los sentía todos y no parecían rotos. Los guanteletes de la armadura y las botas los habían protegido. Intentó girar la cabeza a derecha e izquierda, pero no fue nada bien. Un dolor tremendo atacó el cuello en ambas direcciones. Gruñó y dejó el ejercicio.

Con cuidado levantó un brazo y luego el otro. Le dolió, pero pudo aguantarlo. Probó lo mismo con las piernas con igual resultado. Era positivo, eso la animó. Una sombra tapó los rayos de sol que se colaban entre los árboles y le daban en la cara. Miró hacia arriba y frente a su rostro apareció otro.

Un rostro de piel verde pintado de negro con una raya blanca sobre los ojos la observaba. ¡Era un Usik negro!

Nahia abrió los ojos como si se le salieran de las órbitas e intentó levantarse. El Usik le puso un pie en el torso y pisó con fuerza para evitar que se incorporase. Luego comenzó a chillarle en su idioma mientras agitaba su hacha de mano frente a la cara de ella. Un segundo Usik apareció frente a su cara y le pisó una pierna mientras gritaba como un loco.

Nahia decidió usar su magia para salir de aquella situación crítica. Intentó producir su habilidad de aliento de dragón, pero no lo consiguió. El dolor que sentía y lo aturdida que estaba le impedían concentrase lo suficiente para usarla.

Oyó más voces. Llegaban más Usik. Esto la intranquilizó todavía más.

Lo intentó de nuevo, pero nada, su magia no colaboraba. Los Usik la iban a matar. Les llevaría un rato traspasar su armadura de jinete, pero al final lo conseguirían. Pensar que aquellos salvajes la iban a matar a golpes provocó que se encendiera su llama interior y esto le dio esperanza. Si conseguía convertirse en llama viva tendría una opción de salir de allí con vida.

Los gritos procedían ahora de todos lados. Debía haber más de una veintena de Usik allí, aunque no podía verlos. Gritaban como si estuvieran enfadados con el mundo. Ella no entendía nada, pero

cosas buenas no gritaban, eso seguro. El que mostraran sus armas tampoco era nada positivo.

Intentó que su llama interior creciera. Pensó en cómo la iban a matar, en la terrible muerte que iba a sufrir y consiguió que la llama aumentara. No lo suficiente, pero ya quedaba menos.

De pronto se hizo el silencio y todos los Usik callaron a la vez. Aquello todavía la inquietó más. ¿Qué sucedía? Escuchó una voz de mujer que parecía dar órdenes. Los Usik que la sujetaban dejaron de hacerlo. Sintió que la agarraban de los brazos y la levantaban sin miramientos.

—Ouchhh… —masculló Nahia según la ponían en pie de forma brusca.

El dolor explotó por su cuerpo y mente. Si no fuera porque dos Usik la sujetaban de los brazos se hubiera ido al suelo. Consiguió apoyar las piernas y enderezar la espalda. Le dolió horrores, pero lo logró. No se había roto la espalda, eso era algo muy positivo. El cuello no se atrevió a moverlo.

Los Usik la giraron para que encarara a quien daba las órdenes. Nahia la reconoció, era la hechicera que los había derribado. Junto a ella yacía Eki con la cabeza ennegrecida. No sabía si estaba vivo o muerto, tenía los ojos cerrados y no se movía.

La hechicera señaló a Nahia y le dijo algo.

—No te entiendo… No hablo Usik —respondió ella.

El medallón dorado que colgaba del cuello de la Usik emitió un destello dorado.

—Ahora nos entenderemos —dijo la Usik.

Nahia se fijó en ella. Era muy bonita con aquella piel verde claro. De complexión delgada, tenía el cabello negro y liso y le caía hasta los hombros. Sus ojos eran también de un suave verde y sus facciones eran de una belleza delicada. Parecía tener un halo de ternura, delicada belleza y juventud. Tenía aspecto de ser frágil, como una bella planta de los bosques que los rodeaban. Vestía una

extraña túnica forrada de plumas coloridas y en la espalda parecía llevar dos alas hechas de plumas enormes.

—Soy Asti, líder guerrera de las tribus Usik.

—Yo soy Nahia, jinete de dragón.

—Me gustaría verte el rostro —pidió la Usik.

Nahia no quería quitarse el casco, pero no tenía mucha opción dadas las circunstancias. Había contado más de un centenar de Usik negros y varios azules solo frente a ella. También vio dos descomunales aves posadas a unos pasos.

Se quitó el casco con dificultad.

—Soy humana, de Kraido. Y tengo sangre de dragón —dijo señalando sus escamas de oro en su rostro.

—Capto tu poder mágico. Magia plateada de dragón.

—¿Cómo es que nos entendemos?

—Es el medallón, su magia nos permite comunicarnos. Ayuda mucho. Yo solo hablo un poco de rogdano, y muy mal.

—Vaya, una magia interesante.

—Lo es. Este medallón es muy especial, tiene gran poder y es sentiente.

—Tiene magia dorada —afirmó Nahia.

Asti asintió.

—La tiene, sí. Veo que la conoces.

—Tengo ciertos conocimientos sobre ella.

—Eres interesante. Cabalgas sobre un dragón siendo una humana, eso me interesa. ¿No eres su esclava? —dijo mirando a Eki, que seguía sin moverse o abrir los ojos.

Nahia asintió.

—Lo soy.

—Entonces, ¿por qué te permite que lo montes?

—Para defenderlo de otros seres poderosos, como los gryphos, sus enemigos más temibles.

—Interesante. Quiero saber más de ti y de esos gryphos.

—¿Está vivo? —preguntó Nahia señalando a Eki.

Asti lo observó un momento.

—Lo está, pero voy a acabar con él ahora.

—¡Espera! ¡No lo mates! —Nahia levantó la voz y todos los Usik comenzaron a gritar como locos. Nahia supo al instante que había hecho algo malo.

Asti levantó las manos y dijo algo a los suyos. Se fueron calmando.

—¿Por qué quieres salvarle la vida? Es un dragón, tu enemigo, te esclaviza.

—Porque lo necesito con vida. Es difícil de explicar… puedo hacerlo si me das tiempo… pero no lo mates, por favor.

Asti pareció meditar la respuesta.

—Hay muchas cosas que quiero que me expliques. De momento no lo mataré, con la condición de que me cuentes cuanto quiero saber.

Nahia asintió.

—De acuerdo. Te contaré todo cuanto desees.

—Muy bien —Asti se dirigió a los suyos y dio instrucciones.

Un momento después dos centenares de Usik negros se ponían a trabajar. Trajeron unas cuerdas muy gruesas y redes también de cuerda y lianas de enorme tamaño. Tiraron la red sobre Eki y luego le ataron las patas delanteras, las traseras, las alas y el cuello. Los Usik tiraron de las cuerdas hasta que quedó completamente atado y atrapado. Ataron luego las cuerdas a troncos de enormes árboles.

—No te preocupes, es solo por seguridad… la nuestra —dijo Asti.

—Lo entiendo. Solo pido que no lo matéis.

—Si se comporta, no lo mataré… de momento.

—Gracias, de verdad.

De entre los árboles apareció un Usik negro diferente. Gritaba órdenes gesticulando al aire. Chillaba más alto y con más fuerza que los demás. Iba vestido con un atuendo de lo más pintoresco. Llevaba una túnica larga, forrada por completo de plumas gigantescas de las águilas enormes. En la cabeza llevaba una máscara con un gran pico que le ocultaba el rostro. A Nahia le dio la sensación de que era algún jefe, al ver que todos le obedecían.

Vio a Asti y avanzó hasta llegar a ella. Bajó la cabeza a modo de respeto y luego comenzó a gritar señalando a Nahia con su hacha de guerra.

Asti no se inmutó y habló con él en su idioma. Ahora que Nahia se había acostumbrado a los gritos le pareció una lengua un tanto cantarina. Algo pasaba y se debía a ella. El jefe parecía querer rematarla y eso a Nahia no le hizo mucha gracia. Gesticulaba demasiado con su hacha señalándola a ella y gritaba todavía más.

Finalmente pareció calmarse un poco. Se dio la vuelta y comenzó a dirigir los trabajos del resto de los Usik allí.

—Ese no tiene buenas intenciones… —comentó Nahia a Asti.

—Es un jefe guerrero. Odia a los dragones y a todo extranjero.

—Ya me he dado cuenta de que no le caigo bien.

—Buruazerre ha perdido a toda su familia en los ataques de los dragones. Su mujer, su hijo pequeño y dos hermanos… su dolor no tiene fin.

—Oh… Lo siento…

—Es lo que ocurre a los que están en desventaja —dijo Asti con tono de resignación.

—¿No intentará matar a mi dragón?

—Por ahora no, pero no puedo prometerte que no lo intente más adelante.

—Entiendo…

—Sígueme, iremos en pájaro —Asti le indicó una de las extrañas águilas gigantescas.

Nahia no dijo nada, pero le pareció increíble que fueran a montar en aquella ave. Luego pensó que ella montaba un dragón y ya no le pareció tan raro.

—Sube —Asti le indicó dónde sentarse en la espalda del gran pájaro.

Dos Usik azules le pusieron un arnés de cuerdas y la ataron. Asti se sentó junto a Nahia y los dos Usik azules detrás de ellas. Nahia sabía que, si intentaba algo, alguno de aquellos dos le cortaría el cuello.

La gran ave despegó de forma muy suave, mucho más que un dragón, y se elevó a su vez con mucha facilidad.

—Hay una aldea de los Usik azules cerca. Allí podremos hablar con tranquilidad —dijo Asti.

Nahia asintió y observó cómo el gran pájaro se elevaba por encima de las copas de los descomunales árboles. Voló un poco hacia el norte y luego hacia el este. Nahia solo podía ver bosque y más bosque en todas direcciones con partes arrasadas por el fuego y los ataques elementales de los dragones. No sabía cuánto hacia el interior de los bosques estaba, pero podía ver la cima de la montaña donde estaba la perla en la distancia. Parecía un pico sobresaliendo de un mar de árboles.

El gran pájaro viró y descendió para entrar en los árboles. Ante la mayúscula sorpresa de Nahia apareció una aldea, solo que no estaba en el suelo. Estaba construida en las copas de los árboles, entre sus ramas descomunales, a más de treinta varas de altura. Se quedó con la boca abierta mientras la gran ave se posaba en una plataforma circular construida sobre dos ramas enormes entrecruzadas.

—Incre…ible— masculló.

Capítulo 52

Nahia bajó del ave y de inmediato seis guerreros que aguardaban con armas en las manos la rodearon.

Asti dijo algo en su idioma y los guerreros asintieron.

—Sígueme. Ten cuidado y agárrate a las cuerdas, las pasarelas aquí arriba se mueven y quienes no están acostumbrados tienden a caerse.

Nahia miró hacia abajo y agradeció no sufrir de vértigo porque estaban a más de treinta varas del suelo. Aquellos árboles eran inmensos, no solo en altura, sino de amplitud. Había una aldea construida en sus ramas, sobre ellas. Cientos de casas se extendían por los árboles de los alrededores. Vio pasarelas y puentes de madera construidos para pasar de árbol a árbol o entre ramas, había cuerdas y lianas por todas partes y grandes plataformas redondas que debían actuar como plazas. Le pareció de locos.

—¿Sorprendida? —preguntó Asti según la guiaba por una pasarela.

Los guerreros Usik iban con ellas.

—Sorprendida es poco. Había oído algún rumor extraño de que los Usik vivíais en árboles, pero pensé que serían pequeñas casas en árboles de baja altura. Esto es increíble, lo veo y no lo creo.

—A mi pueblo le gusta la seguridad que ofrecen las alturas.

Nahia tuvo que agarrarse a una cuerda que hacía de pasamanos al moverse la pasarela por la que caminaban. Los pobladores de la aldea, Usik azules, la observaban. Habían dejado de hacer sus tareas para mirarla fijamente. Nahia intuyó que no veían a muchos extranjeros por allí.

El peso de la armadura y la reducida agilidad que confería no eran una buena combinación. Con cada paso que daba oía cómo la

madera crujía bajo sus pies. Asti y los Usik caminaban con una agilidad que les permitía casi no pisar las tablas de las pasarelas. Ella, al contrario, parecía querer quebrarlas con cada paso que daba. Llegaron a una plataforma amplia que no se movió al pisarla y Nahia resopló. Aquello parecía suelo firme, a una altura increíble, claro. Había una cuerda que iba alrededor de la plataforma sujeta en postes de media altura a forma de delimitación o barrera de seguridad, aunque a Nahia no le pareció suficiente.

Observó alrededor. Cuatro casas daban a la plataforma. Parecían incrustadas entre las grandes ramas del gigantesco árbol. Varios rostros azules la observaban desde las puertas de las casas. En una plataforma más a la derecha había Usik sentados en un círculo trabajando en sus arcos. También vio lo que le parecieron mujeres en otra y estaban pelando algún tipo de fruta que luego cocían en una gran olla. Le pareció muy peligroso hacer fuego allí arriba, en aquel mundo de madera, hojas, cuerdas y lianas, pero seguro que sabían lo que se hacían.

Vio a dos cazadores Usik que llegaban portando un pequeño cervatillo y se preguntó cómo lo habrían subido hasta allí arriba.

La respuesta la encontró en la siguiente plataforma cuadrada a la que llegaron. Allí descubrió unas lianas larguísimas y vio que a varias alturas de los larguísimos troncos había plataformas intermedias para descansar, supuso. Era un mundo increíble. Sobre todo, porque los Usik caminaban por allí arriba como si nada y pasaban de una plataforma a otra o de un árbol a otro usando lianas. Era de locos verlos lanzarse al vacío agarrándose a una liana para llegar a otra zona y dejarse caer allí como la cosa más natural del mundo estando a treinta varas de altura.

Llegaron a una plataforma más grande de forma circular.

—Aquí podremos hablar con tranquilidad —dijo Asti y le indicó un edificio grande que ocupaba toda una plataforma. Era alto y amplio.

Entraron y a Nahia le dio la impresión de que era una especie de lugar de reunión por la decoración y los muebles. Había máscaras de

todo tipo, la mayoría con motivos de aves, y también un par de tótems con cabeza de ave, lo que le pareció extraño.

—Ahora nos traerán algo de comida y bebida —dijo Asti y le indicó que se sentara en una especie de cojines gigantes.

Nahia lo intentó, pero el dolor no se lo permitió.

—Ouch…

Asti dijo algo a los guerreros y dos de ellos ayudaron a Nahia a sentarse.

La puerta del edifico se abrió y mujeres ataviadas con alas confeccionadas de plumas de ave gigante les trajeron bandejas con comida y fruta fresca. Nahia las observó. Eran preciosas con aquella piel verde pálida y tenían hojas que decoraban sus cabezas. Las alas a su espalda le parecieron muy bonitas.

—Come y luego hablamos —dijo Asti.

Nahia hizo como le indicaba.

—Podemos hablar. Estoy lista —dijo Nahia cuando terminó la comida, que estaba deliciosa, sobre todo, las frutas.

Asti asintió.

—Quiero saber quién eres y por qué montas un dragón. Espero que me digas la verdad o mi cortesía acabará rápido. Mi pueblo ha sufrido un mar de dolor por los dragones y es algo que todos llevamos grabado a fuego en el corazón.

—No tengo intención de mentirte. De hecho, después de lo que he visto me gustaría ofrecerte no solo mi amistad, sino una alianza.

Asti se miró el medallón, como si creyera que lo había traducido mal.

—¿Una alianza? Es una propuesta de lo más extraña viniendo de ti.

—Más extraño es este lugar y el pueblo Usik, pero no por ello menos valioso.

—Muy bien, habla. Te escucho.

Nahia le relató quién era, lo que le había sucedido y cómo había terminado liderando una rebelión y siendo jinete de dragón.

Asti la escuchaba con mucha atención, sin interrumpir, permitiendo que Nahia lo contara a su manera.

—¿Me crees? —preguntó Nahia cuando terminó de contarle lo más destacado.

Asti no respondió y se quedó pensativa.

—Has dicho que tienes aliados entre los reinos de Tremia. ¿Qué reinos? ¿Rogdon?

—Rogdon no lo sé, pero un día lo será. Tenemos una alianza con los norghanos.

—¿Norghanos? Interesante. ¿Con sus generales?

—Con los guardabosques, y me imagino que sus generales también. Pero nosotros tratamos con los guardabosques. No sé si has oído hablar de ellos…

—Que sea una salvaje Usik que vive en los bosques insondables no quiere decir que no conozca Tremia, sus reinos y, sí, también a los guardabosques. Tengo amistades importantes en varios reinos, Rogdon y Norghana entre ellos. También entre los Masig y el reino de Erenal.

—Esas son muchas amistades —se sorprendió Nahia.

—En otros tiempos, también difíciles, viajé lejos de estos bosques… luché con amigos en contra de un gran mal… perdí personas amadas…

—Lo siento.

—Fueron otros tiempos. Pensé que no volvería a vivir épocas tan lúgubres, pero me equivoqué…

—Todos nosotros luchamos por la libertad, por liberarnos de los dragones.

—Es algo que me cuesta creer, me refiero a vuestra rebelión. Los soldados de Kraido que entraron en nuestros amados bosques venían a matar, a conquistar.

—Por orden de los dragones, pero te aseguro que están buscando la forma de rebelarse contra ellos. Por eso una alianza entre todos es tan importante.

—¿De estar en mi lugar creerías eso que me cuentas?

Nahia resopló.

—Sé que es difícil de creer… pero digo la verdad. No sé cómo convencerte o demostrarte que soy sincera.

—Dime, ¿a quién entre los guardabosques norghanos conoces?

A Nahia le sonó a una pregunta para cazarla en una mentira.

—Digo la verdad —insistió—. Conozco a las Panteras de las Nieves y a los Zorros Grises, a algunos de ellos, no a todos —aclaró.

Asti se quedó mirándola a los ojos.

—¿Quién en las Panteras de las Nieves conoces?

—Con quién más he tratado ha sido con Lasgol. Pero también conozco a Viggo, Gerd, Egil…

Asti levantó la mano.

—¿Conoces a Lasgol?

—Sí, con él planeamos y creamos la alianza.

—Descríbemelo.

—Lasgol, rubio, ojos azules, gran tirador…

—Como la mayoría de los guardabosques norghanos —interrumpió Asti.

—Sí, supongo… es muy general… espera, Lasgol tiene el don, el talento. Eso lo identifica.

—¿Qué tipo de don? —Asti la miró a los ojos.

—Por lo que me dijo relacionado con la naturaleza y con su arco. Tiene habilidades que permiten oír y ver mejor, como una lechuza y un halcón. También tirar más rápido y de forma más certera.

Asti asintió.

—Sí, ese es Lasgol. Solo hay uno como él.

Nahia abrió mucho los ojos.

—¿Conoces a Lasgol?

—Sí, lo conozco. Somos amigos, nos conocemos desde hace tiempo.

—No puedo creerlo, pero si eres una Usik y él un norghano, ¿cómo? No entiendo…

—Tú eres una bruja de dragón de Kraido. Es todavía más improbable —sonrió Asti.

—Tienes que creerme. Conozco a Lasgol y somos aliados.

Asti suspiró.

—Una coincidencia así no puede ser falsa. Te creo.

Nahia resopló tan aliviada que los guerreros la miraron mal.

—Gracias, estaba perdiendo la esperanza.

—Espera aquí, voy a convocar al consejo. Querrán saber sobre esto.

—Oh, de acuerdo… —Nahia se quedó a la espera.

Asti regresó al anochecer y con ella seis hombres vestidos con largos trajes forrados con plumas gigantes. Cada uno llevaba una máscara diferente, todas con el pico de un ave. Cada máscara era de un color distinto y en la cabeza cada uno llevaba una gran pluma entre el pelo. Por lo canoso del pelo y la forma en la que se movían, Nahia dedujo que eran muy mayores. Le parecieron de lo más pintorescos.

—Estos son los sabios del consejo. Uno de cada tribu Usik —explicó Asti.

Nahia saludó con respeto bajando la cabeza.

Entraron y se sentaron en el suelo sobre cojines alrededor de Nahia. Cuando estuvieron sentados, seis Usik más entraron en el edificio. Nahia los reconoció, eran jefes guerreros, uno de cada tribu pues llevaban la cara pintada. Uno de ellos era el Usik negro que había visto. Cada jefe se situó de pie detrás de su sabio. Cruzaron los brazos sobre el pecho y no dijeron nada.

Asti se dirigió a los sabios, que se fueron quitando la máscara uno tras otro. Nahia pudo ver entonces que no se había equivocado. Eran ancianos, cuatro hombres y dos mujeres. De esto no se había dado cuenta debido a las vestimentas.

—Voy a contarles lo que me has contado. Tendrán preguntas para ti.

—Adelante. Responderé la verdad.

Asti habló al consejo por un largo rato y los ancianos escucharon con miradas de interés que de vez en cuando se volvían para observar a Nahia. Las explicaciones que Asti dio fueron largas, en aquel idioma tan cantarín de los Usik. Cuando hubo terminado, los sabios quedaron pensativos y luego comenzaron a hablar entre ellos por un largo rato.

Finalmente, comenzaron a hacerle preguntas a Nahia, que Asti iba traduciendo. Nahia fue contestando y Asti traduciendo. Nahia creía que serían unas pocas preguntas, pero se equivocó. Los sabios querían saberlo todo. Le hicieron un millar de preguntas de todo tipo, desde cómo era Kraido y sus razas, pasando por los tipos de magia que tenían, al vínculo que les unía con su dragón.

Nahia lo fue explicando lo mejor que pudo, y por cada explicación que daba le llegaban tres preguntas más. Aquellos sabios lo querían saber todo sobre ella y su mundo, así como sobre los dragones. Tantas preguntas fueron y tantas explicaciones tuvo que dar que llegó el amanecer y no se dio cuenta.

—Los sabios agradecen tu colaboración. Ahora van a retirarse y deliberar —dijo Asti con el sol entrando por las ventanas.

Los sabios y sus jefes partieron y Nahia y Asti se quedaron a solas.

—Te llevarán a una de las casas. Duerme un poco y descansa, cuando los sabios llamen a reunión te avisaré.

—Gracias. Por favor, que no maten al dragón plateado.

—Te di mi palabra. No lo matarán… si él no lo fuerza.

—Gracias.

Dos mujeres se llevaron a Nahia hasta una casa cercana. Con ellas fueron cuatro guerreros Usik que se quedaron en el exterior de la casa vigilando. Nahia miró por una de las ventanas y vio que daba al vacío. Escapar de allí era imposible. Además, tenía una oportunidad con Asti, y esa era la vía que debía seguir.

Se tumbó. Estaba tan cansada que se quedó dormida al momento. Tuvo terribles pesadillas en las que pájaros gigantes sacaban los ojos a Eki y Usik de caras pintadas en seis colores le cortaban el cuello a ella.

Despertó bañada en sudores. Quería quitarse la armadura para ver la cantidad de heridas que tenía y su estado, pero prefirió no hacerlo. La situación era muy complicada y mejor no quitarse su defensa, pues hacha y cuchillos no atravesarían la armadura. Le trajeron agua y comida que Nahia agradeció mucho. Las mujeres Usik, además de bellas y exóticas, eran amables. Los hombres, sin embargo, unos brutos. Había intentado salir a estirar las piernas y la habían hecho regresar al interior a gritos y golpes. La contraposición era muy llamativa.

Asti vino a buscarla al anochecer.

—Acompáñame. El consejo de sabios se ha reunido.

—De acuerdo —Nahia salió tras Asti, los guerreros se situaron tras ella y le lanzaron miradas amenazantes. Ya se estaba acostumbrando a las formas de actuar de los Usik.

Fueron al edificio grande y al entrar Nahia vio que los seis sabios y sus jefes de guerra ya formaban un círculo. Asti le indicó que se sentara con ella, en medio del círculo. Según se sentaba Nahia miró a los sabios. Se habían quitado las máscaras, que ahora estaban a un lado, en el suelo. No supo si eran buenas o malas noticias por sus semblantes. Luego miró a los jefes guerreros y ahí no tuvo duda. Si por ellos fuera, la matarían allí mismo a hachazos.

Los sabios hablaron y cada uno expuso su postura, o eso se imaginó Nahia porque esa parte no la tradujo Asti. Cuando terminaron decidieron algo que a los jefes no les gustó porque comenzaron a protestar de forma airada. Gritaban y señalaban a

Nahia con muy malas intenciones. Estaban muy agresivos, querían matarla.

Asti se puso en pie y sacó su medallón, que destelló con una luz dorada.

Los jefes se calmaron al instante y algo más sucedió. La escama plateada en la nuca de Nahia se puso a arder. Su mente se nubló y en ella apareció una imagen borrosa. Estaba teniendo una visión, una premonitoria. El lugar y el momento no eran los adecuados, pero en esto ella no decidía, ocurría cuando ocurría.

Vio a Asti, pero no estaba allí a su lado, sino en otro lugar. Nahia no supo dónde era, pero reconoció a la Usik y el medallón que llevaba, que brillaba con un dorado tan intenso que cegaba. Alrededor de Asti había una docena de dragones muertos y ella avanzaba hacia otro dragón, uno enorme, plateado, milenario… ¡hacia el Gran Oráculo!

La visión se fue volviendo borrosa hasta que desapareció de la mente de Nahia.

Sacudió la cabeza. Ya sabía cuál era el gran mal que temía el Gran Oráculo: Asti y su medallón dorado.

Capítulo 53

Asti miró a Nahia y aguardó un instante.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ha sido un pequeño aturdimiento, nada serio.

—De acuerdo. Los sabios han decidido aceptar tu oferta de alianza. Los jefes, como has visto, no están muy de acuerdo —explicó Asti.

—¿Pero lo aceptan?

—Lo aceptan porque yo así lo impongo. Soy la líder guerrera de los Usik y es mi potestad imponer mi voluntad.

—Menos mal…

—Solo la impongo porque estoy de acuerdo con el consejo de sabios. Hubo un tiempo en que los Usik estaban regidos por brujos pájaro. Cuando regresé con el medallón tuve que enfrentarme a ellos y tomar el poder. Liberé a mi pueblo de esos brujos y acabé con los sacrificios humanos. Desde entonces soy la líder de guerra de los Usik, pero no soy una déspota. Las decisiones del consejo de sabios son las que rigen a los Usik. Yo me aseguro de que así sea. Si hubieran decido declinar tu ofrecimiento de alianza y matarte…

—Me hubieras matado.

—Digamos que me alegro de que las cosas hayan sido así.

Nahia asintió. Comprendía su punto de vista.

—¿Y el dragón?

—El dragón tendrá que cruzar el bosque de los muertos. Después será juzgado por el consejo de sabios.

—¿Juzgado?

—A muerte.

Nahia se quedó sin saber qué decir o hacer.

—Lo necesito…

—Lo siento. Es la decisión del consejo y así será —Asti no quiso saber más.

Al finalizar la reunión, Asti llevó a Nahia junto a Eki en uno de los pájaros gigantes de los Usik. Cuanto tomaron tierra Nahia vio que Eki había recobrado la consciencia. Lo tenían completamente atado con cientos de cuerdas a árboles, así como con la red tremenda que le cubría todo el cuerpo. Lo rodeaban dos centenares de Usik con arcos y jabalinas, a una distancia prudencial de doscientos cincuenta pasos.

«Eki, ¿estás bien?» preguntó Nahia, que podía sentir por el vínculo que estaba débil.

«Atrapado, pero con vida. Algunas heridas, bastantes… pero no graves… creo».

«No intentes nada, estoy buscando una salida a nuestra situación».

«¿La hay?».

«Creo que sí, confía en mí».

«En ti confío».

—Dragón, tienes que caminar por el bosque de los muertos. Debes cruzarlo. Cuando lo hagas, serás juzgado por el consejo de sabios —informó Asti.

«Hazlo, por favor» envió Nahia.

«De acuerdo. Cruzaré el bosque y me someteré al juicio» envió Eki.

—Yo caminaré a tu lado. No intentes nada o me veré obligada a matarte, y lo haré sin la más mínima duda. Y si crees que puedes vencerme, te equivocas.

«No luches contra ella, es muy poderosa, tiene magia dorada» advirtió Nahia.

«No intentaré nada, tienes mi palabra. Además… no estoy en condiciones».

—De acuerdo —Asti dijo algo a los suyos y medio centenar de Usik se acercaron a cortar las cuerdas que aprisionaban a Eki.

Les llevó un buen rato liberarlo. Estaba bien atado y asegurado.

Cuando finalmente lograron soltarlo, Eki se incorporó lentamente. Nahia sabía que estaba herido, podía sentir su dolor por todo el cuerpo. Desplegó un ala y luego la otra para ver si podía moverlas.

«No puedo volar. Solo para que lo tengas en cuenta».

«De acuerdo» Nahia ya veía que estaba muy castigado.

«¿Qué tal la cabeza? La tienes chamuscada».

«Hoy mejor, pero ayer muy mal».

—El bosque está cerca, caminaremos —dijo Asti a Nahia—. ¡Dragón, síguenos!

Eki hizo como le indicaba Asti. Le costaba andar, pero tras unos pasos, se sintió mejor y fue capaz de avanzar con menos problemas. Anduvieron un poco más y llegaron a una zona arrasada. Los dragones la habían quemado por completo.

Eki pudo moverse mejor por aquella zona. Iba cojeando de la pata trasera derecha y no podía apoyar bien la delantera izquierda.

Llegaron a la entrada de un bosque cubierto por niebla espesa. Frente al bosque estaban los sabios y con ellos una especie de brujos ataviados de pájaro. Nahia captó que tenían magia.

—Creí haber entendido que habías acabado con los brujos —dijo Nahia a Asti.

—Con los malos sí, estos son buenos con la tribu. Ayudan.

Nahia no tuvo muy claro qué significaba, pero sintió que aquella era una neblina mágica que aquellos brujos habían creado.

—Nahia, esperarás aquí con el consejo y los jefes. El dragón y yo entraremos en el bosque.

—De acuerdo… —Nahia no estaba muy segura ni por Eki ni por ella misma. Se fijó en que había más de un centenar de Usik negros

y rojos allí.

—Antes de entrar debo dejarte sin defensa mágica —dijo Asti a Eki.

«Entiendo que es porque no te fías de mí».

—Por eso y porque ese bosque es mágico.

«Entiendo. No me resistiré».

Asti levantó la mano derecha y señaló a Eki, con la izquierda sujetó el medallón dorado. Conjuró y apuntó debajo del dragón. Del suelo, justo debajo de Eki, surgieron llamas muy intensas que fueron creciendo hasta rodearlo por completo. El cuerpo de Eki brillaba en plata, defendiéndose del ataque y consumiendo su energía interna.

Nahia miraba preocupada. Parecía que Asti estaba asando a Eki en una hoguera.

—No voy a traspasar su defensa, solo agotarla —dijo Asti para tranquilizarla.

—De acuerdo —dijo Nahia que sabía que, de querer, Asti podría usar la magia dorada para traspasar las defensas de Eki.

Un rato más tarde los destellos plateados acabaron y Asti detuvo su hoguera de fuego mágica.

—Vamos —Asti le hizo un gesto a Eki para que fuera por delante.

El dragón plateado comenzó a adentrarse en el bosque y Asti fue detrás. Entraron en la neblina verduzca y desaparecieron.

Eki avanzaba con cuidado de no tropezar con las inmensas raíces de los árboles. De pronto un sendero amplio apareció frente a él. Miró atrás y vio a Asti, que lo seguía de cerca.

«¿Sigo el sendero?».

—Sí, te conducirá a la salida.

«De acuerdo».

Eki lo siguió. Iba lento, cojo y apenas podía andar, pero no tenía más opción que seguir. Varias veces estuvo a punto de caerse al desequilibrarse, pero consiguió mantenerse.

De pronto aparecieren Usik entre los árboles a ambos lados del sendero. Eki se detuvo al verlos. Pensó que quizá era una emboscada, pero los observó mejor y se dio cuenta de que en realidad aquellos Usik no estaban vivos. Eran esqueletos de pie y lo miraban. Estaban no solo en el suelo, sino por todos los árboles, en las raíces, en las ramas y en las copas. Todos lo miraban con ojos sin vida.

«¿Están muertos?».

—Lo están. Los mataron los tuyos —dijo Asti.

Eki comenzó a sentir algo extraño, nada agradable, como si las miradas de aquellos muertos estuvieran buscando entrar en él, en su alma. Continuó andando. Cuanto más avanzaba, más muertos aparecían por todas partes excepto en el sendero por el que iba. Aparecían y lo miraban con ojos inexistentes en cráneos humanos.

«Esto es muy perturbador».

—Es la impresión que los muertos generan.

De pronto los esqueletos parecieron moverse, estaban quietos, pero ahora tenían carne. Eki los veía como si estuvieran vivos. La mayoría eran hombres cazadores, recolectores y guerreros, pero también había mujeres y niños. Y algo todavía más extraño sucedió. De uno de ellos surgió su espíritu y se dirigió directo a Eki y entró en el cuerpo del dragón. Eki pudo sentir toda la vida de aquel hombre hasta el momento de su horrible muerte abrasado por las llamas de un dragón en medio del bosque. Sintió su felicidad cuando cazaba en aquellos parajes maravillosos, cuando estaba con su mujer e hijo, cuando cantaban junto al fuego… Y sintió su muerte, como él la había sentido.

«¿Qué me sucede? ¿Qué magia es esta?».

—Es la magia del bosque de los muertos.

Otro espíritu entró en Eki. Esta vez era una mujer. Sintió su alegría y felicidad al ver a su hijo crecer junto a ella y a su marido traer caza de los bosques. Luego sintió su pena y dolor cuando su marido murió en un ataque de los dragones. Y finalmente su

sufrimiento cuando ella y su hijo morían en un ataque de un dragón a una aldea en la cima de los árboles.

«Es horrible…».

—Lo es.

Eki no quería seguir avanzando, pues el bosque era enorme y podía distinguir miles de muertos. Sin embargo, continuaba pese a no querer hacerlo, como si una fuerza lo empujara a seguir. Según avanzaba los espíritus entraban en él cediéndole la vida y muerte de cientos de Usik que los dragones habían matado.

«Basta… por favor…» pidió.

—Debes entender el dolor y el sufrimiento que los tuyos nos han traído. La única forma de entenderlo es que lo vivas. Ese es tu castigo, si quieres vivir, deberás cruzar el bosque.

Eki estaba desesperado. No quería sentir todo aquel dolor y sufrimiento. Había miles de muertos. No lo soportaría, moriría de angustia.

«No sobreviviré…».

—¿Acaso mereces otra suerte? ¿Merece algún dragón una suerte diferente a la de todos nuestros muertos?

«Entiendo vuestro dolor…».

—Lo entiendes ahora porque lo sufres. Sigue el sendero.

Eki continuó y el castigo le fue quebrando. Uno tras otro, todos los espíritus de los muertos que pasaban entraban en su alma y le hacían vivir su felicidad y su muerte.

«No puedo más…».

—Ya estamos casi al final —dijo Asti.

Eki continuó recibiendo el sufrimiento de todo el pueblo fallecido hasta el final del camino. Se derrumbó en el suelo destrozado de dolor. La niebla que envolvía el bosque desapareció y Nahia vio que Eki y Asti estaban allí mismo, al principio del bosque. Apenas se habían movido.

Asti regresó con Nahia.

—Dale un momento para que se recupere. Es una experiencia horrible.

—¿Pero está bien?

—Espero que no.

La respuesta dejó a Nahia contrariada. Aguardaron un buen rato a que Eki pudiera recuperarse. Nahia estuvo a su lado en silencio hasta que finalmente Eki se puso en pie y volvió con paso lento hasta donde Asti y el consejo de sabios aguardaban.

«Estoy listo para que se me juzgue» envió Eki.

—Por favor, no lo matéis —rogó Nahia.

Asti hizo una seña y tres de los brujos se acercaron. Les dijo algo y comenzaron a conjurar sobre Eki.

—Lo van a preparar para el juicio —explicó a Nahia.

Un momento más tarde un aura verde rodeaba la cabeza de Eki.

—¿Qué es eso? —preguntó Nahia intranquila.

—Si brilla, el dragón miente.

El consejo de sabios habló entre ellos y luego con Asti.

—El consejo quiere saber cómo está tu alma, dragón.

«Rota. Lo que he experimentado la ha roto».

—¿Qué has experimentado? —Asti preguntaba por los miembros del consejo.

«El dolor y sufrimiento del pueblo Usik».

—¿Quién ha causado lo que has sentido?

«Mi pueblo, los dragones».

—¿Apruebas lo que han hecho? ¿El sufrimiento que han causado a un pueblo que nada les ha hecho?

«No, no lo apruebo».

Nahia miraba el aura verde alrededor de la cabeza de Eki. No brillaba.

—¿Qué vas a hacer, dragón, ahora que has experimentado el sufrimiento causado?

«Voy a luchar para evitar que mi pueblo siga causando dolor y sufrimiento a otros».

La respuesta de Eki provocó un silencio.

Nahia no vio ningún destello verde.

Los miembros del consejo hablaron entre ellos.

—El consejo de sabios quiere saber cómo lucharás.

«Me uniré a los rebeldes de Kraido, a Nahia, lucharé con ellos… a su lado».

Nahia se quedó pasmada y miró a Eki con grandes ojos. Aquello no lo esperaba.

Los miembros del consejo hablaron entre ellos.

Asti lo tradujo.

—El consejo se alegra de que tu alma sea pura y haya visto la luz a través del sufrimiento, dragón. Por ello te concede la libertad. Cumple tu palabra.

«La cumpliré. Detendré el sufrimiento que los míos generan».

Asti hizo una seña y dos de los brujos se acercaron.

Habló con ellos.

—El dragón ha dicho la verdad —proclamó.

Los miembros del consejo se levantaron y le dijeron algo más a Asti. Luego marcharon con los jefes y todos los Usik que habían acudido.

—¿Qué han dicho? —preguntó Nahia a Asti.

—Aceptan al dragón y tu propuesta de alianza.

Nahia se dobló hacia delante y dejó salir un tremendo resoplido de alivio.

—Gracias… no sé cómo…

—No hace falta agradecerme nada. Eres aliada de Lasgol, con eso me vale.

—Aun así. Mil gracias.

«Sí, mil gracias… y lo siento… por todo el daño causado…».

—Ayúdanos, lucha a nuestro lado, lo vamos a necesitar —pidió Asti.

Eki asintió con la cabeza.

«Así será» envió Eki.

Por el vínculo que los unía Nahia supo que decía la verdad, que así lo sentía, y esto la llenó de alegría. No sabía qué le habían hecho los Usik en ese bosque, pero fuera lo que fuera, lo agradecía.

Capítulo 54

Logan y Aroa se acercaron a la gran montaña y descubrieron que era altísima. No solo eso, una descomunal y larguísima cascada caía por su cara sur, a sus pies había un precioso lago de aguas azules donde la cascada moría. El paisaje era bellísimo con la gran montaña elevándose hasta las nubes como un descomunal monolito de piedra, la inmensa caída de agua y el gran lago azul. Excepto por algo que lo arruinaba todo: alrededor del lago y de la base de la montaña los dragones lo habían arrasado todo. No habían dejado ni una simple hierba con vida.

Aroa voló alrededor de la montaña a media altura para poder ver. No tuvieron que observar demasiado. Toda la zona había sido atacada múltiples veces y arrasada por completo.

«Aquí debía estar una de las tribus Masig más importantes y numerosas, por la amplitud del daño causado» dedujo Logan.

«Opino lo mismo. Veo rastros de ataques de todos los elementos. Por aquí han pasado dragones de todo tipo».

«Ni siquiera queda el más mínimo rastro de asentamiento».

«No creo que los Masig abandonaran este lugar tan bello por decisión propia» envió Aroa.

«De eso estoy seguro» replicó Logan.

Dieron varias vueltas más a la montaña y la zona que la rodeaba, pero no encontraron nada.

«Necesito descansar. Bajemos al lago y así bebemos algo de agua» envió Aroa.

«De acuerdo».

Aroa descendió y tomó tierra cerca de la orilla del lago. Logan desmontó. Mientras la dragona bebía él miró alrededor y no pudo

sino maravillarse del lugar. Era precioso, a excepción de toda la pradera arrasada.

Según estaban descansando, Logan se percató de algo extraño. En la distancia, hacia el sur, donde la pradera se juntaba con el horizonte, le pareció ver a un solitario jinete Masig. Lo achacó al sol de la pradera y al cansancio y se remojó la cabeza en el lago para refrescarse. Cuando volvió a mirar, la imagen le pareció todavía más extraña. Ahora no había un jinete Masig, sino tres. No le dijo nada a Aroa, que contemplaba la descomunal cascada embelesada.

Logan se sentó en el suelo mirando a los jinetes y pronto vio que no eran tres, sino cinco. Los siguió observando. ¿Qué pretenderían?

En nada fueron diez y luego veinte. No solo eso, avanzaban hacia ellos. De pronto parecieron cien y eso lo puso nervioso. Se levantó. En un momento todo el horizonte estaba cubierto de guerreros Masig sobre sus caballos.

«Aroa, mejor que veas esto» avisó a la dragona blanca.

Aroa se volvió.

«Esto no lo esperaba. ¿Cuántos cuentas?».

«Pues el número va en aumento según se acercan, pero ya debe haber un millar de guerreros y vienen hacia nosotros al trote».

«Monta, esto se puede poner difícil» pidió Aroa.

Logan miró a los guerreros y subió a la silla.

«¿Quieren luchar?» preguntó Aroa más para ella misma que para Logan.

«Solo se me ocurren dos situaciones. O quieren echarnos de aquí porque es un lugar sagrado para ellos como dijo el Gran Oráculo, o quieren luchar y matarnos».

«Lo segundo es improbable».

«Pues estaremos en un lugar que les importa».

«Y nos quieren echar» razonó Aroa.

Logan no dijo nada y observó a los guerreros. Había más de tres mil sobre sus caballos y seguían avanzando al trote, como si no

tuvieran miedo alguno de enfrentarse a un dragón.

«No parece que tengan intención de detenerse» comentó Aroa.

«Deberían. Atacar a un dragón en campo abierto es una temeridad y seguro que lo saben».

De pronto los guerreros Masig comenzaron a chillar como coyotes de las praderas y cargaron a una.

«Nos atacan…» envió Aroa con un sentimiento de incredulidad.

«Son valientes…».

«Y locos…».

Logan tuvo que asentir. Los guerreros Masig cabalgaban ahora a galope tendido gritando como posesos con gritos agudos y cortos. En las manos llevaban arcos cortos y lanzas.

«Mejor si nos marchamos» indicó Logan a Aroa.

«Mi pensamiento precisamente» respondió ella y con un brinco fuerte echó a volar.

Unos tres mil Masig llegaron hasta el lago lanzando gritos de guerra, pero Aroa y Logan volaban hacia la cumbre de la montaña.

«Busquemos un lugar donde tomar tierra arriba. El Gran Oráculo dijo que el mal estaba en la montaña» envió Aroa.

«Sí, en la cumbre hay otro lago, lo he visto antes, deberías poder tomar tierra en la orilla» envió Logan.

Aroa dio un par de vueltas sobre la cumbre de la montaña y encontró el lugar. Contemplaron por un momento el lago del que debía nacer la increíble catarata.

«Debe ser agua de lluvia que se acumula aquí arriba» comentó Logan.

«No sé, este lugar tiene algo… noto… poder».

«¿Magia?» preguntó Logan mirando alrededor.

«Sí, poderosa».

«Debe ser el gran mal que nos ha enviado a destruir el Oráculo» dedujo Logan.

De pronto del agua emergió un cuerpo y un cadáver quedó flotando. Aroa y Logan lo miraron muy sorprendidos.

«Eso es…» comenzó a decir Logan.

«Es un dragón muerto, uno marrón» envió Aroa.

«Estamos en el lugar» dedujo Logan.

«Eso parece» estuvo de acuerdo Aroa.

—No deberíais estar aquí. Esta montaña es un lugar sagrado —dijo una voz de mujer.

Aroa y Logan giraron la cabeza y vieron a una Masig. Era muy bella, con ojos que brillaban de odio. Los señalaba con el dedo índice de su mano derecha.

—¿Quién eres? —preguntó Logan extrañado de que la Masig conociera el idioma de Kraido.

—Soy Iruki Viento de las Estepas, de la tribu de los Nubes Azules, defensora de la nación Masig. Pisáis tierra sagrada y por ello vais a morir.

—¡Espera, no es necesario que luchemos! —pidió Logan levantando una mano.

—Un dragón y un guerrero de Kraido que lo monta como si fuera un caballo. Ambos sois enemigos de mi pueblo. Pisáis la fuente de la vida, lugar sagrado de los Masig. Es necesario que luchemos y que muráis.

Iruki sujetó con la mano izquierda el medallón que colgaba de su cuello, que un instante después destelló en dorado y una esfera translúcida la envolvió. El collar destelló de nuevo con otro potente brillo dorado y una segunda esfera rodeó a la Masig, esta de hielo.

Logan vio que la Masig levantaba defensas y tuvo que hacer lo mismo. Invocó escamas elementales de aire y otras antimagia.

«Ha utilizado magia dorada» avisó Logan a Aroa.

«Tendré cuidado» respondió Aroa.

—No estamos aquí para hacerte daño —dijo Logan intentando evitar un enfrentamiento.

Según las palabras salían de su boca se dio cuenta de que en realidad sí estaban allí para hacerle daño. Aquella mujer Masig, o el medallón que colgaba de su cuello, probablemente ambos, era lo que el Gran Oráculo temía. Tenía que serlo, pues era magia dorada, y ellos estaban allí con la orden de acabar con aquel mal.

—Los dragones siempre buscan matar. Mi pueblo lo sabe bien, nuestras amadas estepas están bañadas de la sangre de los Masig que los dragones han derramado. Por ello vais a morir —condenó Iruki.

Logan no tuvo tiempo de replicar. Abrió la boca y vio que se producía un destello dorado. Un rayo de hielo sostenido salió de la mano de Iruki y golpeó el torso de Aroa. Sus defensas innatas de dragón se activaron para defenderla del ataque, pero algo que no esperaban sucedió. El rayo traspasó la defensa de Aroa y golpeó sus escamas, que comenzaron a congelarse.

«¡Su magia ha penetrado mi defensa!» envió Aroa, incrédula.

«Es la magia dorada, no podrás defenderte de ella».

«Me congela. He de defenderme».

«Hazlo, te ayudo».

Aroa envió dos poderosos ataques mentales contra la Masig. La esfera defensiva antimagia de Iruki brilló dos veces y contuvo los ataques. No penetraron.

Logan creó dos bolas de tormenta, una en cada mano, las cargó de energía y las envió contra la Masig. Las dos bolas impactaron contra la esfera defensiva y estallaron con fuerza soltando rayos que no consiguieron penetrar y llegar hasta Iruki.

—¡El guerrero es además un hechicero! No importa, dragón y hechicero han profanado suelo sagrado y morirán —afirmó Iruki.

—No tenemos por qué luchar. ¡Detente! —Logan intentaba razonar con ella.

—Soy una Portadora, protectora de mi pueblo. No causaréis más daño a los Masig. Vuestra sangre bañará esta cima. Vuestros cuerpos yacerán en el lago por siempre —dijo Iruki mientras

continuaba congelando el cuerpo de Aroa con el rayo de hielo que mantenía sobre el torso del dragón blanco.

«Voy a intentar usar mi aliento de tormenta para destruir su esfera protectora» envió Aroa.

«Intentemos destruirla, sí» Logan no tenía una buena sensación sobre aquello.

Aroa envió su aliento de tormenta contra la Masig y el caudal de vientos y rayos alcanzaron la esfera protectora. Logan envió otras dos bolas elementales que estallaron al golpear contra la esfera. Aroa mantuvo su aliento sobre la Masig, pero, pese a usar toda su potencia, la esfera no caía.

«Quizá con un ataque físico…» envió Aroa a Logan y avanzó hacia la Masig, que no se movió.

Permaneció quieta enviando su rayo. La dragona se dio cuenta de que tenía medio cuerpo congelado y pronto no podría andar. Las escamas la protegían del frío, pero no podían evitar congelarse y con ellas la carne y huesos debajo.

Llegó hasta la Masig y le soltó un zarpazo a las esferas que la protegían con intención de destruirlas. Esta vez fue la esfera de hielo de la Masig la que la defendió del ataque físico. Pedazos de hielo salieron por los aires, pero la esfera aguantó.

Logan cogió su lanza y atacó también las esferas. Saltaron fragmentos de hielo, pero la esfera no se rompió.

La Masig los miraba con ojos que brillaban con intenso odio.

—No podéis vencer a una Portadora con magia, acero o garras.

«Tenemos que huir, no voy a poder volar» Aroa sentía que su cuerpo se congelaba.

«¡De acuerdo, salgamos de aquí!».

Aroa extendió las alas y apoyó su cuerpo en las dos patas traseras para dar el brinco de despegue.

—No escaparéis —dijo Iruki y conjuró.

Aroa dio el brinco y se elevó un instante antes de que sus patas quedaran congeladas e inservibles.

«¡Arriba, vamos!» la animó Logan.

Se elevaron unas varas cuando una bola enorme de hielo alcanzó a Logan de pleno en el torso y explotó de forma violenta enviando aristas cortantes de puro hielo en todas direcciones. La fuerza de la explosión tiró a Logan de la silla. Las aristas habían cortado su sujeción de seguridad y se precipitaba al lago.

«¡Logan!» Aroa se dio cuenta de que caía.

Logan se sumergió en el agua.

Aroa ascendió un poco más y viró para ayudar a Logan. Iruki envió otra bola de hielo enorme y le alcanzó en el ala derecha. Las escamas la protegieron de los pedazos cortantes, pero no así del intenso frío que envolvió parte del ala, congelándola. Aroa intentó sacudir la congelación mientras trataba de mantener el vuelo.

El agua del lago estaba bien fría, pero el mayor problema para Logan era que la armadura de jinete pesaba mucho y lo hundía. Tuvo que bucear con todas sus fuerzas, tirar hacia arriba y buscar aire. Por un momento pensó que no lo conseguiría, pero logró salir a la superficie y respirar el preciado aire. El peso lo volvió a sumergir y tuvo que nadar como pudo hacia la orilla mientras la armadura lo empujaba hacia el fondo.

Iruki envió otra enorme bola de hielo a Aroa, que no conseguía elevarse y apenas se mantenía en el aire. Le alcanzó en el ala izquierda. Se produjo una explosión de hielo y toda el ala quedó congelada.

—Una gran águila no puede volar si pierde sus alas —dijo Iruki y contempló cómo Aroa caía al lago incapaz de remontar el vuelo.

Logan consiguió alcanzar la orilla y se arrastró fuera.

Miró atrás y vio cómo Aroa entraba en el agua.

«Arriba, flota» envió.

Iruki avanzó hacia Logan con paso tranquilo y sus esferas intactas.

Lo señaló con el dedo índice.

—Hora de morir, guerrero. Recuerda que una Masig te dio muerte. Cuéntalo en el mundo de los espíritus, que todos sepan del poder de la nación Masig.

Capítulo 55

Logan supo que la Masig lo iba a matar, pues al caer al lago había perdido sus escamas de protección, estaba a gatas y su armadura chorreaba agua.

—¡Espera, no lo hagas! —pidió levantando la mano derecha.

—Los Masig matan a sus enemigos.

—No soy tu enemigo, no soy enemigo de los Masig.

—Esa decisión la tomaré yo —replicó Iruki y envió su rayo de escarcha.

Logan recibió el rayo en la espalda. La armadura de jinete evitó que llegara a su cuerpo, pero comenzó a congelarse. Logan intentó levantar su protección de escamas. Las escamas antimagia recubrieron su armadura, que ya estaba recubierta de escarcha, pero seguía sintiendo un frío tremendo.

Iruki continuó enviando el rayo sobre la espalda de Logan, que ahora enviaba cuanta energía podía a reforzar la protección. Si las perdía moriría congelado. Decidió ganar algo de tiempo. Invocó su habilidad de escudo de defensor y este se formó en su brazo. Logan lo puso entre él y el rayo. Al instante sintió que el castigo sobre su defensa de escamas era menor. Se agazapó detrás del escudo de cuerpo entero. No aguantaría mucho, pero le daba un respiro. Invocó también su protección de defensor y una capa de energía lo cubrió por completo.

El agua del lago se revolvió y Aroa apareció flotando en ella, con la cabeza fuera del agua y las alas estiradas para flotar. La Masig la vio y, sin detener el rayo que enviaba hacia Logan, conjuró otra bola de hielo que lanzó contra Aroa. La bola explotó sobre la espalda de la dragona, congelándola.

Se hundió. Un momento después su cabeza aparecía fuera del agua otra vez, pero no así su cuerpo, que quedaba sumergido.

«Me ahogo… No puedo salir del agua…» envió a Logan, que sintió la desesperación de Aroa a través de su vínculo. Iba a morir.

—¡Detente, Iruki! —pidió a la Masig, desesperado.

El rayo de escarcha destruyó el escudo de Logan y golpeó su protección de defensor. No aguantaría mucho. Necesitaba más energía, pero defender los ataques de la Masig consumía más de la que podía enviar a sus defensas. Vio que creaba otra bola de hielo y pensó que iba a hundir a Aroa.

—¡No! —exclamó.

La bola de hielo no fue a Aroa, que intentaba respirar sacando la cabeza del agua, sino que lo golpeó a él. La explosión destruyó su protección de defensor y lo lanzó de espaldas. Se quedó tendido boca arriba con medio cuerpo congelado.

—Conoceréis el dolor y el sufrimiento de mi pueblo y luego moriréis —sentenció la Masig.

Logan se negó a rendirse. Se puso a gatas de nuevo y envió la última energía que le quedaba a la protección de escamas. Por el vínculo pudo sentir la angustia de Aroa. Morir ahogada era terrible.

Vio la cabeza entrar y salir del agua mientras luchaba para llegar a la orilla.

—No voy a rendirme… —masculló entre dientes.

Y una última bola de hielo le impactó de lleno haciendo que perdiese la protección. La armadura de jinete lo cobijó de los cortes, pero no así del frío, que penetró en su cuerpo y le congeló hasta el alma.

Aroa luchó por llegar a la orilla y de alguna forma lo logró pese a tener casi todo el cuerpo congelado. Quedó con la cabeza y un ala fuera del agua en la orilla, aguantando el resto del cuerpo, que quería hundirse.

Iruki avanzó hacia los enemigos derrotados para acabar con su miseria.

Logan no podía moverse, tenía el cuerpo congelado y el frío era tan intenso que sufría como si miles de dientes gélidos le mordieran por todas partes. La mente se le apagaba y con ella la vida. Sintió que fracasaba, que morir allí, de aquella manera, pese a haber luchado con todo su ser, era un fracaso. No había conseguido su propósito, no había ayudado a Nahia a lograr la libertad de los pueblos de Kraido. Penso en Nahia, en lo que sufriría cuando descubriera que él había muerto. Le rompería el corazón saberlo. Lo último que él quería era hacer sufrir a Nahia.

—Muerte a los enemigos de los Masig —dijo Iruki situándose entre Aroa y Logan.

«No puedo hacer nada…» envió Aroa.

La desesperación de la dragona se sumó a la que ya sentía Logan provocando que una chispa se encendiera en su interior. Esa chispa dio paso a una descarga al aumentar la angustia por sentir la muerte a un suspiro de distancia. Y la descarga se convirtió en un rayo que recorrió todo su cuerpo hasta llegar a su mente impidiendo que muriera y creando más rayos en su interior que fueron recorriendo su cuerpo, cada vez más potentes. Y algo increíble sucedió en aquel momento. El cuerpo de Logan cambió, se convirtió en relámpagos de tormenta y centellas vivas que se movían en todas direcciones y partían de Logan para volver a él.

—No puedo creerlo… —masculló mientras se miraba las manos y brazos, que de alguna manera estaban allí, pero en forma de rayos de tormenta que los recorrían.

Iruki miró a Logan con grandes ojos.

—Un hijo del padre tormenta… —dijo mirando a Logan.

Este se puso en pie. Todo él era relámpagos y centellas que se expandían a su alrededor para volver a su cuerpo. Había cientos de ellos y no dejaban de moverse en todas direcciones, como si quisieran saltar a quien se acercara.

—Soy un Hijo de la Tormenta, sí.

—Los Masig respetamos al padre tormenta. Lo honramos, pues es quien nos trae la lluvia, da vida a las praderas y al pueblo Masig.

Logan vio una oportunidad.

—Los Masig no irán contra un hijo del padre tormenta.

Iruki se quedó callada, observando a Logan.

—No, los Masig respetan al padre tormenta. No irán en contra de uno de sus hijos —confirmó.

—En ese caso, te ruego que ceses el ataque.

—El dragón no es un hijo de la tormenta —afirmó Iruki señalando a Aroa, que solo pudo mirarla. Sus pocas fuerzas las estaba empleando para no irse al fondo del lago.

—No, no lo es, pero me sirve a mí. Soy su señor.

Iruki miró a Logan con incredulidad.

—Los dragones no sirven a nadie.

—Este dragón me sirve, sirve a este hijo de la tormenta. Dile a quién sirves, dragón —ordenó Logan a Aroa.

«Sirvo… a mi señor… Hijo de la Tormenta» envió Aroa.

Iruki no parecía muy convencida. No iba a ser tan fácil engañarla.

—¿Por qué estáis aquí?

—Hemos venido a verte —dijo Logan dándole la vuelta a la razón por la cual estaban allí.

—¿Por qué? ¿Para qué?

Logan supo que tenía que mentir y ser muy convincente.

—He venido a ofrecer una alianza al pueblo Masig.

—¿Una alianza? ¿Con quién? Tú estás solo.

—No estoy solo, represento a mi pueblo. A varios pueblos de mi mundo.

—¿Qué pueblos son esos?

—Los pueblos esclavos de Kraido.

Iruki se quedó pensativa.

—¿Los soldados de los dragones? —preguntó con duda en el tono.

—Sí, ellos y todos los demás, sus familias, amigos… No quieren ser esclavos, no quieren luchar para los dragones y se han rebelado. Una Hija de la Llama y yo los lideramos. Buscamos ser libres, echar a los dragones de nuestro mundo, igual que los Masig.

«Dice… la verdad…» envió Aroa.

Iruki no parecía convencida.

—Si lo que dices es verdad, y me cuesta mucho creerlo, os dejaré vivir. Si me has mentido haré que mil guerreros Masig pasen por encima de ti a caballo.

—No será necesario, no miento. Buscamos aliados para luchar contra los dragones. Los Masig son un pueblo noble y fuerte, los señores de las praderas. Queremos tenerlos como aliados.

—Eso somos. No os mataré… de momento —sentenció la Masig.

—Gracias, Iruki —dijo Logan muy aliviado.

—Espero no arrepentirme.

—Te aseguro que no lo harás. Tu pueblo agradecerá un día tu sabia elección.

Iruki no dijo nada y miró al cielo.

Luego se volvió.

—Enviaré guerreros a que saquen a tu dragón del agua.

—Gracias. No te arrepentirás de esto.

—Puede que sí, puede que no. Ya veremos.

Capítulo 56

El rey Gerart llevaba días considerando la propuesta de alianza y examinándola con sus consejeros y Lasgol aprovechó para pasar tiempo con Aliana y Haradin. Se pusieron al día de todo lo que había pasado mientras habían estado separados. Lasgol preguntó acerca de Lindaro, el buen hombre de fe. Haradin le contó que estaba trabajando en secreto en temas Ilenios. Él y elegidos de su orden guardaban y cuidaban de la localización y los secretos de las tumbas de los altos reyes Ilenios. De Iruki y Asti no sabían nada desde la llegada de los dragones, pero imaginaban que estarían con sus tribus combatiéndolos. Todos hacían cuanto podían por sus respectivos hogares.

Gerart los convocó por fin aquella tarde en la sala del trono, por lo que debía haber tomado una resolución sobre el tratado de alianza. Las Panteras se presentaron en la sala acompañadas del diplomático Gorger que realizaba las labores de traducción, aunque tanto el rey Gerart, como Haradin y Aliana podían hablar en Norghano. Los dos primeros porque sabían el idioma y Aliana además gracias al Medallón Ilenio que permitía a los Portadores entender y comunicarse en cualquier lengua.

—Bienvenidos, todos —recibió Gerart. A su izquierda estaba el general de sus ejércitos y a su derecha Haradin y Aliana.

Las Panteras bajaron la cabeza en un saludo respetuoso.

—Gracias por recibirnos, majestad —dijo Lasgol.

Ingrid le había dicho que llevara él las conversaciones ya que conocía a Aliana y Haradin y lo haría mejor que ella o Nilsa. Lasgol había accedido.

—He estado pensando mucho en este acuerdo que me habéis traído y, aunque los términos no son los más favorables para

Rogdon, he decidido aceptar la oferta de alianza. Los terribles tiempos que vivimos así lo requieren. Siempre busco el bien de Rogdon y este acuerdo es positivo y lo mejor que podemos hacer ahora.

Lasgol resopló aliviado por lo bajo. Aliana y Haradin sonrieron.

—Gracias, majestad. Será un alianza que nos llevará a la victoria contra los dragones. Estoy convencido —dijo Lasgol.

—Esperemos que así sea —dijo Gerart.

—Es una alianza como nunca se ha visto antes. Rogdon, Norghana, Zangria y Erenal, con el apoyo de York. Algo impensable en el pasado —alabó Haradin.

—La necesidad mueve montañas —afirmó Gerart—. Todos estamos en una situación muy precaria y unirnos es la única salida que nos queda. Los dragones terminarán por conquistarnos si no lo hacemos.

—Sin duda —asintió Aliana, que compartía aquella visión.

En ese momento una figura entró en la sala y avanzó hacia el trono con paso decidido.

—Podéis añadir a los norriel a esa alianza —afirmó.

Lasgol reconoció a Komir cuyo Medallón Ilenio destellaba.

—¡Komir, has vuelto! —Aliana corrió a sus brazos y lo besó con ternura. Luego ambos se situaron a la derecha del rey.

—Bienvenido, Komir.

—Gracias, majestad.

—Komir habla por los norriel, un pueblo de indomables guerreros de las tierras altas, vecinos nuestros —explicó el rey.

—Una nación independiente —aclaró Komir.

—Sí, por mucho que he insistido en que sean parte de Rogdon —comentó Gerart.

—Los norriel no serían los norriel si perdieran su independencia —replicó Komir.

—O eso me dices siempre —contestó Gerart con una sonrisa amistosa—. En cualquier caso, es bueno que se unan a la alianza.

Lasgol se fijó en Komir. Estaba como lo recordaba de la última vez que lo había visto. Llevaba el pelo blanco atado en una cola de caballo. Tanto el color de su cabello como el lado izquierdo de su cuerpo, más escuálido que el derecho, eran consecuencias que le habían quedado tras el enfrentamiento con la Dama Oscura. Eran recuerdos duros, de batallas pasadas, pero muy importantes, que los habían marcado a todos, tanto física como emocionalmente.

—¡Lasgol, por Ikzuge! ¡Qué alegría verte de nuevo! —Komir obvió toda formalidad, como el bravo norriel de las tierras altas que era, y fue a saludar a Lasgol. Le dio un fuerte abrazo.

Gerart, que ya conocía muy bien a Komir, no dijo nada y lo dejó hacer pese a que no era el comportamiento más correcto ante el rey de Rogdon.

—Komir, cuánto me alegro de que estés bien —dijo Lasgol y le devolvió el abrazo.

El resto de las Panteras observaban a Komir con interés. No solo porque parecía un guerrero hábil y curtido con aquella cicatriz, sino por el medallón Ilenio que colgaba de su cuello.

—Me tienes que contar todo lo que has estado haciendo por Norghana —pidió Komir.

—Tú también —sonrió Lasgol muy contento de verlo bien.

—¿Qué tal la situación en tierras norriel? —preguntó Gerart a Komir.

Él se dio la vuelta y volvió junto a Aliana.

—Maté un dragón que merodeaba nuestras tierras con ayuda de guerreros. Era un dragón joven, azul, no fue demasiado costoso. En cuanto le hice frente vino a matarme. No soportan que alguien los desafíe. Los jóvenes son además poco cautos, pagó con su vida el error.

—¿Tú estás bien? —preguntó Aliana con expresión preocupada.

—Sí, tranquila. Apenas me rozó. Mis defensas aguantaron, las suyas no —dijo Komir.

—¿Algún avistamiento más? —preguntó Gerart.

—No, parece que solo este dragón merodeaba las tierras altas.

Gerart asintió.

—Muy bien. En ese caso, podemos continuar con la reunión. He firmado los documentos y añadiré a los norriel a la alianza —explicó Gerart—. Komir firmará como su líder.

—¿Eres el líder de los norriel? —preguntó Lasgol sorprendido. Aquello no lo esperaba, sobre todo conociendo la historia de Komir.

Él se encogió de hombros.

—Los tiempos cambian. Una vez fui el Marcado, repudiado por los míos, pero ese tiempo pasó. Finalmente fui aceptado, respetado. Sucedió al volver de derrotar a la Dama Oscura. Con la llegada de los dragones, y gracias al medallón Ilenio —Komir lo mostró—, subí de rango en la tribu y me convertí en el líder y defensor. Por necesidad más que por mérito. Un honor que jamás pensé que lograría y del que estoy muy orgulloso.

—Me alegro de que lo hayas conseguido, te lo mereces. Estoy seguro de que te has ganado el honor a base de entrega —dijo Lasgol.

—No podría haberlo expresado mejor yo misma —dijo Aliana y cogió de la mano a su amado—. Es el mejor norriel, con más honor que ninguno y el más bravo de corazón.

Lasgol no pudo sino sonreír al ver el amor entre Aliana y Komir.

De pronto se escucharon trompetas de alarma.

El rey se levantó del trono y el general se puso tenso escuchando la llamada.

—¿Qué sucede? —preguntó Lasgol.

—Nos atacan —afirmó Gerart.

—Dragones —clarificó Haradin escuchando el tipo de alarma.

—¡Todos a las armas! —clamó Gerart.

—¡Conmigo, majestad! —dijo el general y de inmediato toda la guardia real de la estancia los rodeó.

—Parece que tenemos lío —murmuró Viggo sonriendo.

—Subamos a la torre —dijo Haradin y les indicó que lo siguieran.

—Vamos, todos —dijo Lasgol a sus compañeros.

Salieron de la sala del trono. En los pasillos los soldados corrían a sus puestos. El rey y su guardia junto con el general se dirigieron a la muralla del castillo y Haradin, seguido de Aliana y Komir, se fueron hacia la torre alta. Las Panteras los siguieron a ellos.

Llegaron a la puerta que daba acceso a la torre y los soldados de guardia la abrieron al ver a Haradin acercarse a la carrera. Entraron todos y comenzaron a subir por las escaleras circulares de piedra. Con cada peldaño que ascendían escuchaban la alarma con más fuerza.

Alcanzaron la parte superior de la torre.

—Allí, al sur —señaló Haradin.

Los demás se acercaron a la almena y observaron.

—No puede ser… —masculló Komir.

—Es una pesadilla —Aliana no quería creer lo que veía.

—¿Por qué hay tantos puntos oscuros en el aire? —preguntó Nilsa con tono de temor.

Lasgol usó su habilidad Ojo de Halcón para poder distinguir mejor lo que se aproximaba por el cielo.

—Se acercan un centenar de dragones… —dijo Lasgol.

—¿Estás seguro? No pueden ser tantos —dijo Ingrid contrariada.

Lasgol entrecerró los ojos y contó los puntos oscuros en la distancia. Eran dragones, decenas de ellos.

—Lo estoy, vienen cerca de un centenar de dragones.

—¡Nunca han atacado tantos a la vez! —exclamó Aliana con tono de desesperación.

—Me temo que han cambiado de táctica —dijo Haradin—. Vienen a arrasarnos, se han unido para atacarnos. Esperaba que sus rencillas y envidias internas los mantuvieran separados, pero parece que se nos ha acabado la suerte. Los reyes dragones se han unido para lanzar una gran ofensiva. Van a realizar un ataque conjunto.

—¡Maldición! ¿Qué hacemos? —preguntó Komir.

—Lo que siempre hemos hecho. Lucharemos, les haremos frente —respondió Haradin.

Lasgol tragó saliva. Eran demasiados, incluso con dos Portadores, un poderoso mago y las Panteras allí. No iban a sobrevivir.

Se volvió hacia sus compañeros.

—¿Qué hacemos?

—Lo que ha dicho el mago, luchamos —dijo Ingrid, segura.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó Lasgol observando los rostros de sus compañeros.

Los demás asintieron.

—Vamos a cargarnos un montón de lagartijos voladores. ¡Esta batalla será legendaria! —proclamó Viggo.

—Esperemos sobrevivirla —deseó Nilsa.

—Lo haremos —afirmó Gerd, pero no había seguridad alguna en el tono de sus palabras.

Lasgol miró a Astrid. Ella lo agarró de la mano y lo miró a los ojos.

—Lucharemos y sobreviviremos.

Lasgol sintió algo en su corazón que no supo explicar. Luego miró al cielo y vio a los dragones volando hacia ellos y sintió algo muy distinto. Sintió miedo, por todos.

Capítulo 57

Iruki se reunió con Logan y Aroa a los pies de la fuente de la vida, junto al gran lago. Con ella estaban tres mil guerreros Masig a caballo con arcos y lanzas en las manos y cuchillos y hachas cortas en la cintura. Llevaban pinturas de guerra en la cara. Habían pasado unos días desde su enfrentamiento.

—¿Cómo se encuentran el Hijo de la Tormenta y su dragón? —preguntó Iruki.

—Recuperados, gracias a tus curanderas —Logan, que montaba sobre Aroa, bajó la cabeza en señal de respeto. Aroa también bajó la cabeza ante Iruki.

—Me he informado —anunció Iruki.

—¿Sobre qué? —Logan se inquietó.

—Vuestras posibles mentiras —respondió la Masig.

—Te aseguro que… —empezó a decir Logan.

Iruki levantó la mano para que dejara de hablar.

—Sé que dices la verdad —dijo e hizo un gesto con la mano.

De entre los guerreros a caballo aparecieron una veintena de prisioneros con las manos atadas a la espalda. Eran soldados de Kraido. Tenían mal aspecto, pero al menos estaban vivos.

—Ellos respaldan lo que me has contado —afirmó Iruki señalando a los prisioneros.

Logan aguantó un resoplido de alivio.

—Te dije que no mentía.

—Me alegra comprobar que es así. Estos soldados prisioneros de tu mundo dicen que hay una rebelión y que se están uniendo a ella. También dicen que no todos los de su mundo están con la rebelión. Ese detalle no me explicaste…

—Es solo cuestión de tiempo. Tienen miedo, es comprensible. Viven bajo la tiranía directa de los dragones, pero te aseguro que pronto tendremos a la mayoría de los pueblos de Kraido con nosotros, a los humanos, los Felidae, los Fatum, los Escarlatum, los Tauruk-Kapro e incluso muchos de los Drakónidos.

—Si tus pueblos son nobles y de espíritu fuerte como los Masig es posible que así sea. Tendremos que dejar que el tiempo lo demuestre —razonó Iruki.

—Te demostraremos que tenemos honor y valor —aseguró Logan.

Iruki hizo un gesto y unos jinetes desmontaron. Fueron hasta los prisioneros y les cortaron las ataduras.

—Sois libres. Podéis marchar o podéis luchar con los Masig. Os dejo elegir.

Logan se quedó pensando qué decirles.

No le dio tiempo a decir nada. Unos jinetes Masig llegaron a galope tendido como si los persiguieran leones, desmontaron casi sin detener las monturas y fueron a hablar con Iruki. Señalaban hacia el cielo, en dirección sur.

Logan y Aroa miraron en aquella dirección y lo vieron. En la distancia una nube negra se movía con rapidez, solo que no era una nube.

«Son dragones» envió Aroa a Logan.

«¿Cuántos?» preguntó Logan, que por la distancia y el tamaño tuvo una muy mala sensación.

«Demasiados… No lo comprendo… Un centenar».

«Oh, no…».

Iruki se volvió hacia ellos.

—Los dragones regresan en número. Es tiempo de luchar.

—Entonces, luchar haremos —respondió Logan.

Algo más al sureste, en medio de los bosques insondables de los Usik, Nahia, Eki y Asti estaban subidos a una atalaya de vigilancia en

la copa de uno de los altísimos árboles contemplando la nube negra en la distancia.

—Se acercan malos tiempos para todos, una vez más —vaticinó Asti.

—Tiempos de lucha —respondió Nahia.

«Tiempos de muerte y destrucción» envió Eki.

—¿Lucharéis con nosotros? —preguntó Asti.

—Lucharemos con los Usik y con todos nuestros aliados —aseguró Nahia.

—Muchos morirán —vaticinó Asti.

—Sí, pero conseguiremos la libertad. Venceremos a los dragones, te lo aseguro.

La aventura continua en el siguiente libro de la saga:

Cielos Funestos (La senda de los dragones, Libro 8)

¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!


Cielos
Funestos
La Senda De Los Dragones Libro 8
Pedro Urvi

Opinión:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Pedro.

Mientras esperas a la siguiente entrega te recomiendo otras tres series mías con las que está relacionada:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Fran por toda la ayuda, muy buenas idea, y apoyo.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon
Web: https://pedrourvi.com/
Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi
Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9
Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/
Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/
Mail: pedrourvi@hotmail.com

Cielos Funestos (La senda de los dragones, Libro 8)

¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!


Cielos
Funestos
La Senda De Los Dragones Libro 8
Pedro Urvi